

AUTORES COLOMBIANOS

MANUEL MEJIA VALLEJO

Y EL MUNDO SIGUE ANDANDO



Y EL MUNDO SIGUE ANDANDO

MANUEL MEJIA VALLEJO



PLANETA

MANUEL MEJIA VALLEJO. Nació en Jericó, Antioquia (Colombia) en 1923. Estudió periodismo en Venezuela y Guatemala. Se desempeñó como profesor de literatura en la Universidad de Antioquia. Ha sido colaborador de EL TIEMPO, EL COLOMBIANO y el ESPECTADOR de Bogotá y redactor editorialista de EL DIARIO DE HOY de El Salvador. Actualmente dirige el Taller Literario más importante de Colombia con sede en la Universidad de Antioquia.

Ha publicado entre otras: LA TIERRA ERAMOS NOSOTROS (Novela, 1945); TIEMPOS DE SEQUIA, Premio Concurso Nacional de Cuento, México 1954; AIRE DE TANGO, premiada en el Primer Concurso Nacional de Novela Colombiana, 1973; y EL DIA SEÑALADO, galardonado en 1963 con el Premio Eugenio Nadal.

Una novela de Manuel Mejía Vallejo es todo un acontecimiento en la narrativa colombiana y continental. Entregado en forma total y absoluta a la escritura literaria, Manuel Mejía Vallejo es hoy el mejor continuador de la gran tradición antioqueña de Tomás Carrasquilla, de Efe Gómez y otros eximios narradores de esa región privilegiada.

A la ya larga y rica lista de sus obras, entre las cuales sobresalen El Día Señalado y Aire de Tango, que le han valido importantes premios literarios, Manuel Mejía Vallejo agrega ahora ésta que se entrega los lectores colombianos e hispanoamericanos: Y el mundo sigue andando.

En ella están todos los espléndidos valores de la narrativa de Manuel Mejía Vallejo, riqueza idiomática, experto manejo de personajes, situaciones y ambientes, dominio completo del género novelístico, que han hecho del narrador antioqueño un auténtico exponente de las letras de su región y de su país. Y, además, un verdadero maestro de la narrativa latinoamericana contemporánea.

NARRADORES COLOMBIANOS
Diseño: Arte & Cía.

Fotografía de cubierta
por Luis Fernando Calderón

Primera edición de 3.000 ejemplares: julio de 1984

ISBN 958-614-005-9

Preparación litográfica: Servigraphic Ltda., Bogotá.
Impreso en Colombia
en los Talleres de Impresora Gráfica Ltda.



A los amigos que me quedan

BASTANTES años atrás escribí una obra que tuvo su propia aventura además de la interior que bregué por infundir en sus personajes. Hace poco revisé sus restos como si revisara lo que fue o pudo haber sido: ahora la dejaré editar para quitarme un peso de encima, aunque frecuentemente es doloroso volver sobre los pasos perdidos si uno mismo está marcado en ellos y ve su imagen como si la recordara, y escucha sus palabras como si no pasaran de ser el eco de las cosas en los días.

No sé si alguien ha visto en el recuerdo un presente de permanencia, una actualidad insobornable; no sé si lo que juzgan peligro en la nostalgia equivale a un temor de afrontar el destino, que es una totalidad de la vida, no cierta caricatura de la vida con que el llamado presente muestra seres y fenómenos. Pues me parece que para el hombre sobrevivir, el recuerdo es tan importante como el sueño y la ensoñación: sólo ellos completan lo de hoy; sin ellos, objetos, personas y tiempo serían simples cosas mutiladas. “La memoria sosegada determinará el poema”—dijo René Char.

Es difícil despegarse a manotazos la vida que uno vivió, las muertes que murió, las pausas que dijeron lo que la frase no pudo. Es difícil reconocerse en el olvido lleno de rostros hacia la fuga, o en presencias que por calladas marchan a su desaparición en fila de fantasmas ante el hecho cotidiano. Es difícil afrontar el amor o el remordimiento o la posibilidad de culpa en lo absolutamente irreversible. Es difícil entender los días en el pequeño sitio que nos señalan.

“Y el mundo sigue andando” o algo parecido se llamará esta obra, donde 'el hastío y el amor se juntan, donde se junta la rebeldía con otra escasa razón de subsistir, cuando en todo queríamos ver la celebración de una fiesta. La embriaguez de las noches, el rezago de cada minuto, la resurrección. Los años serían bellos vistos de perfil. Sombra de presencias en su sombra junto a la sombra de los edificios en una ciudad que nos destruyeron, en unas esquinas y unos ámbitos que tratan de atestiguar su vocación de fantasmas, lejana ya cierta algarabía de los afectos si el amor adquiere seriedad, que podría ser un principio de su propia muerte. Las canciones, el recuerdo en otra dimensión, la

pesantez cordial de los objetos. Y la ternura, manifestación última del hombre.

Esta que intentó ser experimental puede ser otra novela frustrada. Lo dice mi timidez, cautela de la afirmación: jamás un novelista sabe el alcance de su mano ni sabe su mano dirigir la pasión, si la pasión debe dirigirse. Durante años estuvo en legajos olvidados hasta que cualquier noche perdí los últimos originales y gran parte de mi esfuerzo se largó con ellos. Varias obras en que yo creía —el ladrón del maletín pudo ser crítico literario— me dañaron ocho meses que debí ejercer en el simple oficio de vivir sin lamentar pérdidas de tal color. Aunque rehíce *Aire de Tango*, cuatro libros son mucho en un hombre que escribe. No estaba joven para responder el golpe con arbitrariedad o cinismo, apoyaba esa fe dudosa del que todavía defiende palabras y sueños.

También desapareció la parte teatral que había en ella, y un esbozo de ensayos convenientes a mi intención y al libro. Desconfiado como soy de las vanguardias, quería captarles lo salvado de su narcisismo, aquello permanente, lo que es audacia descubridora. Quería poner talento a la literatura, porque me ha decepcionado la falta de reflexión que en su mayoría padece la novela hispanoamericana: poesía y narrativa nuestras no han aprendido a pensar, sólo utilizan dos o tres sentidos, en tantos que nos salvan y agobian. Quise contar la precaria historia de cualquier tarde dominical para un amor fatigado, al fondo una muestra de nuestra pequeña burguesía. Tal vez no querrán entender otro tipo de humor desolado, otra visión de la realidad que nos doblega, otra manera de captar los afectos y la vida, sabedor de un mandamiento de los indios Tukano: “Para vivir hay que oír el eco de las cosas”.

Estoy más o menos cansado, si cansancio es querer olvidar. Y aunque en el olvido se refugia el amor, también anuncia cierta posición de arrasamiento. Sin embargo no deseo convertirme en campo arrasado, bregaría por los recuerdos creadores y porque un hijo dijera cualquier tarde: “El creía en la humanidad”, o algo menos solemne. Al callar de esquivo —prudente— con lo que amo, seguiré muriendo mis horas: la pena existe en quien la capta, o se hace nueva abstracción. Decimos, pues, los que tenemos muertes encima.

Hoy no pido disculpa. Sigo siendo yo—repito para convencerme— en el rostro aparentemente frío y lejano como si saliera del fondo de un espejo. Al publicar esta obra la acepto en dolor irresponsable, en limitaciones que da la impotencia para rehacer lo que se hizo entusiasmadamente. Rehacer equivale a remendar, y todo remiendo es conciencia de la derrota. Ignoro si acabé de perjudicar este libro, lo que

en él pongo recupera un tiempo de morir, su ausencia conviene a mi poesía. No lo defiendo, simplemente digo que me dolió en su hora y que fatiga lo que perdí o sigo perdiendo en él para bien y mal de la literatura.

Tal vez uno marca en vano este asunto de vivir; tal vez la vida era el otro lado de uno mismo y que nunca se pudo adivinar; tal vez todo es llegar un poco tarde, perdida la memoria de sus afanes. Nos matará la vacuidad, nos matará el talento, nos matará ese renegado escuchar pasos —nuestros pasos— que siguen insomnes al olvido. Tal vez. Aunque ahora se habla de cosas exactas, desconfío de las cosas exactas porque deshumanizan. Y al deshumanizarse, el hombre se convierte en un ser absolutamente peligroso: lo perfecto llegaría a ser una traición a la simple condición humana.

Redactar es condición mínima en el agrio oficio de aprender a escribir, si escribir es acto de creación. Entretanto he vivido y seguiré viviendo hasta que desaparezca del todo, y un poco más. Ser hombre es lo esencial, resume mi razón de ser; si además amo y escribo y labro juguetes para contentos infantiles, allá yo. No tengo mensajes qué dejar a futuras generaciones, sé que muero como ellas habrán de morir. Lo importante sería no morir en vano, o morir de cualquier manera pero decentemente. El resto equivaldría a vanidad.

Alguien dirá que imagino cuentos y novela y poesía y atisbos sobre mi tiempo dislocado; alguien se burlará con la suficiencia de quien critica lo que no pudo hacer o no entendió, estaré ausente por fortuna. Dejo este decir lo mío fuera de concesiones religiosas o políticas en una manera de ver deliberadamente equivocada: el equívoco mostrará su verdad sin mayúscula o en minúsculas del hombre, el ser más desolado porque lleva conciencia de su desolación.

Desearía que no sonaran retóricas estas palabras y que fueran a su modo una pausa discreta, la de quien calla para escuchar otras voces, alguien incapaz de callar. Lo demás sería lo demás del silencio.

Manuel Mejia Vallejo

PUERTA DE ENTRADA

Señoras y señores:

No entiendo todavía mi fracaso si se tiene en cuenta que cuando niño me dieron leche Klim y atractivos juguetes de moda; si obedecí a mis padres y maestros; si en los cumpleaños no faltaron enciclopedias de *cómics* al lado de cuentos de hadas modernas. Mucho menos alcanzo a entenderlo pensando que ya de novio usé loción Mennen para después de la afeitada., me mantenía surtido de cuchillas Gillette azul o las inoxidables Shik de acero blando, el cabello estuvo cuidado con Pantene y usé zapatos Triunfo Unión (*suaves como la media, durables como el pie*), calcetines Punto Blanco y camisas Primaveras Trubenizadas.

¿En qué fallé por este aspecto?, pregunto ahora. No faltaron mi crema de afeitar ni mis desodorantes ni el reloj Omega quedaba la hora exacta de mis obligaciones, ni mi corbata italiana ni mi estilógrafo Parker ni mis mancornas Hichcock ni mis maletas y maletines Mesacé, que nunca desentonaron con el gusto prometedor del hombre feliz y del hogar en un barrio escogido, sobreabundante en servicios y sólo treinta y nueve mil novecientos noventa pesos de cuota inicial.

Además estudié en la Pontificia Universidad Bolivariana, adquirí muebles Idoma al día y la esposa que, según opinión autorizada de vecinos y familiares, convenía a mis posibilidades físicas y económicas: debo reconocer que me fascinaba en ella el suave tono del lápiz labial Germaine Montiel y su fragancia Yardley,

pues aumentaban el aire recatado y saludable que la distinguía. Más tarde asistió a clases de yoga, buenas para rebajar caderas y amansar la paciencia en uno que otro contratiempo familiar, no recomendables para los nervios. Acerca de mi salud agrego: jamás apelé a drogas genéricas sino a las acreditadas de laboratorios norteamericanos y suizos, que tanto nos ayudan con sus tónicos y tranquilizantes.

Ahora bien: si en el aspecto político soy partidario del Frente Nacional; si voté por los mejores candidatos; si seguí la verdadera

religión y las normas de una estricta urbanidad, ¿dónde la falla?

Pasando a otro factor decisivo, viajé en Avianca y en los Ferrocarriles Nacionales por rutas indicadas (mis mejores recuerdos me los trajo una Kodak Cronomatic), pagué sin dificultades mis cuotas semanales, el seguro de vida, los impuestos de renta y trabajo; no escatimé una propina justa aunque discreta e hice caso a quienes entendían de la mejor nevera, la mejor aspiradora, la mejor lavadora, el mejor televisor, la moderna vajilla Pedernal Corona, el más puntual y serio de los automóviles ($38.888.oo de cuota inicial y mensualidades de $3.880.oo).

Ahora, ¿quieren insinuar…?

Fui socio del Club de Agentes, frecuenté la compañía de colegas legalmente casados, celebré chistes en las fiestas de aniversario, me esforcé por ser simpático, buen amigo, buen ciudadano, buen esposo y mejor padre: leí a Dale Carnegie en sus obras de cómo hacer amigos o triunfar en los negocios, devoré las crónicas sinceras de Gonzalo Arango y estuve atento a los bestsellers, pues he sabido seleccionar mis lecturas y paseos de fin de semana, si tenía tiempo disponible al fin de las semanas.

¿Ejemplar, yo? Tanto como eso… ¡Bueno!, el ser humano sufre debilidades, y no faltaron invitaciones:

—¿Su coctelito?

—Muy amable, ya que insiste.

Y una canita al aire cada año por Pascuas. (Ellas, estas muchachas de hoy, reciben cursos de glamour y usan atractivos peinados, brassieres con el encanto original, miradas “Vanidades”, y saben mostrar las piernas de andar y las de abrir). ¿Cigarrillos?: seis, ocho, hasta diez en días de mucho ajetreo. (*Fume Pielroja, su fama vuela de boca en boca*), yo preferí Marlboro o Kent, a veces Nacional o Imperial con filtro, leía también artículos sobre el corazón y el cáncer. Diez, doce cigarrillos si estaba nervioso, de cuando en cuando una ginebra con Cañada Dry —*el champán de los Gingerales*— o un Ron Medellín (*seis años de añejamiento garantizado*) con rodaja de limón y coca-cola bien fría. No sobra añadir que mi esposa, estricta en sus obligaciones, mantenía Alka-Seltzer siempre en casa. Pues aunque serio y aplomado —no porque yo mismo esté presente— supe gozar la vida: fueron encantadoras las celebraciones en el Día de la Madre —las vitrinas rebozaban de artículos variadísimos a precios módicos— o durante el Día del Padre, cuando arrimaban los niños a decirme con aire ensayado:

—Para ti, papaíto, en tu día.

Si es cierto que me deprimían negocios y responsabilidades, pensaba en los niños —nos hablábamos poco, es verdad— y podía trabajar tranquilamente, ellos no abandonan la televisión, buena ayuda de los padres si no se abusa, como todo en la vida: bastaba llamarles cuatro o cinco veces la atención sobre el volumen exagerado porque el ruido los entusiasma, debemos entenderlos. En realidad el día empezaba bien después de una buena afeitada y varias palmaditas de lavanda Oíd Spice, y hasta salía seguro del hogar con mis calzoncillos Jockey y medio billete extra de la lotería en un bolsillo interior del saco Everfit, *listo y a su medida*. Sólo al marchar mal algunas cosas, vendí, bastante rebajadas por cierto, unas acciones de Cervecería Unión y otras de Coltejer, *el primer nombre en textiles.*

—“Ahí va un hombre optimista y libre” —podrían decir, creo que lo dijeron, y a fe que no se equivocaban.

¿Dónde la gran falla, señoras y señores? Hice caso a los ejemplos de Selecciones del Reader’s Digest, a los sermones y escritos del padre Gómez Mejía, a cada nota en la página editorial de *El Colombiano*, y asistí a manifestaciones cívicas en defensa del Gobierno legítimamente constituido. ¿Me van a decir…? Ignoro en qué consiste mi desesperación, todo lo que me ha llevado a efectuar la última compra, única que no fallará, este revólver Smith & Wesson, calibre 32, excelente marca, por lo demás.

¿A quién culpar del fracaso mío y de todo lo que me rodea? Ya no estaré para averiguarlo, ¡que lo averigüe El Putas!

CAPÍTULO ÚNICO

—¿Si VAMOS a cine? —pregunta ella. Mi sombra mueve en el asfalto los brazos con movimientos que valen por cualquier respuesta. Otras sombras sostienen postes, lámparas callejeras, edificios.

—Como querás.

Olor de naranja para el desamparo dominical, de chocolate en tazas que deben llevar su huella en espumas apagadas, de aguardiente y ron en las botellas vacías. El sudor después del baño, la mínima luna menguante en las axilas de Libia, el polvo *Coqueta* impregnando el calor de la mediatarde. Domingo en cámara lenta.

—Entonces vamos. Pero me vas a decir…

Los barrotes ventaneros remedan una taquilla a la entrada del cine. Siempre que me acerco a la reja de la taquillera me provoca extenderle un banano en lugar de entregarle el dinero del boleto.

—Como en el zoológico frente a los chimpancés, ¿no has visto?

—¿Qué cosa?

Rutinarias ya sus preguntas por el corte dialogado en mis monólogos, desazona darme cuenta de mis monólogos y de mis extrañezas. Cualquier reacción anterior llegó a convertirse en —“El es así de raro”, esta fórmula la vacunó contra una posible obligación de entenderme, si hay algo de interés para entender en. mí.

—Sí, vamos a cine.

El vaho de la frase deja también una sombra tenue en el pavimento. Desde pequeño me intrigaron las sombras de cosas y gentes y animales, eran como el fantasma que emanaban, su testigo obligado. Por eso nunca pude sentirme completamente solo.

…Y otras sombras por adivinar: sombras desharrapadas del roperío en la azotea, la de alguna gallina que en algún solar revuelve algún polvero. Sombras crucificadas del antenerío en los tejados.

—Una tía compró un televisor, la lora vivía en la antena como en su

estaca. Creo que esa lora dirigía toda la programación.

—El tío Pompilio tiene un loro.

—Leí que cuando llueve, los loros se vuelven charlatanes.

Y la sombra de dos nubes ociosas y de dos viejas a medioluto que cruzan la esquina con taconeo desigual.

—En la placita Flórez se consiguen legumbres baratas —alega la más baja. El perro de todas las calles de todos los poblados olisquea en derredor de sí mismo, alza una pata, salpica un poste.

—“Si el poste floreciera”.

En Balandú los faroles se levantaban sobre la base de madera y bronce, su rombo luminoso en la altura. La energía llegaba alternativamente según el parpadeo de la claridad que irrigaba la noche: una claridad resquebrajada por daños en el interruptor, pues se desprendían trozos de esa luz y caían sonando al suelo con peligro de los insectos rezagados, de la base y de otros perros que llegaban al poste ritualmente.

—Sólo doce faroles había en Balandú.

Calderón padre los encendía, era gordo, hablaba respirando fuertemente como si las palabras vivieran de aire resollador, y vendía lotería a clientes fijos mientras no hiciera de sereno municipal.

Lotería de Medellín,
su seguro efectivo contra la pobreza.
Juega los viernes.

—Lo llamaban Jesús Sereno.

—¡Bernardo!

—Jesús Sereno encendía los faroles. También pusieron luz eléctrica, había que conectar los interruptores en cada esquina. Pedro Planta manejaba la planta, era flaco, bravo y ligeramente eléctrico. Si se juntaba con Jesús Sereno, se complementaban: eran la materia y la energía, Libia.

EL QUE ILUMINA

La ajena claridad, sino la haces propia, no te vuelve luminoso.
Boecio, citado por cualquier bobo.

> —Hágase la luz —dice El Sereno con el antiguo aire de Dios: sube la palanca, presiona, y la luz se hace. Continúa su camino, al hombro la vara del milagro. Las seis, buena hora para crear el mundo; a lo mejor para ayudar a Dios sin despertarlo.
>
> —Hágase la luz —repite en la otra esquina, sube su palanca y se hace la luz de las bombillas.
>
> No baja la cabeza El Sereno: gira simplemente para que su mirada no tropiece en el alero y pueda invadir otras regiones inexistentes más arriba de las nubes. Hacia allá sonríe, esperando que Dios se lo agradezca.

—A Jesús Sereno le gustaban los doce únicos faroles de Balandú.

La mirada sube poste arriba, se detiene en los alambres forrados que van hundiéndose hacia el interior de la casa, donde algún bombillo de sesenta bujías estrujará la oscuridad de algún rincón. Alguien buscará una cosa perdida.

"¿Dónde están mis llaves?".

La pregunta se cuela desde un cuarto que da a la esquina. Siempre un manojo de llaves perdidas. En mi casa los duendes las escondían especialmente en el bolsillo habitual, donde no fueron buscadas: llaves del vajillero, del cofre, de la cómoda; llaves de cualquier cosa sin llaves, llaves del reino de los cielos. El llavero había escapado al primer descuido, hacía prodigios para no bullanguear, bajo la cama, tras un armario, en las nubes, entre unos pantalones doblados, encima del estante, en el lavadero, dentro de un jarrón, en manos ajenas.

—"He buscado por toda parte, ¿quién ha visto mis llaves?".

—"Manden un pan a San Antonio".

—"Luisa, buscá las llaves de la despensa".

Olor de chales y ruanas y manteles, olor a descuadernados breviarios, olor a camándulas de rezandería. Olor de orines y pañales, de hules y cobijas, de colchones manchados y sábanas al sol. Olor de palabras mimosas, de canción de cuna y blusas bordadas y sudadas. Olor de poncheras y bateas con ropa y jabón en barra y trapeadora y escobas en flecos. Olor de pétalos caídos en una consola, olor de personas dormidas y largos silencios. Olor de cacao y arepa en parrilla y ceniza olvidada y remedios caseros y humo de cigarrillo en un cenicero. Olor de pena antigua y llanto bajo las colchas. Un acre olor de vida oculta.

El taconeo de las viejas se pierde monótonamente en el gargareo de

una máquina de coser, de un niño llorante, de una puerta que se cierra, de una persiana que se abre. Y entre ellos sus diálogos:

—El frío conoce al desnudo.

—Al miedo no hay quién le ponga calzones.

—Cuando Dios no quiere, los santos no pueden.

—¡A buen paseo nos mandaron!

Y la voz de Libia:

—Mejor no vamos a cine.

Buck Jones, Ken Máynard, Tom Mix, potros blancos moralizadores, perros moralizadores, cámaras moralizadoras frente a los bandidos que montaban caballos manchados u oscuros y llevaban malas intenciones y mal rostro con barba de tres días, disparaban sus revólveres sin necesidad de cápsulas de repuesto. Hasta qué punto me aburría la bondad de los buenos de película, generosos y aburridores, alegóricos y aburridores, valientes y aburridores, bien plantados y aburridores, con el destino en su favor, el director en su favor, el final en su favor, el público en su favor, la censura en su favor.

—¡Por favor, señores!

Pero aquellas cintas del Oeste fueron el deslumbramiento, la intensidad sin experiencia, la aventura. Manos nerviosas en la oscuridad a los primeros tanteos, el guapo enjugando el suspiro de las espectadoras, la transferencia imposible.

—Libia, en las películas del Oeste han matado cuatrocientos setenta y tres millones ochocientos noventa mil cuatrocientos tres indios.

De niño vi cómo el indio Jerónimo lanzaba la flecha en una película de vaqueros, con tanta fuerza que rompió el telón de proyecciones. Durante varios días soñé con ser el mejor tirador de arco, y en el sueño fui héroe defensor de todos los desplazados.

Por un balconcito alto asoman rostro y busto de una señora; vista así, de lejos, parece una gárgola aburrida de no ser bella como las heroínas del cinematógrafo. El perro sigue voltehusmeando el poste.

> *Que relinche, por piedad, algún caballo.*

> Guillermo Valencia:
> *Toda la tarde se concentra*
> *para el olvido de la luz.*

Si la luz se nos olvidara, si los postes florecieran se haría vivible la

ciudad, si la ciudad fuera toda noche y existiera de verdad

El que ilumina

—¿Vamos a cine, o no?

—Como querás —contesta mi boca, ella sola para evitar el reclamo:

—“¿Es cierto que no vas a seguir trabajando?”.

El trabajo parece antihumano cuando no es variante del ocio creador. El hombre nacería para el juego, la muerte sería el juego supremo del hombre, a lo menos su gran apuesta.

—Decíme con quién estuviste anoche. Con el tal Fernando, el tal Darío, el Elkin, el Oscar, el Miguel…

Puntos suspensivos llenos de nombres y sospechas. Orlando, Marta, Elsa, José Manuel. Los amigos son esas otras partes nuestras que nos hacen falta. O una simple acomodación al ritmo del día.

—…Y ese Pascasio, mi hermano lo ha visto borracho encima de un caballo por las calles.

—Se llama *Tirano*, el mejor semental del mundo.

—¡Se llama Pascasio!

Se llama Pascasio como un perro se llama *Vigilante* o *Coronel o Guardián*, desde antes algunos seres, como los perros, vienen con su nombre…

—Pascasio es mal semental, en Balandú lo tumbó Etelvina Botero antes de que se le montara. Nunca se le montó a Etelvina.

—¡Bernardo!

—Pascasio es amigo mío.

—¿No es mucho mayor?

Gran problema este, a lo mejor cambiará el rumbo de la bestia humana. Pascasio tiene manos de quien ha sostenido cuerdas tensas al amansar potros bravos, Pascasio tiene la edad del pueblo detenido en un tiempo sin orillas, y un acento remoto como si no hubiera llegado todavía, ni él ni su acento; alguien, cerca, sería ventrílocuo. Su dejadez propiciaba que las cosas quedaran como las había encontrado o como él mismo las colocara. Hasta en sus estados de alma podrían advertir ese descuido: al entrar por primera vez a su cuarto, el cuarto le pareció aburridor sólo porque en un principio así le pareciera. Y un día se dio cuenta de que estaba triste, por eso siguió triste, como por desánimo de cambiarse o variar.

—No me gusta vivir —explicaba.

—¿Y por qué no te matás?

—No me gusta morir.

Pascasio cree en brujas como antes creíamos todos nosotros, en diablos malignos y juguetones.

—¿Te acordás, Pascasio?

Reaccionaba al ritmo de sus manos en el cabezal de cuero. Vivía la ciudad como puebleño en día de feria, su caballo y sus historias. Pecados capitales, brujas, Balandú embrujado, Las Barbaritas.

Pascasio decía *no* con sus manos. El sexo era diablo y el diablo era candela eterna y estábamos destinados a engrosar El Reino de los Cielos, que limitaba con todo lo mejor, y lo mejor bullía del otro lado: el cielo era un sitio a donde nos mandarían a rezar, una especie de castigo para alelados con miedo de vivir, de morir, de lo otro.

—A Las Barbaritas se las iba a llevar el diablo.

Las Barbaritas, gordas y pequeñas en el recuerdo, de pecados en bruto, simples ignorancias del pecado, malicias papandujas. No sabían besar, no sabían acariciar, no sabían enardecer. Pobre vieja, pobres muchachas que quitaban tiempo a Dios y lo confundían con el señor obispo o con el padre Azuaje; arrobas de carne inexperta, corazones grasosos, blandos aburrideros de Satanás.

—“Las Barbaritas”.

Ellas al extremo de Balandú. Sobre las tejas desboquinetadas del tapial, sobre la sombra de las tapias encaladas, asomaban gajos de estropajo y cidrayota; adentro, en la mitad, el copo de un aguacatero, hojas de plátano desflecadas por el viento, silencios culpables. Y olor de hueso cocido y col en olla ahumada y yerbas de rincón tapiero, de solar enyerbado. Unas enredaderas trepaban difícilmente por el muro, desde la calle podían escucharse los pujidos de su esfuerzo por trepar. Ventana con dos barrotes menos, puerta desajustada, zócalos y acera en desastre. Y sobre la cal escoriada, cruces amenazantes marcadas por la mano rabiosa de quienes jamás pecaron entre piernas, o pecaban por omisión.

—Las Barbaritas, algo les debe todo el pueblo.

—¿Quiénes son Las Barbaritas?

—Nuestras precursoras.

Pero —hoy lo veo— la casa de Las Barbaritas tuvo el olor de la miseria: hojas de repollo, cebollas juncas, batatas, plátano, yuca y arracacha para la mala comida, llanto por Viernes Santo y Corpus Christi, dolor dominical a la hora de la misa mayor, imposibilidad de amigos, de relación humana. Y un índice férreo desde todas las

ventanas del pueblo, y la esperanza en el infierno prometido que daba a su manera de mirar, siempre culpable, una resignada desolación.

—¡Nadie sabe lo que se nos viene!

Más que en Las Barbaritas pensábamos en Chelito, en Petaco y su clientela, porque sabíamos la decadencia de aquéllas y el auge de *Nuevo Mundo*, que noche tras noche se llenaba de música y diablos sonadores.

—*Nuevo Mundo* acabó con Las Barbaritas.

Petaco sacó partido a sus ojos verdes, desde los primeros vicios comenzaron a enrojecer. Rojo del diablo, verde del diablo, sabíamos su condenación. Venía de la aristocracia del pueblo, quiso hundirse muriendo a cada rato, en cada coito, releyendo a Vargas Vilas y a Barbusse, resucitando para el grito de la borrachera, desafiando maldiciones.

—"¡Abajo los curas!"

—¡Viva Petaco!

—¿Quién es *Petaco*?

—Otro caído.

En Dante el amor movía el sol y las estrellas; en Petaco el amor hacía mover el pene. Era la suya una filosofía erecta y pasajera. Así fundó *Nuevo Mundo*, basado en una amante sacada de otro pueblo en ferias, a la remonta de su caballo. Quería destruirse bebiendo y cohabitando y rompiendo normas, lo del pecado en desafío fue su rebeldía.

{*Nuevo Mundo* echaba para arriba, la voz de Chelito Leucemia y Eusebio Morales y las carcajadas de Petaco obnubilaron su voz y sus ojos rubios, Piedad Rojas). Una noche de borrachera Petaco fue al cementerio y escribió el epitafio de Dios sobre la tumba de Leonel Restrepo:

Aquí yace la memoria
de los hombres.

Dios había muerto pero todas las noches aparecía su fantasma; había muerto pero se quedó rezagado, implacable en alma zaguanera de sus habitantes. Ventanas y postigos semiabiertos al cuchicheo de ojos y labios, rumor de las aceras, sospechoso silencio del balconerío. Y la estupidez de tanta neblina arremolinada sobre las torres de la iglesia.

Aquella mañana temblaron de rabia los sermones y oraciones del padre Azuaje; un montón de viejas oyó con terror la cantaleta del

pulpito, más al ver junto al campanario al párroco escuchando los cantos de Chelito. (Chelito seguía apagando las canciones suyas, Piedad Rojas) y las risotadas de Petaco, ganador. Fue más sombrío el silencio en la casucha de Las Barbaritas.

—Ni a la retreta del parque me llevaste hoy —interrumpe Libia.

Lejano Azul, de Calvo; *Cuatro Preguntas*, de Morales Pino; *Ruego*, de Carlos Vieco. (Balandú de aquellos años: un recuerdo tras otro recuerdo tras otro recuerdo tras otro hasta llegar a sus ojos rubios, Piedad Rojas, a sus canciones que volaban sobre los tejados,

eras como la sombra de una sombra
o un sueño recordado en otro sueño.

Y la mirada en paz, los dedos en el bordado, el cabello indeciso en el cuello blanco).

—Ni a la retreta ni a nada me llevaste. Sólo esta esquina.

Un edificio en construcción. Un granero-tienda a donde entran y de donde salen sombras que pertenecen a mujeres del servicio, a mandaderos y trasnochados que van por cigarrillos, por un trago, por costumbre, por nada.

La esquina. Balandú, sus esquinas, gratas aquellas sombras. La esquina. Esta, esquinas de todos los pueblos del mundo. Carteles despegados por el agua y el viento, perros cruzadores, cuestas, cabezas asomadas en las ventanas, ventanas asomadas a la calle. En la esquina aguarda el amor un rostro escondido, en la esquina se ven ojos hacia un balcón, hacia los caminos de cemento y brea, hacia el remate de los edificios que van tapando la montaña bajo nubes en un firmamento dudoso.

—¿En qué estás pensando?

—En nada, Libia. Quisiera armar un cuento.

—Vos nunca me contás tus cuentos.

—Son cuentos invisibles como las brujas de Balandú. ¿Creés en brujas? la fe mueve las brujas, las pone a merodear sobre las almas culpables.

EL HOMBRE INVISIBLE

Brujas… Que las hay, las hay. Pero no hay
que creer en ellas.

> —¿Has visto a El Hombre Invisible?
> —No entiendo esa pregunta.
> —Que si has visto a El Hombre Invisible.
> —Estás loco.
> —¿Lo has visto?
> —¡El Hombre Invisible no existe!
> —Pero, ¿lo has visto?
> —Claro que no.
> —Si lo vieras probarías que no existe; pero si nunca lo has visto, y nadie lo ha visto ni podrá verlo, es prueba de que existe El Hombre Invisible.

—¿Creés en brujas, Libia? La fe es necesaria. ¿Creés en asuntos como este de El Hombre Invisible?

Cuando por la mirada pasan cosas que no están frente a los ojos, intuyo un acto creador en la mirada; pero pienso también que la locura entra por los ojos si pierde la visión. Pronto usaré gafas, frente a mis rutinas pasará el tiempo. Con ellas veré más claramente la oscuridad: es otra forma de la creación, la creación más desesperada.

—¿Ves los efectos del licor?

No se ven pero se sienten como tantas cosas invisibles. A veces el aguardiente y el ron, a veces la marihuana, a veces la droga improvisada. Pero ante todo la vida, esa peor y exaltante droga que nos causará la muerte… ¿Existirá este domingo? Este domingo debe ser fantasma de otro domingo viejecito, que hace siglos murió de puro lunes. O no estaría bautizado.

—¡El Colombiano! (*Busque en este Diario la noticia que desee*). Pregonan la prensa, gritan lejos, frenan, algo cae o debería caer en alguna parte: un aerolito, un escaparate, un hombre gordo. O ese avión que ahora pasa: si el avión cantara como el sinsonte, si escarbara polvo de estrellas y construyera nido y pusiera huevos y emplumara y arroparan avioncitos sus alas misericordiosas.

—¿Qué es eso de no trabajar? Deberías aceptar la cátedra, tu fuerte es el lenguaje, así dicen.

Si acepto ella pensará que podré casarme, su obra maestra sacaría de mí. *Confecciones Libia* —diría la etiqueta: costura aquí, ribete allá, fruncido. Preciso como un guante, de ahí no saldría, los silbos del

pájaro azul doméstico son más peligrosos que el canto de las sirenas. O la lista de invitados a la piñata matrimonial: Doña Serionia Cachafaz y su hija Begonia; don Falopio Arango y la señorita Ovaria Vergara de gancho con el profesor Sepulcro Pineda; el capitán Matarí-lerí-lerón y el-el- elocuente pa-pa-parlamentario Pepe Pelotas. Un pájaro azul disecado, un subdesarrollado Príncipe Azul.

—¿Te tomarías esa molestia?

—Me la tomaré con agua azucarada. ¿En ayunas?

Cualquier cosa que diga sobre Libia sería producto de mi noche en vela, de mi falta de entereza para cortar una relación que a nadie beneficiaría. Debilidad de carácter, comodidad, ausencia de fe en cierto orden de cambio. O temor de herir. O el desgano sin camino.

—Perdóname.

Injusto captarle únicamente la máscara, no su temperatura, su temblor ni su olor humano, su derecho al futuro donde el sueño se haría cuna llena, pasos minúsculos en el corredor, brazos apretados en noches de amor o vigilia. El sacrificio, a eso la lleva nuestra educación, nuestra mala educación.

—Hace más calor este domingo, ¿no te parece?

Sus palabras arden, les veo su pequeña llamarada. Sería inconveniente llamar a los bomberos.

—Pero hoy precisamente hace quince años y tres meses y medio estuvo lloviendo bastante, a esta misma hora.

—“La lluvia azotaba los cristales” —dijo don Arcadio Ramírez, frase célebre en Balandú. Y el esfuerzo de la lluvia lo escuchamos en el jadeo de la noche, es tarea de machos azotar paredes y cristales. Por eso su monotonía, su vana constancia hasta caer al suelo y huir al fin, cobardemente, por las peores alcantarillas. Pobres lluvias negras, caídas de tan alto.

—Las nubes no dejaban ver el sol.

Los mismos arcos en el cielo de colores fatigados.

Aro en la luna,
lluvia ninguna.
Aro en el sol,
lluvia a montón.

Bajas las nubes en las tierras altas, noches frías para dos ojos en espera, dos oídos al relincho de los caballos en la tempestad. Y desde

arriba aguas y aguas. Sabía de lamentos el río, ni que bajara llorando; a su lado el día rodaba por la sierra, llegaba hasta el caserón a lamer los aleros donde anidaban aquellas golondrinas.

—¿No te parece que hace mucho calor?

—Sí, Libia, hace calor para ser domingo.

"Era de noche y sin embargo llovía". Idioteces, vuelvo al calor. Cuando por el calor las casas se abrían de piernas y dejaban ver sus calzones: trapos tendidos, una jaula, un turpial como alegre clítoris, maceticas, barandas, pilares, una silla mecedora, un sillón desvencijado, una banca para tres personas, un periódico entre dos manos, una mujer sudorosa, un hombre fumando tabaco, un niño chupando dedo, un lamento impreciso. Y lavamanos, espejo, gradas, rodillas, un peine de carey recorriendo de arriba a abajo su larga cabellera. Y ver, más que oírse, viejos ruidos de trastos restregados en la poceta, de cubiertos en el cubiertero, de cucharas en el cucharero; y alguna olla raspada inmisericordemente con tiesto de teja o estropajo; o esponjilla de alambre; al fondo un radio que chilla su peor radionovela.

—Cierto, Libia, hace más calor este domingo. Caería bien una cerveza de la esquina, o dos.

—No pensás sino en tomar, no en comer.

—A la comida no le pongo bolas, porque mi hígado se especializó en el trago.

La palabra calor me hace sudar o creer que sudo, tal vez empiezo a sudar por creerlo con este dolor de cabeza, vertical. Si pudiera acostarme en una hamaca al murmurio del monte y fotografiar sueños y proyectarlos para llenar vacíos de mi vigilia fatigada, si pudiera invocar vientos de páramo; si la invocación fuera capaz de traer vientos de Balandú y sus cerros, granizo golpeador, voces heladas al aire de esos vientos…

—Cuando la tempestad era fría por venir de muy alto, el primo Roberto cogía rayos congelados.

Y entre el estruendo de animales al galope, el viento zumbaba en los sombreros y en la crin de los caballos y en los encauchados poderosos. Otros relámpagos con su estallido hacían chapotear una sombra fugaz sobre los barrizales. Aferrado de dos barrotes en la ventana yo vi de niño aquellos hombres míticos en la noche y sus risotadas ebrias, aquellas mujeres, aquellos caballos piafantes, aquellas sombras echadas por lámparas de petróleo contra el muro blanco.

—¡San Emigdio de los temblores!

—¡Santa Bárbara de las tempestades!

—¡Santo Cristo de los Nubarrones!

—Claro, hace calor. ¿Te gustaría una brisa? Yo tenía varias, una de ellas se había levantado: ahí en la baranda estaba la salida de cama de la brisa. Esa brisa quedaría desnuda, en pantuflas quizás.

Las sombras se han movido en el asfalto; una acuesta dos manos, que vuelan a su sitio, otra recupera su inmovilidad.

—Esos acaparadores encarecen la vida —vuelve una de las viejas al voltear la esquina—. Y como no ha llovido en el campo, hacen su agosto con nosotros los pobres.

Si lloviera se refrescaría tanta cosa. (San Isidro Labrador, ordeñador de nubes en verano); haría muñecos de agua retozones entre los dedos, equívocos como sueños en goce de sentirse agua-sueño-imagen.

¡San Isidro Labrador,
quita el agua y pon el sol!

rogativas en Balandú para el regreso del invierno o del verano, ojos al cielo indiferente.

La lluvia venía por esa época, sobre el pasto nocturno sus pasos, venía la lluvia delgadamente; o gruesos aguaceros, espesos y fieles, hasta los peces nadarían en el aire inundado.

Tan compacto el aguacero,
que el firmamento se llenó de peces;
y el relámpago se vio obligado
a rastrillar tres veces.

"Aburrido como un pez en su pecera" debería hacerse refrán, mentiroso como todos los refranes, cualquier desocupado los hace: "Mientras más viejo, más pendejo"; "Entre más canas, más blanco se pone el pelo"; "Agua que cae, moja"; "Más vale llegar tarde que ser convidado"; "Más vale llegar a tiempo que velas en este entierro"; "Más vale equivocarse de joven que acertar de viejo"… "Más aburrido que un pez en su pecera".

Refranes de chambonada. Mentirosos o no, el pez doméstico tiene arbolitos diminutos para defenderse y luz artificial y burbujas. No piensa, se mueve capaz de morir por la boca, inventaré un pez enorme… No, pequeño; en mis experiencias de inventor hice un tigre, en apuros me vi improvisándole trampas: es error de algunos dioses

morir víctima de sus criaturas, crear aquellas que pueden devorarlo. Una vez fui a pescar truchas donde no había truchas, y pesqué una trucha. La llevé a mi casa, la trucha tenía un ligero sabor a pescado como si fuera pescado. Tal vez porque era pescado.

—Oíme.

—Te oigo, Libia.

—Vos nunca me oís. ¿Por qué estás tan callado?

—Estoy cansado de la lengua. ¿Sabés que en el ser humano el agua está en igual proporción al agua que hay en la tierra?, lo descubrí hoy.

—Pero te noto aburrido.

—Aquí, viendo las sombras.

—¿Qué tienen de particular las sombras?

—Fijate que una sombra jamás da sombra, ni se resfriaría si le cayera agua toda una tarde, aunque la sombra anduviera sin abrigo.

Intentaría hacer un cuento, cualquier cosa puede contarse; este se llamaría Juego de Sombras. Cuento-diálogo, me ayudaría la memoria para el epígrafe. “La memoria es el talento de los pendejos” —decían en Balandú por tiempos de “La Gran Tijera”.

JUEGO DE SOMBRAS

Se necesita mucho talento para hacer soportable
un poco de ingenio.
André Gide.

—¿Dónde puso mi sombra? —Señor, estaba arrugada. —¿La desempolvó?

—Personalmente la desempolvé, en la lavandería podrían dañarla.

—O cambiarla por otra de distinto número y calidad inferior.

—Encogería un poco, la sombra.

—No estaba sanforizada.

—La colgué en su percha, ¿la necesita?

—Doblada para llevarla bajo el brazo y jugarle una broma a varios amigos, ¡buen susto se van a dar!

¿A estas horas y en domingo, diamonologando? Hacer el ridículo es buen camino para el aprendizaje.

—Perdoná, Libia, es el trasnocho.

—Claro, ¿cuándo no?'

—En fin de cuentas, la noche no pasa de ser un día mal de luz, hay días casi ciegos.

Libia averiguará aledaños y repetirá la pregunta de en dónde, cómo y con quién trasnoché callejeramente. El desesperado, el dulce, el abierto sexo de la noche, amor quejumbroso, rabia en gemido, remordimiento y empuje de corazones erectos. Respiración alcanzada, fuerza de músculo hecho ceniza, frase que se ahoga contra un piel sudada. Calor del amor y la entrega, quietud cuando descansa el deseo. Desesperado, dulce, abierto sexo de la ciudad subrepticia.

—Anoche escuchamos un trío, el de la guitarra era gordo y cantaba como quejándose. Al terminar la primera tanda hizo un gesto doloroso, abrió las piernas y frunció el ceño, como si estuviera pariendo la guitarra.

Callaré los nombres de Jairo, Pascasio, Nohranegra, La Cortucha, Eusebio Morales, Ernesto Arango, mi gente de la noche. “Una fiesta es un exceso permitido, hasta ordenado; violación solemne de la prohibición. No es porque se encuentren, en virtud de una prescripción, alegremente dispuestos, por lo que los hombres cometen excesos: el exceso forma parte de la naturaleza de la fiesta”. —Sigmund Freud, “Tótem y Tabú”. No mencionaré la muerte de Juana Perucha.

—¿En qué estás pensando?

—En una mujer.

Bondadosa Juana Perucha entre la brega mala, con esa cicatriz de tristeza y rabia que deja la vida en los rostros cuando ha golpeado fuerte. La veíamos seria, de caricia torpe, lenta para la ternura, inflexible, respetable, brava. Con los feos, con los buenosmozos, con todos nosotros por aquellos días alucinados. Frente a ella Pascasio tampoco tenía qué decir pero su no hablar se sentía cómodo sin necesidad de justificar la presencia o la ausencia. Jairo derretía su mirada en ella. Era una serenidad callada, otra amarga y serena integración.

Desde mucho antes, desde cualquier noche se lanzó a la calle asustada de ver pelear una vez más a sus padres, y se entregó al primero, con reniegos. Ajustaba veinte años pero la vida le parecía sorprendentemente larga. Y sin modo de encogerla, a no ser de un tirón, como quien se deshace de la carga cortando la soga. Fastidioso el jalón, de todas maneras.

—“A mal paseo nos mandaron, muchachos, no damos para más”.

—¡Qué importa! —se dijo después con satisfacción asqueada.

Aún tendida en el cajón conservó su cara de protesta en la frente, en los ojos, en la nariz, en la boca, en la barbilla, en el cuello tendonudo, en los puños, como diciendo: “—Nací por desgracia, ¿y qué?, no me gusta el mundo, se los devuelvo”. Porque su voz era también defraudada, cínica en la amargura, callada en sus penumbras para que todos fueran acostumbrándose a la ausencia, a no dejar penas sobrantes; así, con paso callado hacia la muerte.

Su muerte comenzó en la profesión, el suicidio fue muerte con retroactividad. No repetiré su explicación de por qué se suicidaba, ni del velorio con gotas gruesas de estearina que chorreaban desde el pie de una llama con afán de consumir el cirio, haciéndole al pabilo su propio infierno. Uno en cada extremo acorralaba el cadáver de Juana Perucha.

Sólo dos velas están
quemando un poco de sombra;
para su pequeña muerte,
con éstas dos velas sobra.
Nicolás Guillén.

Pensaré en mi pez incapaz de morir por la boca, en esa ración de soledad cotidiana.

—Libia, a veces las cosas me duelen .por el lado izquierdo. ¿Sabés qué me asombraría? Que tirara un anzuelo al aire, sin carnada —al aire — y pescara un tiburón o siquiera un bagre de tres libras; ¿a vos no? Me parecería bastante raro, sobre todo no siendo año bisiesto.

—Estás loco.

—Locás esto.

Hasta cuando la estábamos enterrando abrigábamos la esperanza de que resucitaría; pero el abrigo llegó tarde, la esperanza y ella se quedaron frías para siempre, en víspera de su esqueleto final.

—…¿Te conté que Gabriela ajustó seis niños?, no sé cómo van a mantener una familia tan grande.

—Debió leer el folleto sobre planificación familiar.

—El Santo Padre prohibió la píl.

—Todos prohíben vivir.

Con o sin hambre, la antropofagia fue una simple crisis de hambre,

que a su vez combatió la gula e impuso el sentido del honor. El Tío Pompilio se puso a comer, no para ser robusto sino para ser gordo.

El mundo sin imaginación, el reino obsedante del sentido común aceptado, la mediocrización de la existencia a través de cánones organizadores de lo ya previsto. Monotonía de los sucesos en gestos monótonos, actitudes monótonas, posiciones monótonas que dan lentitud al pensamiento. Hasta el sentido de la muerte cae pesado como algo que debe enfrentarse cerradamente con ganas de no pensar en ella, en nada; que pase la vida hasta que la palabra se haga rugido, un poco aceptación sorda de los hechos. No pensar…

—Bernardo.

—¡Firme, mi Coronel!

—Gabriela y su familia no caben en el apartamento.

—¿Por qué no se guarecen en los baúles?

—¡Dios! Ni me has contado de tu apartamento.

—Otra cueva, como las que construyen en esta esquina, como la de tu tío Pompilio, el botánico.

Menos mal que hoy no martillan ni serruchan ni trajinan en ese maldito edificio, también él tiene derecho a su descanso dominical. Ni mezcladoras ni parihuelas ni grúas ni gritos, pero sigue formando parte de mi guayabo. Algún día pondré en fila a tantos arquitectos origineros y los fusilaré, como castigo haré sobre la tumba uno de sus torpes edificios. Condenados al mal gusto para toda la eternidad.

—¿Por qué te fuiste de la casa?

—No me fui, llegué a otra parte. Busco mi propia rutina, como tu tío Pompilio, estoy pompilianizándome.

“Propiedad horizontal” la llaman. Dos cuartos para mi aburrimiento, y cabida para aburrimientos vecinos. O lejanos.

—Así te desorganizás del todo.

—Puede ser, nada más organizado que un cadáver.

—Hasta regalaste tu reloj.

—Un amigo necesitaba el tiempo.

—¿No fue regalo de tu primo?

Estaba tan desacreditado mi reloj, que ya no le daban ni tiempo de señalar sus horas, era un poco disidente.

—El horario hace tropezar ios días.

Y LOS DIAS PASAN

¡Qué va a saber un reloj en qué horas estoy yo!
Efe Gómez

Oigo mis fangos en un disco hecho a su rutina de girar y girar en derredor del mismo eje. Como el mundo.

—¡No olviden comprar el periódico! —advierte la señora en el piso de abajo—. Paren al muchacho cuando pase con *El Tiempo* y *El Espectador*, ¡no lo olviden!

Ordena que no olviden porque ella olvida todo.

—"¡Tan distraída la señora!"… Ruidos de chocolate, del baño, de la aspiradora, del *osteráicerlicuadora* no es suficientemente fino—, de la televisión, de sus charlas chacharacheras. El infierno de la intimidad compartida, de la libertad negada a bostezos y estiramientos, a palabras que van haciendo dóciles los días. Propiedad horizontal… Sólo en lo más definitivo —al amar, al dormir, al descansar, al morir, alguien debió decirlo—, el hombre es un animal horizontal.

—¡Dejaron conectado el fogón!

Para no suicidarme invento sentido en tantas fruslerías que dice la señora, al fondo la voz de Edmundo Rivero o Roberto Goyeneche en mi tocadiscos.

—¡Oiganlo, va a pasar el voceador, paren *El Tiempo*!

Y el tiempo se para, los minutos necesarios desde la sacada del billete hasta la apertura de sus páginas sociales. Fulana se casa, Fulano ha muerto, da una fiesta doña Pamplemusa, El Horóscopo guía, reunión del marido con los de La Gerencia. El marido…

—¡Va a pasar el carro de la leche! Cuando salen con litros vacíos, las del servicio comentan sus bregas.

—¡Tan elevada la señora! —decía una años antes, sigue diciéndolo, por referirse al alelamiento de la dueña metida en asuntos familiares donde frases y palabras resbalan sobre un deslizadero de rutinas. Si están cenando y de pronto no ven la cena, y alguien recalca:

—¡Se fue la luz! —concluye la señora.

—¡Claro, otra vez dejaron la puerta abierta!

Sale el marido, salen los niños para el colegio, sale la sirvienta, sale el perro, sale la luz. Costumbre de acostumbrarse a

las costumbres. Párpados disimuladores de sueño, pestañina a medio borrar, sombras, bostezos inconscientemente clandestinos, ataraxia del pensamiento en su período de patria boba. Modorriento el mundo como un calefactor.

Si la señora debe ir al mercado y el marido se llevó el automóvil, la señora ordena pedir un taxi. El marido… (—"¡Esa manía suya de tener razón!"). Y cuando la bocina toca el aire de la puerta, la sirvienta anuncia:

—Señora, llegó el taxi.

—¡Que entre! —dice ella, retocando sus años frente al espejo testigo. Las salidas de la señora dan pie a la sonrisa donde la desesperación se diluye, la diluyen el bambuco y el tango y el pasillo viejo en el gira-gira-gira del tocadiscos.

—"Tan elevada la señora…".

Los hijos crecieron, el amor es ya un recuerdo, la soledad cavilosa reemplazó otros sentimientos hoy en exilio, estérilmente invocados; la mirada, la falda, los calzones, el gusto de amar, todo empezó a caérsele: el pocilio de café, el cigarrillo, se le caían los senos. Pero los ruidos siguieron habitando y llenando el ámbito, buscando cosas y personas que han llegado a necesitarlos. La hija mayor se casa, están buscando apartamento de propiedad horizontal… (—"Si ayer no más era una niña").

—¡Se fue la luz!

—¡Pidan un taxi!

—¡Paren El Tiempo!

Olor de chocolate y tricófero, de loción y cremas rejuvenecedoras. Ruido del baño, de la televisión, del teléfono, del timbré, de los muebles, de gavetas vacías. El tiempo al caer los va deteriorando, los va cubriendo de espera, de rabioso olvido.

—Ha llegado su muerte, señora —anuncian. Y ella responde ante el espejo desconfiado, sobre su cama:

—Que aguarde.

Mi tocadiscos sigue gira-gira-gira-girando para la misma canción.

—Gran cosa esto de la Propiedad Horizontal, ha hecho horizontales y planas nuestras vidas.

En una canastilla de alambre se estremecen cuatro litros de leche,

suenan monedas en una mano. Antes no eran canastillas sino totumas y calabacines, fincas de Balandú. Rolletes de bejuco o guasca de plátano para sostener la postrera ordeñada en totuma al amanecer, entre la bruma lechosa.

—Sacás las botellas de la nevera y al momento se ponen a sudar de calor.

—Hace calor.

—“No hay pan para la leche”.

—“No hay leche para el niño”.

—“No hay leche en los pechos de Carmen”.

—“Con hambre no se puede pensar sino en comida”. Emiro Kastos.

Radionovelas de la vida real, litros vacíos, una naranja inalcanzable en el árbol, cuatro centavos de galleta. —Rocío—. Una lágrima seca sobre la tarima, tres cigarrillos, dos pastillas de chocolate Sansón, cinco centavos de velas para La Virgen, una esperanza desconfiada. A coser, a endocenar botones, a remendar medias, a remallar.

SE FORRAN BOTONES

SE VENDEN HOSTIAS
DULCES Y CREMAS

Viejas miserias para la dolorosa burla en el barrio:

Se hacen cosas viejas.
Se borda y se preña.
Se vive, se ama, se sufre, se muere.
¡Viejo barrio doloroso!
Se sacan ánimas del Purgatorio.

Y un rostro asustado en la ventana entreabierta.

—“Tal vez mañana encuentre empleo”.

—“Tal vez La Virgen nos quiera favorecer”.

—¡Dios te salve, a ti fruncimos, Madre del Agarradero!

—¡Santo Cristo de los Nubarrones!

Necesitaba un centavo de fe, por lo menos eso. Alguien apareció con una tajada de fe grande, como de quince o veinte pesos moneda legal, imposible adquirirla. La mirada se alzaba al cielo, regresaba cansada de tan largo viaje. Calles arriba, calles abajo, la ciudad indiferente a las pequeñas parcelas de hambre. Un prendedor de oro con nombre entrañable, a la prendería; un par de aretes regalo de un viejo arranque de amor, a la prendería; un anillo de bodas. Hable, coja cola, ofrezca, arrodíllese.

—¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús, patrono de Colombia desde mil novecientos tres!

Trastos, cuadernos, libros de estudio, listas de mercado, recibos de alquiler, palabras de futuro incierto. Y en las macetas, flores que daban una desolada alegría.

—Andan desnudos los hijos de la pobre Gabriela —anuda Libia, nerviosa.

—El nudismo está prohibido por El Vaticano.

Vestir al desnudo vino a ser obra de misericordia en el comienzo de la sociedad industrial textilera, puntal para exportaciones en gran escala; así el capital y sus agentes se unieron a la religión y sus catequistas para cubrir partes vergonzosas; todo el cuerpo era parte vergonzosa pues por todo él se regaba el sexo, como pólvora en ferias pueblerinas.

—¿Te acordás de Stanley y Stevenson?

Sobre la desnudez de los negros de El Congo dijo Stanley en mil ochocientos setenta y siete (¿serían las cuatro pasado meridiano de un día domingo?) a la Cámara de Comercio de Manchester: —“Si simplemente conseguimos vestir aquellos pobres indígenas para el Día del Señor, esta innovación en las costumbres africanas representaría un nuevo mercado de trescientos veinte millones de metros de algodón inglés”.

SE SACAN NIÑOS DEL LIMBO

…Más agua que arroz en la sopa, más angustia que paz en esos años.

—“¿Compran carbooooooooón?

—“Reciban el litro de leche”. Viejo barrio doloroso, costumbre de permanecer.

—¿Por qué seguís tan callado?

La cabeza de mi sombra gira hacia la otra, a mi sombra le duele su cabeza.

—¿Estás bravo? —sale la voz por la boca de la sombra de Libia, ahora de perfil.

—“Libia, nos estamos muriendo”. Sin efecto el sonido ni el olor ni el sabor de la muerte. Entre las sombras mis ojos parecen ver la de mi propia mirada, las pisotearía si fueran gusanos. La sombra mueve un pie, escucho el rascar de la suela contra el suelo. El muro.

—Me está fastidiando la garganta, anoche tuve fiebres.

—¿Cuántas fiebres tuviste? Hay qué cuidarse.

—Será otra gripa.

—Ojalá no sea gripa.

—Mi papá nos cantaleteaba todos los días sobre la salud.

Médico mediocre metodrogómano medicamentoso medio atembado, amanerado al pontificar, aséptico y señalador, arribista untado de respetabilidad. Lee mamotretos substanciales, escucha música heroica y da consejos todo solemne, como si estuviera cagando.

—“El anal contagio”.

—“Y el analfabeto”.

Dirigió una mirada fulminante. De estallar, esa mirada me habría convertido en cenizas. Traté de imaginarlo completamente ciego y sin gafas de ocultar. Cerré los ojos.

—¿Te conté que van a descubrir un remedio para la gripa?, lo vi en *El Colombiano*, mi papá nos lo hizo leer.

Bebidas de saúco en mi niñez, salvia, borraja, manzanilla, infusiones de penca sábila, oraciones, untura de petróleo en el pecho y enjundia de gallina con panela raspada o miel de abejas para el asma, asfixia del mundo.

—Al lado de mi asma, la de Proust fue un simple ejercicio respiratorio.

Sinapismos en la espalda, leche con merengue en los catarros, ponche de ron con huevo y bebedizos de violeta azucarada. Agua con vinagre y zumo de limón aspirados en las hemorragias, paños fríos en la frente, fuertemente gacha la cabeza sobre el pecho, un brazo en alto. Expectativa… Y la dedicación de la madre, único jarabe, único remedio su mirada tibia, sus manos prontas, su desvelo amoroso, el paso del padre sobre los anchos corredores, resonar de sus botas páramo arriba. Y sudoríficos a base de limonadas y cafiaspirinas o Analgesil o cápsulas O.K. Gómez Plata y mantas pastusas y galletas de soda y leche tibia y

comentarios perdidos en veintiocho paredes:

—"La epidemia de gripa bogotana dejó qué reguero de muertos. Luisa estaba así de chirringa, caminadorcita no más".

—"Eso no tanto, ¡cuando la tifoidea!".

(Saltos a lo que es pasado para mirar el rostro suyo en Balandú, Piedad Rojas, y sus ojos rubios y su voz en la tarde sobre macetas de begonias y josefinas).

Y el rostro luciferino de Asdrúbal. Rostro cenizo, manos cenizas, vestido cenizo como si en toda su presencia comenzara la noche. Nadie supo de dónde vino, triste y perverso y silencioso, caído un ojo de mirada torcida, fija la retina del otro, alto y delgado como la sombra de un tridente.

—Lo han visto en el cementerio al conteo de almas.

—Asdrúbal no está vivo.

—Asdrúbal es el espanto de un condenado al infierno.

—Nunca puede morir, de allí le viene ese silencio.

—De noche anda embrujado por los caminos, mirando sólo de p'arriba.

—Pétaco que funda a *Nuevo Mundo*, y Asdrúbal que llega a Balandú.

—¡Asdrúbal es el diablo!

—Va a pescar al volcán viejo y pesca pescados de candela.

—Se mete por las cañadas a oír el silencio.

Porque únicamente los endemoniados alcanzan a escuchar el estruendo del silencio cuando da tumbos, abismos abajo, al lugar donde no se habla.

—Lo han visto celebrar pactos de medianoche.

—Lo han visto arrimar a los niños y sorberles el alma.

—¡Como gato maldecido!

Y la presencia altanera de Rómulo a los doce, a los catorce años. Y don Leónidas en su caballo *Tirano*, cuidando a sus hijas, tan hermosas que en el pueblo lo llamaban Chimbo-de-oro. O cuando visitaba a otra puebleña de los camellones, ostentosa o subrepticiamente.

—Asdrúbal le está siguiendo el rastro a don Leónidas.

—Desde joven, don Leónidas montó las mejores yeguas y las mejores muchachas en sesenta leguas a la redonda.

—Primero les bajaba el pudor, después les bajaba los calzones.

Soberbio, íntimamente frustrado, en su fondo más oculto guardaba rabia por no ser Dios. Y su imponente *Borsalino* de fieltro gris.

—¿No era un *Panizza*!

En *La Gran Tijera* repetían su propaganda: “Sombreros *Panizza*, aguantan más limpiadas que un culo”.

—Sobre su silla jineta coloca un pellón de cuero de chivo pa curarse las almorranas.

—Por no perder tiempo, don Leónidas sale con la bragueta desabotonada.

—Enlazó a la hija de Eliécer, ella se dejó enlazar.

—La descorchó.

Así decíamos porque desvirgar era función de diablo emparrandado.

(Palabras de San Agustín en *Civitas Dei*, Cap. XV: “Es cosa notoria, y muchos de cuya buena fe no cabe dudar lo han comprendido, incluso sin ser expertos en la materia, que ciertos faunos y animales silvestres, vulgarmente llamados íncubos, advienen a veces sobre las mujeres que duermen, por medios totalmente deshonestos e inoportunos, y satisfacen con ellas sus apetitos venéreos…” “…Se afirma igualmente la existencia de ciertos demonios llamados dusos, que tientan a las mujeres con atroces inmundicias y las ponen en práctica. Sólo un imprudente se atrevería a negarlo”). El padre Menghi habla de una monja invadida súbitamente por el demonio, pues comió una lechuga sin haber hecho la señal de la cruz.

—¿Te santiguaste, Libia?

—¿A qué viene eso?

—Deberías comer lechuga sin santiguarte.

Don Leónidas gastó tantas energías en seguir siendo hermoso, que acabó en impotente; desde entonces fue la impotencia de un atractivo físico. Ya al toque de los cincuenta años, y en toda su exterioridad, resolvió retirarse al goce de sus encantos privados, con un afán ligeramente angustioso.

De las sombras a su nuca, de su nuca a sus cabellos, de sus cabellos al aire reverberante, del aire a los aires fríos de Balandú, el pueblo es un estado de alma. Dichos de Rómulo cuando vivíamos allá:

—“Sé una cosa que ustedes no saben”.

Aparece Rómulo en otra esquina. Con sus secretos destruía la igualdad porque hasta ahí todo lo compartíamos: el río, los madroños en el monte, el nido del turpial en la platanera, el espanto del Farallón, la serpiente cazadora, el avispero de los cedrales, la colmena del laurel, la cueva del indio. Rómulo tenía secretos que no compartíamos, por eso nos dominaba: visitó a Las Barbaritas a los doce años, afrontaba la

condenación eterna al seguir los pasos azufrados de Asdrúbal, de Petaco, de Octavio Ospina, de Leonel Restrepo, de Medardo Herreros, de Fabián Mejía.

—La menor no tiene pelos pero sabe de remeneos. Claro que ustedes… Eso es pa machos.

Cualquier duda nos expondría a su castigo o al insulto, de tanto decir palabrotas tenía los labios quemados.

—¡Te va a llevar el diablo! —amenazaba la presidenta de Hijas de María, amenaza que no se cumplió.

—¡Te vas a condenar!

Debe ser tan bruto el que se salva como el que se condena, la vida siempre ha sido una equivocación, como la muerte. Hoy pienso que el diablo fracasó contra el alma de Rómulo. Mientras sacaba de contrabando un cuaderno anunciaba que pronto llegaría de Medellín otro cargamento de mujeres para *Nuevo Mundo*.

—Viene ganao nuevo.

Petaco había viajado por ellas, más brujas que Las Barbaritas, más sabias en lo que tenían que ser sabias. Y en ellas la transferencia. Traspaso la esquina —Rocío, tu esquina, pongo tu nombre en este segundo, en un punto del tiempo y del papel. Tu nombre, tu cuerpo en formación para el descubrimiento primero, antes que nosotros ya lo sabías. Vivías apurada, como diciendo: —“Un momentico, voy a orinar y vuelvo”, a toda hora como si no hubieras regresado ni hubieras estado nunca. Pongo de afán tu nombre al lado de ellas, supiste de Las Barbaritas y sus almas endosadas.

—“Allá está la menor, Rómulo cuenta de sus peludeces”.

—Pascasio, ¿de verdad no chalaniaste a *Diablo* de Juancho Durán?

—No.

El amigo de habla precavida, el absorto hacia otro balcón, metido en su rencor amoroso. Inmovilizaba sus manos en las tiras de cuero, en su manía de hacer riendas y cabezales; aparecían la esquina, el solar de Las Barbaritas, la piedra donde Satanás dejó el rastro de su pezuña.

—¿Creés en eso?

Levantaba las cejas, manera suya de preguntar.

—Brujerías, aquellas reuniones.

Acudían desde Don Leónidas hasta el padre de Rómulo, desde Asdrúbal hasta Resula, capaz de tumbar con un solo machetazo el más tupido grupo de matas de guineo. No faltó quien dijera haber visto a un sacerdote que desapareció misteriosamente. Juancho Durán iba en su

caballo, algunos sábados el diablo montaba el caballo de Juancho Durán, alguien le vio el lomo quemado.

—Barbarita fue la mejor.

Dicen que por renegar de Dios según antiquísimas cláusulas, Las Barbaritas habían entrado al servicio de su amo y protector Satanás; era cuando menos sospechoso que en días de sol ninguna de ellas diera sombra, hasta vieron cómo las sombras salieron arrastrándose y se metieron en la gruta bajo La Piedra del Diablo; otro agregó que una luz artificial se las había quemado; tan fuerte esa luz —rejuraban— que, al alumbrar, la del sol hacía sombra.

Impusieron la gordura de Barbarita como probanza de que no era bruja: estas han sido viejas, feas y flacas; se adujo que las hubo hermosas, robustas y jóvenes, pero llenaba características suficientes para resolver cualquier duda: después del sabbat aparecían rasguños del diablo en la frente; en su pelo, que sobrebajaba la cintura, fosforecía el vaho del mismo Lucifer; era impresionante ver a Las Barbaritas contra las tapias del solar peinando despaciosamente sus trenzas larguísimas el día sábado a las dos de la tarde, hora de los muertos. Eran peines de raíces secretas,

—hechos con cuernos del diablo,

—con huesos de muladar,

—con uñas de gato negro.

Después arrancaron tres mechones y fabricaron a medianoche la trenza del pacto con El Rey de la Tierra.

—Escrito sobre piel de niño,

—con la primera sangre de una doncella,

—firmado en la más profunda oscuridad.

—Del pelo salen chispas, como de los gatos si les soban el lomo en noche de tormenta.

Su decadencia empezó cuando Petaco el truhán de ojos verdes (“El verde es color del diablo” decía el libro de Rómulo), fundó *Nuevo Mundo*. Y Chelito, en diminutivo de Cielo y de Consuelo: ojo picaro, risa hundidora, “cuerpo en llamas” dijo un concejal; para que la oyera Balandú, cantaba a todo pecho *Mal Hombre* y *Una mancha más* al estilo de Lydia Mendoza. Balandú sabía entonces que en *Nuevo Mundo* había juerga para largo, con desgarramiento al fondo.

—¡El diablo clavó sus pezuñas en Balandú! —tronaba desde su púlpito el padre Azuaje, tronaban la voz de Chelito y las risotadas de Petaco. Esperaba ver la espada flamígera de los arcángeles más

agresivos o la estampa feroz de Jehová sobre los tejados, sobre la torre de la iglesia.

—“Llegó la cosecha de café, vamos a ganar” —se burlaba Petaco—. “Dios sólo puede vivir en pueblos hambrientos y temerosos porque se alimenta del hambre y del terror de los hombres”.

—¡Se condenarán! —seguía el padre Azuaje, rabioso por el retardo de Dios o de Satanás, para sus intenciones daba lo mismo.

—Día llegará en que tus enemigos te destruirán y no quedará piedra sobre piedra.

Se asustaban las mujeres, de piedra estaba construida la iglesia, sólo ella, las casas eran de bahareque, ladrillo, tierra pisada.

Años antes fuimos para ensayar nuestra primera soledad del monte, preguntas sin respuesta en La Casa del Río, en la Casa de las dos Palmas, y seis u ocho demonios protagonizaban orgías espantosas el sábado siguiente al Primer Viernes. En el solar jugaban desnudos los pecados, eran siete, no tan grandes para llamarlos capitales.

—Hay peludos.

—Hay colmillones.

—Hay cachones.

—Orejones.

—Rabones.

—Hay…

A media noche se escuchaba su bramido. Bestias del infierno, sábados oscuros en el solar de Las Barbaritas. Porque las noches víspera del día del Señor, Bárbara madre desnudaba sus enormes senos, se recostaba contra el encuentro de las tapias del solar y en turno riguroso amamantaba a los siete pecados capitales, por culpa suya invadían ellos a Balandú, con amenaza para las almas puras y para las almas rezanderas. En noches comunes amamantaban un gato negro experto en males de ojo, sus gordas hijas entretenían a los demás huéspedes del infierno o de la aldea: Petaco, Eusebio Morales, Asmodeo, el sacristán, Asdrúbal, Astharoth, Espinosa el Guapo, Fabián Mejía, Juancho Durán.

—¡Se condenarán! —bramaba desde su púlpito el padre Azuaje, porque tenía la verdad. Y por tenerla ignoró las demás verdades. Estas eran tantas que habría de caer al enfrentamiento de las dos o tres primeras. Levantar las manos no sería entregarse a ellas, sino una manera de suicidarse con la única que le quedaba. Su suicidio hubiera sido una búsqueda rabiosa del cielo.

La casa de Las Barbaritas eran cascos de Lucifer, voz de Jehová y

signo de hombría, lo basábamos en haberla frecuentado. Que el solar estimulara nuestra exacerbación adolescente era ya la noche en vela. Y mentíamos porque el sexo infundía un terror más grande que el terror y el deseo de ser hombres; ignoro todavía qué podría representar eso de ser hombres, fuera de echar desafíos al infierno y a las tempestades.

—Libia, Rómulo. tenía oraciones contra los maleficios del diablo.

—¿Quién es Rómulo?

—El héroe primero, haré una oración contra los maleficios de Dios. A Rocío le gustaba Rómulo.

—¿Quién es Rocío?

—Parte de mi infancia.

—“Allá viene Rocío” —concluía Rómulo—. “Va a estar así de requetebuena cuando crezca”.

Aparte, consciente de nuestros ojos, Rocío bailaba la adivinanza que en su boca adquiría matiz de invitación:

—Pa bailar me pongo la capa,
pa bailar me la vuelvo a quitar,
pues no puedo bailar con capa,
y sin capa no puedo bailar.

Al grito de:

—¡El trompo! —giraba raudamente para mostrarnos sus primeras pantaleticas de ribete rosa. Y al coro animado por Rómulo, que movía la quijada en dirección de ella, fingían tragar saliva, paladeaban su nombre como saboreando caramelos. En alguna parte se oía el silbo del turpial de Paula Morales y

La mañana está de fiesta
porque me has besado tú.

(Postales de París y Viena, tangos, pasillos, bambucos guitarreros de Eusebio Morales. Piedad Rojas, recuerdo su desdeñosa elegancia, su altura, sus gestos que inventaron el orgullo y la timidez).

—Rocío.

Ella se acerca en la memoria, atrás las manos escondiendo su muñeca. Rocío se haría mujer, tendría figura de porcelana, como hecha a mano y quemada en horno familiar. Provocaba colocarle una cobija o tirarla en una colcha y violarla después, con dolor del santo de

cabecera.

—Hay cosas que no se pueden olvidar.

—Cuando salgás de esas mentiras… —amonestó mi primo. Sabía que a veces, por comodidad, yo trataba de vivir en forma de un recuerdo, que me fugaba, como ahora, en acto de legítima defensa, o me alelaba mirando a una mosca sobarse las patas traseras, limpiándose o regodeándose.

—¿Mentiras? —dije hinchándome retóricamente—. ¿Y creés verdad esta mentira del mundo?

Como si pudiera haber alguien más embustero que quien nos está contando nuestra vida. Porque no sólo importa la circulación de la sangre.

—Sigue mal, bastante mal.

—¿Quién?

—Ella, mi circulación.

La circulación. En áridas soledades oigo circular mi sangre, puede hacerse aterrador si se la vigila; cuando deje de circularme escucharé su silencio.

—Tu cuñada…

Mi cuñada. En los modales del primo, compuestos para la ocasión, veía el nombre de su esposa y mi obligación de responder chambonadas niveladoras y mentiras acordes con sus servidumbres, eran una forma aproximada de la verdad: le mentía verdaderamente.

—"Es tan hosco".

Entender flaquezas —en uno, en los demás— sería la única forma de convivir. Convivir equivale a renunciar, la libertad seguirá siendo otra palabra gastada.

—¿Quién?

—Mi mujer.

El primo no es mi hermano ni ella es mi cuñada. No me gusta. Aunque hubiera sido la primera mujer del mundo, la Eva genuina, hubiera sido la más anticuada. Y a mi rostro inexpresivo:

—No lo digo por tratarse de ella, pero es superior.

Aunque si pidiera pruebas, sólo podría añadir:

—Se casó conmigo.

Para toda la eternidad, asunto conversado.

Miéntese lo que se miente

del consorcio,
estar casado es suficiente
causal para el divorcio.

—"¿Cuánto cree usted que dura mi cansancio?" —quise preguntar. Pero ser inteligente debe ser duro privilegio, su impuesto más doloroso es la obligación de entender a los demás, porque muchos viven y actúan basados en nuestra inacabable posibilidad de comprensión: estamos sometidos al abuso ajeno, decía Paula Morales.

—Se entrega en cuerpo y alma.

El alma estaba a la derecha, el cuerpo en el rincón. No, el alma estaba encima pero bajó en el instante preciso, invocada por jadeos de éxtasis sacristanesco, al llegar se le despedazaron las alas. Mi primo las recogería y cubriría con ellas, temerosamente, sus senos amplios. La decencia ante todo, la pura contención.

—¿No hablábamos de Rocío?

—Don Arcadio Ramírez envejeció mirando a Rocío, don Arcadio empezó a chochear.

—¿Don Arcadio?

Los cuadernos que al principio llevaba Rocío debajo del brazo se convirtieron en libros, un día los libros se volvieron cartera de mujer: cuando supo que había cumplido quince años me dio tristeza comprender que don Arcadio pasó diez en aquel sitio solamente por ver el paso de una niña en la acera. Así empezó todo.

—¿Empezó, señores del Jurado?

La tertulia de La Botica reempezó a repreocuparse. Don Arcadio callaba, el ánimo ahí, caída su ala como el amor de un marico tímido.

—Tranquilos, estamos vigilando La Obra.

La Obra era el rió, al que daban permiso para seguir corriendo.

—"¿Cómo sigue *La Obra?"*

—"Avanza, ayer nos puso pereque por el aguacero".

O el viento o el sol de verano, o La Vida. Ahora la obra del tiempo los preocupaba, era el tiempo fertilizante en los cuerpos de las colegialas, era el sol madrugador de las frutas y de las pieles suaves en las muchachas; era el tiempo enemigo tirado a la cara como una polvareda.

Al descubrir que los ojos no los tenía para ver sino para que se los vieran, Rocío descubrió también su juego de pestañas, la caída deliberada de párpados, acomodo del arco de las cejas a dos alas en

vuelo, entreabrir y entrecerrar y entreinsinuar pensamientos y deseos. Así fue estudiando la expresión del asombro y de la timidez y de la ausencia y del sueño y del pecado y mañas en retinas y pupilas y párpados y reflejos de luz y sombra y contracciones y felinazgos que entibiaban y esperanzaban y enamoraban y entristecían.

Don Arcadio cerraba sus párpados, en las retinas seguía la figura oculta de su pasión inocente, su mirada gastada, como si los ojos arañaran en vez de mirar, horadadores.

—¿Inocente, señores del Jurado?

O vas a decir, Rocío, que no premeditabas el lento y ardido mover de tus ojos escondidos en esa manera tuya, como quien cubre candorosamente su cuerpo desnudo; vas a decir, Rocío, que fue azar la manera de juntar y separar y volver a juntar y separar tus rodillas hoyueladas; vas a decir que no estudiabas el beso de un labio tuyo al otro labio ni el beso de tu mano izquierda a tu mano derecha ni el beso de tus pestañas al párpado vencido ni el beso de la planta de un pie al empeine del otro ni el beso de tus brazos al vientre contraído ni el beso largo y regodeado de un muslo al otro muslo temblador.

Pelusilla de tu mano, Rocío; pelusilla dorada en tus mejillas, en los bjazos, en el final de las cejas y el desvanecimiento del cabello hacia la frente; pelusilla de tus piernas, Rocío, de tus axilas y tus muslos. Yo pensaba, entonces:

—“Si Rocío me quisiera”.

y sabía tu manera de escuchar mis deseos y darles calor para alejarlos. ¿O vas a decir que no era arrasador tu modo de meterte en mi recuerdo, de invadir mi sueño y mi temblor; vas a decir que no te llamabas Clara y Marteja y Piedad y Claudiafuga y que no fue blanca y morena y negra tu piel a través de los años, Rociotodopoderosa? La plaza, la esquina, las primeras tapias, voces entre los cañaverales, estrella de la tarde, Asdrúbal de Balandú.

—Sueños, al humo de mi mano.

Humo de la infancia, viento en el humo, humo en la tarde, bruma en los nombres.

Y viene de mi infancia
un viento fuerte.

Amables si convocaran la patria perdida. “La patria está hecha de aquello que más agudiza su ausencia”. *Pierre Gasear*. Únicamente me interesa por esa frase; que, trasladada a mi infancia… Infancia, lugar de

regreso, hallazgo de nuestro cercano principio, patria única de los desterrados, paraíso perdido en el recuerdo.

—¿Te acordás de la esquina, Pascasio?

—Bernardo, ¡yo soy Libia!

—Pensaba en Balandú.

—¡Qué es Balandú! ¡Dónde queda Balandú, Dios mío!

Si vas a un pueblo donde se oye por lo menos el cascoteo de un caballo sobre las piedras, ese es Balandú; si pasas por un lugar y escuchas fuertes golpes de campana que hacen estremecer las ramas sobre los tapiales, ese es Balandú; si llegas a un sitio de paredes altas y balcones y aleros carcomidos, con golondrinas en el vecindario, ese es Balandú; si ves hileras de muchachas con alegría temerosa por la plaza y sus aceras, eso es Balandú; si miras un llanto junto a una boca que ríe, campanas al fondo, ese es Balandú; si notas que el amor te hiere y se estanca en el corazón olvidado, eso es Balandú; si detrás de unos altos muros blancos sale un rezo coral de convento, ese es Balandú. Si oyes canciones trasnochadas delante de unas ojeras de prostíbulo pobre, ese es Balandú. Si antes de llegar alcanzas a ver enormes tejados que anuncian calles grises y solares verdes, ese es Balandú; si a medianoche escuchas un sollozo vecino de un retrato, estás en Balandú; si en las primeras horas de la madrugada, hacia los rastrojos de unas afueras móviles, pasan fantasmas furtivos, estás en Balandú; si atestiguas por el atrio y las aceras el taconeo de pares y pares de zapatos gastados de ausencia, ese es Balandú; si crees estar en largo día de difuntos y sabes que las campanas doblan tu muerte, conocerás a Balandú, otra muerte más sobre tu muerte.

Guapetones, borrachos, muchachas, solteronas y viejas con humor. Las primeras confidencias, el mundo embrujado de Las Barbaritas, de Rómulo y Asdrúbal, primeros desafíos a Dios.

—¡Bernardo!

Está bien, abandono esos aires brumosos para fijarme en todo lo que no sucede ahora, domingo cuatro p.m. y pico.

—Fijate.

Un hombre se compone su tirante derecha, tose con dignidad, saca a lado y lado las puntas de los pies a cada paso abriendo su campo no obstruido. Los ojos acompañan pensamientos de grandeza perdida, la boca lo sella con rictus amargo, sigue pordebajeado, pendiente de su sombra ambulante…

—¡Pascasio! —dice Libia para regañarme, para sacarme lo poco que

en mí queda en este domingo imbécil.

—Pascasio es un gran jinete, el mejor, no lo debe ignorar la Enciclopedia Espasa, ni la Británica: hay premios para quienes las cojan en una mentira.

Nadie igualará en Pascasio su manera de domar potros y sacarles su mejor paso.

—¿Te acordás del camino a Pipintá?

Pensaba en viajes a caballo bajo la noche, bajo relámpagos y truenos, bajo el huracán, bajo el aguacero que caía al encauchado, que golpeaba el sombrero y filtraba al cuello gotas gruesas. Y el sonar pegajoso de los cascos en los tremedales, cascotear contra las piedras, golpes de las herraduras en el piso firme de años y años, en el puente sobre el retumbo de las aguas crecidas.

Pascasio diría en caso de utilizar la boca para algo distinto de sonreír y cerrarla:

—Yo recorría a caballo esos canalones. Asustaban en Cuatroesquinas, donde El Mono Perro liquidó a Manuel Sánchez.

¡Nombres aquellos! Delfín Colorado, Ramón Arenas, Toto Suárez, Marcos Marulanda, Hipólito Sánchez, Justo Molina, Daniel Chaverra, Pedro Alcaraz, Félix Velásquez, Reinaldo Ledesma, Juancho Durán… Hombres de historias insólitas, ademanes jocundos y un desparpajo violento para vivir la vida. O para morir la muerte con absoluta dignidad.

Habían comido un pan difícil, alegre la mano al apretar el pan, certeros los ojos que lo descubrieron. Pasaron años de escasas palabras, de gestos definidores, casi quietud en la seguridad. Y una crueldad inocente y la brutal embriaguez y el gesto de llamada a nadie. Se sabían solos y compactos frente a la agresividad de los caminos, o en la noche fumando tabacos doblados en la pierna, rasgueando tiples en fondas de camino real, soplando cachos, preparando aperos. Fuertes los arrieros, grito adelante sobre el desafío de los precipicios, después de muertos seguirían gritando de cumbre en cumbre tras su recua, tras su hora señalada.

—Eran gentes para morir a puñal.

—¿Quiénes?… ¡Bernardo!

—Delfín Colorado, Hipólito Sánchez…

Campos de Balandú, montañas de rodadero, estrujón del agua en las cañadas, derrumbes en piedra y barro, viento ancho en los recovecos del camino, páramo aullante, pumas de bruma, cocuyos, búhos

agoreros… Por un musgo blancuzco resbalaba en hilos el agua blanca de los resumideros.

—Sí —respondía Pascasio, contra la luz su rostro donde la nariz sobresalía como diciendo: —"No soy de este paseo". Sólo hablaban sus manos en la rienda, sus dedos en el cuero trenzado de los cabezales, sus silencios largos y quietos.

—¿Sabés de Rocío? Una tarde desapareció. Dijeron que El Teniente…

—Vos la quisiste .—comentaría si comentara algo. En sus cabezales se pierde la respuesta: todos la quisimos, nadie dejó de quererla hasta muchos años después del extravío.

—¡Decí qué pensás, Pascasio!

—¡Decí qué pensás, Bernardo!

—Pascasio, ¿le teníamos miedo a Rómulo?

Rómulo mantenía colecciones de cuanto pudiera resaltar su importancia, y ciento veinte estampas de boxeadores famosos, desde los comienzos del cuadrilátero hasta Joe Louis.

—¡El Bombardero de Detroit, pa que no jodan!

Sabía anécdotas de cada uno y los asaltos más atrevidos de la mafia en Chicago y Nueva York. Y álbumes con estampas de cajas de chicles y fósforos, alas, picos, animales extraños, huesos, sitios históricos, hasta un naipe egipcio y un Tarot robados al guarniel de su padre arriero.

—¡Aquí sí aprende un macho lo que un macho tiene que aprender!

Y libros de magia, cancioneros, piedras y raíces de formas atormentadas.

Como el sábado era día de mercar, se regaba por la plaza para jugar a cara y sello con cheques sacados de *Cigarrillos Cruz* y *Chocolate Sansón*: un centavo, dos o cinco centavos, al finalizar la tarde alzaba con todos los vales que ganábamos por cargar los tercios de víveres a nuestras casas.

—¡Pa eso sirve la magia, jiquerones!

También nos dominaba su fuerza; por haber visto películas sonoras, su padre lo llevaba semanalmente con la recua; porque conocía otros pueblos además de Balandú—Santamaría de la Paz, Charco Hondo, Tambo, Saucedales; porque humilló al maestro: cuando tuvo que extender la mano para recibir su castigo después de haber intentado bajar los calzones a la barrendera, el maestro levantó la regla de macana: al descargarla, Rómulo cerró los dedos, así el golpe quebró tres falanges. Después de que suspendieron al maestro, Rómulo hacía de

héroe vendado.

Hasta Rocío

(*Comadre la rana,*
¿qué quiere, comadre?
Que vamos por agua.
¿A cuál quebraíta?
A la de Santa Rita…)

hasta Rocío lo miró con avidez, algo en mí se puso bravo y triste. Luego, sobre el atrio, pasos de muchachas en las primeras horas nocturnas, pocilios de café humeante sobre las mesas, el amor que empieza o que trata de olvidarse, canciones de Ortiz Tirado, Pedro Vargas, Carlos Julio Ramírez. Voz de Eusebio Morales y Piedad Rojas en las veladas cívicas. Rocío. Tu paso.

—¡Cómo canta Eusebio Morales!

—Bernardo, ¿qué te pasa?

Eusebio… Ojos hacia un balcón de josefinas y begonias, de melenas al viento ensortijado en ellas. Y los inusitados—Fabián Mejía, Leonel Restrepo, Medardo Herreros— y otros del Balandú dolido: Octavio Ospina, Paula Morales, Asdrúbal hechicero, don Leónidas. Vidas solitarias con pausas llenas de contención, muertes insulares, espantos en cuartos oscuros.

Esa gente que habita en el olvido,
rostros sin nombre, voces apagadas.

—*La Bruja lo tiene fregado.*

—¿A quién?

Quisiera preguntar a Libia otra vez si cree en El Hombre Invisible, si puede creer en brujas.

—A Pascasio. *La Bruja* reza oraciones al diablo, joda que joda.

—Pascasio, no se te olvide poner la plata en la mesa de noche.

—Pascasio, no se te olvide poner la noche en la mesa de plata.

—Pascasio, no se te píate poner el olvido en la noche de mesa.

—Pascasio, no se te noche olvidar el plata en la mesa de pone.

—Pascasio, no se te pone nocher el mesa en el olvido de plata.

—Pascasio, no se te mese plater el noche en el pone de olvido.

—Pascasio, no se te

Por amargado empezó a dialogar solo, en el papel suyo y de Etelvina Botero. O suyo y de los demás, su monólogo fue el cambio que tomaron los restos de cobardía. O porque uno jamás discute sus amores incondicionales. Libia hace otro tanto frente a mi locura deliberada, tendría razón. Lo hacen *mi cuñada* y mi primo: que la Universidad, que los amigos degenerados, que un trabajo respetable con respetabilísima muerte. Gran porvenir una muerte perfectamente rodeada de responsabilidades y solemnidades. Historia también para la calledumbre de Pascasio, el paraíso debe ser una pradera llena de potros y rocas altas para mirarlos y una buena silla de montar y unas tiras de cuero para trenzar cabezales y riendas, y un silencio inconmensurable, como al galope.

Mi potro sí que salió
preñador de pocas treguas:
en una crisis de yeguas
montó al toro y lo preñó.

Y volver a él, a nuestra noche, al cabezal trenzado. Y martilleos y pisadas y risas y gritos y silencios por calles y solares y patios y aposentos cerrados. O al mar abierto, insomne. Tampoco es indelicadeza tomar una caracola, llevarla al oído y escuchar historias y rumores del mar.

Sacudo fuertemente la cabeza para sacudirme esa parte de lo que ya pasó; de allí salen briznas que recojo cuidadosamente. No se dio por enterada.

—Me duele la cabeza.

Pienso en el dolor de una araña grandota atrapada entre dos piedras de monte. A veces me duele imaginar que algunas lombrices de tierra padecen claustrofobia. Escribiré la historia de un hermoso pez alérgico al agua, la de un cóndor triste porque lo marean las alturas.

—Tomate un mejoral, Libia. *Mejor mejora mejoral*. Yo también necesito uno, o veintisiete de un tirón.

—Me destroza el estómago, fíjate que con mejoral tumban callos.

—Entonces una o dos cápsulas O. K. Gómez Plata,

contra la roca de su prestigio
se estrella en vano
la competencia,

así pregonaba Ernesto Arango con *Gregorio*, la serpiente de sus aventuras.

—¡Quieta, *Gregorio*, el camino es culebrero!

Los vendía por pueblos y veredas. O *Chocolate Sansón*, echando cuentos marrulleros a los feligreses con dolor de cabeza, con dolor de vivir. En Balandú cultivaban el dolor, lo adormecían para exhibirlo después en vitrinas —tres o cuatro desvergonzados— y enaltecerlo hasta obra de arte.

—Anoche no pude pegar los ojos.

—Yo no he podido pegar la vida, todo un bulloso desvelo… También sufro de insomnio.

—¿No contás ovejitas?

—Últimamente no: hace quince días trataba de dormir mientras ellas brincaban sobre el sueño; a poco una tropezó con la valla y cayó a mi sueño y me reventó la nariz. ¡Son peligrosas las ovejas de sueño!

Debe doler en cualquier parte sin dolor, algo en la atmósfera debe quejarse no por el dolor sino por la intrascendencia del dolor… Libia, sus disgustos caseros, abstraído arreglo de la ropa, absurdas inquietudes del peinado, las medias, el cinturón; y otra inquietud que yo le proporciono para dañarle algunas horas de sueño, desvelos socorridos, rabias que no se atreven a estallar y se diluyen en mal humor de rutina.

El perro andurrea buscándose, su sombra lo sigue fiel como ella misma. Sigo queriendo a los perros aunque algo en mí odia su capacidad de obediencia. Contra las sombras de la edificación, estira las sombras de su sombra. Si estuviera hecho a rayas de cebra o a cuadros de falda escocesa o con joroba de dromedario; si su sombra lo abandonara y él la siguiera hasta cazarla para motivar su vida… Sería demasiado bello, ocurre lo normal, lo destinado a dar sombra.

—¿No es cierto, Libia?

—Sí, ¿qué?

En alguna parte un reloj debe dar horas; o se las arrebatan como si lo ordeñaran, según su resistencia para sonarlas. Libia quedaría mal si vieran la sensación de estas salidas. Pero es atenta, sabría amanecer junto a la fiebre de un niño, solidarizarse con la pena grande, llegar al renunciamiento en sus convicciones hogareñas. Tiene un cofre de pequeños recuerdos míos, brega porque yo sea débil para ayudarme y probar hasta qué extremo llegaría de su brazo.

Pero no hay sujeto. Cree que se lo digo por coquetería. Borda en pañuelos mi nombre, me regaló una hebilla de plata para el cinturón

con iniciales justas, tan cerca siempre del ombligo, más inútil que yo.

—Sos correcta. Yo no sirvo.

Como en todo hombre, en mí está lo bueno, ala y garra; pero ésta ha ejercido con tanto éxito el inefable placer de ser *mala compañía*, que se tiró en el bueno y ahora soy un solo ser gozosamente desviado.

Con ternura pasará el tiempo sin permiso de nadie. Tendrá grandes senos maternales o grandes senos de mujer sin hijos. Todo será tarde, aún entonces. Cuadros que nada dicen. Libros de pasta virgen. Una mirada sola rondará los aposentos. Una mirada sola. Y un silencio tan espeso, que al batirlo salen panecillos de soledad. Me siento más triste que una canción ecuatoriana.

—Pensalo y verás, Libia.

—"Todo tiempo pasado fue mejor" —dice una vieja. —"¿Y por qué no toma un bus y se va para ese tiempo?" —quisiera responder, pero el taconeo ha desaparecido, lo siento como si hubiera quedado en mi cabeza sin saber qué hacer, no lanzado sino abandonado y resonando al compás de aquellos otros, miles y miles de pasos que hacen la vida del hombre. Cien mil kilómetros aguanta el pie, dos veces y media la redondez de la tierra, pasos que se dan o se dan nunca. Fantasmas, nada más. ¿Quién, desesperado, me estará pensando? Y si alguien no me piensa, ¿se justifica esto?

—Pensalo.

Otro bus estridentea ruidos obligatorios al acercarse. Suenan voces gastadas contra el aire, contra cunas y ataúdes, contra la nada y los hombres, contra ellas mismas en la diaria refriega, en el diálogo de ochocientas cincuenta mil soledades.

—Yo me ocupo del amor.

—Vos te ocupás de la vida.

División equívoca, ruptura de un porqué generoso, vigilancias para guardar un corral sin nada adentro. Vacío de la palabra amor, amor es palabra de calzones rotos porque se vuelve de pronto una cosa chillona; de haber puesto un hotel, le habría colgado un aviso de elemental decencia: "No se admiten enamorados". Pero, ¿y Lorenzo el Magnífico? "Si aquí hay alguno que no conozca el amor, que se vaya de este lugar".

—Herradura que mucho suena, algún clavo le falta.

—El hombre vale por la palabra y la mujer por la nalga.

—¿Quién va a tomar caldo por dejar de comer gallina?

—Mientras yo viva, seguiré queriéndote.

Después de muerto le quedaría difícil, puedo entender este embrollo.

Algo es algo frente a la eternidad.

—Amor no quita conocimiento.

—Una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando.

—A burro viejo, pasto suave.

—“¡Abajo la común estupidez, abajo la sabiduría rutinaria!”.

Un hombre de mandíbula hendida y frente huidiza que lo acerca al simio, reparte felicidad dentro del bus, muestra entusiasmo porque mostrar entusiasmo es su profesión. Ajeno al coro, su vecino oye un partido de fútbol, una mano en corneta pegada al oído derecho.

—“…se la pasa a Rossi, Rossi a Pedernera, Pedernera se la pasa a… ¡Goooooooooooool!

Libia da mentalmente un puntapié a la pelota imaginaria, en ella a la afición de quienes en el fútbol dañan su programa a novias, esposas, queridas.

—¡Todos se embobaron con el fútbol!

Si la pelota la emprendiera contra esos piernipeludos de calzón corto y camiseta; si cuando fuera lanzada por un formidable puntapié se quedara en el aire jugando con ese gallinazo y se pusiera en órbitas por el universo.

—…Veintidós bobos de piernas feas peleándose una pelota. Pues que cada cual coja la suya, y todos en paz.

Desde la puerta del café esquinero alguien saluda vagamente a uno de los pasajeros, vaso de cerveza en una mano, gesto desamparado en la otra. Por veinte ventanillas asoman caras de día domingo, cejas depiladas, ojos sombreados —negro, verde, gris, doradoscuro—; pestañas rizadas, cabellos teñidos. (En dónde, Rocío, en dónde. O usted, Piedad Rojas y su canción en Balandú y la canción de Eusebio Morales). A las cuatro de un domingo es obligatorio divertirse así sea con estos pasillos en coro:

—Por aquí voy llegando,
señora María Rosa.
Me vine madrugando,
el alba está lluviosa.

—Libia, si llego, pedíles en mi nombre disculpas por no haber llegado.

—¿Viste a ese viejo? Se quedó mirándome con un descaro…

La palabra viejo destila odio, suda levemente el labio superior de

Libia, aumenta la medialuna de su blusa en las axilas. Por un postigo del bus, el viejo saca la cabeza de sombrero apachurrado, echa una mirada al edificio en construcción, infla los carrillos con un "¡Hijueldiablo si va a quedar altotote!", y sonríe a la salud de nadie, a un recuerdo juvenil, a su miseria, a verse entre un paseo dominical sin ser del paseo.

El hombre nace inconcluso y desde ese momento comienza el aprendizaje que jamás termina, hasta morir todavía inconcluso. Debería nacer anciano, recorrer a la inversa su edad, así no estaría cansado de cumplir cuarenta, treinta, veinte años; así llegaría inocente a cinco, a dos, a la Madremuerte, y se hundiría angelical en el túnel primario-ultimario poco antes del ancestro, de la nada, de los ritmos sin nombre ni forma. O si apareciera muerto y empezara a crecer: cadáver niño, cadáver adolescente, cadáver joven, cadáver viejo, hasta nacer para comprobar que se vivió absolutamente muerto, que el aprendizaje nos llega al borde de todo final.

—Entonces, ¿vamos o no vamos a cine? Reponen esa de Clark Gable.

—"¿Lo que el viento se llevó?".

O lo otro. Greta Garbo en su perfil exacto, sensualidad romanceada, mirada absurda de un pecado viejo, desvelo de ensayo, deseos de llegar a hombre, idiomas distintos en la inquietud primera.

O largas series del teatro parroquial en Balandú, anunciadas por Calderón —hijo de Jesús Sereno, el que ayudaba a Dios a fabricar la luz — y su enorme bocina. Jueves, sábado y domingo, cuando se desgañitaba de esquina en esquina:

—¡Oiga-oiga!, ¡esta noche!, ¡en el teatro parroquial!, ¡primera parte! ¡de la serie! *Drácula*\, ¡el hombre diablo!, ¡el vampiro! ¡que regresa de la tumba! ¡No se pierda usted! ¡esta espeluznante película!, ¡vespertina y noche! ¡¡¡terror y misterio!!! ¡¡¡Pasión y crimen!!! ¡¡¡Amor y muerte!!!

Leonel Franco, Aníbal González, Tulio Cardona, Rocío Peláez, ojos azorados al colmillazo de Drácula, desmayos en la muerte sensual. El amor era todavía cosa de misterio. Y la otra, yo sólo quería besarla lleno de miedo, ella se quitó los calzones. Años después volví a verla, me molestó no encontrarla triste; cuando le pregunté enamorado qué quería de mí, ella pidió carne a la parrilla y sopa de tomate: más que en la cama, el amor termina en la mesa. Menté varias madres a quienes hablan de amores eternos. Otros años después me puse a recordarla, el recuerdo me abrió el apetito.

—Dos muslos —pedí, no pensaba ordenar tal pedido. Al acabar mi

plato la olvidé.

—Mirá, están pegando más carteles en la esquina —dice Libia con brazo desgonzado.

Esquina de tienda-café, allí los trasnochados, y una muchacha bonita que me serviría con gusto una Pilsen helada. Carteles traspapelados ya sobre el último partido de fútbol; o subversivos, o el de la próxima manifestación o la oferta de un entierro de primera clase. Tienda-café de la esquina con billar para puebleños como yo, una cerveza en la mesa contigua, el taco en la mano, la amanecida distante. La vida se chorrea como el agua de un balde lleno, ladeado paulatinamente. ¡Gran coito la vida!

Salgo por esa esquina, la trastorno; dos, cuatro lucífagos, seis. El pueblo debió aparecer entre brumas: niñez, ruidos de bolas de billar, mujeres extrañas que caminaban por el atrio a misa de alba, que asistían a fiestas de difuntos y acompañaban el entierro, que envejecían al lado de una vana promesa. La luna no pasaba de seguir colgando en el firmamento, como una inmensa auyama.

—Vivían tan intensamente la virtud, que aquello parecía una bacanal de buenos pensamientos.

Orgía desordenada de buenos propósitos y buenas obras, aunque ese carnaval de lo apacible debería considerarse una de sus contravirtudes. Casi todos se nivelaban por lo superficial, sólo la muerte les daba hondura: hondura de la vida-vida jamás la conocieron. ¿O la sobrepasaron de verdad? "Un cuerpo en reposo o en movimiento, se mantendrá en reposo, o en movimiento rectilíneo y uniforme, a menos que sobre él actúen fuerzas exteriores que lo obliguen a modificar dichos estados". (Conclusión de Galileo, formulada luego por Newton: es el principio de inercia).

Balandú en las frías montañas, y yo pequeño a la puerta del café. Murmullos, campanas, ladridos, voces tras su misterio, bambucos en la victrola, a mi oído se le había olvidado escuchar aquellas voces. Cuando las recordé, hasta el oído se puso esperanzado. Eusebio Morales, su guitarra borracha, sus canciones que llenaban todo el pueblo, su turpial envinado. Entre la bruma y el humo escuchaba el sonido de las bolas de billar, sonaban en mi remordimiento.

Ellas me daban la idea del pueblo porque indicaban despreocupación y hastío, o porque al oírlas pensaba en los que nunca quisieron tener oficio, que se emborrachaban diariamente y visitaban a Las Barbaritas. Veía el humo encerrado en el café, los bultos de los

jugadores de dominó, cabeceos, bostezos en los rincones, charla maliciosa de trasnochadores que se burlaban de los sermones dominicales, del chaleco de don Leónidas, rayado por su leopoldina de oro; del Juez y los concejales, del alcalde, de beatas y difuntos, de Pipo el trovero con su estruendoso estornudo de repetición, y sus desmanes sonreídos por el auditorio.

—¡Beban talento que yo invito!

Pero Balandú se complementaba con otros ruidos: el del carro de la basura, arrastrado por El Macho del Municipio; el de algún camión destartalado, el cascoteo de *Tirano*, los pregones soledosos o lluviosos. Cada lunes Calderón sacaba su bocina y pregonaba al cruce de calles: estaban allí las ventanas abiertas o entreabiertas en la complicidad del postigo, y siempre unos rostros a semiperderse por los barrotes torneados. Niños de ojos tranquilamente asombrados, muchachas oteantes, ancianas sometidas a la última resignación.

—Un Avemaria y un Gloria rezaban al sonar horas el reloj de la iglesia.

—Vigilan la llama en el candelario perpetuo a La Virgen del Carmen.

—Se santiguan al recordar la imagen del Santo Cristo de los Nubarrones.

—A las ocho de la noche doblan por las ánimas del Purgatorio.

Y en el silencio Asdrúbal de los extramuros, o la sombra de Satanás. O Rómulo Palacio.

—Sé una cosa que ustedes no saben, parranda de brutos —pontificaba—. ¿A qué se parece un dedo sin uña?

Asdrúbal se fijaba en la torre, que parecía sostenerse en su modo de mirar. Asdrúbal.

—Libia, Asdrúbal tenía pactos con el diablo.

—¿Quién es Asdrúbal?

—Uno que tenía pactos con el diablo.

El pueblo me gustaba por sus lances sombríos y por su manera de llover cuando hacía sol, especialidad de Balandú, distante la imponencia de los farallones. Y detalles estrambóticos de paisanos y familiares: en ellos me basaría para formar un mundo alucinado, habría familiaridad entre obra y conversación, cuando voy detrás de viejos rostros como buscando, como buscándome en el hallazgo esquivo. Reconocería nombres, escenas, lugares, atmósferas que salen de tantas charlas. Relaciones entrelazadas que forman el barroco del pueblo y su drama, muchachas de ojos suaves y tristes, de quien lo sabe; aumentaban la

tristeza por mejorar su mirada. Amores angustiados por su forzada apariencia de respetabilidad, emparentadas las familias, todas numerosas y guardadoras de normas, en Balandú debe seguir dominando el luto; largos lutos por el luto de todos: ese vivir tan cerca de la muerte les fue proporcionando una cierta vocación metafísica.

—Los dueños de almacenes sobrevivían vendiendo telas y paños negros. Las mujeres en celo se ponían pantaleticas de luto.

—¿En Balandú todo era aburridor y triste?

No esperaba que mi versión llevara a pensar así del pueblo; me quedé redondeando una idea, la amasé hasta volverla un coco, sonreí como si pidiera perdón. No, Balandú tenía ligereza y gracia en el transcurso de sus horas, visión acomodada del contento, su alegría era una de las formas que tomaba el perdón. Nombré fiestas, pregones domingueros, el mercado. Celebraciones al Cristo de Balandú, el Jueves de Corpus, castillos y vacalocas para los ojos asombrados, cohetería de resuene y bulla de chirimía en el atrio y en las calles empedradas. Sobre ellas el chisperío que sacaban las herraduras cuando los chalanes copetones rastrillaban contra cada esquina sus padrones o caballejos.

Ahí don Adriano Herreros, austero y elegante al repique de su yegua blanca, de cascoteo como para sacar pareja. Don Adriano tenía grandes bigotes, sus besos eran fuertes y peludos. O los contertulios de La Botica preocupados por *La Obra*, de ellos, del tiempo, del agua, de las niñas que pacientemente se iban haciendo grandes. Y el río, y cerca del río casas limpias de vara en tierra. Juegan dos niños junto a las matas de col o sobre el muro de adobes o a la vera del papayo. Una joven carga agua en su tinaja mirando el sol de los venados. Maizales y plataneras verdean el viento riachuelero, arriman a las casas del poblado, invaden con sus hojas los solares, traen alegría en mazorcas y racimos. La brisa lleva sabor de serranías, olor de musgo y flores silvestres. Zaraza dominguera de las campesinas, changos y muleras de los arrieros, galope de negociantes en bestias. Galleros, castradores de toros, chalanes en sábado de borrachera, tahúres de dado corrido, picaros y enamoradores.

O el pequeño amor de seres escondidos que formaban la masa sin nombre del pueblo, amor y dolor y ternura junto aun poco de cinismo para evitar ser tan puerilmente humanos.

—Me parece —dijo él zumbonamente— que me he enamorado de usted, señorita Ramírez.

—¿Le parece nada más, señor Alzate? —respondió ella en el mismo

tono, exagerando su porte de dignidad.

—¿Le parece poco que me parezca que estoy enamorado de toda usted, señorita Ramírez?

—Me parece que si estuviera seguro sería encantador, señor Alzate.

—Estoy seguro de que me parece que estoy enamorado de muchas partes de usted, señorita Ramírez.

—¿De qué partes, por ejemplo, señor Alzate, si no es incorrecta la pregunta?

—De su casa, por ejemplo, señorita Ramírez. Y del papayo del solar de su casa de usted, señorita Ramírez. Y del beso que le quité el sábado santo, señorita Ramírez. Y de la hija que podríamos tener, señorita Ramírez, si accede a acostarse con este profeta, en mediando la bendición del cura.

La señorita Ramírez apretó los ojos para que el llanto no saliera más a plena luz del día.

—Me parece lindo el mundo, señor Alzate.

Pueblos dolorosos y entrañables, quietos y desolados, amadores y odiadores, optimistas y quejosos. Grandes aburrideros y grandes gozaderales; mujeres hermosas detenidas por el tiempo lento de la aldea, por el amor que no llega, por el amor que pasa luego de un estremecimiento descorazonado.

Eso, y las veladas con aquellas mujeres y aquellas voces, Piedad Rojas en austero recuerdo.

—¿La misma Piedad de Eusebio Morales?

—La única.

—Soñándola ya imposible; me desazonaba que alguien la nombrara o la utilizara fuera de mi sueño, excepto Eusebio Morales.

Aunque todos la quisimos, poco a poco Eusebio se acababa en ella. Al alejarse dejaba tras de sí un espacio de soledad desesperante: a sus orillas se sentaba él, mirando esa ausencia que todo lo llenaba, y se iba inmovilizando en otra espera del que espera sin saber para qué. Allá las ramas sobre las tapias, allá la calle empedrada, allá las trepadoras, allá la plaza con ceibas, madroños, guayacanes. (Y en ese balcón el postigo que enmarcaba su rostro, Piedad Rojas).

Sus cabellos y sus ojos —qué rubios sus ojos, qué rubias pestañas las suyas al sol del balcón enchambranado. Usted fijaba sus ojos pero no miraba una parte precisa, no miraba a nadie, tendía la mirada para que alguien llegara a ella, como una nostalgia.

Todos veíamos —los mayores y nosotros— cuando usted recorría las

aceras enladrilladas porque daba al pueblo su propio clima. Ventanas y alcobas, flores y brisas, ramas y nubes tenían su nombre, se volvían rubios y erguidos, Piedad Rojas. Y el viento y el sol, según.el sol era oscura o amarilla su cabellera; a veces unos cadejos sobre la frente sombreaban sus pupilas; cuando se oponía al viento, el viento formaba parte de la cabellera, nadie como el viento y su balcón la conocían.

Fueron para usted nuestros primeros deseos, y nuestros deseos eran también rubios al sol de la mañana, a la tibieza de la tarde, al frioscuro de la noche. ¡Qué voz la suya si cantaba al bañarse, o en el patio de claustro sostenido! Canciones en aquellos versos altos de música en su voz, bambucos, valses o pasillos con que usted o la victrola hacían amoroso el ritmo del pueblo, y el resentimiento amoroso.

Te vi cultivando rosas
un día primaveral

de Carlos Vieco y León Zafir, o *Lejano Azul*, de Luis A. Calvo. O Gardel en tangos sobradores.

Cuando Gardel murió, la voz de usted guardó luto, Piedad Rojas, y el pueblo estuvo sin tiempo, su rostro dejó de habitar la ventana durante largos días de niebla. Su balcón daba las nueve de la mañana, las cinco de la tarde, verde el postigo, verde la baranda, y aquellas enredaderas florecidas que regaba —a las nueve, a las cinco— y tres melenas de josefinas y begonias que se hacían rubias al chisguete de su regadera, y el turpial en la jaula rubia, Piedad Rojas. Los suyos eran ademanes antiguos, heredados, de esa hermosa y vieja raza, de esa raza gastada e imponente.

La mañana está de fiesta porque me has besado tú.

Y un primo que la amó, que un día se midió la pistola y se fue por la sien derecha, rubio de usted, de su voz y su mirada. Nunca él había querido tomar en serio la muerte; un día la muerte sin resquemor lo tomó en serio: usted depositó en la tumba un ramo de rosas, y con rostro alelado esperó que una mano, de otro mundo ya, saliera para agradecerlas. Sus pasos al regreso eran los de una mujer absorta. Y el luto suyo y el de las canciones de Eusebio Morales, de nosotros, la tristeza del pueblo sin sus ojos, sin su voz, sin su ritmo ausente.

Y un tío que amaneció diciendo cómo él era Dios y estaba cansado de todo menos de usted, Piedad Rojas. Y un sacerdote joven que ablandaba la dureza del pecado al verla entrar en su iglesia los domingos y fiestas de guardar, se escucharon llantos y quejas en la

sacristía, una sombra al pie de un crucifijo, vigilias junto a las espermas vigilantes.

Decían que el pavo real traía mala suerte: usted la desafiaba, Piedad Rojas, y con sus plumas fabricaba cuadros que daban un tornasol crepuscular a los rincones; decían que las melenas traían mala suerte: usted las regaba y desenredaba para que las meciera el viento en sus balcones; decían que las caracolas marinas traían mala suerte: usted cuñaba las puertas con grandes caracolas de nácar igualmente tornasoladas, a veces las arrimaba al oído para escuchar la voz de las sirenas. Y una pluma de gavilán en la página del libro maldito y un ala de azulejo y el pétalo descolorido de una magnolia. Y una fecha importante del amor, y una fecha dolorosa.

Si usted recorría las calles adivinábamos la bulla por el silencio que imponía su paso: así pensábamos en el torno carpintero de Alfredito, porque suspendía el zumbar; en la forja y el yunque de Joel, en el billar de Elias Montoya, en la gallera de Enrique Osorio, en la herrería de Marco Fidel, en el *Café Cero-Cero* de Alfonso Mejía, en el galope de *Tirano*, porque también el caballo moderaba su paso al paso suyo, Piedad Rojas, cuando usted avanzaba con la cara absorta como en un volver de sitios nunca visitados. Pero regresaba a lo mismo, sus canciones eran otra forma de la soledad si por ellas iba sin encontrar a nadie al otro extremo. Y el turpial era la medida de su soledad, y lo eran su balcón y su belleza. El pueblo también era la medida de su soledad, yo debí ser la otra medida.

La vida decía sus cosas, éramos jóvenes e ignorábamos el color de los años. Y al girar de todos los colores, el blanco de lo que jamás existe, el blanco enemigo del hombre. Nos gustaba entonces el color mestizo y mulato y zambo de los extravíos. Piedad Rojas, tenía usted los colores de la vigilia en el sueño.

Un día alzó la mano a un nido, y en su mano rubia anidó un pichón: la vida era un pichón en la mano del diablo y la sabiduría. La sabiduría era el pecado secreto, Piedad Rojas, y su mano extendida con dedos de suavidad contráctil dijo del canto y la pregunta. Eran entonces los primeros trece años. Era el resuello inicial cuando, como ahora, nada sabíamos del mundo; cuando el mundo nada sabía de nosotros y jugábamos a ser hombres y la tierra accedía a ser canto rodado, pelota de juego en la dichosa irresponsabilidad de los adolescentes.

Usted fabricaba el verano, Piedad Rojas, si salía al balcón de la esquina; usted doraba los nísperos y los madroños y abría el botón de la era; usted espigaba los sueños de los colegiales y asistía a la cita del

primer pecado en la espera de los desvalidos de amor; usted dominaba las miradas primeras y empujaba el grito nocturno de los adolescentes; usted fue —sigue siendo en el recuerdo de quienes respirábamos con amor— todas las cosas por las que justificábamos la tarea de vivir.

Después el sueño, antes de que el sueño nos abandonara: lo vi salir por las hendijas de mi cuarto, suavemente silencioso; en las sábanas quedaron esperándolo mis días de insomnio, mis noches de la vigilia.

Perdone el tímido vigor de los trece años, nada cuentan las palabras a la soledad del hombre. Pero ellas aletearán como su mirada, también sola, y en algún sitio del aire caerá el perdón para los que han soñado.

¡Gracias, Piedad Rojas, por toda la vida!

—…¿Por qué estás tan callado, Bernardo? Parecés en otro mundo.

Regreso al sonsonete de la escuela, al regaño de los padres, a esta esquina embadurnada de sol, al ruido de las campanas, aunque diga mi primo que es irreverente "llamar ruido al doble de los bronces sagrados". Y un grupo —Petaco, los presos del lunes, los borrachitos gotereros, un bandido en remisión, el último asalto de *El Mono Perro.*

—…Murió en un accidente de tránsito.

—¿Quién?

—¿No dijiste que fuéramos a cine? La autora de "Lo que el viento se llevó", Margaret Mitchell. Un cuento suyo… Tránsito…, Cristo murió en un accidente de tránsito. Subir al cielo en una cruz ha sido peligroso.

—¡Calláte, Bernardo!

—Perdoná, soy deficiente en historia patria.

—¿Por qué no entramos a mi casa?

—Debo irme.. Acompáñame a una cerveza en la esquina.

—En esa esquina hay borrachos y trasnochados de billar.

—Te tomás un helado.

—¡Vos me hacés hacer unas cosas!

—Me tomo la cerveza, te tomás el helado y volvemos.

Las sombras nos acompañan pegajosas y domingueras, a regañadientes la de Libia, la mía con sed. Se desdobla un poco al ganar la acera, ladrillo todavía como en Balandú. Taburetes de cuero, mesas de madera, parroquianos iguales con aire de vísperas. Silencios culpables, susurros culpables. Y avisos con humor, debe ser puebleño el que maneja el negocio:

Sólo fiamos
a los mayores de cien años

que traigan a sus abuelos
de fiadores. -Pida lo que quiera, cerveza o trago,
pero no me diga: después le pago.

Y una mesera atractiva, de olor a sexo y ojo trasnochado. Libia la mira desconfiadamente, yo le miro el busto.

—Un helado de fresa, por favor. Una cerveza helada.

Pilsen Cervunión,
su cerveza.

—¡Tanto terreno abonao y uno sembrando en pedreros! —piropea alguien a su paso.

—¿Por qué no tomás mejor un jugo? —salta Libia.

—La cerveza es un jugo. A Eusebio Morales le gustaba mucho la espuma.

—Y a vos.

—*Las cosas son espuma del tiempo en nuestra mano. En una mesa de estas Eusebio compuso canciones.*

—Y se emborracharía.

—Gomo los dioses.

“Todo es barro” escribió Leopoldo Lugones al suicidarse contra una mesa. “Lugones, Lugones, no todo es barro” —dijo Valencia y murió de la retórica que había dicho, de lo maravilloso. Yo en el apartamento pongo música y callo. El silencio debe ser otra forma casera del suicidio.

—Vos creés que no me interesan tus cosas. ¿Cómo es el cuento que pensabas escribir?

—Unas coplas. Y el cuento de la eternidad, deseo empezar modestamente.

Para escribir el cuento de la eternidad, en el principio fue el fin, porque para empezar se necesitaría haber llegado. Así, empezar este cuento de la eternidad sería negar que él estaba acabado desde antes. Gomo nosotros.

El primo se refiere a mis posibilidades en estos atolladeros. Cuando me encuentra extiende oratoriamente fórmulas para mis soledades: que la palabra, alabra, labra, abra, bra-bla-bla-bla.

—Esas compañías tuyas… ¡Hombre!

Simplemente compañías distintas, él no tiene que anudar hilos o ver nombres en el aire, es difícil la comunicación. Rómulo. Asdrúbal. Jairo.

Juana Perucha. Eusebio Morales. Malas compañías… Puede tener razón. Me pregunto si Francisco de Asís hubiera sido santo, de andar con nosotros.

—Esos sueños… ¡Hombre!

—El sueño es un regreso al mito.

Los sueños. Y o tenía diez años y deseaba conocer osos y tigres. En un muro de la casa había dos garras de oso y una cabeza de tigre, matados por un tío que amaba los animales. A veces soñaba con ellos y en el sueño eran distintos de los que pude conocer más tarde, pero me gustaban más los osos y los tigres de mi sueño. Así fue pasando con casi todas las cosas: el sueño las mejoraba, o cuando menos sabía ponerlas a mi amaño, no importaba si de golpe cogían el camino de la pesadilla.

Ni en cuentos sabría comunicar nada, saldría todo de mal gusto como un clavel en el cuenco izquierdo de lo que fue ojo en una calavera: literatura como uno de los oficios precarios del hombre.

—Te lo digo, Bernardo, ¡te lo digo!

En Libia la mentira es una forma de llamar la atención, a veces generosamente; o de la vanidad, para corroborar afirmaciones; o la más común del interés personal. Pero tenían calor sus palabras, no sabía de mis páginas en blanco. ¿Dónde la forma de la verdad? Al dibujar los animales, al copiar tácitamente las cosas que designaban, al sustituirlas con signos de escritura, ¿no estamos apoderándonos de ellas? Esto es lugar común. La visión, la intuición. Ver es variante de definir, clave del conocimiento. Nombrar, otra manera de traer seres y cosas y anular la ausencia.

—La posteridad, ¿queda delante o detrás de uno?

Depende de la posición en que la entierren.

—Libia, un día intenté viajar a la inmortalidad pero no había cupo. A la inmortalidad se viaja en bus de escaleras.

A veces he tenido ideales equívocos, allá yo con mis fantasmas; pero desconfío de quien carece de ideales, porque son terreno abonado para baratas aventuras, de morir o de escribir, que siempre blandirán como disculpa el ideal de no tenerlo:

—La incapacidad crea siempre sus propias limitaciones. Mirá la obra del mundo civilizado: la palabra lo hizo, la palabra lo destruirá.

"La palabra es un poco de aire comprimido que desde la mañana del génesis tiene poder de creación" —*Ortega y Gasset*. Sin embargo es imposible la comunicación, quise decir, la angustia viene de la limitación del lenguaje; mientras cosas y fenómenos no sean

nombrados, el hombre seguirá hundido entre ignorancia y tristeza.

—Te lo digo.

Elemental en todo principio el verbo: para orar, conjurar, maldecir; oraciones e invocaciones afirmaban la fe en el poder mágico de la palabra pescadora de fantasmas, hacedora de irrealidades presuntuosas.

—Si dejaras de soñar.

Con frecuencia me despierto y recuerdo lo que he soñado, para ensoñar con mi sueño; el ensueño propicia a su vez mi nueva manera de soñar, y sueño que estoy ensoñando, o que recuerdo un sueño soñado tiempo atrás. Así hasta la pesadilla. Lo torpe en la imaginación, relatos superficialmente oscuros que fingían un pasado: eterna manía de vanidosos, fabricar un pasado mucho después.

Pero la imaginación se iba detrás del sonido en el ejercicio ingenuo con primeras palabras al azar. Oniroteca, onirotecnia, onirocracia, onirómano, oniróptero, onirograma, oniroclasta, onirorrea, onirama, oniralgia, oniropedia, oniróptico, onirocefalitis, onirógamo, onirólogo, onirófobo, onirótico, onirodonte.

—El Onírida, descubridor poético de continentes subreales.

—Onironte, animal de los primeros sueños de los primeros habitantes.

—Oniriasis, onirancia, oniriático, onirópolis, siconírico.

—La Oniríada, epopeya de héroes subreales.

—Oniroco, río de los sueños.

—Onirantes, nautas perdidos en el sueño de los vagabundos.

—Onir: piedra preciosa que relumbra en la pupila del hacedor de sueños.

—Oniria: continente de sueños perdidos.

ONIROTECA

> —Tráigame el sueño de anoche.
> —¿Lo va a ensayar otra vez?
> —No quiero que falle.
> —Bien, señor, se lo traeré.
> —Es importante su proyección, tengo invitados.

—Perdoná, Libia, para escribir se necesita vida con fuerza.

Y valor de asumir el mal. Para asumir y comprender el mal hay que adoptarlo, vivir en él o estar en sus permanentes inminencias. Como

ante la poesía, ese humo de lo vivido.

—¡ Poesía en el Siglo Veinte!

Mordió el primo estas palabras, escupió pedazos: las sílabas dispersas brincaron como insectos ligeramente ridículos.

—No dilapides el tiempo.

—Inventaré una alcancía para el tiempo: allí guardaré lo que me sobre cada día; al final lo iré sacando para espantar la muerte. ¿Ves? Todo tiene solución.

Rectificó, absolvente:

—¿Y tu poesía?

Recordé mis versos contrahechos, pedí cita a un ortopedista.

—Murió de fiebre puerperal.

—¿Quién?

—La poesía. Fue su último parto.

El tecnicismo acaba el humanismo, y sólo el humanismo podría salvarnos. Pero nos pusieron a vivir desnudos en la metafísica, hoy padecemos tuberculosis sideral. Tal vez queda la fe, la otra abertura, el regreso a lo que jamás sucedió el coraje y la crueldad de la raza maldita.

Cuando escucho a los quejumbrosos del tiempo nuevo, me reafirmo en la afirmación socorrida de que vivimos el más espectacular y corrompido y formidable siglo del hombre. Pero lamento la distorsión de sus velocidades, el afán y el ruido con que se rodea la vida tan definitivamente presente, vida que supera la velocidad del recuerdo: ese *yo* y ese *ahora* a toda hora, aunque hablar en presente es un acto de rebeldía contra la historia entendida a lo académico.

Aquí tosería tres veces para clarar ideas oscuras, sacaría mis gafas de ver oscuridades, sacaría mi culebra descolmillada para un espectáculo más ante el honorable público, decir que me atrae y me conturba ver cierta indecente verdad en reflexiones de este corte:

—Vivimos tan rápidamente, que todo futuro es ya un recuerdo. O:

—Rapidamos tan vivamente, que todo recuerdo es un futuro.

Porque los hechos acaecidos se desplazan a velocidad mayor que la velocidad con que uno avanza; por eso los hechos pasados se adueñan del futuro. Marchamos hacia nuestros viejos actos pues vivimos cíclicamente, circularmente; los hechos son intemporales.

Y algo más o menos doloroso junto a este desvalido dolor de cabeza: con estas velocidades, ahora veo mi muerte como asunto pasado. Mío, ajeno. El dueño no importa a un siglo maravilloso como este

maravilloso Siglo Veinte.

—¿Por qué no escribís, entonces?

—Lo haría por matar el tiempo.

“Por matar el tiempo…”. Un amigo sacaba su escopeta, salía para matar el tiempo con sus balas.

—“¡Cuidado, no mates a Dios!”. Peligroso si uso escopeta regadora, dos municiones a Dios, dos al tiempo, dos pájaros de un tiro. Un solo pájaro con un solo tiro. Matar el tiempo es la peor cacería que puede emprender el hombre: sólo alcanzamos a herirlo, y el tiempo herido es peligroso.

Herido o no, termina por devorarnos; pero si lo agredimos será más brutal nuestra desaparición.

El tiempo. Uno se resiste contra el tiempo. El tiempo es la sangre que se le envejece contra ese nudo inamovible. No es que yo esté o no con el tiempo: soy tiempo, así sea en una de sus peores formas. La eternidad sería el tiempo que nos toca tener. Un paisano se mató con rabia: tres tiros de repetición en la sien, su conciencia de tierra arrasada.

—Tal vez el cañón no debe apuntar al tiempo.

—¡Cuál cañón!

—Debe apuntar debajo de la quijada. Si uno se mata, ¿matará el tiempo?

Y también falta de observación vigorosa. Me observo a mí mismo cuando estoy observando, para ver que no es buen observador ese que observa con interés tan deliberado o tan arrasante simpatía. O peor antipatía. Pero un tercer observador agazapado en mí observa a su vez cómo es agradable equivocarse para que el otro caiga en la cuenta de esos errores, y observándolos tenga derecho a creerse más sutil observador que sí mismo. Entonces inventar, descubrimiento primero, con todo su riesgo: hay cosas tan absolutamente inventadas, que es uno quien aparece inventado por ellas.

Yo no quería escribir las cosas, porque entonces las cosas desaparecerían al escribirlas, o les robaría solamente el alma y quedarían en mí como fantasmas rezagados. Ésta convicción de que apenas llegaría a rasguñar me produjo la sensación de ser pequeños dioses, frustrados, seres sin camino y sin para qué llegar. Quedaba el silencio. Y en el silencio total sólo cabría la muerte.

—¿Decís del cuento?

—No es cuento, Libia, es verdad.

—¿Se llamaba La Cita? Contámelo.

—¿Sábés el cuento de un amigo a quien le dio por morderse la oreja izquierda?

—¿Ves?, nunca me tenés en cuenta.

—Procuraré tenerte en cuentos. Estoy escribiendo uno donde Drácula aparece como donante de sangre.

Lanza una mirada pasada de moda, adherida a otro mohín igualmente anacrónico, ni en el Balandú de mis refriegas.

—Hace tres días soñé con el diablo, tuve miedo; anoche nos citamos para el sueño de hoy, inventé una cámara para filmar sueños, esbozo de filmonírica. Va a ser formidable porque planeamos…

Sería incapaz de dar vida a cuatro páginas, se me olvidó escuchar a las gentes; es decir, metérmeles por su habla, comprobar que el lenguaje es una conducta. Y el diálogo. Para tener buen diálogo es necesario haber soñado mucho, en esa transferencia ideal en que uno es quien habla y quien contesta.

—Estás hablando a tontas y a locas.

—Es verdad: a la izquierda estaban las tontas, las locas a la derecha. Fue inútil hablar a tantas presencias.

—No querés contármelo porque se trata del diablo. ¿Me lo mostrás cuando esté listo? Adoro tus cuentos.

—¿Y mis coplas? ya todo está hecho para todos, desde antes.

Si deseas entender
la razón más pura y plana,
no dejes para mañana
lo que hiciste desde ayer.

—No es cuento, Libia, el diablo lo sabe.

—Me das miedo si te metés con el diablo.

—Los diablos se meten con uno, no pasan nada por alto.

"…Conocen asimismo todos los animales terrestres y su naturaleza y cualidades, todas las aves y materias voladoras y todos los seres que viven en el agua. Conocen la fuerza y propiedades de todos los metales y azufres, de todas las maderas, de todas las piedras, y —dicho en una palabra— ningún hecho natural, ningún secreto físico escapa a su sabiduría, porque absolutamente todo está clarificado por ellos y ninguna manifestación natural es ignorada por su inteligencia. Y, por supuesto, cualquier demonio, hasta el menos importante, conoce —

siempre que no esté impedido— a todos los ángeles buenos y malos, y todas sus virtudes". "Lo mismo hay que decir de los cielos, estrellas, constelaciones, movimientos y leyes celestes". Menghi, *Compendio dell'arte esorsistica.*

—¿Sabés?, los demonios existen por culpa de Adán. No, no sólo por culpa del pecado original, esa mancha puede borrarse con cualquier detergente de radio y televisión. Si leyeras el "Gran diccionario infernal" de Piqué, te darías cuenta:

"Todavía existen tradiciones fabulosas, de probable origen talmúdico, en las cuales se afirma que Adán, durante los ciento treinta años en que se abstuvo de todo contacto con las mujeres, fue visitado por diablesas y las dejó encinta, engendrando gran cantidad de demonios, fantasmas, duendes, brujas, espectros, genios y lémures". ¡Qué hoja de parra ni qué pan caliente! En el Paraíso, Eva se tapó con una hoja de plátano, por eso el Padre Adán tuvo banano para siglos.

—Mi papá dice que era medio ateo.

—¿Sólo creía en la mitad de Dios?

—…Ahora no pierde misa.

—Dios y el diablo vinieron a parar en un par de solterones caprichosos.

Diablo, mi habitante desde los primeros resuellos entre el misterio de Los Farallones. Casa de las dos Palmas, frío del páramo, Balandú más allá de mi niñez. San Lucas de Los Huracanes, Cristo de los Nubarrones, ventarrones contra matojales de salvia y niebla; potros de ancas relucientes cuando de noche galopaban jineteados por el diablo, que describía el libro de Rómulo:

—El diablo empuja el viento.

—El viento empuja la ventana.

Claro, tenía qué volver ese vagabundo a practicar más daños. Debe ser en la noche cuando golpea el viento en la ventana. A

veces quebraba un vidrio o reventaba una aldaba y seguía adentro su tarea: apagar velas, levantar cortinas a puertas respetables, llevar gripas o resfriados a viejos y niños., traer silbos o aullidos del monte, despertar al perro. Al fin alguien lo sacaba con la oración de San Ignacio de Loyola o a escobazos, y otra vez la paz. El viento correteaba en fuga hasta otra ventana de una casa vecina… ¡Colorín colorado!

—En el viento del páramo viajaba Satanás.

Era lo oculto, si lo oculto no estuviera tan a la vista, el hombre tal vez podría encontrarse a sí mismo: encontrar el pecado primero. En

Dante la gigantesca figura de Satanás está rodeada de hielo.

O la ironía en la visión de Thomas Mann sobre un pobre diablo:

“Con una gorra de sport, una camisa a rayas, un pantalón estrecho y los zapatos de un horroroso amarillo, imposible de limpiar. Y una voz de actor de teatro. Durante el diálogo se transfigura. Tiene manos suaves y finas. De cuando en cuando las pasa delicadamente sobre sus cabellos, sobre su nariz curva lleva anteojos con aros de carey detrás de los cuales brillaban unos ojos vivos y sombríos. Su rostro era mezcla de dulzura y pureza”.

Y descubrimientos que al principio asombraban: el diablo necesitaba creer en Dios para poder odiarlo; y mientras más grande lo veía, más grande se creía él mismo; en su caso la soberbia fue supervaloración del enemigo. Y algo terrible también saber, como lo supimos, que Dios es necesariamente ateo.

—Tranquilos, muchachos, el diablo sólo existe dentro del alma —nos dijo el primo Roberto al reiniciar sus viajes. No podía tranquilizarnos porque nada podía tener existencia como lo que vivía en el alma y sólo en ella. Si antes de uno el diablo no existe, uno lo va formando con sus terrores hasta salir de las manos como otro muñeco, el sentimiento de culpa se encarga de darle vida y conservársela: donde el diablo no está metido, jamás habrá narración. Pero, ¿quién habla de narración? La vida nos va narrando para llegar al final feliz de la muerte. Si ella firmara las cosas que suceden… El diablo es el amigo.

—Para Diablos y brujas, Balandú. Balandú es la buena patria del diablo.

—Puede que mañana les diga el modo de hacernos brujos —concluía Rómulo. Y un diorema invento suyo con el que exhibía transparencias maliciosas extraídas de *Nuevo Mundo* y de sus correrías con el padre arriero. Fórmulas mágicas, glosolalias y embololalias que eran nuestro juego y nuestro temor, hacían de Rómulo un hechicero implacable. Desde el sencillo:

Ene
tene
tú
cape
nape
nú.
Simbolás,

tisafás
para
que la
lleves
¡tú!

hasta un sartal de neologismos que de noche danzaban danzas infernales, turnándose con voces palindromáticas de sus juegos:

R O T A S
O P E R A
T E N E T
A R E P O
S A T O R

Y frases que sonaban a cábala para leerse de derecha a izquierda, de izquierda a derecha:

Notar y anotar no son ratona y ratón.
Dábale arroz a la zorra el abad.

O relatos que su padre basaba en endriagos forasteros y vecinos:

"Los Vourdalaks o vampiros de los pueblos eslavos no son, en opinión de las gentes, más que cuerpos-muertos que salen de sus tumbas para chupar la sangre de los vivos. Hasta aquí sus costumbres son las mismas que las de los demás vampiros, pero tienen una particularidad que los hace especialmente horribles y es que Los Vourdalaks prefieren chupar la sangre de sus padres, parientes y amigos más allegados e íntimos, que una vez muertos se convierten en vampiros a su vez, de suerte que se dice que en Bosnia y en Hungría hay pueblos enteros convertidos en *Vourdalaks*

—A lo mejor a medianoche llegan.

O conjuros contra mordeduras de culebras y cuya clave en reversino sólo descubrimos mucho más tarde, cuando la magia se rebullía en nosotros, sin definición.

Lebracu daguarminosca
que por me resquie carpí,
dovien que yo soy la tracon
de la lebracu raleó.

Y cantábamos el estribillo cuando íbamos al monte:

"Culebra guardacaminos,
por qué me quieres picar,
viendo que yo soy la contra
de la culebra coral".

—Libia, ¿qué harías con un *Vourdalak* encima?

—Tengo miedo, Bernardo.

—¿Dónde?

—¿Dónde se tiene el miedo?

—En el escaparate, en la alcancía tal vez, en el pelo, en el Banco. Hasta en el valor se puede tener miedo.

Tenía miedo, el miedo era única defensa; pero combatir el miedo sería otra defensa más fuerte, de allí podrá nacer un valor absolutamente desvalido.

—"Te matarán".

—"Ya lo sé, es volver a ser niño".

O no haber nacido todavía, los hilos se anudan en alguna forma.

Miedo, y el reclamo dentro de segundos, Libia al habla:

—Nunca me has dicho que me querés.

Eso. Pero también su capacidad de erguirse y ser bondadosa cuando el egoísmo afectivo no la daña; y la sonrisa de dientes cuidados, y la mirada triste, dañada también por inquietudes buscadas, por afán de endosarse temerosa de la frustración: frustración para ella sería no casarse. Tras su sonrisa advierto un golpe atajado prematuramente.

—Mirá, entraron más borrachos.

—Ya acabo la cerveza, Libia, ya nos vamos.

Entre el sonar de las bolas en el billar, bajo los carteles de *Plisen* y *Pielroja* con muchachas que fuman o beben humosa, espumosa, sonreídamente, se escuchan diálogos entrecortados:

—Llegué dándome contra las paredes como cucarrón en zaguán.

—No hay pollo que le pique el ala.

—Es tan ñato, que muerde un espejo.

Y se escucha también la voz del amanecido:

—Soy un tipo demasiadamente democrático, señores, es la verdad, no estoy de acuerdo, señores, ¡no estoy de acuerdo, señores! les dije.

—'Hombre, hombre, nadie está asegurado", y me dijo: "Hombre,

hombre, no hay derecho, no les quise decir si quiere trabajar, oiga, vea".

La palabra *vea* lo lleva a mirar el edificio en construcción.

—Verraca ciudad esta, crece de p'arriba, tumbar pa que crezcan estas ciudades y estas casas grandes. Vea, le dije, echar de p'arriba es lo que hace falta, ¡hombre!

Y los de antes, oídos inconexamente:

—Se las da de gallo pisador.

—Pues aquí se quitan plumas y se cortan espuelas.

Mi mano aprieta el vaso a lo que Libia dirá, a lo que ya está diciendo:

—Vamos, Bernardo, tengo vergüenza. Vámonos.

—¿A la esquina otra vez?

—Entremos a mi casa.

El sol nuevamente sobre el esqueleto en construcción, sobre la arena y los adobes arracimados.

—Están acabando la ciudad.

—Eran casas viejas, las compró una empresa muy rica.

Y otra construcción como exhibicionismo: el que más tiene, el que más sube, el que más puede, el que más grita. Entonces a la Empresa Industrial le asiste el derecho de adquirir para derruir un patrimonio colectivo. Y al arquitecto el derecho de tumbar lo que viene tumbando por razones de retribución económica.

—El cliente no dice al médico: "Opere por este lado, tome el cuchillo y corte aquí, suture con este hilo". El arquitecto se deja decir lo que tiene qué hacer, y cumple su mandado.

—Mirá, están los borrachos en la puerta. ¡Porque vos…!

Mi sombra sacude el reclamo anticipadamente, pobre sombra sometida al devaneo. Me gustaría una de ojos azules, otra plegable como un vestido, y estrenarla en día feriado: sombras que dieran sombras y estas dieran otras y otras. Y mandarlas de paseo, pobres sombras juguetonas y huérfanas. Aunque atestiguan que el viejo, el padre sol alumbra para todos, así tenga que dejar unas sombras como firmas o no creeríamos en su autenticidad.

De niño jugaba con las de mis hermanos mientras oía barrer a Luisa, hermana mayor. Olores, sensación de olores confundidos, ropa guardada y limón, cilantro y membrillo, de encierro y clavellina y polvo. Y el sonido de la escoba coleante por cuartos y rincones como animal casero, irremediabilidad de sus movimientos. Al principio el

polvo me hacía estornudar, después bastaba oír la escoba contra el enladrillado, lejos, para estornudar.

—¡No molesten! —gritaba el polvo con estridular de grillo pardo. Si la escoba arrimaba suavemente, se dejaba conducir sumiso al sitio de origen; si no, chillaba y se regaba y no había quién lo sacara de las habitaciones; trepando paredes, jugando con rayos de sol, retozando en cuadros y libros, pegándose a lámparas y cortinas, amigo de reniegos y estornudos.

—Echenle agua antes de tocarlo, así se calmará.

Se calmaba cuando nos retirábamos para evitar su picadura y su invasión, pero ya húmedo se metía en las ranuras, se adhería refunfuñante en ladrillos o maderas hasta que el agua se evaporaba y volvía la escoba para alborotarlo. Ni enjambres ni avisperos

lo igualaban en su alboroto. A veces la escoba sola por su cuenta sacudía el polvo, barría por vicio lo ya barrido sin quién la condujera, golpeaba la cabeza en una piedra hasta quedar extenuada contra la pared, así desfallecía por agotamiento. En noches sin luna oíamos remover sus pobres flecos en rincones oscuros. Hoy, lejos de su muerte, su espectro trata de sacudirme el vano polvo de las ciudades.

—¿Por qué no me decís que me querés?

Libia pone temblor en su mirada.

—…Sos tan seco.

“Una vieja seca-seca,
seca-seca se casó
con un viejo seco-seco
que de seco se murió“.

La sombra de Libia se acerca a la mía. Es muerte saberse a una persona, adivinarla movimientos y preocupaciones, perdida cualquier posibilidad de asombro. O saber lo que uno ha sido y será, repetido hasta la obsesión. Ofende conocer a los demás, a nadie le gusta que le esculquen trebejos ni que le esculquen calzones ni que le esculquen la vida. Algún pájaro azul debe silbar detrás de unas ropas colgadas. ¡Se le cayeron los calzoncillos al Pájaro Azul!

—¡El Tiempo!
¡El Espectador!
¡El Colombiano!

—pregonan, todavía lejos.

—¡Atajen *El Tiempo*! —gritaba mi vecina. Suplementos dominicales, historietas en colores, crónicas chambonas, poesías y cuentos para la vanidad de unos autores anémicos: los *cómics* de aventuras sabidas, la moraleja para no caer del todo.

—¡Paletas y conos *La Fuente*!, ¡paletas!

Van apagándose las explosiones del motor del segundo bus. La esquina. (Tu esquina, Rocío, su balcón esquinero, Piedad Rojas. Balandú de tapias blancas y tejas ocres). Y ellas, muchachas de catorce años que tenían su esperanza entre las piernas. El pueblo era, también, la tristeza más grande, cuadrada como su plaza, larga y sola como sus calles, silenciosa como los viejos. Triste como la mirada de un niño idiota, como una espera, como el beso nunca dado, ella en el silencio.

Y tras el silencio, la mano vacía. Ella estuvo llorando. Pensé en aquel llanto, humedecí las palabras.

—Nada se evapora tan fácilmente como un llanto de mujer.

Y en ese silencio también haber soportado sus peores días. Ahora esos días son vapor de llanto.

—¡Vivan las frases idiotas!

Se acaban algunos afectos pero la vida sigue. Irse no pasaría de ser la última forma de quedarse, mientras uno mismo se aleja. Nunca han existido caminos de regreso. Ella bailaba conmigo, pero a la segunda pieza entendí que bailaba con su recuerdo. Era otra forma de continuar siendo infiel sin culpa reprochable. Entendí porque me convenía. Estuvo llorando largamente, su más cómoda manera de la deshidratación: el amor se fue ahogando, en aquellos desbordamientos, con barrizales en sus orillas.

Lo provinciano en mí, el salto abusivo. Estaba alto, soñé, más alto, Rocío-Piedad. Alguien al llamar rasgó mi sueño, mi creencia. Asdrúbal, Libia, Claudiafuga. Caí en mí mismo, así caería en un pozo, ando en la noche *como un ciego que pinta con carbón su nombre en las murallas*. Rómulo. —“Vete de mí” —me dije—. “Saldrás de mi cuerpo”, y me fui con Rocío-Libia. Al verme alejar quedé más solo.

¿Dónde la verdad? La verdad es una forma de quedar bien con las personas sin desmentirse totalmente: en ese pequeño vacío de una duda dudosa se me fue perdiendo la autenticidad, tenía que venir la descarriada, y en ella el remordimiento. “El hombre que tiene remordimientos es el verdadero salvado, porque tiene alguna idea de la verdad”. *Balzac*. Gracias, viejo.

Tres muchachos juegan pelota entre acera y acera, aguardan el paso del bus, gritan cuando las llantas amenazan su pelota, desaparecen correteando al cruce de las esquinas. Llega una voz de mujer; sin pedir permiso pasa los muros, esa voz; se sienta en algún sitio del aire, la voz, ligeramente resquebrajada. —"Tranquila" —pienso, y puedo escucharla mejor. Esa voz desvalida me dice cómo el mundo está mal hecho. Nos ponemos de acuerdo en este detalle.

—¡Julia Rosa! —gritan dentro de la casa.

—¡Ya voy! No dejan resollar ni en día de fiesta.

Libia mira hacia la voz, yo a mi casa distante en el tiempo. Luisa la hermana mayor, madre ya de los hermanos pequeños, confiable, desprendida, aparadora de golpes, intermediaria. Luisa, ante ella aprendí otra verdad antes ignorada: la bondad es la mejor forma del talento, su expresión sin ínfulas, su realización ante la especie. Luisa. —"¡Luisa!". El mismo llamado. Meses, años, años, años. Días, meses, años. Años, meses, días. Mesesdíasañosmesesdíasañosmesesdíasañosmesesdíasañosmesesdías.Años Días.Meses.

—¡Luisa!

—Señora.

—Luisa.

—¡Señora!

—Luisa…

—Señora…

—Luí, ¿no estás oyendo? Decí que entren la ropa, va a llover.

Y a toda hora —las cuatro, las cinco, las seis—, siete, diez, doce, con dolor de cabeza, sin dolor de cabeza, con dolor, sin cabeza:

—¡Apaguen la tina del agua!

—No apaguen la tina que me voy a bañar.

—¡No dejen prendido el fogón!

—Encontré dos pocillos desorejados, no hay vajilla que resista.

—¿Quién abrió la puerta de la calle?

—¡No tiren basura al suelo, Dios mío!

—¿Ya sacaron la caneca?, ¡a las siete pasa el carro de la basura!

—Desconecten la plancha.

—No dejen remojándose el jabón.

—¡Cuándo van a regar las matas!

—Apaguen los bombillos, subió a noventa y ocho pesos la cuenta

este mes.

—*¡Paren El Tiempo!*

Reclamos de la madre heroica venciendo la vida, la vida arrinconándonos después de haber copado las alturas. Luchas anónimas, orden, educación para cada minuto que se vive y se muere. Importante ser importantes. —“Lo importante es la canción” —decía Eusebio Morales.

Me lo dice el corazón
cuando lo pongo delante:
en la edad o en el instante
lo importante es la canción.

—Luisa, ¿dónde estás?

—Aquí.

—¿Dónde es aquí?

—Ya voy.

—Luisa.

—Señ.

—¿Te volviste sorda?, la sopa se enfría.

Su voz en el aire quieto, sus ademanes optimistamente desolados. No sé si llegaron tarde las palabras, como siempre. No sabría decir si este diluirme en las voces ajenas es olvido de tu voz; no sé, madre, si esta rabia que a veces me enrojece equivalga a un olvido de tu voz. Ignoro, vieja, si cuando me detengo en la calle sin palabras que me detengan, trato de oír el paso de tu voz; ignoro, señora, si al continuar el paso, tranquilo, fue porque oí tu voz. Ya nada sabría sin tu voz, vieja-madre, figura alta, encuentro definitivo, algo me llama en la noche, apenas escucho el eco de la voz de quien llama en la noche. Palabras tuyas bautismales, serenas sobre el alarido, encontradoras. Ya no sabría, madre, si soy solo un pretexto de tu voz.

Cuando no tengo palabras porque las palabras se gastaron, recuerdo tu rostro, única voz para decir la claridad. Siempre estarás por todas partes, madre, tampoco sabría con qué pena llenar tu vacío, trato de irme por otro rumbo contrario al de tu fuga tan suave, tan tuya: seguiste soñándonos, sencillamente.

Arriba dos aviones, ruidos familiares al cielo; ruidos familiares dentro de la casa esquinera, regaños y tarareos, un serrucho y un martillo, trastos, muebles cambiados de sitio sin ton ni son, eco de otros

ruidos de otros ruidos de otros ruidos de.

—Ayúdenme a correr este escaparate.

Si salieran los muebles en manifestación contra su destino; si mesas y camas y taburetes tomaran por asalto calles y cruces y avenidas; si radios y televisores y tocadiscos llevaran su enojo a la plaza pública, si escaparates y lámparas y repisas y sillones y neveras y aspiradoras y parrillas y estufas y escritorios y mangueras y bancas y cuadros y caballitos de Ráquira y Cristos de madera marcharan solidariamente, bravos y arrasantes, ¡Santo Señor de Balandú!

—¡Por qué no entramos, Bernardo!

El bus para con su motor encendido, el viejo continúa mirando a la mujer desde su ventanilla, tuerce una sonrisa desdentada hacia la puerta por donde baja el borracho. El que dirige el grupo muestra su rostro redondo salpicado de himno nacional y una elaborada autosatisfacción en sus manos regordetas.

—En esta esquina es donde ocurren más accidentes; hace dos días una señora murió bajo las llantas.

—Se suicidaría. El suicidio es la última etapa de la muerte natural.

—“Antes de quitarse la vida…” —empezaban en La Gran Tijera como si se tratara de quitar un bicho peligroso. Ya nada tenía para olvidar, entonces se dio un balazo que le mojó un poco la sien derecha. La sien olvidó su fatiga. —“Se botó la tapa de los sesos” —remedaban, o humorísticamente para noticia policial: “Lo apuñaló con un afilado revólver”. Frases ridiculas en este redondo dolor de cabeza, en ocasiones hay obligación de ser ridículos, o estallar.

—Ojiemos los periódicos.

Llega el voceador, las noticias del mundo en su bicicleta.

> *A treinta mil ascienden los muertos en la batalla de… La tierra se desplaza cada vez más lentamente en su movimiento de rotación. Se acerca la conquista del espacio. Sin embargo, sería imposible llegar a…*

—A lo mejor no han pronunciado la palabra exacta.

—¿Quiénes?

—Ellos.

—¿Cuál palabra?

—Kaulakau.

—¿Qué decís?

—*Kaulakau*, llave universal de todos los cielos, ¿viajarías al limbo en cohete? .

—¡Bernardo!

—¿Te casarías con un venusino?

No estaría mal si cayera cerca un habitante del espacio, intactas sus antenas o lo que tenga, si es que tienen y son. Los habitantes de otros sitios serán como bruma, como fuerzas solas, como recuerdos y pensamientos diluidos, como tiempos invisibles y concentrados, como energía sin músculos. Serán una etérea sensación de ser… ¿En el espacio habrá domingos y cuatros de la tarde y equis minutos? A seis mil millones de años luz, las galaxias se desplazan a la mitad de la velocidad de la luz; al doble de aquella distancia…

—¡La catástrofe!

Dentro de poco miles de astronautas—¡astronautas!—, dando vueltas y vueltas de insectos a la misma pelota, deslizándose a otros mundos, habitando satélites artificiales y colonias humanas, tomando píldoras semanas y semanas.

—¿Sin bañarse?

—¿Quién?

—Los astronautas. ¿Qué marca de jabón recomendarán los astronautas?

Olor de jabón del baño, olor de libros de mi biblioteca, olor a queso en la nevera, olor a piyamas, olor de ausencia y silencios, olor a mí mismo. Rocío. Asdrúbal. Rómulo. Piedad Rojas y sus ojos rubios, Balandú adentro, *Diablo* de Juancho Durán. La esquina. Tapias blancas del pueblo, sus balcones. Olores agrios, dulces olores recatados en la aldea.

—…Habrá nuevos utensilios, nuevas cremas dentales, desodorantes nuevos. Habrá otra manera de morir.

Mi sombra estira el cuello por desprenderse una molestia, la otra permanece inmóvil como la de lo que ya no debe moverse. Invadiremos tantos pobres planetas, si ellos no nos han invadido todavía. Planeticas colegas, simples cantos rodados en el aterramiento del espacio. Pobre tierra mía, vagando por ahí, sin recodo en qué asentarse, al azar que todo lo dirige. Si hay dirección.

—Nunca hacés nada por agradarme, nunca-nunca-nunca. Ni te ponés la corbata que escogí para tu cumpleaños.

—Ya no tengo cuello para corbata, Libia. Mi cuello sólo admitiría una soga. ¿Sabías que Alfa del Centauro es la estrella más cercana de

nosotros?

—Bernardo, vos creés que no te quiero.

Cuando le da por la ternura se pone a inventar recuerdos de hechos presuntamente compartidos conmigo, hay algo falso o acomodaticio en su memoria. Siempre me dio la impresión de que vivía con timidez deliberada, para aumentar esa sensación en el recuerdo; en este sentido era creadora, por la vida que ponía en todo aquello que nunca se atrevió a vivir. A veces pienso que la mujer sólo tiene opiniones, y una idea bastante melosa del sacrificio si le da por ser heroína. Pero las mejores que he conocido han sido heroicas sin echarlo en cara, sin colocar panderetas de sexo a la vida.

Remordimiento por lo que no he cometido, sensación aplastante de haber echado a rodar el mundo y haber perdido la inocencia y haber creado la especie humana y haberme equivocado en la totalidad de mis actos y desperdiciado objetos y oportunidades, sin nada más arriba para que me perdone. Sentirme con trescientos cincuenta años robando recuerdos, apabullado por crímenes que me obligan a que sea su dueño.

—Me quedó mal hecho.

—¿Qué cosa?

—El mundo. Perdóname.

—¡No te metás con Dios!

—No me meto con él ni él se mete conmigo. Nos ignoramos pacíficamente.

—¡Vos no sabés nada de Dios!

¿Que el hombre nada sabe de Dios?: Tome Alka-Seltzer. ¿Que la muerte llega con acidez?: ¡Tome Alka-Seltzer!

Al fin de cuentas Dios pasó a mano de ellos, los avaros de Dios: lo guardan sin tocarlo; les llegó por herencia o por hurto o por abuso: Dios sigue siendo El Intocable. ¿De qué color serán los guantes de Dios, los que debió usar para no tallarse en la creación? ¡Si uno ignorara el color de su camiseta!

—La otra vez dijiste que con lo de no sé qué bicho… Ni cumplís con la iglesia.

(“Podría volverme e irme con los animales, son tan plácidos… No lloran sus pecados. No me fastidian discutiendo su deber para con Dios”. Walt Whitman, *Leaves of Grass).*

Hace tantos años de eso. Aunque lo suponía al final de todas las dificultades, cuando el hombre por sí mismo las había vencido, veía pueril esta manía de convertir a Dios en mandadero que acude a la

primera llamada. Pero me aquejaba una desesperación tímida: durante mucho tiempo lo perseguí, su voz acechaba detrás de los árboles, al lado del pecado en llama castigadora, vigilante, definitiva.

—¿Qué buscás en las zarzas?

—Al que arde entre las zarzas.

—Si se esconde tanto, ¿para qué buscarlo? —dijo Roberto. Pues si Dios se ha interesado por nuestro bien; si realmente ha querido nuestra felicidad o cuando menos nuestra salvación, ¿sería posible concebir un ser más fracasado?

Me dieron ganas de llorar, por eso quise inventar penas; cuando las inventé llegue a comprender que eran auténticas y mías, lo que no pude inventar fue cómo alejarlas.

Y las preguntas de cajón:

—¿Si Dios existe sólo en cuanto es un sueño del hombre?

—¿Si los hombres no existimos al no ser más que sueños cansados de Dios? "Y Dios dijo: Acabo de despertar de un sueño". *Paul Valery*. ¿Leiste a Barba-Jacob?

> …*En vano su frente humilla*
> *y clama el hombre: Tal vez Dios sueña*
> *y ésta es acaso su pesadilla.*

Hoy siento lástima porque no ha nacido en el corazón y apenas revive en altas oraciones. Pensaba que le faltó humildad y sentido de las proporciones: se metió con muchas cosas al tiempo, era de esperarse que le salieran mal; hasta me parecía vanidoso crear al hombre con el solo fin de probar su existencia y buscarse aduladores.

Hace tantos años de eso…

—Dios no llega, ni nos ve, ni deja de ser pues ni siquiera ha sido: Dios es tiempo. No me gusta discutir sobre él.

—¡A Dios no se le discute!

—Le falta seriedad, está acostumbrado a ganárselas. Si no existe no es culpa de él, harto ha bregado por existir.

—¡Bernardo!

O tal vez sigo equivocándome, Dios era un pésimo teólogo, le faltó la soberbia de sus panegiristas.

—¿Sabías que el rey Acab consultaba a cuatrocientos profetas a sueldo?

—¿Y qué?

—Siete días es poco plazo, fíjate y verás.

—¿Plazo para qué?

—Para hacer el mundo. Además fue lo primero que hice. No trato de disculparme, te pido comprensión.

Aprieto mi cajetilla de cigarrillos, acerco la punta de uno, echo humo, miro al suelo. También el humo tiene derecho a su sombra, y el cigarrillo destruyéndome, ¡será veneno!: hulla-brea-nicotina en los pulmones, taquicardia juguetona, úlcera en la garganta, asfixia, cáncer. Trópico de Cáncer, formidable nombre para un poderoso animal. Humo de café, suburbio adoptivo. Chelito Leucemia, Juana Perucha, Nohranegra.

Tendida en el diván,
fumar y amar…

¡Cuidado con tus cuchillos, Jairo! Chas-chas-chas, tus cuchillos *Lunes, Martes*, los bautizaste Jairogárdel, vos, caprichoso maricón criado por tías abandonadas, Rocíomadre, valor adolescente, compañero del tango, cuarticos soledosos, en tu madera la navaja labradora.

—¿Te gusta el tango?

—¡Qué vulgaridad!, con él no hacen sino trasnochar y tomar trago.

—Y vida, Libia.

Cerrame el ventanal, que quema el sol
su lento caracol de sueño.
¿No ves que vengo de un país
que está de olvido, siempre gris,
tras el alcohol?

Es de Cátulo Castillo, con música.de Aníbal Troilo. Se llama “La Ultima Curda” y lo canta el flaco Goyeneche.

—¿Qué asunto?

—El tango que estoy pensando, *curda* en lunfardo es borrachera. “Que está de olvido, siempre gris…”. Esa era mi luz de ceniza: en lugar del sol era mi pena la que trataba de alumbrar.

Tal vez el tango llene el vacío de la soledad; puede ser la persona que soñamos un día, o la tuvimos, o la que jamás existió y pudo haber sido si la vida no nos hubiera atrancado. El tango es también nuestra insuficiencia total. En ocasiones nos da vergüenza la pena barata,

hundirnos y renegar en ella y colocarle nombre propio con el objeto de…

—¡El tango es una porquería!, lo dice mi papá.

Y si el papá lo dice…

Vos sabés que fuiste para mí
la luz en mi cabeza alocada,

entonaba Eusebio Morales hacia el balcón de Piedad Rojas. Tango, coito apesadumbrado y rencoroso, entrega por despecho, cercanía de la muerte que se fue de la muerte, y la que llega. Nuevo folclor de las ciudades subalimentadas en amor y pan. Cuando minimiza a las mujeres, les choca al sentirse pretexto para el amor de reclamo, canción del subdesarrollo. Error mío pensar que en su sexo cabían todas las cosas: cabía otro sexo, nada más, y lamentos de entrega o reclamo. Me vería autorizado a pensar que algunas mujeres no piden que las amemos: piden que las tapemos; si se le pone tapa al sexo, se desvanece la palabra amor. Cuando menos se tranquiliza.

—Le gustan mucho los tangos a Jairogardel, tiene su pieza llena de recortes. Se aprendió de memoria mis oraciones al diablo, todas mis destangadas. *Waldo Frank*: El tango es la danza popular más profunda del mundo. *Ramón Gómez de la Serna*: Tocan otras músicas para que se cierren las heridas, pero el tango toca y canta para que se abran, para que sigan abiertas, para recordarlas, para abrirlas al sesgo. *Ezequiel Martínez Estrada*: Quizás ninguna música se presta como el tango a la ensoñación. Entra y se posesiona de todo ser como un narcótico. *Enrique Santos Discépolo*: El tango es un pensamiento triste que se baila.

—¿Por qué no aceptás lo de la Universidad?, enseñar es una bonita profesión, mi papá sigue dando clases.

¡Déle con su papá-ejemplo-de-futuras-generaciones! Se fue estrechando de hombros —se fue estrechando de alma— y según el abdomen iba creciendo, su alma también se hacía barrigona; cada vez más parecido a un huso de rutinas, a un hinchado aparato de hacer moralejas, más enfáticas mientras más comunes, pura retórica del regaño. Cuando alguien deja un vicio que lo tenía dominado, se convierte en moralizante enemigo de ese vicio; en el fondo es envidia frente a quien aún puede seguir con ese vicio sin que le haga daño. Hasta me molesta que no tenga la menor duda sobre mí, ignoro si porque piensa que soy un castrado, o si no me tiene desconfianza porque no me cree capaz de nada.

—Tu papá lo dice. Tu papá.

Tantas carnes sobrantes en ese cuerpo, tantas palabras sobrantes, dan ganas de poner una post-data devolutiva. “Rechazado por inservible”. Su cinturón tenía duras señas de la hebilla en cuatro ojales, así entendí que normalmente corría la hebilla al primer ojal si permanecía de pie; al segundo para sentarse, al último después de comer; y uno flotante según su genio, su vanidad o sus indigestiones. Salían fatigadas las frases porque eran fatigadas las ideas que pretendían repetir, y el cansancio de ideas y frases desgastaron también la expresión de su rostro, el movimiento de hombros y brazos, como constancia de que el mundo no pasa de ser una vieja, gastada e irrazonable servidumbre.

—¿Sabés que vamos a cambiar de casa?

—Ya me lo dijiste. ¿Dónde queda?

—Ya te lo dije, en pleno centro.

A eso llaman casa, como estos acorraladeros que edifican en la esquina. ¿Dónde la habitación del hombre? Saberse la mancha por un descuido del tejado; saberse los nudos de sus vigas, las vigas de su techo, los techos de cuartos y corredores. Una hendidura en la pared, su desajuste en la puerta, un torcido en alfardas y soportes. Saber del ladrillo rajado y de la teja hendida; saber el crujido en la madera, la desviación del caballete, el desnivel de un muro, la textura en aleros y pendientes. Todo el peso del tiempo en los viejos materiales.

Pero saber también el color de sus rincones, el amoroso irse corroyendo de las cortinas, el desmadejamiento de los años sobre cada elemento. Y el abrigo de su altura, la paz del aire transeúnte, el calor de pasos perdidos y respiraciones olvidadas. El tubo del agua que chorrea a destiempo, el caño de piedra suelta, el palo caído del tranquero. Las voces unánimes desde un coro *más allá* todopoderoso.

—¿Qué te parece?

—Van palo arriba.

—¿Sólo eso se te ocurre?

Y todo lo de encima: coja grandes colas para tomar el bus con vergüenza de viajar en bus; busque el cine barato, con pena de entrar al cine barato; frecuente almacenes de artículos rebajados o a precios de quema por desperfectos o cambio de local; pregone la amistad valiosa recién adquirida, la invitación ocasional al alto mundo, los proyectas de un futuro deslumbrante, ensaye modales de antiguo prestigio. La lotería. La lagartería: lagartería es nuestra manera de nombrar el

arribismo.

—¿Qué decís?

—Descubrí que los reptiles no sueñan. ¿Cómo puede vivir un animal que no sueña? Los gatos pequeños viven soñando.

—Todo te da risa.

La risa salió de una boca ancha, tropezó en el rostro de Eusebio y cayó al suelo, de mala gana. Pascasio dio a la risa una patada en las nalgas y la echó por la puerta. Sólo entonces cerró la puerta por donde la risa había salido. Porque había una puerta, seguramente para entrar o para salir, o para ambas cosas. Alguien debió construirla, hace más de dos o tres días porque están gastados los goznes y la madera aparece vieja de verdad.

—Pobres risas caídas.

—…Además vos escribís bien y el decano insiste, ya has dado clases de Literatura.

—Con Mayúscula, por supuesto, como una tos del Tío Pompilio, el botánico. Aunque en sus años sólo ha querido un chirimoyo porque le gustaba su fruta, porque le recordaba el solar en su niñez de hijo único. Cuando lo vi sentado al pie del árbol, se me pareció a un hotentote aburrido, capas de una frase:

—La aromosa flor del chirimoyo.

Entre los animales respetaba al murciélago, tal vez porque siempre lo vio en la soledad.

—Libia, el murciélago no pasa de ser un oscuro pájaro con tetas y sin huevos. Menos mal que utiliza su radar.

Eso, y la verdad también al fondo de las recriminaciones. Tal vez llegué a pensar que el color miel de sus ojos daba una entrañable dulzura a su mirada. Pero la verdad es inservible si no va acompañada de calor distinto, de distinta generosidad, de vida sacudida. O verdad y honestidad serían simple resultado del cálculo.

—…Yo no pensaría dos veces lo de las clases.

—Yo pensaría un cuento si no fuera domingo a las cuatro y tantos de la tarde en una esquina de sol, tendría qué anudar también las palabras: se oiría el pugido de la literatura. Se oiría la circulación de la sangre en mi primo.

—¡Bueno!

CATEDRA DE LITERATURA

Maestro es aquella persona a quien
deseamos parecemos.
Fernando González

—¡Ah, La Primavera, muchachos! Aspiren este perfume de dioses. ¿No sentís la primavera, muchachos?

—Sí, señor profesor.

—Todo bucólico, ajeno al ajetreo vano del mundo. ¿Qué hacer si el mundo se derrumba en otras partes?, el mundo no es nuestra culpa.

—Sí, señor profesor.

—Pero lo importante, ¿en vuestros corazones sentís La Primavera?

—No, señor Profesor.

—Entonces, muchachos, futuro de La Patria, ¿en dónde sentís La Primavera?

—En el culo, señor profesor.

—…¿Te enamoraste de alguna alumna? Me dijeron que las alumnas se enamoran del profesor.

Los celos, por supuesto, y en ellos la inseguridad junto al reclamo. Imagino en un montón a quienes interfirieron mi pasado, para bien o para mal, con rebuscados celos retroactivos, les molestaría adivinar hasta cuándo yo sabía comunes sus armas: este no ignorar que las demás tienen lo mismo que ellas, en idénticos sitios y para fines idénticos. Señores del Jurado: Estoy contento con lo que la mujer lleva, dónde lo lleva y para qué sirve. Yo firmo al pie toda la creación. Aunque nunca nos perdonan que las nivelemos en lo que son iguales, la diferencia estaba en lo que les ponía de mi parte, a eso llamaban amor. “La gruta húmeda, el refugio siempre abrigado donde el hombre descansa de caminar hacia la muerte”, dijo Khrysis.

—¿Has leído “El jardín perfumado para la recreación de las almas”?

El Sheik Sidi Mohamed el Nafzaui es amigo de la vida.

Se quiere a cada una pero no tienen por qué estar reunidas, ni en el recuerdo: no se reclama la ausencia de la letra Pen las sílabas de *Madre*. Todas tendrán cabida a su hora, tendremos cabida en la gruta amorosa, “Su forma asemeja a la huella del casco de una gacela en las arenas del desierto”.

—Me enamoré de trescientas trece, Libia, tenían qué socorrerme El

Ejército de Salvación y Las Hijas de María, sin contar tres guardaespaldas armados con metralleta. Ellos protegieron mi virginidad.

Dictaba clases para ese muchacho inteligente de aspecto desamparado, torpes sus movimientos, cojo del lado derecho, gestos inseguros, calzones de tiro largo, zapatos retorcidos, encogida mucha cosa en él; un peine verde asomaba por un bolsillo lateral, la punta de un pañuelo en arrugas. Sólo había decisión en sus ojos inteligentes, en la boca terca, en la frente reflexiva, y una chispa cercana siempre a él en espera de la llamarada.

Y para los ojos azules y atentos de la judía enamorada de George Raft, su aire de arrobamiento y premeditada atención. Hacías carrizo con tu pierna izquierda, yo miraba tu pie, la punta del zapato transmitía el latido de tu corazón. Si esta pequeña convulsión me causó gracia, después supe que me estabas mirando porque el latido aumentó su fuerza, en la punta del pie vi estremecerse un poco de tu alma. Entonces adiviné que podrías quererme, te dediqué sueños en color. Más tarde fuiste entrando silenciosa en mi recuerdo, como si nunca hubieras salido, haría más bulla un par de ojos insomnes al cerrarse.

Rocio, Claudia-fuga, Gilmarina, Marizabel. (Y usted, Piedad Rojas: una noche bajó las escalas del teatro parroquial en el estreno de *Gaspar y Carot*, cómicos y magos, y Magda Cruz, la adivina. Nadie podría descender por unas gradas con tanta majestad). Y cuando aprendíamos aquellos relatos del buen Gallegos en *Cantaclaro* y *Doña Bárbara*. "De más allá del Cunaviche, de más allá del Meta, de más lejos que más nunca —decían los llaneros del Arauca, para quienes, sin embargo, todo 'está ahí mismo, detrás de aquella mata'—. De allá vino la trágica guaricha. Fruto engendrado por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india, su origen se perdió en el dramático misterio de las tierras vírgenes".

O el baño en la mañana de Altamira, llano adentro: "¡Arriba, Marisela! Está fresca el agua del pozo. La enfriaron las estrellas que estuvieron pasando toda la noche sobre el brocal. Todavía quedan algunas en el fondo. Anda. Sácalas con el cántaro y derrámatelas encima. Te dejarán toda limpia, como siempre están ellas". "A un mismo tiempo estaba saliendo el sol y poniéndose la luna, y el palmar se estremecía como un bosque sagrado en el silencio del alba".

Me gustaba Gallegos, gustar es un argumento en la razón. Si hay escritores inteligentes o escritores seguros de ser clásicos modernos o futuros modelos de catafalco, hay también ese tipo de escritor válido

aunque no sea inteligente y seguro como los otros; en ellos la literatura como juego bravo, su capacidad de incitación, de penetrarnos y dejarnos algo que desde antes nos pertenecía, no encontré las cosas importantes en las verdades de aquellos sabios forasteros… Ciencias para advenedizos, conocimientos a la moda, fraseología de buen correr y deslumbrar, conceptos de pantalla para evitar el hallazgo de las verdades humildes, porque a veces la lucidez del erudito obnubila tanto como la ignorancia. —“Imposible que una cosa tan clara sea profunda” —diría, oscureciendo su rostro.

Lo fácil de la literatura, pero también estos frescos relatos de Rivera y Gallegos para nuestro descubrimiento. Y el descubrimiento de ellas, las colegialas, cómo se asexuaban, se aniñaban y bondadoseaban en sus sillas tomaapunteras; y ellos, atentos a la perorata de un profesor de estreno.

Y vos, muchacha de nombre olvidado, sobaban tus pestañas el cristal de los anteojos, la tupida patilla presionada por las patas de carey, las cejas interrogantes. Al agachar la cabeza adivinaba la pelusilla del cuello bajo el corte de gamín. Tu camisa blanca abierta al tercer ojal, la curva suave del hombro, los senos apalomados, nerviosa la mano contra el papel, los dedos en el estilógrafo, de los cinco a los quince años, de los quince a los veinte… Una vez la vi poco antes de cruzar una esquina, hermosa y con aire ausente en la misma sonrisa recordadora. Cuando volví los ojos a su sitio, seguí viéndola porque la muchacha seguía existiendo en la mirada.

(Piedad de Balandú… En una alumna la vi reír a usted como aquella única vez que rió: se dispersó su risa pero yo la recogí del aire y la guardé cuidadosamente; cuando la recuperé en la noche, alguien se asustó al oírla. Yo mismo, en otro sueño).

—¿A ellas les servirá el lenguaje? De todas maneras la gente se entiende.

De todas maneras la gente no se entiende. O había nacido para fugas distintas de las obligatorias tipo casero y parroquiano. Nos prohibían el extravío y la equivocación, pero se dislocaba la verdad revelada, caía sin la previa condición del error y el extravío. Verdades tan rotundas como una mentira cualquiera, si era presuntuosa la verdad. O la mentira. El descubrimiento vendría tras la desazón del camino, de la escogencia errada de tantos caminos que llevaban a idéntica vanidad. Tener o no tener razón era otro juego de azar en la truhanería del hombre, yo deseaba ideales por viejas palabras sin tiempo, y por simple orgullo: quien se abstiene de ideales está a la orden del mejor postor; yo

quería volver a mí mismo y no decir luego que mi adopción improvisada era el ideal buscado tan rabiosamente. Algo en mí detesta a quien no cree, a veces la falta de fe es un camino de la comodidad. Gentes automáticas y frías, que no tienen siquiera una canción a su lado, una historia *qué no contar*,; me agobian esos nadaizantes que nada ven porque nada llevan. Desconfío de quien tiene interés personal en no creer si ello le trae ganancia a largo plazo. Mi profunda fe en el escepticismo… Sólo la muerte, al final de los dados cargados.

Pero también la muerte, de tanto repetirse en palabras, tomó confianza al lenguaje y se debilitaron sus contornos. No se describía el amor, no se escribe la muerte: se hacen discursos sobre la muerte y el amor. Pero el sacudimiento, ¿dónde? Al fin apenas eran un punto de referencia, guía vulnerada para seguir el resuello. Buscaba. Fueron los días de mi primer regreso, la sombra mía, la de mi padre… Si lo recuerdo, algo se despierta en mí, habitualmente dormido. Era un pequeño gigante, o un enano fuera de lo común; es decir, era un hombre normal.

—Mi padre tenía respiración cálida.

Libia mira, imaginándolo.

—¿Cuánto medía tu padre?

La estatura dependía de los ojos que miraran, cualquier estatura sería asunto personal.

—Entre un metro con setenta, y dos con veinte.

—¡Eso no es medida!

—Era la medida de mi padre. Eran los días de la disidencia… Era un hombre bueno, mi padre. Era un hombre.

Tal vez no servía el lenguaje heredado. Tal vez desde entonces venían equívocas las palabras.

—El lenguaje nos comunica con Dios. ¿O nos distancia?

Nunca lo había pensado; ahora que lo digo, entiendo cómo las palabras tienen razón, ellas por sí mismas iban descubriendo la verdad como si tuvieran propia luz con qué abrir trochas en la noche.

Libia no tiene por qué entenderlo, o pondría las frases al servicio de su afán. El lenguaje nacería en el hombre por la necesidad de acusar o suplicar o resguardarse. —“¡No me perturben! —sería el primer pensamiento que buscó palabras frente a la enemistad de la naturaleza, y un ojo oteante, aterrado en la noche. Después vino lo de pedir perdón y echarse encima culpas y castigos. El lenguaje nació por urgencia de la plegaria.

—¿Aceptarías eso?

Español, esperanto o volapuk, el lenguaje nos comunica con Dios: Dios es el lenguaje.

—No te metás con El.

Mi primer encuentro con Dios empezó en una cantina, *Nuevo Mundo* del asombro primero. No nos entendimos bien, según parece: cada cual ignoraba el lenguaje del otro, lo importante sería guardar silencio en todos los idiomas. Tal vez el idioma de Dios es el silencio.

—"Hablando es como se encuentran las ideas; también las palabras y nosotros mismos en nuestras propias palabras; también se encuentra todo y ya no se es huérfano". —La Vieja en *Las Sillas*, de Ionesco.

—Autor bastante atembado.

—¿De quién hablás?

Hablando se le ocurrió a Dios la creación, fue asunto de habladuría y chismorreos, en el principio fue El Verbo. No, en el principio fue el silencio, única presencia avasallante, el silencio es característica divina. Después llegaron los grandes coros creadores.

Pero los dioses se han caracterizado por su lenguaje de tempestades, plagas, pestes, guerras, terremotos, algunos también han usado uno familiar en la mitología. "Apolo no hablaba más que por el graznido del cuervo o el gruñido del azor. Minerva ululaba con el mochuelo. Marte parloteaba con el picoverde; Vesta chillaba con el quebrantahuesos". Pero me falta mucho para el lenguaje de los sonidos. Crotorea la cigüeña, parlotea el loro, parparea el pato, grilla y estridula el grillo, cuchichea la perdiz, voznea el cisne, rebudia el jabalí, silba la culebra, ronca el gamo, zurea y arrulla la paloma… El ajear de la perdiz acosada, la himpla de la pantera, el croquiqueo de la abeja reina…

—Tus alumnos te querían.

En cuanto rehuía imbecilidades mémororigoristas exigidas por el pensum, hecho por otros imbéciles expertos en ciencias de la comunicación, o los inaguantables de la Epistemología. Nada más peligroso que los epistemólogos y semióticos de pacotilla por ahí sueltos, pregoneros fanáticos de ideas fácilmente envejecibles.

—"Ese profesor nuevo". Y la desvalida justificación: los profesores eficaces no son aquellos eruditos por obligación y recogedores de gazapos, sino los dueños de una convicción. Convicción, no opinión estridente de las cosas. Ahora todo mundo opina, al vaivén de los vientos su criterio cargado del lado que en el momento satisfaga mayor cantidad de ruidos, para esbozar al fin una teoría estética o filosófica a

base de sus propias limitaciones, claudicaciones e incompatibilidades.

—Vos sabés que los poetas y novelistas no pueden vivir de sus escritos.

—Es verdad, Libia, sólo pueden morir de ellos.

Como jamás hice nada,
mi futuro está acabado;
ya no tengo ni pasado
que disculpe mi llegada.

—Tu primo sí sabe lo que es la lucha por la vida.

Yo también: triunfar a toda costa porque la sociedad ha hecho de lo que se llama fracaso un fantasma espantador; ese dilema atrabiliario —lo uno o lo otro— ha quitado a la vida sus matices pacíficos. ¿Qué podría esperarse?, tarde o temprano toda obsesión conduce a la violencia porque hace de la lucha un destino. *Destino*, así llaman los campesinos al trabajo.

—“No ha hecho el destino de hoy”. O: —“Lo empujó el destino” —como repetiría el padre de Libia sobre un cuñado suyo. Por supuesto, el destino tiene por oficio empujar, pero allá se excedió, del empujón le reventó las pelotas. Era un hombre completamente gris, tal vez por eso llegó a casarse con una muchacha alharaquienta: le quedaba como una corbata chillona. En adelante el destino siguió empujando a un ser gacho y adolorido, con las manos hacia abajo, juntas por delante para amamantar ese dolor de seguir vivo.

Palabras que salen de hondo, afloran a la superficie, se abaratan. —“Palabras a cinco y diez, estamos en realización por cambio de local. Arrímense, a todos los despachos, hay que luchar por la vida”.

También ese “luchar por la vida” sigue siendo otro asqueroso deber impuesto a la dignidad humana. Yo seguiría incubando mi pereza, *sucubándola.*

—¿No podría ganarme la vida tocando el *ukelele*? O me la ganaría tocando de puerta en puerta, la más antigua sinfonía del hombre.

—El cardo simboliza el trabajo.

El primo arrugó la frente, pensó que arrugar la frente quedaría bien a su disgusto; bueno, con insinuar dos rayas bastaría al pequeño enojo, así estaba mejor: hasta encontré más accesible su cambio de arrugas y sus consejos remorantes y lugarcomunados en la palabra severa, de admonitor.

—Trabajo honrado, pensamiento en el futuro, seguridad. Eso aviva la llama del amor.

Tendrían que ir los bomberos porque la llama se convertiría en desastre, al fin quedarían cenizas mal dispersadas por el viento. El eterno testamento del amor, corroborado por su mujer. Ante mi frialdad ella habló con embarazo, un embarazo de seis o siete meses, por eso las frases le saldrían barrigonas.

Libia se contentaría, yo aceptaría el duro deber de la lucha por la vida.

—Porque la vida es un mataculín.

Unos arriba, otros abajo, alternativamente. Y todos con posaderas talladas. Pero nos acomodamos, acomodarse es aceptación de nuestra debilidad. Vivir quiere decir casarse, la felicidad domesticada y etcéteras del pájaro azul.

—Donde aguanta hambre uno, aguantan dos.

Cerró y abrió los ojos tan lentamente, que no hicieron ruido los párpados.

—Al pájaro azul lo desplumé, lo asé al horno y me lo comí. Mal sabor tenía ese bicho.

—Por fortuna usted es un muchacho decente —dijo su madre como quien ofrece dos o tres tablas de náufrago, seis rulos en su cabellera teñida.

—Es verdad, señora, en el presidio me lo dijeron muchas veces.

—¡En el presidio!

—Desde antes aquel tipo lo sabía cuando me suplicaba: —“¿Cómo va a asesinarme, si usted es un muchacho decente? ¡Suelte esa puñaleta!”.

—¡Bernardo!

Soñaba por escandalizar guasonamente, aunque sigo preguntándome si al quitarnos el delito no quitaron también la sabiduría. La bondad sanforizada sólo produce almas para el limbo.

Perdoná, Libia, ya tiene joroba la palabra perdón, en ella se sostiene esta vieja y desvalida raza. Yo soy nada más un disidente sin armas donde todo es conjuro contra el simple deseo de vivir, contra un elemental derecho de vivir la vida. ¿Quién me lo permite?

—Lo único que pido es respirar—concluí, asfixiadamente.

RESPIRACION ARTIFICIAL

Morir es lo natural, la vida es el milagro.
Luis Zea Uribe.

> Respiraba por unos tubitos de eternidad que me llevaron a un dolor como para encorvarse del todo. Sólo entonces pregunté si mis pulmones estaban hechos para una eternidad que exigía tanto daño. Contrariando atenciones y amenazas de superiores, novias, amigos y familiares, me quité los tubitos respiradores de otro mundo y me puse a mirar y a sentir las cosas cercanas y desconocidas.
>
> Fue admirable descubrir el mundo, este mundo, y advertir sus placeres avaros; porque al arrojar los tubitos dolorosos e innecesarios, respiré con toda la gana esta cosa que desde hace tantos siglos llaman vida.

—No soy santo, lo confieso: me faltan varias glándulas para la santidad. O me sobran.

—Sé que en el fondo sos bueno.

Escurre más tristezas este sol de domingo, la tristeza parece otro dolor, ya da tajada como una sandía sin color, sin sabor, sin su forma. ¡Agárrese de las nalgas, que se cae!

—Cuando yo muera, ¿se cerrarán los cielos, caerán las tinieblas, se abrirán los sepulcros y muchos muertos resucitarán? Si tal cosa no ocurre, podrán decir sin remordimientos: —“Verdaderamente, este hombre no era El Hijo de Dios”.

—¡Vos y tus relajos!

—Soy un bicho sin vocación de santo.

—Ese bicho que me mostraste…

—Una *Mantis religiosa*. No debía tener vocación, por eso se salió del convento cuando entró La Viuda, una hermana de Eusebio y de Paula Morales.

“El nombre de Mantis, profetisa, que los antiguos dieron a este animal, es ya significativo: Aristarco, en efecto, cuenta que se le atribuía el mal de ojo; igualmente su mirada es la que causa la desgracia de aquellos en quienes se fija. Su nombre es empleado para denominar las gentes insolentes. En Roma, su poder mágico era conocidísimo: si alguien caía enfermo, se le decía: —“La Mantis te ha mirado”. Hasta parece haber desempeñado un papel religioso. Y, efectivamente, figura sobre una moneda proserpiana de Metaponte, junto a la espiga sagrada

de los misterios de Eleusis. Dioscárides, por último, nos enseña que se la utilizaba como medicamento”. Roger Caillois. *El Mito y el Hombre.*

Ya en uso de mal retiro, Barbarita consultaba una aeromancia elemental, hacía adivinar los designios de Dios mediante sus manifestaciones de fuerza en los vientos, en las nubes encontradas.

—La Mantis o eso, lo que fuera. Hasta querías amaestrar una langosta.

Vano todo empeño del hombre.

—Tampoco tenía vocación. ¿Sabés que la langosta lleva el oído en las patas?

Roberto el tío se ganaba la vida con unos cangrejos. —“¿Eras pescador de cangrejos?” —“¡Qué va! Cogí siete para enseñarles a bailar. Desgraciadamente sólo aprendieron cinco, los otros dos eran retardados mentales. O para no ser injustos, carecían de buen oído. Pues yo les silbaba y les ponía un disco en la grafonola, pero los cangrejos se fueron de farra y nunca regresaron. Me contaron después que los habían encontrado por las playas de La Guajira dando clases de baile a otros cangrejos. Al fin el obispo me echó porque estaba corrompiendo las sanas costumbres de la Costa Altántica”.

—Nos llevará el diablo.

Eso decía… ¿Quién decía esa vaina, Pascasio?, no recuerdo, si recuerdo no importa. Nos llevará el diablo dijo el obispo, está bien que el diablo alce con nosotros.

Al abrirse y al cerrarse
la vida sigue su juego,
para decirnos a ruego
que vivir es arriesgarse.
No sé si debe saltarse
o turnar gritos y voz,
pero sabemos los dos
por San Pedro y por San Pablo
que nos va a llevar el diablo…
¡Qué tal si nos lleva Dios!

—“¡Usted es un blasfemo! —diría *mi cuñada*. Que sí, que ¡ya!, que no sea imprudente, ¡qué!

La prudencia que hace

verdaderos sabios…

Novenas por tiempos de navidad. Imprudencia, única posibilidad de sabiduría. O lo que se encuentra por ahí, sin saberlo, en caminos prohibidos. ¡Pascasio! El azar no existe, decía Paracelso. ¿O fue otro de esos magos? Y si el azar no existe, ¿en qué vamos a confiar nosotros, pobres diablos?

—¡Sos insoportable!

—Cosas del guayabo, me duele la langosta… Me duele la cabeza.

Langosta. L'Angosta. La Angosta: bocato di cardinale. ¿O fue una cigarra?

Cantando la cigarra
pasó el verano entero…

La cigarra y la hormiga, fábula chambona. "El órgano sonoro lo tiene únicamente el macho; se encuentra tras el último par de patas y está formado por tres pieles o membranas, llamadas, según su posición, timbal, espejo, estriada. El sonido lo produce un músculo muy potente que hace vibrar el timbal; la función del espejo y de la estriada consiste en aumentar el sonido".

Y versitos para hospital de cojos, culpa de la patuda cigarra. *Como tú ya no cantas, ha llegado el invierno*, José Eustasio Rivera. Cigarrería *El Humo*, fume y calle.

Que se vaya al cuerno
la vieja cigarra:
yo canto en invierno.

Insectos de Balandú y sus tierras, caballos-de-palo, chicharras y grillos, midecuartas, mariposas. (Con alas de mariposa formó usted dos cuadros, Piedad Rojas, con plumas de pavo real y toches y carriquíes. Sueños pequeños dedicados a Leonel Restrepo, a Medardo Herreros, a Fabían Mejía, a sus propios sueños enclaustrados).

—Creo que te aguanto porque te conozco, porque te quiero…

—Sí, yo sé que me querés y a tu papá y a tus sobrinos.

Seda la ternura, borrado el dolor profundo de las cosas, pura alharaca del sentimiento. Libia debe ser una mujer incapacitada para el dolor.

—¿Cuándo vas a salir de ese mundo?

—¿Para largarme a cuál?, viajar se hace difícil. “Motivo viaje vendo maletas”.

Estaré en el mundo de *Los Inusitados*, me arrollará esa novela. Conocemos mal las cosas porque nunca nos detenemos en ellas, jamás pasamos de una visión superficial de la superficie. Creemos hablar sobre una cosa sin darnos cuenta de que esa cosa es la que nos hace hablar, habla por nosotros al seducirnos y halagarnos en tal forma que nos pone a pensar, predicar o hacer tonterías mayores por corroborarlas con nuestra depauperada sensibilidad.

—Yo soy anticuado como el canto de los gallos.

—Hay que saber manejar, el gusto para quitar el mal sabor literario que tiene la vida.

¿O todo es una carencia de realidad?

—Bernardo, yo te quiero, lo sabés.

—Sí, Libia.

—Te quiero de verdad.

—¿Y me darás ración los domingos y fiestas de guardar?

—¡Bernardo!

—¿Y me darás la mano cuando cruce la calle?

—No te burlés.

—¿Y me darás la mano cuando cruce la vida?

—Mi papá dice…

—¿Y me prepararás el tetero y me darás de mamar?

—¡Dios mío!

No era burla de este pobre sujeto, muchacha: era la soledad, era la inseguridad, era la tristeza, ese otro escozor de la conciencia cuando desearía lucidez. ¡Las grandes, las magnas, las tontas palabras que quieren bautizar presuntuosamente! Sin embargo, en tu hora hubo serena dignidad, aprendí con dolor ese porte severo que en el momento exacto esgrime tu clase. Perdoná Libia mi soledad maleducada.

Lo escribo ahora, en alguna forma debí quererte, algo en mí buscaba tus miopías, tu estratificación, tu haber sido educada para que perdurara y perduraran los conceptos sabidos, los sentimientos sabidos, el valor inútil. Tal vez nací demasiado tarde, tal vez estaba hecho para otras cosas más bajas que tus cordiales ambiciones, más bajas que el mundo de tus padres, del primo, del Tío Pompilio, de tu barro, de tus obligados menesteres.

Ir a misa, está bien; asistir a las procesiones del Sagrado Corazón de

Jesús, patrono de Colombia desde mil novecientos tres; confesarse por lo menos una vez al año y comulgar para satisfacción de un alma abatida; seguir las normas del buen comportamiento, corte de cabello adecuado, responsabilidad ante el futuro, pasos medidos, la medida respiración. Respeto y acato a las instituciones, agachar la cabeza a las grandes verdades, marcar el paso a las rutinas eternas, bailar al son que van tocando. Tal vez hubiera podido cambiar mis nostalgias por otra pena distinta, un simple recuerdo, podría ser, desplegable como un leve salpicón de viaje. Perdóname, Libia, hasta la falta de amor se cura en el olvido, hasta el olvido se amamantaría del amor.

—El olvido es un animal mamífero.

Perdoná que haya pensado más en mí, perdoná mi aversión a tus manías y contradicciones de superficie. Que estuviera tranquilo, me repetías tanto, que no tuve tranquilidad. —“Tranquilo”. Pero te molestaba si yo no me tranquilizaba cuando lo pedías; me echabas la culpa si no me tranquilizaba después de intentar tranquilizarme por las intranquilidades que me causabas, porque entonces vivías intranquila. Y a cada caída, nueva promesa de rectificación: dos días duraba la gemida eternidad de tu promesa. Mío todo el embrollo, perdónale a este sujeto.

—El varón prudente debe suicidarse antes de morir.

—¿No será peligroso suicidarse en ayunas?

—El varón prudente debe abrigarse y acostarse antes de suicidarse en ayunas.

Hoy pienso en tu corazón, bondadoso si le seguía su ritmo, su capricho vaselinizado para que no hiriera desmesuradamente. Y tu renuncia si no deseabas conseguir aquello a que renunciabas. Y tu no omitir esfuerzo, si el esfuerzo representaba menos esfuerzo que la omisión del mismo. Y tu discreción, si estabas convencida de que captaba y elogiaba esa discreción; y tu solidaridad con mis sentimientos, si esos sentimientos mejoraban tu posición de ánimo.

Y tu interés por mis asuntos, si ese interés halagaba y no te exigía sacrificios amorosamente inútiles o desprevenidos, y el respeto por mi tiempo, si ese tiempo iba dedicado a ti, o a nadie. Y tu capacidad de olvidar la pena que me endosabas y tu necesidad de que la olvidara para no incomodarte, para anudar el derecho de seguir administrándola. Tu vocación de sufrir por tus reiteradas omisiones, y tu imposibilidad de olvidar el contratiempo que causabas y te causabas. Tu no merecido derecho a esa postura y tu indiferencia ante el impacto de esa deliberada manera de ser, yo no contaba.

Y tu seguridad de que todo podría arreglarse con una entregada posición horizontal. Tu confianza en mí, si esa confianza elevaba tus méritos y obligaba a la reciprocidad; tu aparente incondicionalidad, tus silencios dolidos y tu desamparo ante mis bravos silencios. Y ese continuar camino, con algo más que decías convertir en meta: mi presencia asegurada, otra cosa más en tu camino. Y tu escudo, que logré sacar del daño: un corazón atravesado por un pene triste en campo de gules.

No, Libia, no eras tan anodina: anodino era yo, esa irresponsabilidad tardía sigue acompañándome. Siempre llegamos tarde a nuestros afectos, decía Maiakowski: el mundo tiene razón contra el pobre diablo que se rebela, así sea con rebeldías de maletín viajero.

Malos tiempos aquellos en este país desvirolado, casi tan malos como lo son ahora: hay rostros de relevo pero cargan la misma sinrazón, igual desesperación, demasiado grande el cielo, tal vez, para sueños tan sin ambiciones. También yo veía en vos “los

encantos y virtudes de nuestra raza”, y me gustaba un sesgo de tus ojos, y tu boca si no hablaba urgencias egoístas y la curva de tu seno izquierdo. Pero amaba la belleza total, y este amor me ha hecho injusto, entonces también yo era un caso perdido.

—Dejá de soñar tanto —sermoneaban para mi redención—. Vive la realidad.

Dijeron que pusiera orden en mi vida, todos lo dijeron. No sé si fui yo quien la desordenó, si fueron otros, si fue la vida. Nadie podrá ordenar lo que está contentamente desordenado, lo demás sería claudicación. Hasta me gustaban ridiculeces como los concursos de belleza, aquellas formas hermosas por fuera y estúpidas en casi lo demás; o sus rostros asomados en ventanas populares y escucharlas y sentirlas moverse al eco de pasillos y boleros en El Bosque, o deslizándose en patines o pedaleando en bicicletas bajo los árboles de las avenidas. Yo las veía pasar y me fijaba en sus miradas tímidas y audaces, en sus gestos desenvueltos o recogidos, en sus nucas y sus cinturas y sus piernas. Libia, para mí eran perdurables aquellas formas pasajeras. Y me gustaban otras cosas simples, mirar a los viejos echando un humo grueso por sus churumbelas, y escuchar el sabroso parloteo de las vivanderas junto a las plazas de mercado.

—“Yo te quiero, Bernardo”.

El amor es palabra en presente, fracasa quien no sabe conjugarla en otros tiempos verbales, en otros tiempos vitales. Me agotaba la

obligación de luchar a toda hora mis ideas o mi falta de ideas, siempre tenía que pelearlos: todos sabían, menos yo; todos deberían vivir mi vida, menos yo, nadie moriría en mi lugar. O tal vez porque equivocadamente entendí, demasiado tarde, que no existía el amor y que había llamado con tal nombre al hecho de ponerme, tiempo atrás, a soñar y caminar despierto.

En cambio tú sabías lo que buscabas, y estaba bien. "Juntos hasta la muerte" sería la frase de lo intuido y lo esperado, el amor se encargaría del resto. ¡Iríamos a la otra vida en triciclo nacional!

JUNTOS HASTA LA MUERTE

Dios nos conceda, amigo,
que yo pueda curaros o que los dos muramos
de una misma congoja
Isolda.

Amor hasta la muerte, habían prometido desde antes de su matrimonio, así juraron el día de su matrimonio, así corroboraron en el primer silencio enardecido poco antes de la entrega aquella noche del día de su matrimonio.

—Juntos hasta la muerte.

Por lo menos, juntos en las rutinas. Hoy lo mismo que ayer, mañana lo mismo que pasado mañana… Aunque la rutina en ocasiones lograra imponer variantes para hacer más insoportable su presencia total.

—No podría vivir en este caserón', nada como la Propiedad Horizontal.

Frases cansadas, la estéril aventura de una tarde de verano entre tantas soledades acompañadas por otra soledad. Vendría luego el insulto. Se había puesto de moda la propiedad horizontal, él tuvo un pensamiento callado, ella sería la propiedad horizontal con que empezó su engaño. Adquirieron el apartamento en un decimotercer piso con vista al sur de la ciudad. Otros días idénticos asediaron como perros falderos. Últimamente él salía al balcón, asomaba la cabeza, sentía vértigos por el abismo, por el matrimonio, por una idea recóndita. Pero seguían juntos porque separados no podrían pelear, y el odio se convirtió en el vicio de cada día: los

motivaba, los mantenía unidos,

los hacía sentir importantes en lo único en que podrían ser importantes.

Desde el balcón del piso número trece miraban su pasado, las cosas enredadas en él, la punta de una canción, la curva mejor de un día lejano, una mirada buscando, buscándose. El ampliaba su mirada, la hacía rápida y profunda en vano afán de recuperación. Fueron esos los minutos más lentos de su vida, fueron resumen y adivinación: restos de conversaciones, promesas de futuro imposible, pasos detenidos, golpes, otra fe desgonzada, un verso al aire lleno de fatiga. Bajaría la voz, la bajaría mucho, pudo haberla pisado con las suelas. El no se movió y la voz alcanzó a oírse antes de caer del todo.

—Ya no hay oportunidad.

Las palabras debieron hacerse añicos en el pavimento, letras y sílabas calladas inútilmente.

—“Juntos hasta la muerte”.

Miró abajo, donde se cruzaban personas y automóviles y se encendían las primeras luces, innecesarias. Se fijó en un hombre solo, inmóvil, que a su vez parecía observarlo recostado contra un poste.

—“Allá arriba está ese que no conozco” — debió pensar el hombre mirándolo como miraba los demás rededores sin hacerlos conciencia.—“Y ella” —debió seguir cuando la mujer se arrimó al de arriba, sobre el balcón del piso número trece. —“Mal número” —debió concluir cuando advirtió forcejeos y atestiguó el momento en que ambos cuerpos caían hacia la calle. El hombre del poste no se movió en ese instante, ni al soltar su asombro los transeúntes.

—“El amor, cosa peligrosa”.

Apretó con fuerza el cigarrillo.

—“Otros dos, juntos hasta la muerte”.

Perdoná, Libia, recibimos una vida cansada por las normas, metida en preconceptos como en un ataúd. Nos faltaba un poco de alegría, es verdad, pero no teníamos de dónde cogerla. Por aquel entonces —como ahora— la vida no fue capaz de mostrarnos su buena cara. Debés entenderlo, nadie sabe lo que es estar triste, recostarse contra un pilar en la noche, abrazarlo, bajar la mano derecha, abrir el pantalón y orinar

contra el mundo.

Al nacer nos enterraban, éramos vida de posdata. Lo demás fue ocurriendo absolutamente condicionado, la mentira fue nuestra única forma de sobrevivencia en ese diario deber de morir.

Perder el amor a una persona, podía ser, siempre se pierde el amor a una persona; perder el gusto de la compañía, la razón del pan, el porqué del amigo; perder las ganas de una idea nueva, de un pequeño instinto, de un además neutro; perder la confianza en la razón del agua y del árbol, en el vuelo del humo; perder el sentido del gusto lento, del rostro en la calle, de la calle, de la puerta o el papel; estar incapacitado para mirar las cosas, hasta para un adusto cansancio; ver el día indiferentemente, o la sombra de la pequeña planta o la raya descuidada en la madera. Todo podía ser.

Podía ser que no importaran las canciones de antes ni otras voces en el recuerdo ni el sereno peso de la piedra en la orilla del río; que la mano se detuviera en mitad del movimiento y el rostro se fuera borrando hasta ser un poco nada, podía ser; que el silbo del pájaro sonara en vano y regresara al suelo la flor. El movimiento del pañuelo en el aire, el silencio-despedida, el labio apretado en la clausura de la palabra, todo podía ser. Perder el rasgo más claro de la memoria, los ecos de una imagen soñada, el sueño del sueño. O verse como un olvido rencoroso junto al propio cuerpo tendido, o sentir hastío de la camisa que blanquea la piel, del paso que llega, del humo que huye cuando un nombre nos dice y se fatiga el vuelo en el ala y la frente se vuelve lápida sin nombre y sin fecha. En alguna forma nos dañaron, con esos daños irreversibles como la pena. Sé que el hecho humilde de pedir perdón no merma el daño así desaparezca la culpa. La culpa llega a convertirse en otra blanda manera de olvidar.

Todo podía ser. Estar viviendo era algo indebido, el lado criminal de las cosas; pero como remordía culpar a otros —empezando por Dios— fui culpándome a mí mismo hasta llegar a sentirme el hombre más equivocado: de tanto caminar en busca de nada, llegó a cansarme hasta mi sombra.

—Perdoná, Libia, la injusticia de haber sido un poco rebelde. Rómulo debió tener la culpa.

—¿Cuál Rómulo? —dirías si estuvieras en la esquina imposible. Rómulo nos iniciaba en artes de brujería.

—Le cogí unos apuntes a mi papá sobre las brujas —y leía con aire subrepticio, releía una vez más la seguridad de su lectura, echándonos

en cara nuestra ignorancia:

—Las brujas son culpables de quince crímenes:

I. Renegar de Dios.
II. Maldecir y blasfemar.
III. Hacer homenaje al demonio.
IV. Dedicarle sus hijos.
V. Matarlos antes de que reciban bautismo.
CI. Consagrarlos a Satanás en el vientre de sus madres.
VII. Hacer propaganda de la secta.
VIII. Jurar en nombre del cielo en signo de honor.
IX. Cometer incesto.
X. Matar a sus semejantes y a los niños pequeños para hacer cocimiento.
XI. Comer carne humana y beber sangre, desenterrando a los muertos.
XII. Matar por medio de venenos y sortilegios.
XIII. Causar esterilidad en los campos y el hambre en los países.
XIV. Hacer que se pudran los trigos, merced a una niebla pestilencial.
XV. Tener cópula carnal con el demonio.

—¿Saben qué es cópula? pues pichar, meter, machucar, tirar —ayudaba la explicación con gestos y movimientos—, eso que ustedes no saben por miedosos. Como Las Barbaritas son brujas, a lo mejor el Cura las manda quemar vivas. Vamos a ver qué pasa cuando lleguen las de Medellín, ¡son pa mandar doblar!

Fue engrisándonos aquella precoz superioridad en los conocimientos de Rómulo, si eso era conocer.

—Sé una cosa que ustedes no saben, parranda de bestias.

—¿Qué cosa?

—Cómo nacen los terneros. Ayer en la pesebrera vi cuando le salía el terneritó a La Gaviota, las páticas juntas adelante, y ¡zuaz!

Aguardaba a que captáramos la dimensión de su descubrimiento.

—Porque también sé pa qué se monta el toro a las vacas y les mete el chuzo. Y por qué las brujas vuelan en escobas y bailan con Luzbel el día sábado.

Las Barbaritas, *Nuevo Mundo*, el libro de magia negra para nuestras noches de cocuyos, sombras largas en los paredones del convento, índices espectrales sobre nuestra culpa, ala negra en derrota.

“Catalina ha sido convicta por sus declaraciones y en consecuencia del testimonio de personas dignas de fe, de que hace diez años, encontrándose en el patio de la parroquia de Quint, se unió en amistad criminal con un pastor, que, abusando de su ascendiente, la obligó a hacer un pacto con el espíritu infernal. Esta odiosa ceremonia tuvo lugar a media noche, en la linde de un bosque, en el cruce de dos caminos. Allí se sangró el brazo izquierdo, dejando correr su sangre sobre un fuego alimentado con huesos humanos, robados en el cementerio de la parroquia, pronunció palabras extrañas de las que no se acuerda, y el demonio Berit se le apareció bajo la forma de una llama violácea. Desde entonces se ocupa en la confección de ciertos ingredientes y brebajes perjudiciales, que producen la muerte de hombres y rebaños. Cada noche del sábado caía en un sueño extraordinario durante el cual la transportaban al Sabbat… Allí adoraba al macho cabrío y se daba a él, así como a todos los presentes en aquella fiesta infame. Se comían en ella cadáveres de niños recién nacidos, quitados a sus nodrizas durante la noche; se bebía toda clase de licores desagradables y la sal faltaba a todos los alimentos…”.

Rómulo nos observaba como si su lectura fuera creación personal. Y de él venían aquellas luces negras de condenado en noches de ánimas solas.

“Interrogada si en el Sabbat había visto a alguna de las personas conocidas por ella, ha respondido que a menudo las había visto. Nos las ha nombrado; unas han fallecido en su desorden, otras han sido detenidas por nuestros cuidados, y hay algunas que se han escapado, pero la venganza de Dios las esperará”.

En la orilla del rastrojo fosforecía el ojo de Asdrúbal, atizador de volcanes. Las sombras que la vela movía en la cara de Rómulo resaltaban sus dientes lobunos, sombras en los dedos a la invocación.

“Catalina, vivamente estrechada por medios que tenemos en nuestro poder para hacer decir la verdad, después de haber protestado largamente de su inocencia y tras haber realizado numerosos juramentos falsos, ha sido convicta de todos los crímenes de los que la sospechábamos autora. Hacía caer granizos sobre los campos de aquellos a quienes no quería, hacía que se pudrieran los trigos, merced a una niebla pestilencial, y que se helaran las viñas. Producía enfermedades mortales en bueyes y ovejas de sus vecinos por los

beneficios que esto le reportaba. Por la misma causa produjo la muerte de sus tías, pues las había de heredar, exponiendo a fuego lento, suave, unas imágenes de cera vestidas con alguna de sus camisas, de suerte que la vida de aquellas desgraciadas mujeres se consumía a medida que las dos estatuas se fundían en el brasero”.

—¡Pa que no jodan!

Al enterarse de la aventura, una luz ardía en los ojos de Rocío, incipiencia de mujer, sabiduría incipiente, instinto de tenderse y abrigarse, para nada. La queríamos por atractiva y lista y accesible al jugar entre los helechales. Algo se rompió cuando la muñeca entró a formar parte del grupo, fue anterior a otros demonios. No era lo mismo que antes brincar a la cuerda ni jugar a La Rueda del Angel ni fingir raptos de bandidos o duelos a muerte en La Cueva de los Piratas. Cobraba otro sentido reunirnos coralmente en las habitaciones clausuradas, en los cuentos escuchados sobrecogidamente.

Mis hermanos me han matado
por la flor de Lilolá.

—Rocío.

Un día la muñeca amaneció sin nariz y sin el ojo izquierdo. Llanto, vecindad en su congoja, fácil advertir en cada uno la culpabilidad nacida del contento; pero cuando la tristeza se hizo inaguantable quisimos descubrir al causante, disgustados no por el desnarigamiento sino porque no había obtenido el resultado. Al ver a Rocío amargada por el daño en su compadecido juguete, reempezamos a odiarlo porque nos marginaba su capacidad de amor y agresividad: en cada uno de nosotros ardió un asesino. Asdrúbal miraba hacia adentro, su mirada sombría ganaba los tejados a donde subía el vaho de tantas voces opacas, y entre ellas las canciones ululantes de Chelito, más risotadas de Petaco, más sermones del padre Azuaje, más silencios para la desolación donde Las Barbaritas.

—Volaban las brujas. Volaban sobre los tejados.

Casas abandonadas del pueblo. Campanas. Debería empezar un cuento sobre las noches de Balandú. “Aquella noche parecía más un recuerdo de otra noche, o una noche soñada por un niño tranquilo”. “La oscuridad llegó húmeda; de su pelo negro le chorreaban goterones, demasiado grandes para venir del pelo de una noche de verano”. O: “Fresca la noche, como acabada de hacer por un buen fabricante de noches, aunque ya habían sonado las doce; no que las oyera, pero esas

horas debían ser: las doce de una oscuridad bien planeada. Un caballo levantaba su polvareda en la vía láctea…”.

Libia, pondré una cría de nebulosas. ¿Has oído hablar de La Nebulosa Emplumada?

Si irrigara las células de la ensoñación y emprendiera el viaje fuera del tiempo, fuera de mi tiempo —peyote, hongos sagrados, haschich, mezcalina, yajé o gaxí de los Tukano (Anisteriopsis caapi) y su vixó —aspirado—, velámenes-alas-olas de mil alucinógenos; si sonaran colores y sabores con vida propia y el tacto captara la textura de tantas formas fugitivas…

—¿Has oído la himpla de la pantera?

—¡¿Cóooomoooo?!

—Me duele la cabeza.

—¿Qué horas tenés?

Reloj triste como unas vísperas de viaje, todo llegará a su hora. “Hay un tiempo para cada cosa y un momento para hacerla bajo el cielo. Hay un tiempo para sembrar y un tiempo para arrancar lo sembrado. Hay un tiempo de nacer y un tiempo de morir”. *El Eclesiastés.*

—Ya no tengo horas.

—¡Bernardo!

El edificio en construcción ha tirado más adelante su sombra, los aleros de la tienda-cantina marcan menos sombra en la cal de los muros; unos cuantos minutos en la vida de seres y cosas. Se abre una ventana, asoma su rostro una muchacha, gira el cuello arriba, abajo, en actitud de espera. “Ir a cine, su único programa dominical, los otros se fueron de paseo en bus, en avión, en sueño”. Toques furtivos a la complicidad de las luces apagadas, calor de sangre y zozobra, día libre para pensar en el amor y en el día siguiente al de las rutinas.

—Yo te entiendo, Bernardo. Y si te gusta la literatura, pues trabajás en la Universidad. Tu primo dice que tiene conocidos importantes, de los que salen en la prensa.

—¿Cómo tu tío El Erudito? Las salutaciones de Alah y su misericordia sean con él.

Por su afán de tecnicismos asolados olvidó la poesía de cada cosa. Si hablábamos de los hongos, él comentaba con su voz afligente:

—Los hongos son áfilos y son ágamos.

—Son Los Inusitados, pienso hacer una galería de genios con esos posibles colegas, ellos ven libros cuando uno ve la vida. Voy a maquillarme con la crema de la intelectualidad, ¿has oído el chotis de

Agustín Lara?

1) INTELECTUALIDAD

Y en la noche, moviéndose por horas, hablan
de Miguelángel las señoras.
T. S. Eliot.

Eran “la crema de la intelectualidad”, como en el chotis de Agustín Lara.

El es muy rico y chambón,
ella hace lindos versos
de su propia inspiración.

Un hablado estudiadísimo, ojos “revista Buen Hogar” y senos supremamente cultos.

—El matrimonio es una altura que afecta al corazón.

—El divorcio afectaría el bolsillo.

Así masticaban las palabras, algunas demasiado tostadas porque sonaban como rodajas de pan sometidas a alta temperatura. Alguien celebró un chiste con risa circundante, para que lo miraran, porque su absurdidad requería testigos. Al reír mostró casi toda su dentadura, pero cerró la boca pensando que bastaba con llegar hasta las muelas de la risa. Rastrilló el encendedor y encendió el cigarrillo; lo descubrí porque salía humo de una de las puntas, la que no estaba pegada a sus labios.

El dueño de casa fue erudito católico, además heredó una fortuna por sus buenos manejos; al no resultar la mística dirigió su erudición al servicio de aquellos senos. Aunque llegó a poner en cuarentena la fidelidad de su marido, al comprobar que no había habido infidelidad verdadera, que soportó en vano el sufrimiento, se encerró dos días en su cuarto, representó una de sus decepciones más dolorosas.

—En esto acaban los maniqueos que vivieron y estudiaron para evitar malas tentaciones —comentó el amigo íntimo de la casa.

Una fuente, unas plantas exóticas como sus dueños y un Cupido de bronce con vocación de sátiro según el kilataje de sus

órganos genitales. Allí estaban ellos, en la penumbra: *penumbra*: pene de hermafrodita adolescente. Allí estaba la poetisa, hasta sus nalgas quedaban de perfil.

—Lleva una vida muy *cultural* —dijo el más amigo. También estaban allí otras gentes respetables, avaras de cualquier interés divino y humano. Una rana —o un sapo afeminado— croaba junto a la fuente. En lo más bebestible de la reunión, la poetisa llegó junto al Amor de bronce, acercó su boca y empezó a recitar versos escogidos. Tenía dientes hacia adelante, de quien chupó dedo por más de cinco años.

Desde mi punto de vista pude notar que el pene se creía un micrófono. Hasta llegar una sobrina…

—¡No más! ¡Ya! —abrevió el dueño como si le costara muy caro el alquiler de las frases y habló en arrepentimiento, con palabras suaves y aristocráticas, en tono tan desvaído que él mismo parecía evaporarse. Todos aprendimos mucho aquella noche en casa de los señores.

2) EL ERUDITO

Quiere remedar algún castellano viejo de biblioteca, y en realidad lee por cumplimiento del deber, aunque su nariz y su estatura exageradas son votos negativos para cierta ambición artística; al verle su poderío, su gorro estrafalario, su barba y sus ojos, evoco al toro de Khorsabad.

Tantas ideas ajenas le impiden tener ideas propias, tantas vidas librescas obnubilan su visión para entender la vida que le estruja, convertidas en lugares comunes: desde mi más tierna infancia, en alas de la fantasía, oscuro como boca de lobo, que siembran muerte y desolación, una verdad como un templo, irreparable naufragio, se cubrieron de gloria, nos nutre con su savia vivificadora, las mansas aguas del olvido, se pierde en la noche de los siglos, su vida servirá de ejemplo a las futuras generaciones.

—Mi verdad es tan grande como el mundo —dijo a pesar de una modestia de la que se mantiene muy orgulloso. En “Quién es quién” le dedicaron un párrafo debido a dos ensayos letárgicos sobre Menandro, el idioma de Plauto y Terencio y la poesía anacreóntica, donde empleó —con ayuda de don Julio Casares—

cuarenta y nueve ideas afines o algo parecido: Homérida, Calíope, musajeta, portalira, gaya ciencia, bardo, citareda, juglares, magos, cantigas, juegos florales, Erato, cuaderna vía, aedos, vates, Clemencia Isaura, mester de clerecía, alejandrinos, rimadores, cantar de gesta, Polimnia, bucólica, estro, Pegaso, Fuente Castalia, hemistiquio, éctasis, diyambo, epinicio, felibre, proceleurmático, verso ecoico, verso anaféstico, verso ferocracio, ver… ¡ga!

Nunca pasó de la humanidad griega y latina y de citas en lenguas originales. Por inofensiva venganza pongo en su homenaje: "Todo hombre que tenga la panza llena de clásicos, es un enemigo de la raza humana. *Henry Miller.*

Un vaho cálido sale del pavimento, pequeñísimos remolinos levantan polvo de la construcción vecina: los arquitectos continúan dañando la ciudad, si la ciudad en sí ya no es un daño: no el viento libre sino un opaco viento de ventiladores; no el aire junto a la flor sino la asfixia en las calles prisioneras; no el agua capaz de retratar un monte o precipitarse para formar espumas, sino el agua obediente, domesticada por el hombre en una simulación de agua… Cajas gigantescas de fósforos en cemento armado, presunciones de nuevo rico, .del culturalmente desubicado. Serán más largas y torpes las sombras de tantos rascacielos.

—Refugios para las fieras. Todos los días construyen nuevas cárceles, como vivienda. Dejan de entender que la casa es la habitación del hombre y no la cueva del tigre; el lugar donde habita el amor, o la desolación, o la rabia, con sostenes altos para el júbilo y la desesperanza, con amplitud suficiente para nuestras soledades. La casa debería ser el sitio donde uno quisiera vivir y donde quisiera morir, con sus fantasmas propios, con sus vaguedades, con su aire y su fragancia —otra palabra echada atrás— y con el deseo de permanecer ahí para integrar el barro de donde procedemos.

El sol ahora toca las últimas antenas, que brillan despiadadamente. Para soles, Balandú, pueblo lluvioso.

—"Pronto morirá el día".

—"El sol ya estaba muriendo".

Pudimos escuchar los estertores, el apagamiento de su mirada, y al final un a modo de grito: el viento lo cobijó con frazadas ensangrentadas y cayó de bruces más allá de la cordillera.

—Las cuatro pasadas. Muy pasadas, ya se dan de ñatas contra las

cinco.

Como si fueran las dos, las de Paula Morales.

—¿Te disgustan las dos de la tarde? Con razón el mediodía es la hora de los muertos.

Me gustaban menos las seis de la tarde, hora de muertes descomunales; hubiera deseado que el día diera un brinco y saltara de las cinco a las siete, así se escuchara el golpe frenético de la luz contra la noche.

Miro el reloj perdido. Siempre miré el reloj con tristeza de ver avanzar el segundero, de comprobar cada vez en posición distinta el horario. En alguna forma soy culpable del tiempo.

—Los muertos viven.

Hoy amanecí de alma caída. Fuga del espíritu, abandono en esa no existencia propiciada por lo ajeno que se hace propio y lo propio que se vuelve ajeno. Palabras caídas y no pronunciadas, ausencias llenas de voz, zumbar de almas en pena, alaridos sin ámbito en busca de la oscuridad. ¡Asdrúbal! Culpas que empiezan a volverse fantasmas, a tomar formas concretas, simples remordimientos del tiempo: me dan tristeza estos momentos, así, tan aislados, tan sin futuro.

—Condenados a morir —dije a mi primo.

—¿A morir quiénes?

—Estos momentos, me dan lástima.

El miró con mirada totalmente vacía, como si nada le entrara en los ojos. Mi pena era grande como de aquí a la frontera entre Alaska y Canadá, o viceversa. Por eso sonreiría con absoluto desgano, como si le doliera.

—¿Duele todavía? —pregunté.

—¿Qué cosa?

Apenas señalé su boca desganadamente, sin decirle:

—“Perdón, creía que era una herida sin cicatrizar”.

Se metió en un enojo que habitualmente le quedaba grande: difícil ser elegante en el enojo, más difícil cuando se tiene razón. Pero lo aprovechó para hacerlo extensivo a eso del mediodía y los muertos, me hablaba de ancestros y cavernas y loqueporlomismotodoelmundosabe, en que noche es muerte y noche eterna el caos donde el alma sufrirá atroces tormentos.

—¿No debía?

La noche era pavorosa antes de la electricidad y del gas neón y de la luz natural pero artificial, en días y noches de las grandes ciudades.

—Días. Noches.

—¿Las dos de la tarde? Son más de las cuatro.

Si los minutos se volvieran insectos y avanzaran sobre la acera con pasos babosos de caracolas en tierra fría; si detrás los segundos bregaran por alcanzar minutos y horas, siempre tardías; si las horas se echaran contra el suelo y sus minutos arrimaran a mamar afanes, a mamar y mamar tiempo. ¡Si la eternidad tuviera ubres!

—A veces pienso que el universo es un inmenso animal de respiración fatigada.

El pensamiento se llena de viento por sus ganas de elevarse, merodea cabezas arriba, como burbujas que se inflan y hacen ¡plop! con tono imbécil.

—Día largo, ¿no?

—¿Recordás el viaje de Sebastián Elcano?

> *Se alquilan recuerdos. Mentiras al minuto. Fabricamos toda clase de futuros. Vidas deterioradas a precios rebajadísimos. Hombre extraviado, se ofrece gratificación. Cedo mi vida por cambio de local.*

—¿Qué decís?

—Larga esa primera vuelta al mundo. No fue Elcano sino Magallanes, lo escribe el caballero Antonio de Pigafetta… Fue otro, con Orellana. Fue Magallanes. Sí, largo el día.

Como un cadáver largo, muerto y largo como un cadáver largo e imperfecto, aunque para ser perfectos tendríamos qué haber salido ya difuntos, acabados. Nuestro mérito: ser obra inconclusa, obra viva capaz de aprender a caminar y seguir viviendo por cuenta propia. Destino: las llamas infinitas. “Angel muy amado, bien conoces los engaños y porfiada malicia con que el demonio trabaja porque mi alma se condene. Ruégote que me defiendas de su tirana crueldad y me alcances del Señor gracia para no caer en tentación. Angel de Dios, con vuestra ayuda confío que he de salir con victoria de los engaños del diablo, y que aunque sea su pensar he de morir en fe de Cristo mi Redentor y mi alma se ha de salvar”.

—¿Qué opinás de los ángeles?

—Estás loco.

—¿Qué opinión te merece el Angel de la Guarda?

—¡Esas cosas no se opinan!

—El Angel de la Guarda me pone triste. Todo hombre triste orina

por el lado izquierdo, una de mis frases célebres.

—Bernardo, no te burlés de esos asuntos.

—El Angel de la Guarda es mi segundo animal totémico. Cuando murió el angelito…

Se llamaba Abigaíl, con cinco años y otra enfermedad incurable: se tambaleaba alucinado, buscaba la compañía de una gallina clueca que también presentaba iguales síntomas de alucinación, hasta sus polluelos nacieron bamboleantes. Un día descubrimos que su sitio de juego era un refugio enmarañado bajo las ramas de un *borrachero*, por eso vivía trabado, adicto ya a la sombra-droga. Cuando cortamos el árbol para su curación,

Abigaíl lloraba buscando su paraíso perdido. Cantaba en los rastrojos por tiempos de luna llena y se acomodaba en una piedra del arroyo, temblando al frío y al miedo pero cantando, cara a la luna, con ojos encharcados. Tranquilo el viento, casi brisa en el árbol que lo drogaba, bajo su sombra alucinógena jugaba él, regresaba como borracho a su madre, creían en embrujamientos. El sueño se le fue acabando… Un tosco ataúd a medio abrir y flores sobre sus manos al pecho y rezos y llantos entrepalabrados. En un rincón colgaban totumitas de tarralí para la sal, calabacines de punta recortada, tarros de guadua y yarumo.

—Se salvará, Dios mediante.

—Se salvará.

—Otro angelito que se lleva Dios a gozar la bienaventuranza eterna.

—Pierde el que se queda, este dejó de sufrir.

Le puse una flor de borrachero blanca y grande sobre su ataúd blanca y pequeña. Y para completar el ambiente llené un tarro de guadua con flores de uvito, y coloqué en la mitad tres hojas de yarumo, anchas y blancas. Llantos pobres, lágrimas de piedra y tierra, dolores anónimos en las altas montañas de Balandú. Un salto en el Limbo de los Inocentes, no conocerá la fiebre del purgatorio. Allá estará en su paraíso bajo un inmenso árbol de *borrachero*.

—El Purgatorio, ¡cosa brava!

Una chispa que saliera
de este fuego tenebroso,
montes y mares furioso
en un punto consumiera.

Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están el cielo y la tierra de vuestra majestad y vuestra gloria. Y por primera vez el golpe abrumador, el descubrimiento de que la muerte existe y nos rodea y nos vencerá sin remedio; de que uno, yo, esto que ahora respira, desaparecerá ineluctablemente.

Lo que fue un día, murió
sin glorias y sin alardes:
llegué a comprender muy tarde
que el futuro ya pasó.

—La sombra del borrachero le dio muerte lenta y dulce.

—¿De quién hablás?

—De Abigaíl.

En los velorios de Balandú el muerto era figura principal, demasiado ausente para darse cuenta; las campanas de Bartolo Urrego doblaban por él, veinte o treinta enlutadas rezaban la oración de los agonizantes, credos en abreviatura, rosarios rezagados. Tal vez el muerto se condenaría, de todos modos El Señor guardaba su misericordia como depósito disponible el día menos pensado. “En nombre de Dios todopoderoso y de su Unigénito Hijo, y del Espíritu Santo, conjuro f exorcizo f y mando a todo maligno espíritu que salga de este lugar y no vuelva más aquí, no se atreva a estorbar el sosiego de esta alma: teman la fuerza y virtud de esta Santísima | Cruz, en la cual nos redimió nuestro Capitán Jesús a quien en ella adoramos y muy humildes pedimos que nos socorra y defienda de todo engaño y peligro;..“.

—Luisa, la camándula tiene una pepa menos en la tercera casa. ¡No olviden la cucharada, es cada tres horas!

La visión de la muerte invocaba la necesidad de vivir. Pero don Arcadio estaba muriendo y era, por eso, un hombre importante como cualesquiera vísperas de desaparición. Solamente la enfermedad lo hacía estar aliviado, el dolor lo mantenía vivo, lo obligaba a movimientos y contracciones que omitiría de no sentirlo. Si no fuera por el dolor, habría desaparecido.

—“A veces se me para cuando hablan de la muerte“ —decía Petaco —. “Orgullo del hombre este de aparecérsele erguido en toda su potencia. El hombre se doblega cuando se doblega el sexo“.

—Como la humanidad.

—“Pero, ¿aún no ha muerto?“ —preguntaba el señor Auditor. Le

pareció descortesía del enfermo, ya le había dedicado un pésame tan lleno de sinceridad, que no estaba en capacidad de igual patetismo.

—¿Estar triste a las diez?

—No es mala hora para estar triste.

Don Arcadio murió en el mes de La Virgen y las flores, un tres de mayo, día de La Santa Cruz (+), doblemente rezado, doblemente llorado y protegido y triste. Nunca me ha parecido buena transacción cambiar la vida por una lápida o una cruz. Pero los hombres siempre han llevado las de perder, y don Arcadio no sería excepción.

—Libia, don Arcadio pretendía a Paula Morales.

—¿Quién es Paula Morales?

—Otra sombra.

Se encontraba uno con ella y era como encontrarse un acontecimiento; siempre tuvimos la sensación de ver en ella algo que a nosotros mismos nos sucedería. Pero en el fondo era triste y tierna con aquellos grandes gestos maternales para la inutilidad de seguir sola. Recuerdo sus senos generosos, sus palabras cansadas, y me dan ganas de llorar dos o tres minutos. O cinco, si aguanta el recuerdo en mis ojos.

—Paula Morales es otra sombra experta en aguantar a los vivos y rezar a los muertos.

—"…Ya no veas en tu jornada aquel horrible temblor y continuo crujir de dientes que en las oscuras tinieblas de las cavernas infernales padecen los condenados. Ni tengan qué ver contigo aquellas voraces llamas y tormentos del infierno. Huyan de ti Satanás con toda su comitiva, y al verte subir cercada de tan noble compañía desaparezca fugitiva con toda velocidad como la cera se ablanda cuando la arriman al fuego, y como a vista del viento el humo desaparece. Hágate Dios tan dichoso que subiendo de aquí al Cielo, halles las puertas abiertas y todos sus moradores te salgan a recibir y por ellos seas llevada al Trono y Majestad de este Divino Señor, y donde veas con tus ojos a la humanidad Santísima de Cristo tu Redentor, que mirándote apacible y con alegre semblante, te reciba y reconozca por oveja de su rebaño y te diga con amor: Ven, bendita de mi padre, a la gloria perdurable para que fuiste creada. Amén".

(Su presencia enlutada, Piedad Rojas, su voz breve en la atmósfera austera de Balandú. Vida tensa la suya, fuerza abrumada, en usted toda la tradición tan cerca de la muerte, lejana, brava, dulce Piedad Rojas… Recuerdo su aire absorto a la salida de misa, su paso lento y altivo en las procesiones de Semana Santa. Recuerdo sus blusas de seda y

organdí, el fruncido de sus cuellos, la franja impecable de las mangas, franjas que usted hacía bajo la vigilancia de Paula Morales en el caserón venido a menos. Su medida al andar, quedarse quieta o insinuar movimientos al sentarse, al hablar o callar oportunamente con naturalidad de respiración en sueño tranquilo. Recuerdo una temporada en La Casa de las dos Palmas y un paseo a caballo sobre las rocas húmedas del páramo. Recuerdo unas aguas que caían en chorros golpeados, día, noche, en conversadera de ánimas, y seguían rezando responsos sin fin en el silencio de las cosas dormidas y oteantes).

Voz callada de Eusebio Morales, dolor discreto de Paula, compungimiento retozón en Rocío, trenzas juguetonas en su cara de picardía.

—Luisa, la otra camándula está debajo de las sábanas de cortesía, llamá a rezar Los Mil Jesuses…

Si en la hora de la muerte el demonio
me tentare tu patrocinio
me ampare porque el Día de la Santa Cruz
diré mil veces: Jesús, Jesús,
Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús.

Camándula de nácar, de chumbimbas, de “lágrimas-de-San-Pedro”, una de perlas que perteneció a *La Madre*, bendecida también por el obispo, más apta que cualquiera para sintonizar el milagro. Y bajo esos mil Jesuses de mayo la lluvia borraba el cartel, fundido el pliego al muro desconchado:

EL † SEÑOR
ARCADIO RAMIREZ GONZALEZ
DESCANSO EN LA PAZ DEL SEÑOR

Sus familiares agradecen las oraciones
que eleven por su alma
y la asistencia a las exequias
HOY A LAS 4 p.m.
en las Iglesia Parroquial.

Elevar oraciones como elevar globos para don Arcadio. Gastó su vida en quejarse de que era imposible morir, aunque para morir del todo le faltaba únicamente quedarse más quieto.

—"Es bien corto este viaje de la vida".

Pero jamás vivió don Arcadio, nunca se movió de su tiempo: dejar de respirar fue su único aporte al cambio. Su muerte tampoco pasó de ser una muerte vieja, como si desde siglos antes viniera muerta, acostumbrada ya a otra rutina familiar. Sólo durante diez meses de juventud su vida fue desordenada, quiso ordenarlos en el recuerdo. Con anémico cinismo entendió que ya era demasiado tarde. Estuvo nervioso en la mano su reloj de faltriquera, más pálida la cadena en baño de oro.

En realidad don Arcadio no merecía morir: si sólo muere lo que ha vivido, él estuvo huyéndole a la vida; y antes de que lo alcanzara se escondió en esa muerte medio idiota, así la vida retrocedió en busca de otro con mejor estilo. Rocío equivalió a una posdata.

—Un pedazo de tierra, no puedo esperar la ley de reforma agraria, dentro de diez o doce minutos caeré muerto. ¡Conjúrenme!

Más que el muerto, se sentían importantes los veladores, hombres y mujeres en trajes oscuros de poco uso, para el matrimonio o la desaparición ajena, con solemnidad provinciana tan cerca de la burla y del silencio. Del ataúd la atención se disgregaba, juzgaban malignamente unos ojos reticentes, reparaban el cuarto unos ojos comprensivos, humedecían la escena unos ojos tristes de verdad. Mantas, chales, crespones, sedas, paños organizados para cuerpos en tal o cual ocasión. Y movimientos y voces y rezos y palabras consabidas,

resignación y buen viaje. Y reflexiones subalimentadas: Cómo el hombre tiene que ser el abandonado absoluto: sale del hombre, en semilla; sale del vientre como tirado al mundo; se le arroja a otro hueco al morir… ¡Tantas semejanzas en tantos trances! Y un mezclado olor de incienso y chocolate, de almojábanas calientes y agua bendita, de gente apretujada y borrachera. Olor de alma en brega con las últimas salvaciones.

Y lo caricaturesco de la función, gestos y ademanes y rostros… Detrás de un cirio apareció una mujer desmesuradamente gorda, tuve que fijarme para convencerme de que no eran tres; junto a ella, y con dos cirios que gotereaban sobre la insensibilidad de sus manos huesosas, otra mujer flaca, boca de pescado llena de dientes agudos, y ojos redondos y un cierto chapoteo de aleta en el movimiento de brazos. Detrás un pariente recién venido en caballo pajarero: su manera de avanzar y contraer el cuello, su perfil de pájaro y el ojo también redondo hacían presumir su ancestro de gallo. Uno que miraba embelesado el cadáver empezó a retroceder como sintiéndose aludido, siguió con ese cuidadoso movimiento de retro y se acercó a la única silla disponible, calculó de mediolado la distancia hasta que su temeroso agacharse al fin se convirtió en un satisfecho estar sentado. Dos señoras enlutadas se acercaban a sí mismas ensayando gestos dolidos, se saludaron solemnemente, se reconocieron sus penas, se sentaron con aparatosa dignidad en asientos ofrecidos galantemente, y al minuto empezaron a exhibir sus penumbras. (Penumbra: pene en soledad, pene tímido, dolor sin lumbra de pene caído. Penumbra).

Cuando me refugié en un rincón para aguardar a mi madre, apareció Estefanía —sobrina de don Arcadio, vecina diligente—. y se me dejó venir contra el pecho como si yo tuviera tetas. Quise darle consuelo, ella lo recibió como si fuera ua,biberón, haciendo pucheros y queriendo aparecer remisa para solicitar más con todo su cuerpo. (Usted, Piedad Rojas, no levantó el rostro apesadumbrado bajo el velo; miraba fijamente Eusebio Morales, Paula guiaba el alma de don Arcadio por los caminos de Dios. Y todos bebieron y charlaron, con ese nerviosismo vital que imprime la presencia de la muerte. Las velas se consumían también, como las voces).

—Es necesario compartir el dolor.

Como eran muchos, a cada uno le tocó su pequeña pastilla que le dio pena para día y medio. Así se diluyó la última fuga de don Arcadio Ramírez, q. e. p. d.

—j Ah bueno morirme pa alquilar mi casa! —gritaba la irreverencia guasona de Petaco sobre su caballo negro. Chelito cantó una canción

triste en *Nuevo Mundo.*

—De rodillas todos, ¡de rodillas! Luisa…

—Señora.

—Luisa.

—Señ.

—Luí…

Tu patrocinio me ampare
porque el día de La Santa Cruz
diré mil veces: Jesús, Jesús,
Jesús, Jesús, Jesús, Jesús,
Jesús, Jesús, Jesús, Jesús.

Mis ocho, mis diez, mis trece, mis catorce años llenos de duendes, Piedad Rojas. Los ojos de Asdrúbal fosforecían en la inquieta oscuridad que bordeaba el camellón, cerca de la piedra donde el diablo apoyó su pezuña antes de volar con tres o cuatro almas disponibles en el Balandú de todos nosotros. Rómulo cerca, pequeño hijo del diablo.

—Recen con fe, la fe mueve montañas.

Una vez la fe dormía encima de la montaña, olvidada del hombre. A raíz de un gran terremoto, la fe volvió a caminar.

—Las montañas mueven la fe.

—Hagan su petición.

Si las oraciones no escuchadas se hicieran avalancha contra dioses vivos y muertos y reclamaran su derecho de ser oídas; si las cruces de Mayo arrojaran sus coronas y decretaran huelga de brazos caídos…

—Pobrecito don Arcadio, jamás se le paró.

—¡Cómo no! —comentaron en *La Gran Tijera*. Al morir, tuvieron que amarrárselo con una cabuya.

De la esquina de Balandú a esta esquina, domingo de sol y tedio.

—¿Por qué no entramos? —reclama Libia.

—Aguardemos al de los periódicos.

—¿Con semejante sol que ya quema? Fíjate qué desastre el borracho que bajó del bus, apuesto a que se cae, ¿qué decís?

Con tantos *queeeeees* tropezaría hasta un murciélago con el mejor radar. Si todo cayera hacia arriba; si se rebelara contra la ley de gravitación y superara la velocidad del pensamiento… ¿Volar hacia arriba no será otra forma de caer?

Después de verme en el suelo
por culpa de tu partida,
comprendí que la caída
forma parte de mi vuelo.

—Libia, ya no puedo más con tantas sombras.

El bus echa su olor de gasolina, un caminito de agua sale por entre sus llantas traseras.

—i Se orinó este aparato cochino! —sonríe un gamín de calzones rotos. El borracho arrima eseante, zigzagueante, monologando con su sombra.

—Dejá de seguirme, vagabundo, puedo andar solo si me da la gana. ¡No sos mi señora, pues!

—¿Te hizo daño la lechita? —se burlan desde el bus, que acelera en su estridentear. El borrachito patea su sombra, le hace mamola al sol.

—Mientras vendan leche, ¿pa qué comprar vacas? Y si hay puticas, ¿pa qué casarse? ¡Yo soy el Gran Penémeta!

El grupo entona

Vengo a decir adiós a los muchachos
porque pronto me voy para la guerra.

—Ninguno como Daniel Santos, le jala a la mariguana.

Yo ya me despedí de mi adorada
y le pedí por Dios que nunca llore.

Haxís, hachís, del árabe Hashish, hierba seca; de ahí asesino; se extrae también de la planta cannabis indica. Marihuana en México: jíbaros: vendedores de yerba; cerdos: policías; la cosa: yerba, maracachafa, Pangóla: yerbabuena-marihuana. Usar yerbas heroicas es simple falta de imaginación; una imaginación bien utilizada puede ser la más eficaz de las drogas heroicas.

—¡Paletas y conos!

—Uno de chocolate.

—A mí uno de vainilla.

—Hablé con tu cuñada, ella y tu primo creen que si te propusieras serías muy buen profesor, pero no te dejás ayudar.

Esa lástima como un brazo protector. ¿Por qué no retiran el brazo?

—No es mi cuñada, es la mujer del primo.

—Para vos, tu primo es como un hermano.

Impostergable: rehuir la protección engorrosa de estas mujeres que buscan desesperadamente lo que más tarde llamarán sacrifició, para endosarnos sus culpas, luego pertenecerán a organizaciones pedidoras de la pena de muerte y hablarán sobre hambre y explosión demográfica y clamarán por el orden estatuido en la vida y en la muerte. Y rehuirán el tema de los oprimidos y los opresores, mostrarán, bien tapados, sus grandes senos de brassieres pujantes. Lucha de clases, oprimidos y opresores: el día menos pensado los senos liquidarán todos los brassieres.

—¡Viva la libertad!

"Únicamente la palabra libertad tiene el poder de exaltarme, me parece justo y bueno mantener indefinidamente este viejo fantasma humano". *Andró Bretón.*

—Fuera de lenguaje, ¿qué dabas?

—Historia, vos sabés.

Lo que rehuyeron escribir. Hasta mitología, verdadera historia del hombre. Ahora colgué la lira, tienen qué pasar años y años si espero llegar a mi final porque la historia sirve para un carajo. ¡Bueno! El hombre no existe sino en cuanto pretexto de la historia, en él pelea ella hasta probar que la historia tampoco existe sino como pretexto del hombre obligado a pelear por ella.

—Ahora estoy jubilado en boberías, acabé peleándome con héroes, dioses, semidioses…

CONSTANCIA MITICA

Señora muerte que se va llevando todo lo
bueno que en nosotros topa.
León de Greiff.

—El suscrito, exprofesor de mitología y otras yerbas, periodista aficionado y poeta en vacaciones,

HACE CONSTAR:

Primero: Que no tiene animadversión contra ningún héroe mitológico, si bien es cierto que pocas hazañas de aquellos han

logrado entusiasmarlo. Apreciaría más a Ulises, por ejemplo, si hubiera ordeñado a La Esfinge, y a Hércules si le hubiera hecho la paja al Basilisco.

Segundo: Que sugiere un voto de aplauso a La Hidra de Lerna por elevar a categoría de constelación un animal tan aparentemente desvirolado como el cangrejo, pero capaz de hacer daño al talón de Aquiles a costa de su propia vida, convertible en muerte —primero—, después en inmortalidad.

Tercero: Que, tal vez por una remota tendencia a la picardía, ve en el escorpión un bicho de agarre desde que se enteró de cómo picaba las pelotas al toro sagrado para los sacrificios mithríacos.

Cuarto: Que los antihéroes —el revés de la moraleja— arrastran su solidaridad, pues en lugar de Adán le ha entusiasmado la serpiente, y sapos y tortugas en lugar de semidioses y gigantes que aumentan el número de ejemplos y alegorías para la vagancia moral.

Quinto: Que, incluso a partir del hombre, lo atrae cierta rebeldía contra sus creadores, o las bromas que algunos le han gastado a ese negocio de la eternidad.

Sexto: Que, según su leal saber leer, ver y oír, va siendo tiempo de jubilar a Las Musas y adjudicarles pensión de viudez, especialmente a las encargadas de vigilar el continente poético.

¿Dónde esa puta de Erato
colgaría su guitarra?
(*“Una vieja mató un gato…”*)
¡Poesía para rato
si Erato se va de farra!

Séptimo: Que deja sentada su protesta contra el universo mundo a pesar de hallar una disculpa en favor de Dios: si fue lo primero que hizo, no tuvo entrenamiento suficiente para tan divina aventura.

—…Ayer conversábamos en mi casa', ¿te dije que les caés bien? Mi papá piensa que estas cosas tuyas de ahora son pasajeras, a él le gustaba lo mismo esa manera de plantarse.

Y reprobó su buena vida pasada y poco a poco fue cayendo en el

azaroso abismo del bien. Sólo durante año y medio ensayó el hundimiento, pero como quien se mete en una caverna si desde afuera lo sostienen con sogas. Evitaba hacer algo porque después vendría el recuerdo, y el recuerdo es tremendo por referirse a lo clausurado: tenía miedo a la cantidad de muerte que el recuerdo lleva consigo. Después en la Universidad sacó buenas calificaciones, pero habría salido reprobado si le hubieran hecho un examen de humanidad. Acumuló datos y más datos, lo frío y congelado de normas y conocimientos dirigidos, porque desconocía la miel y el agror del tiempo en la sangre. Su corazón y todo su cuerpo son máquina inflexible, de un puritanismo y una rectitud que llegan a la crueldad. Sus consejos y opiniones no definen una conducta, nacen de su moral envidiosa: con la paja que habla se surten dos grandes fábricas de colchones.

—¿Me oíste?

—Sí, es muy ingenioso.

—¿Quién?

—Tu papá.

Un día utilizó como flecha su agudo ingenio, tendió el arco, disparó y logró matar dos tapires.

Vivir el papel de reformado y aceptar elogios por su reforma y llegar a creer tan admirables consecuencias de la transformación, ya muy tarde para recuperar la sal de los días. Tal vez la rutina llega a convertirse en la felicidad de tipos sin imaginación.

En esto se parece a mi primo —y a mí, por lo que leo— en sus reacciones maniqueas. Tienen la manía de mirar defectos ajenos y recalcarlos con mirada fija: la nariz ancha, la boca grande, el pelo escaso, el perfil desigual; moralmente nos sentimos más feos y desbaratados de lo que somos; cuando se quedan mirando ese punto es molesto advertir cierto aire obsecuente con la fealdad; del examen físico pasan al alma, y entonces se vuelve peor.

—“Acabas de pecar, insecto”. A cambio de su reserva yo debería estar agradecido y sometido.

—¿Me oíste?

Cuando habla sermonescamente es el suyo un rostro rechazante; pero si le conviene coloca un maquillaje de ternura; algunos piensan que su natural bondadoso rompe muros contentivos e invaden el rostro a pesar suyo, sin caer en la cuenta de que necesita gran esfuerzo para escurrir y sacar esa avara bondad de la que unta su piel para el engaño.

—Estoy oyendo.

—¿Qué opinás?

—Siete días es poco para hacer tanto enredo.

—¿Qué te pasa? El primo sigue esperando tu decisión, dice que te encerrás y clavás la mirada en la pared.

—¿Eso dice? Es verdad. Clavé la mirada en la pared, pero tan bien clavada, que de allí amarraron un extremo del chinchorro.

Hay seres incapaces de perdonar la diferencia, así sea en favor de ellos. Imagino, porque aún no sé de sabidurías, de tácticas acomodaticias con Dios, con las cosas, con los hombres, toda sabiduría es reconocimiento de la derrota: sé que soy mi enemigo, el de los *tal vez*. Tal vez dejarse vivir, tal vez; o tal vez la obediencia, endosar responsabilidades, tener a quién echar la culpa en la hora de los reclamos, tal vez. Tal vez tal vez tal.

—O invitar a una vida en forma de trampa. ¿Quién invita a su vida como a su cuarto? Los vanidosos, eso dijo:

—"Ahora, señores, por esta puerta llegaremos a mi recuerdo. Ahí estoy yo hace veinte años, fijaos bien, ¿qué decís?".

O las verdades totales en su beneficio escandaloso, las conveniencias totales, los intereses totales en política, en religión y filosofía, el convencido total sigue siendo vanidoso. Pero no es vanidoso mi primo, díganselo, aunque puede considerarse vanidad ese querer tener razón a toda hora, sería capaz de fundar un Reformatorio de Criterios. El primo teme encontrar la verdad porque lo desmentiría, y está más seguro en sus reglas, no importa si para cumplirlas necesita desmoronar el derecho de los otros a tener las suyas. Ignora que hay nubes hermosas y viento y agua sobre unas peñas, consigue billetes viejos, feos billetes viejos. Sufrió y es bueno y escogió su camino. Uno también envejece, los ojos se van enrojeciendo y gastando, se harán fofas las carnes, pesada la respiración, inarmónica la piel, desgonzados los movimientos, fallido el esfuerzo hacia adelante. Se irá adquiriendo forma de ataúd.

—¿Cuántos años tiene el primo?

—Treinta y cinco.

—¿Cuántos años ha vivido?

—Pudo casarse.

—¿El matrimonio es una mayoría de edad?

Y amor sin riesgo, la aventura para buscar sitio dónde tenderse en la vida como en un catafalco, la muerte debe ser fastidiosa por la rutina que lleva consigo. Eso. Y camas bien tendidas y sillones limpios y cuartos brillantemente trapeados y clósets ordenados y cambio de

fundas y sábanas y conteo de ropas y libretas de apuntes y floreros en su puesto y relojes en la hora señalada y rincones enfriados por el orden y fechas de cumpleaños y comedor vigilado y trajes sin arrugas y reunión familiar una vez por semana, todas las semanas de todos los meses de todos los años del mundo.

—El primo es un hombre feliz.

—Pues ya ves que sí.

—¿Cuántas camisas tiene?

—Vos deberías hacer lo mismo.

Ya. Pasarán algunos años. El matrimonio como obligación. Vestir atildado, ser socio de un Club Social en la feria de las apariencias. No disonar. Etapas como prolongación del odio; soberbia del instinto de conservación personal, reducido a un instinto de arrasar lo que no sea uno mismo, como individuo o clan. Estar al tanto de la hora. Triunfar a la carta para cada día. La sociedad de consumo.

—Vos podés triunfar.

Es decir —“Vos podés casarte”.

—¿Quién dijo que era obligación casarse?

—Tu primo pudo tener hijos.

—Es entretenido hacerlos.

Un hijo. Yo le diría:

—“Muchacho, te enseñaré el juego de la vida. La vida se coge así, de la cola, y se va arrastrando, tú siempre adelante de ella. En subida, porque te atropella al menor descuido si la agarras en bajada. Hacéme caso, muchacho, soy un sabio en uso de buen retiro”.

Libia se inventaba dos o tres sentimientos de ternura, así creía complacerme; yo intentaba creerlos, con ternura desolada. El amor no ha tenido salvación, jamás. Pero buscaba la intimidad. Intimidad es una calzonetica con manchas de haber sido orinada, y un pudoroso disimulo; intimidad es perder un poco la pena de ser tan desproporcionadamente humanos; intimidad es el vergonzoso derecho de esconderse, de esconder; intimidad es la costumbre de permanecer a riesgo de no creer en nada. Y usar tranquilizantes y embobantes y decir el amor gana al fin, porque el amor puede ser contagioso, como los bostezos.

…Estaríamos en el cuarto, ella en la cama a la derecha, yo a la izquierda, a cuatrocientos veintidós años luz, típico en relaciones cansadas. Pero el cansancio se mediría por un reloj enviciado a los minutos, a las horas, a los meses, a los años solares… Recibiríamos

visitas; nos afirmaríamos en los platos típicos a base de una insegura complicidad; asistiríamos a funciones programadas afirmaríamos la no salvación fuera de nuestros cánones. Creeríamos rotundamente en Dios. Y tomaríamos chocolate con buñuelos y almojábanas o quesitos o bizcochuelo y arepa caliente rociada de mantequilla… Chocolate (Theobroma cacao, manjar de los dioses, Linneo). Xocolatl, de xocol: llorar, y Atl: agua. Chocolatl, agua amarga, obsequio de Quetzalcoatl. NO: maya kakau, de kay-cab, de Kaj, amargo y Kab: jugo, de allí el mexicano cacahuacauitl, cachcahuatl. Cacao en arawac y kalina).

—Lindo tu peinado —diría yo.

—Qué bien tu corbata —retribuiría ella.

Peligroso animal es la corbata: cuando estrangula al hombre solitario, cuando se vuelve culebra y cae de las sillas o se mete debajo de las camas.

—Qué bien tu corbata —volvería ella, cualquier cosa ya venía establecida. Menos el grito. Grandes extensiones de grito, como para urbanizarlas. Palabras con adormidera propia, opio del eco, fantasmas de otra presencia no visible. La costumbre ejercería su oculta violencia; rebelarse equivaldría a una debilidad de los atormentados, una falta de pudor en la protesta, lejos ya el amor que se sabe firme, sin afán de comprobarse, esa manera de la plenitud.

Pero vos, Libia, estarías de cara al cielo-raso esperando mi queja de sexo rutinariamente entusiasmado, sin culpa. El perdón no merecido, el pecado imbécil, el sagrado limbo, todo ocurrió ya. Quien no lo cree es porque perdió-la fe en el olvido.

—Cuidate, Bernardo.

—¿Para qué?

—Yo te quiero.

Y debo vivir, cambiar la pena de muerte por la de matrimonio perpetuo… Las mujeres demasiado decentes huelen mal.

—Perdóname, un hijo es algo importante.

—López Luis Carlos, entregue su tarea; Herreros Luis. Estése quieto, Ismael Aguirre. A ver, Luis Carlos López, su poema…

Y pensarás de fijo
que soy un ser inútil.
Sin embargo,
bien puedo hacer un hijo.

¿Quién puso de obligación tener hijos? Vivir es la única obligación. El primo sabe tenerlos, sabe endosarse a unos billetes, a un orden lógico, poner precio al tiempo:

—"En estos ocho días gané veinticuatro mil pesos: tres mil diarios, ciento treinta por hora, ¿cómo quieren que vaya a descansar perdiendo tantos pesos cada minuto? El deber ante todo. *El Deber*".

Pero yo soy un desastre, cambié los dientes de leche por los de queso.

—¿Sabés? El Ratoncito Pérez abrió gabinete ortodóntico.

—Qué falta de seriedad la tuya.

—No me gustan los tipos solemnes, desde antes llegaron muertos.

Libia repite la cantinela del primo; el primo en esos momentos no sabe que su seriedad es simple incapacidad de ser un sinvergüenza, tiene la propiedad de envejecer repentinamente, no por sabiduría sino por amargura, y así colocar una distancia aislante, ser mayor por capricho y resentimiento. Era imposible ya la comunicación. Me hería esa precisión deliberada en sus movimientos, en sus frases de exactitud imbécil, lo monocorde de su conducta; hería su corrección pueril. Está condenado a ser respetable: dentro de poco lucirá una imponente panza recalcada por la cadena del reloj heredado, que en el bolsillo derecho del chaleco —estrenará chalecos en alguna parte del cuerpo— devorará sus horas agazapado como un cáncer, y cada día se apegará más a la mujer, a los calzoncillos holgados, a las ligas elásticas, a las Ligas de la Decencia.

—"Yo tengo mi reputación".

No pude vérsela, o la escondía en el bolsillo, hoy son de bolsillo las reputaciones.

—¿Qué entendés por reputación?

Adivinando mi desfachatez empezó a buscar respuesta, aunque trataba solamente de buscar disculpas, inclusive su silencio fue un silencio mentiroso. Aunque conmigo es diferente. Pero estuve observándolo frente a directivos "que pueden convenirte, son influyentes": su costumbre de alzar los hombros como para una respiración ostentosa que diera mayor impresión de altura, le descompensaba el movimiento de los brazos, que aparecían desorientados y cortos. Sacó aparatosamente la mano para saludar y antes de apretar la otra arqueó el brazo derecho como para un espectacular pase torero: rostro muy estudiado y tono de voz de estreno acompañaban los tres sacudones precisos del saludo. En su conducta, a

pesar de todo, es mesurado aunque sus sentimientos le salen fanfarrones.

—“¿El Director?”, sí, al final del pasaje. (“Al final del pasillo”, tenía que decir. Paternal, maternal; pasaje, masaje).

Ya en la conversación aparece ecuánime, esa ecuanimidad se refiere tanto a conceder a los demás lo que les corresponde como a exigir para sí todo lo que debe merecer, implacablemente. Si cree advertir en mí alguna intriga se pone en guardia, aunque jamás le pido favores; darme consejos lo tranquiliza y hace sentir superior y generoso; así, al ver que nada tiene qué desembolsar le llegan esos bondadosos estados de alma, perdonaría hasta a su familia y escucharía lo que en otras ocasiones sería incapaz de aguantar. Inclusive pasó un brazo sobre el hombro de la mujer; o ella le puso el hombro bajo su brazo.

—Si vuelves a encargarte del Supermercado te pongo un negocio de aquí a dos años, empeño mi palabra.

Su boca fue un gesto indulgente, de quien se alista a entender cualquier norma extraviada de vida.

—…Y si lo digo lo cumplo, mi palabra es muy cotizada en el comercio. Medítalo con tiempo, te lo digo yo.

¡Yo, yo!, afirmación necesaria del terreno donde está afirmado. En los animales existe la especie, la individualidad existe en el hombre, viejo caso de pedantería.

Estuvo orgulloso de su palabra, habló más que un recién aparecido; sacó el pecho protuberantemente, me hubiera gustado ofrecerle un brasier. Por antigua afición de gimnasta hizo aumentar las hombreras de las chaquetas; así, al aparecer de hombros y pechos más anchos, se veía también más bajo de lo que podría verse sin aquellas exageraciones; hoy sigue la moda de un cortador elegante.

—Me falta tiempo y sin embargo vivo feliz.

“Me falta tiempo”. Así, como si le faltara la respiración, como si se asfixiara en la estrechez de los minutos, de las horas, de los días.

—“Me falta tiempo”.

—¡El mundo es hermoso! —exageró para recalcar su generosidad. Pero no vi convicción al decirlo sino la advertencia inconsciente de que yo no tratara de componerlo ni protestara contra sus estatutos. Hasta repitió chistes y se metió en retruécanos y calembures. Volví a pensar que para tener humor, por tanto salud mental, se requieren dosis de picardía. De humanidad. Muy mesurado en sus movimientos, imposible que fuera apasionado, imposible tomarlo en serio: él ya llegó. Por eso a

veces le invento asuntos.

—El Goofus Bird, dice Borges en Zoología Fantástica, es un pájaro "que construye el nido al revés y vuela para atrás, porque no le importa a dónde va sino dónde estuvo".

Aunque le faltaron muchos, hasta se olvidó del caballero Antonio de Pigafetta: "*Historia fabulosa de unas aves colosales y un árbol gigantesco*. Nos contaron otras historias. Al norte, en el Golfo de China, que los antiguos llamaron *Sinus Magnus*, hay, según decían, un árbol enorme, llamado *campanganghi*, donde se posan ciertas aves, a las que denominan *guruda*, tan grandes y tan fuertes que pueden elevar un búfalo y hasta un elefante y le llevan volando al lado del árbol llamado *pusathaer*. el fruto del árbol, al que designan con el nombre de *buapanganghi*, es mayor que una sandía. Los moros de Borneo nos dijeron que habían visto dos de estas aves, que su rey recibió del reino de Ciam. No puede nadie aproximarse al árbol por los torbellinos que en torno de él forma el mar hasta la distancia de tres o cuatro leguas. Añadieron que todo lo que nos contaban lo supieron del modo siguiente: un junco fue arrebatado por estos torbellinos cerca del árbol, donde naufragó; perecieron todos los hombres, excepto un niño, que se salvó milagrosamente sobre una tabla; gateó por el árbol y se ocultó bajo el ala de una de estas colosales aves, sin que lo notase; a la mañana siguiente, el ave descendió a tierra para arrebatar un búfalo, y entonces el niño, de un salto, se salvó. Así supieron la historia de las aves y de dónde venían los grandes frutos que frecuentemente se encontraban en el mar".

—Un día encontraré un pájaro fabuloso, montaré en él y cruzaré dos o tres océanos. Me preocuparía si le estallara en el pico el freno que habré de inventarle.

Yo me iré, muchacha, al único país que no existe: poco a poco he ido elaborando su mapa con la paciencia de una espera olvidada.

Mi primo respiró por la boca, una, dos, tres, cuatro, cinco veces, pero volvió a una fuerte respiración nasal; debió recordar que su madre y la mía afirmaban lo dañino de tal costumbre, pues las bacterias entran fácilmente sin las barreras naturales de la nariz.

—O si el Supermercado no te llama la atención —siguió atosigado de ternura— en la Universidad puedes enseñar y aprender. Enseñando es como se aprende, dijo Don Bosco.

Todo el mundo lo dijo todo, yo no puedo decir mi verdad, difícil decir la verdad a quienes creen a uno mentiroso. La Universidad, los

profesorcitos… Saber o aprender o enseñar para presentar exámenes no es saber ni es aprender ni enseñar. No ponen a vivir el conocimiento, matan cada cosa al descubrirla, al descubrir que otros la descubrieron: tipos pescadores, venadeadores, paveadores; al repetir la verdad no hacen sino ponerle un epitafio, convertirla en epitafio.

—Todos los que te conocen dicen que sos muy inteligente.

Porque saben mentir. Y si fuera cierto, ¿para qué ser inteligente? ¿Para ganar a los bobos? Menguada victoria, si es que alguna vez ganamos.

—Todos dicen…

Dicen-que-dicen-que-dicen-que, todos dicen cosas; todos, menos yo, saben cómo debo vivir. Traía una gran sonrisa, demasiado grande para sus labios, por eso el inferior caía ligeramente. El peso de una sonrisa es mucho para un hombre acorralado. Ellos "saboreando los goces de la maledicencia" *Simone de Beauvoir*. Mi delirio de persecución: de pronto veo pasar conversaciones, se detienen, se miran sus énfasis, sus corrillos odiosos. Y ese alejarse luego sin previo aviso, dudas que van regando en mi esfuerzo. Cuando regresen me iré, para destruirlas.

—¿Cuánto hace que mi tío Pompilio es profesor?

—De botánica, Libia, y todavía no conoce el monte el Tío Pompilio.

—¡Es muy buen profesor! Ya tiene apartamento propio y está pa jubilarse.

—Está *para* jubilarse, querés decir. No digás *Panamá*: debés decir *Paranamá.*

—Vecino mío, Propiedad Horizontal a todo ful. Cada tarde charla con su pájaro, su pájaro debe ser buen contertulio, es un sinsonte.

"Nimbus gilvus tolimensis", nombre del sinsonte, llamado también mirla, mirla blanca o pregonero.

—Vos te burlás.

—No me burlo, por él te conocí. ¿Recordás?, no quiso tomarse un trago.

—"Cuido esta caja" —señaló como un gran hallazgo su cráneo duro. Pensé que debía estar para desvelarse por objetos vacíos. Pero llevaba pulcra y cuidadosamente su vejez, como si hubiera dedicado la vida al arte de obtenerla y cultivarla. El me habló de convolvuláceas, flores en campanilla, raíces adventicias, yo mencioné mortiños, borracheros, uvitos de monte. El explicó lo del búlbulo y del escapo del maguey y la espata (hojaescama del goligote) y se extendió al áloe o acíbar o nuestra humilde penca sábila de brujerías. Yo le mencione el caimito y la cereza

de monte.

—¡Mandul!

—…A veces le hacés chistes. Tío Pompilio sabe que le hacés chistes.

—A su rutina, Libia.

EL RUTINACEO

Hoy como ayer, mañana como hoy,
¡y siempre igual!
Gustavo Adolfo Bécquer.

Cinco y media a.m.: ruidos de la sirvienta en la cocina, trastos contra trastos, chorro de agua contra la poceta a mediolienar.

Seis menos cuarto a.m.: canta el pájaro de don Pompilio.

Seis a.m.: don Pompilio habla con el pájaro.

Seis y cuarto a.m.: ruidos de don Pompiiio en el baño.

Seis y cuarenta y cinco a.m.:

—¡Está listo el desayuno, don Pompiiio!

—¡Un momento!

Seis y cuarenta y ocho a.m.:

—¡Sus huevos, don Pompilio, se le enfrían!

—Estoy en el agua, un momentico.

Siete menos diez: el señor profesor Don Pompilio ya está pasando el desayuno, ya regresa al baño, ya hace gárgaras de astringosol, ya las suspende para pedir sus herbolarios, ya las continúa, ya se coloca la bufanda anti-bronquitis, ya sale, ya se despide del pájaro, ya abre la puerta del apartamento y cierra y baja las escalas y abre la puerta del edificio y cruza la acera y ya abre la portezuela de su viejo Ford y ya la cierra —tas-tas— y ya enciende el motor.

—¡Adiós, don Pompilio! ¡No olvide las pastillas, recuérdelo bien, a las once!

El profesor don Pompilio se ha ido. Don Pompilio. Pompilio. Pompiliácea. Pompilionácea…

—Mi tío Pompilio también compró carro.

—¿Y saca a pasear el sinsonte los sábados en la tarde?

—¡Bernardo!

Entre otros achaques, sufría lumbago. De niño yo pensaba que lumbago era un animal de riñones incipientes.

Cuando hace pocos años lo conocí, sus huesos estaban más o menos jóvenes. Ahora su esqueleto envejecido, y una gran decepción en toda su calavera. Como vivió aislado, sus errores no tuvieron testigos y aparecía más perfecto que los demás, circunstancia que aprovechaba para recalcar defectos ajenos y aumentar su valía. Una tarde lo sorprendí colocándose el viejo gabán. Visto así, parecía que se lo hubiera puesto sólo para guardar sus huesos, con cierto decoro. Pero algo en él me subyuga, ese dialogar con las únicas cuatro matas que conoce y cultiva en un patiecito avaro, frecuentemente orina sobre ellas.

—La urea te conviene, matica —y echa feliz sobre las hojas el chorro intermitente—. Te hace falta la urea, cardo de páramo.

Vivió solo y chambón y tímido. Sin embargo domina su timidez cuidadosa y pacientemente elaborada, una virtud de la que podía enorgullecerse: como vigilaban su virginidad las antiguas damas solteras; como un autor narcisista pule y pule su obra sin atreverse a lanzarla, en lo que consiste su defensa. Y, llegado el caso, su agresividad.

Ser comprensivos debe tener límites. Libia sería un mojón.

—Cada cual con sus maneras, ¿no?

—Pero vos seguís como si tu vida fuera de otro.

—No quiero servir, Libia. Tiene más iniciativa un huevo en una nevera.

—¡Lo mismo, todo!

—¿Qué?

—La mayoría de las cosas.

—La cosería de los mayas… Es maravilloso que existan pájaros como ese *Goofus Bird*. Mi primo siempre ha tenido razón. Y don Pompilio.

Ellos, la familia, los vecinos, Libia, *mi cuñada*, mi presunto suegro el doctor, la gente. La tendrá el futuro, contra mi futuro la tuvo —la tiene— mi pasado, y esa vaina de la Universidad. Enseñar lo que creen que debe enseñarse, no lenguaje sino retórica, normas castradoras, el pedo de la literatura.

—¡Oh, poetas elegidos! Desde el pedestal del pensamiento en que me habéis colocado por munífica generosidad de vuestras almas estremecidas, desciendo las gradas del prestigio anónimo para llegar en mi fantasía al sagrario donde oficiáis a la sombra de las musas eternas,

refrescadas por las alas del alado Pegaso sobre cuyo lomo coronáis las cimas del dolor, del amor y del laurel, queremos deciros una tímida admonición: evitad la retórica que os perderá en la maraña de sus florecidos y olorosos tallos trepadores…

—Libia, no quiero servir.

Sabía hondo quien dijo que el hombre es una mano y un lenguaje. El lenguaje es una conducta, díme cómo hablas y te diré quién eres.

—¿Has leído *Martín Fierro*?

En su estudio Borges hace una afirmación notable: "En mi corta experiencia de narrador he comprobado que saber cómo habla un personaje es saber quién es, que descubrir una entonación, una voz, una sintaxis, es haber descubierto un destino".

Con *Los Inusitados* podría escribir *Lenguaje, necesidad de la mentira*, recuento del alma a través del verbo. 1) El lenguaje- lenguaje como lenguaje, el lenguaje como silencio, olvido y silencio-lenguaje. 2) El lenguaje como sonda para el conocimiento, como defensa del hombre frente a la soledad, frente a Dios, frente a sus semejantes, frente a lo ignorado. Analizar este diálogo:

—"Pues no escuchemos sus idioteces, ya se callará".

—"Ahí está el enredo: no conozco silencios más idiotas que los de ese tipo".

Desarrollar: A) Somos recuerdos olvidados por quien nos vivió. B) "El porvenir es el momento más sensible del instante". *Valery*. C) Persistencia de las imágenes: la retina queda herida veinticuatro segundos por una imagen dada: asociarlo a una retina de los sentimientos, a la perdurabilidad de ciertos amores, odios, aberraciones. D) Profundizar en la frase de los indios Tukano, del Vaupés: "Para vivir hay que oír el eco de las cosas".

3) El lenguaje como puntal de cambios, como peligro social; porque todo cambio social trae un cambio lingüístico; el suicidio y el poder de los vocablos; el lenguaje-droga. Terapéutica por la palabra; oír estas expresiones: Los caraibas estaban dando flor; el paraíba umbroso, el sinaruba. (*GuimaraesRóssa*). Nombres propíos entre los Katíos (¿o Kunas?): Nairama, de hombre; Hayparapuma, de mujer. Y etnografía y geografía colombianas: Dabeiba, Urama, Untabe, Darién, Chamíes, Pijaos, Sinifanaes, Dobaibe, Valle de Firavitova, Páramo de Pisba, Medellín de Ariare, Manaure de los Huracanes.

Pero estos amos de la retórica… Retórica, bicho académico, su reservorio en latiniparlos de pùlpito, en bobos elocuentes, en políticos

de cajón y periodistas de bajo sueldo; transmitido por radiodifusoras católicas, misioneros adventistas y protestantes, Testigos de Jehová, Horas Culturales, mesas redondas, Opus Dei y Opus Night. Profesores que intentan lucirse a base de figuras como la anadiplosis, la epanáfora, la aposiespesis, la epístrofe.

—No diga *andado*, diga *anduvido*; no diga *entusiasmado*, diga *entusiasto*.

Y esas voces aporreadas, hoy, ayer, siempre.

—Luisa.

—Señora.

—¡Luisa! No dejen tirado el jabón. ¿Quién se llevó las tijeras?

—Las tiene María.

—Son marca *Corneta*, alemanas, regalo de Tía Angélica.

—¿Qué horas son?

—Falta un cuarto.

—¿Por qué sacaron el carretel de La Singer? Desensartaron la aguja, yo necesitaba el hilo negro.

—No encuentro el botón del saco azul.

—¡Apúrense que no alcanzamos misa!

Si esta cabeza esta-estalla-estallara de una vez.

—Tu primo es hombre práctico, sabe conseguir plata.

DIALOGO PARA NINGUNA PARTE

> —¿Sabes que don Gerardo le dejó diecisiete millones a su hijo mayor?
>
> —¿A Ismael? ¡Ismael los merece, por bruto!

—…Me dijo que yo debería advertir… Esa fortuna de don Ananías Restrepo, ¿quedó en nada?

—Se la bebieron los hijos.

Llamar fortuna al dinero, ¡señoras y señores!

—Por cierto estamos invitados donde tu cuñada, no se te olvide.

—No es mi cuñada.

—Pero es la mujer de tu primo, ni que fuera tu hermano mayor.

Ella, de cuerpo nervioso y alma cicatera, deseo creerlo. Por tener pocos afectos (algunos me infunden temor) no los resalto para no caer en la hipocresía de inventarme los otros. Cortesía sin vasos

comunicantes: ponía cosas entre los dos, como bultos de barricada: en el fondo quería vivir a la enemiga. *Mi cuñada* inefable, su sonrisa de permanente agresión, o cuando menos prevención, y su busto moralítico para la dureza de sentimientos en sus costumbres, sospechosa facilidad de quien ha deseado ver muerto a su marido, ojalá por mano ajena, para guardar un luto coqueto y espontáneo. Como todo amor que brega por ser idealizado, pasaron por esa etapa en que callar defectos equivalía a una forma de perfección.

Charlatana y vecina como cualquier charlatana. Hace un año empezó a contarme la enfermedad de su difunto padre. En el último episodio tiene —el difunto— cuarenta y un años de temperatura. Espero que lo mate la semana próxima, o todos moriremos: hace pasar tantas palabras por el aire, que el pobre tiene ampollas. Ahora tiene callos, el aire. El primo no me perdonaría si le dijera que cuando se casó con ella debió tener el sexo vendado. En todos los actos, así trate de ocultarlos, quiere desempeñar el papel de lo que desea ser y que de seguro será más tarde.

Como Libia: buena hija, buena novia, buena esposa, buena madre. Y mal polvo. No sé cómo se las ingenia para incomodar con cualquier pretexto: si vamos a cine, se antoja de una cocacola cuando me encuentro acomodado; luego pide excusas por la incomodidad que causa y que jamás corrige, y da gracias efusivas por mi atención oportuna; si se trata de tomar un taxi, es la última y la más complicada para abordarlo, y ya adentro contagia su mal humor acosando a los choferes agraviados por su lentitud; si agarra el teléfono, pone tal énfasis mímico y demora tanto las explicaciones, que ya no sólo el interlocutor y el que espera turno, sino el aparato mismo, adquieren total expresión de víctima. Había perdido su efecto —si antes lo tuvo— ese vicio de llevar la mano al pecho y con pulgar e índice aliviar la talladura del sostén.

La imagino seis años adelante: no será estilizada sino gorda, o flacuchenta su figura, patéticas las arrugas producto de risas y sonrisas forzadas, ese ocultamiento rabioso, deseo de aparentar felicidades de embestida. Como un toro moribundo.

—¿Te gustan los toros? Suponé que naciera un mondoñedo de color rojo y tuviera que crecer entre una manada de toros de lidia. ¿Imaginás las cornadas que le tocaría recibir? Quien se destaca va destinado a recibir cornadas, sólo el mimetizado evita problemas.

—Tu primo recomendó que te recordara el compromiso, que no olvidés hablar con esos profesores tan importantes.

Los Inusitados al revés. Mis futuros colegas, mis censores amotinados.

FUGA DE CEREBROS

¿En qué piensas todo el día tendido
sobre la hierba?
Rafael Pombo.

—Sigo estudiando, estudiando.

Ponía aire de quien está por hallar la clave de todas las cosas, sentíamos sobre nuestra frivolidad su mirada severa, su documentación.

—Sigo pensando. Pensando.

Nos dio alguna pista cuando mencionó el terremoto de la provincia china de Shensi, en que murieron ochocientas mil personas; o cuando habló de otras regiones centroasiáticas, de fallas geológicas, fuerzas tectónicas, tsunamis o maremotos, niveles peláticos… Saboreó mucho lo de oscilación errática y su evidencia:

—"Una variación en el eje sobre el cual gira la tierra", para terminar en Daguestán, república montañosa abundante en hielos y vientos, donde viven los viejos más viejos del mundo a pesar de los terremotos "que siembran muerte y desolación". Por esto de terremotos y viejos, ha venido estudiando la relación que pueda haber entre lo uno y lo otro. —"Sigo investigando. Sigo investigando…" —concluye echándonos por sobre el hombro su modestia. Le llegamos a captar que el Elixir de la Eterna Juventud sería una droga a base de montañas, terremotos y vientos helados.

Otro vehículo pasa escandalizando su llegada, levantando el polvo de la construcción esquinera. Dos llantas van empegotadas de barro amarillo, tierra roja de Fabio Acevedo.

—Fabio Acevedo, otro de los pobres inusitados.

—Es joven y ya se colocó en una posición importante.

—Y con prestigio por todos los costados.

Se sentó en la esquina-cruce de las filosofías, extendió el sombrero y agarró algunas cositas para su caja personal de ahorros; tal vez por eso

nos da la sensación de que la suya es otra filosofía mendicante: la metafísica se le va convirtiendo en una alegre y orgullosa disculpa de sus frustraciones.

—Tiene aceitada su columna vertebral para las genuflexiones.

—¿No es amigo tuyo?

—El nunca será amigo de nadie.

O volver a empezar.

—…No olvidés el compromiso.

—…No vuelvo, Libia.

—¡Pero si tu cuñada nos espera! Los niños te quieren, además.

—Haceme un favor.

—¿Qué favor?

—Préstame la barriguita.

pa tocar tambor.

—No te burlés de los juegos infantiles. Son hermosos los niños, ¿viste el periódico? ¡Horror esa bomba atómica! ¿Qué opinás de Las Quíntuples Dionne?

—Han usado toda la vida Jabón Palmolive, el jabón de las estrellas. No, el jabón de las estrellas es Lux de tocador, a base de aceite de olivas.

—¡Entremos, Bernardo!

La protesta deja su sombra al soporte de la acera. Por su mínimo caño el invierno arrastra papeles, cajitas de chicles, hojas extraviadas, polvo licuado, espuma de los aleros, dolores por tropezones en pie descalzo.

—¿Quiénes hay en tu casa?

—Mi mamá. Hoy es domingo, se estará haciendo los rulos.

Experta en orientarse por los horóscopos de diarios y revistas, fanática de las estrellas y deslumbradora de amigas si habla de Cristálmancia, hidromancia y videncia alucinatoria, o cuando explica definiciones sacadas de un diccionario mágico a escondidas de su marido: cataptromancia: adivinación por la mirada; antropomancia: adivinación por entrada en estados catalépticos, hipnóticos o agónicos.

O cierta bobería por seguir deslumbrándome:

—Mi marido no puede dormir sin *La Novena* de Beethoven.

—Yo tampoco puedo dormir sin *La Novena* de las Benditas Animas.

—¿Y tu papá?

—Sacó a pasear a los nietos, felices en el automóvil nuevo. ¡Hace un

tiempo tan lindo!

—¿Quién hace el tiempo lindo?

Además “tiempo lindo” es una limitación del tiempo. Como Dios, el tiempo no tiene sexo, ni edad ni figura. San Agustín pudo acercarse.

—¿No están con sarampión?

—Tuvieron cuarenta y un grados de fiebre.

—De temperatura, querés decir. Otro esfuercito, y rompen el récord mundial.

—Apúrate.

Sombra otra vez de la palabra. Piedra-ladrillo de la acera, pronto desaparecerá. Hermoso portón, como los de Balandú. Mi sombra continúa leal; le hago una venia, la invito a entrar en el zaguán. Yo entro cortésmente después de ella. Zaguanes, todavía. Y patio interior, con melenas y azaleas y begonias en casa de Paula Morales. Pueblo doloroso. Y heléchos frescos, Familia de las filináceas, nuestros humildes heléchos de rastrojo y monte.

—¿Querés un jugo?

—Una cerveza.

—Aquí no hay cerveza.

—Mandemos por una a la esquina.

—Mi papá no toma trago ni cerveza.

El toma la palabra, olvidó beber y elevó sus carencias a categoría de sistema filosófico.

Entrelazados los dedos sobre el bajo vientre —menos los pulgares— que los hace giraren martinete—molinete—alterno horas y horas; o allí sentado sobre la verdad dando patadas a los argumentos ajenos. Carecer de imaginación es también una de las formas del olvido. Piedad Rojas, Rocío, Claudiafuga…

—Aquí estuvo la chimenea.

El leño estaba allí, olvidado de su llama, en la casa del Páramo. Y estaba yo, sin memoria del amor. Pero el leño dejó de callar su fuego, y una voz en mí recordó que desde antes venía enamorado de ella, la única, mi sola y total sabiduría. Quedaron dos golpes de ceniza.

—Mirá, la sala: aquí se podría leer tranquilo, preparar clases tranquilo. Hasta escribir.

La biblioteca. Lo advierto por varios centenares de libros que en alguna forma se desperezan a ver si alguien les abre la primera página Biblioteca con viejos libros de medicina, *bestsellers* y cerámicas

abrillantadas con aceite. A cada extremo de la tabla superior, un viejo sentado, manos al rostro fruncido, pensando en lo hondo de la vida y en la tarea de leer ciento veinte libros didácticos. Y un reloj que tictaquea por simple vicio de embromar al tiempo.

Veo mi futuro como la desolación de un pasado, y esto de ahora como un precario recuerdo. —“Tranquilo”. Como un reverendo párroco con dos parroquias. Nada podrá hacer el hombre sin su desesperación creadora. Estará alegre o triste, anecdóticamente.

—Mi papá piensa…

Hablaba de la vida como de la sombra de sí mismo, llena de reticencias y avaricias. Una ternura sin matices, una tristeza sin provocación, una larga cuenta de días sin nombre. Amarguras para el odio rencoroso, para un amor rencoroso. La fanática resistencia contra ideologías y religiones los volvió resistentemente fanáticos, hundidos en el abismo que habían intentado salvar; de ser consecuentes, sabrían que se convirtieron en su propio enemigo.

—¿Qué se hicieron los sillones de cuero?

—Los vendimos.

—¿Y las sillas mecedoras?

—También.

—¿Y la mesa de nogal?

Cuando miraba la mesa no podía dejar de pensar en este asombroso cuadrúpedo, la mesa; miraba el pequeño banco bajo la mesa, quisiera que la mesa tuviera ubre y amamantara el banquito recental.

—Tengo ganas de leche de madera.

Y consolas y repisas torneadas y. En el apartamento nuevo habrá muebles de plástico, flores de plástico, almas plásticas.

—Que entre un poco de aire fresco —dice y abre la ventana. El aire estaba esperando sin tocar el timbre y entró luego de restregar fuertemente los pies contra la alfombra pequeña. El aire.

Que la ventana daba al mar, habían dicho; realmente el mar daba a la ventana, hasta entraban algunos tiburones al cuarto; por fortuna volvían a salir rápidamente.

—…Como nos vamos a mudar al apartamento moderno.

Y habrá dos rincones con imitación madera y plantas prefabricadas, de cuando en cuando las irrigarán para no dejar marchitar completamente la ilusión.

—¿Por qué callas?

Un silencio de bolsillo, un silenciador de bolsillo, cualquier clase de

silencio. *Monocorde silencio* —dice León de Greiff—. *Silencio, grandes cantidades de silencio.*

Era amable el silencio
hasta que en él cayeron cosas,
gritos, gentes.
Cómo al rodar lo dislocaron,
cómo sufría la palabra exacta,
la palabra donde todo cabe.
Después lo vimos erizarse,
hablar diarios discursos,
llenarse, alzar las manos…
Ni una cruz señalará su fuga.

—Si dejaras esos amigos arrastrados que de nada te sirven, llegarías lejos.

—¿Hasta aquellas nubes?

Porque sigue siendo virtuosa, de una virtud dogmática, inaccesible y regañona.

—Claro, metidos en esos perdederos donde atracan y roban y todo.

—Pensá que todo y el atraco y el robo y la invasión de tierra son un aporte subdesarrollado a la justicia.

—¡Son unos perdidos!

—Viven su vida en fiesta de desalojo, está bien.

Confesión: Dios, ¡estoy más aburrido que El Putas! *Lamentación*: gimen las cosas perdidas, como niños. *Insulto*: se ha convertido en máquina para engordar sus vanidades. *Indignación*: ¿Quién dio por concluidos el hipopótamo y el rinoceronte?, protesto por tales adefesios, señores del Jurado. Que conste en el acta mi protesta.

—De todas maneras, y sin necesidad de enojo, el hipopótamo sabe que tiene cara necesaria y triste. Fea y tierna y triste.

Estímulo: Tener alma tan optimista como un pene enamorado. En su “Primer viaje en torno del globo”, Pigafetta cuenta de aquellas islas lejanas: “*Cascabeles en el prepucio*. Nuestro viejo piloto nos contó una costumbre aún más extraña: cuando los jóvenes se enamoran de alguna mujer y pretenden sus favores, se atan cascabelitos entre el glande y el prepucio, y van así bajo las ventanas de sus queridas, a las que excitan con el tintín de los cascabeles; aquellas exigen que no se los quiten”.

—Libia, conseguime un par de cascabeles sonadores, te daré una

serenata.

—¡Bernardo!

—Te conviene el tilín-tin-tintineo de esos cascabelitos.

Carta a los amos del mundo: Protesto contra todos ustedes, manada de hijos de todas las peores rameras.

Pedagogía: A los niños deberían darles no cascabeles sino granadas de mano, se acostumbrarían al peligro. Decálogo infantil, de obligatoria enseñanza en todas las escuelas del país: *Primero*: Niños, amad las víboras. *Detalle*: Parece ser que Romeo tenía blenorragia o estaba a punto de contraería. *Conclusión*: el que sube muy alto puede alzar las manos y hacerle cosquillas a Dios.

—¿Por qué no podrías ser lo mismo que tu primo? Pero el Julio y el Fernando y el Juan Luis y el Miguel y el Oscar y el Orlando y el Jairo y. Sólo sirven para beber.

—Nuestros amigos son nuestras mejores cualidades y nuestros peores defectos. Debés tomar nota de mi sabiduría.

NUEVO DIALOGO IMBECIL:

> —¿Invitarlo a beber?, ese tipo es el tonel de Las Danaides.
>
> —¿De quiénes?
>
> —Las Danaides, mis vecinas, fabrican la mejor chicha y los mejores tamales de la región.

Libia tuerce la nariz cuando las menciono, imagino lo que imagina y que bautizaría si pudiera bautizar. *Candela*: puta que se está quieta horas y horas en la acera que le señala el chulo. *Call-girls*: hetairas, golfas, trompas, lobas, geishas, enganchadoras, estáticas, peripatéticas, azotacalles, respetuosas, Las Putiérrez, mujeres de vida alegre, de vida airada, de vida nocturna, de la mala vida, de la vida, de la vida galante, de la puta vida. Busconas, arrastradas, pescadoras. Mariposas nocturnas: putas elegantes, disimuladas.

—¿Es verdad que estás haciendo versos?

—Ni me los mostrás.

Tomo las llaves, no hay puerta sino aire; al fin abro la puerta inexistente, escuchan el portazo.

—Eso tampoco va a ayudarte. ¿Dónde andabas anoche?, los domingos con esa cara trasnochada, ni me llevaste a la retreta.

—Suben fuertemente sus notas. Las notas han matado a varios.

—Tu primo también vive preocupado porque no ensayás en cualquier Empresa responsable.

—Ya me lo ha dicho. “A ninguna parte se llega por ese camino”. ¿Por cuál camino, y a dónde?

Sigue tan profundo el cielo,
sigue el mundo tan patasarriba,
que el hombre atraviesa
la vida colgado del suelo.

—Lo importante es no llegar, decía Goethe.

—No se trata solamente de gozar.

Catavida, catadura, catasexos, cataclismo, nunca lo podría decir. En tantos consejos, ¿no habrá resortes reventados? — “Pobres diablos” — debería gritarles—. “Tienen miedo de sentir una emoción, de llegar a la elementalidad del gemido gozoso en el coito, con la hembra o con esa cosa arrodillada del infinito, por eso la vida del hombre se convirtió en una posdata”. ¿En relinchos y pedos se les va todo? Lo importante es la canción, decía Eusebio Morales. Somos un cementerio lleno de vida.

—Nuestra cultura ha fluctuado entre la mentira y la muerte —se burla de mí ese otro yo mismo—. La muerte es hija de Satán y la culpa, dice Milton. La conciencia de que vamos a morir nos impide el riesgo de la inmortalidad. Nos da miedo vivir, todo nos da calambre. Habitamos los países de La Calambria, Libianada, toda contención es producto de un complejo, toda exorbitancia; cuando mi primo juzga por sobre el hombro izquierdo, ese gesto no recalca su cultivada superioridad; sencillamente hace muchos años perdió la muela de la risa, y buscaba el ángulo que lo favoreciera en la conversación: sólo así reía con toda la gana, era “el joven simpático”. Si se hacía imposible esa actitud, entonces —con su vecino a la derecha— “era el joven serio y reflexivo”.

—Saúl el mayor acaba bachillerato.

Bachiller: de *baccalaureos*: corona de laurel con bayas.

—Que el primo también me perdone.

Porque sigo siendo injusto, pues al lado de sus egoísmos le he visto sufrimientos nobles y actitudes valientes. Y el sueño inquieto y la vigilia y hasta una dura austeridad en la pena. ¿Que tienen razón? Bueno, se la acomodan; pero la razón es enemiga de la inteligencia.

—Tienen razón, Libia. Lo que pasa es que no he salido de Balandú.

—¡Dále con Balandú!

Astromelios y Sanjoaquines, alguna mata de anís, arbustos de saúco y salvia. La borraja invadía como el olvido. ¡Estoy más marcado que puerta de fragua!

—…Si ves un pueblo en espera entrañable, ese es Balandú…

…Cuchillos de Gaspar, vuelvo a verlos repuntar en mi esquina. *Gaspar y Carot*, Compañía de opacas Variedades que una tarde apareció en el pueblo. Calderón volvía detrás de su bocina acústica:

—¡Oiga-oiga!, ¡esta noche! ¡gran estreno! ¡de magia y misterio!, *Gaspar y Carot*!, ¡con Magda Cruz! ¡la gran sensación del mundo!, ¡la única mujer! ¡que puede comunicarse! ¡con el más allá! ¡¡¡Esta noche!!! ¡Asista usted! ¡con toda su familia!

Adivina de los milagros, piel grasosa, ojos pintados de negro, pelo pintado, vida pintada, sensual y coqueta Magda Cruz. Gaspar le tiraba cuchillos que se clavaban en el tablón contra el que se adhería la mujerona. Dos, tres cuatro, ¡tas-tas-tas! (Jairogardel, aquí te clavo), cinco aceros con extremos encendidos, seis, diez, veinticinco, treinta, ¡chas-chas-chas! Aquella noche le cortó el lóbulo de la oreja izquierda, la sangre vendría del más allá.

—Viven juntos y se quieren.

—Estaba coqueteándole a Fabián Mejía.

—Le sonrió y le mató el ojo a Eusebio Morales cuando él cantaba un *fado*, Magda Cruz era de Portugal.

El grito de ella, apagado en el aire. Y la ira de él, de los cuchillos contenidos en la empuñadura. Todos vieron la mirada fija de Magda Cruz, todos vimos la mano empuñada de Carot, temblorosa en el cuchillo siguiente.

—Fue que anoche peliaron.

—Olvidá ese pueblo, vas en otra cosa.

—¿Lo creés?

Todos mis recuerdos juntos no darían para un fin de semana. Apenas voy sacando cosas de mi recuerdo, como de un talego. Veo tirar cuchillos, un muchacho vulgar y hermoso los tiraba, sus cuchillos tenían los siete nombres de la semana: *Lunes, Martes, Jueves* de cacha roja, siete pecados capitales y otro más… Unas puticas lo amaban, unos homosexuales, Mariello…

—Se llamaba Jairo.

El diablo acomodó otra vez su pezuña en la piedra marcada, revoló tres veces sobre el solar de Las Barbaritas, desapareció entre los Farallones.

—“Si el diablo desviara el cuchillo, si se clavara el cuchillo en el ojo derecho”. En su desesperación teatral Carot apuntó contra lo alto, el cuchillo se elevó tanto que hizo sangrar una estrella desprevenida, las gotas cayeron junto a La Piedra del Diablo, fue más poderoso su olor de azufre. Asdrúbal sonrió, la sombra de Rómulo permaneció quieta.

—Tibia sangre de estrellas.

Anoche lo soñé. En lugar de tirar cuchillos a Magda Cruz y su tablón, Gaspar puede tirarlos contra mí, vengarse de ponerlo a repetir indefinidamente el acto. Asdrúbal desviaría los cuchillos voladores, allí mira su ojo torcido, su ojo manchado sobre la ganchuda nariz, el cuchillo apunta, se dispara, volteretea, llega… Un pájaro canta desorientado. Toqué algo viscoso que se movía jadeando.

Chelito, papel volante de nada, emocionado.

—¿Qué querés?

—Algo caliente.

—Entonces vamos a la cama.

Un gajo de limonero entraba por un postigo de la ventanuca de su cuarto, algún pájaro se atrevía a pasar la barrera. Sobé su Cristo desgarrado, frutecía un gajo de limón. Ella ponía de espaldas al Cristo, por no dar mal ejemplo. Se oía el aleteo del pájaro.

A una tía le gustaban los pájaros, se fue llenando de ellos. Algunos tenían picos como cuchillos que se hundían, cortando. Un día los pájaros le sacaron los ojos.

…Que las aves soltaran su pico, eso no me parecía bien aunque las nubes continuaran furiosas. Cuando el rayo cruzó la esquina mi tía se santiguó y yo dije:

—El cielo va a santiguarse.

A mi tía le gustaba el sol porque el árbol se alimentaba de su propia sombra; después un viento suave lamía los restos.

—¡Se hunden los árboles, Santo Cristo de los Farallones!

Pero no era verdad lo del árbol hundido en la tierra, por eso llamé al sol, a espaldas de mi tía:

—¡Qué hubo de tu sombraˆ sol baboso!

Al sol le dio por caer a borbotones en verdadera hemorragia, muchos voluntarios lo echaban en paladas a los barrancos: de ellos subía un aire calcinado, aspaventoso por el griterío de los conviteros. Mi tía cogió el día —lo que del día quedaba— y lo metió en una coca de huevo, y la cerró. Cuando lo frieron, de la cazuela salió todo el crepúsculo. Así el pueblo se salvó del incendio, y las rogativas dijeron

las bondades de Dios, ¡Santo Cristo de Balandú! Después llegó un poco de más rubor al crepúsculo, me dio pena haberlo hecho avergonzar, cambiaba de colores en la tarde. Porque en realidad era un cielo rasgado, como si hubieran espantado las nubes con ramas espinosas.

Mi tía decía que por esas breñas había luna grande y sol madrugador, y unas estrellas allá como picoteadas por gallina clueca; había árboles que hacían caso al viento, y unos pájaros que volaban contra el viento, a espaldas de la luz. Ella aguardaba esa hora, la hora de sus baños de luna, con Agua Florida de Murray y Lamnan.

—Dan bizcocho cuando no hay saliva —dije yo, para semiinventar un refrán cualquiera.

Por esas calendas el mundo intentaba venirse abajo porque anocheció brava mi tía. Desde temprano repuntó con rostro de no haber dormido, y una mirada feroz. Al hablar le brilló el diente de oro.

—¡Vayánse! —remató, y el oro dejó de brillar. El árbol apareció, ligeramente insomne.

—Abran campo, viene la noche.

Parecía disculpa. Yo lo sabía sincero, ni siquiera las primeras estrellas se burlaron del árbol. Algún día tendría sombra, y las raíces tendrían su árbol, y los árboles tendrían su pájaro, y los pájaros tendrían sus ramas, no había necesidad de que soltaran su pico, asuntos de mi tía.

La cerca lo entendió, ningún pico de pájaro había caído en sus palizadas, ningún ojo redondo, ni plumas bifurcadas. Entonces, ¿para qué retorcer la cola de los novillos? El río se desperezaba sobre el valle, pude oírle sus bostezos, definitivamente me pareció un río mal educado.
—“Quién sabe de qué suburbio vendrá” —hubiera exclamado mi tía, pensando en sus agüitas de manzanilla y apio.

—Siga su camino, río rutinario, Pompilio —rió: deje tranquilos a los bueyes de la orilla, deje que le hagan cosquillas los peces.

Ni solo se lamía ese buey, ni bien ni mal. ¿Dónde va el buey, que no are? ¿Dónde va el buey, que no lo veo? Se metería en el poema de Epifanio, en el poema de Carducci, ya ni nos conoce el buey de tantas fábulas, pobre toro castrado. Quedarían sus ojos para la anchura de los paisajes mansos a la orilla del río. Pero el río es sordo cuando quiere, y aquellas aguas no sabían sonar, mal hechas les quedaban las espumas: frecuentemente se vive y se recorre en vano cualquier cauce conocido, mi tía jamás lo entendió.

—¿Por qué no se tira en el río, imbécil? —dijeron.

—Es peligroso morir en ayunas.

En la cordillera empieza el río. Nace pequeño, brotado de las raíces más hondas de los más altos árboles: mientras empieza a tomar fuerza corre subterráneamente, hasta que más abajo del primer cerro se atreve a salir, limpio y ágil, pensando en el mar.

¿Que tenía peces?, no es gracia, eran los peces los que tenían el agua, así el río dependía de sus aletas y sus escamas y sus vejigas natatorias, debemos ser justos. Las garzas llaneras pasaban de largo, dejaban caer una pluma de recuerdo.

—Sus alas producen el viento.

Pero si el viento soplaba y no lo dejaban apagar las alas de aquellos pájaros llaneros para que ardiera mejor entre los árboles de pájaros despicados, ¿cómo afirmar que el huracán tenía derecho? Era apenas un aprendiz de huracán, su avance me pareció maricón y de malas costumbres. Mi tía debió advertirlo, mi tía tenía patas de garza y voz de cacatúa pintada por un sobrino malcriado; tenía ribetes aristocráticos, según ella descendía directamente de Dios. Por buscar su fe de bautismo llegó a convertirse en experta papiróloga.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Ciento sesenta y cuatro, cumplidos. Ocho de diciembre —dijo, secas las palabras, como si las hubiera tendido al sol de agosto.

—Pues se ve relativamente conservada.

Sonrió con sonrisa de dos o tres eternidades, y trajo su muñeca francesa, a ella había endosado su juventud. La muñeca vivía sobre el edredón de una cama inmensa, en la nuca una cinta de seda roja. La muñeca sonreía plácidamente como si le perteneciera toda la cama.

La tía hizo gestos lentos, de convaleciente, los gestos se veían pálidos cuando los arrullos caían al suelo, desgonzados y breves.

—Yo abrigaba el deseo de un hijo.

Abrigar un deseo, abrigar el deseo de un hijo, más que abrigar al hijo.

—…Yo abrigaba la esperanza.

¡Llovía sobre la esperanza, muchachos! Caía la noche.

—No hay que orinar frente a la luna llena —me dijo la tía de las cacatúas, pobres cacatúas que ni sabían llevar con elegancia su copete. Ella nunca podría orinar contra la luna, se lo dije, y durante varias noches la vi preocupada; sin embargo sonrió, pero más que sonrisa parecía que su rostro se le hubiera agrietado.

—Puros borbollones de aguasal mala —dijo por un lado de la boca

para que sólo la mitad oyera. Lo que siguió, ni lo recuerdo, el recuerdo es mal testigo de los días difuntos.

—¿Cómo está el río?

—Sigue sin conocimiento.

—Nunca lo ha tenido.

Una tarde la acorraló en un remolino, la recuerdo amorosamente. Así creyó la verdad, simplemente porque dudaba de ella.

—Fue una descarga emocional.

Creo que tal descarga se escuchó a diez leguas de distancia.

Hubo alarma en las esperas, se veían carreras solas sin quién las ejecutara. Fue tanto el griterío, que ya a lo último el eco se cansó de repetir, o lo hacía de mala gana.

—No es tan fiel —renegó la tía—. Nadie es fiel, hasta la sombra se nos esconde.

Pero fue joven, como todas tuvo catorce años y medio, diecisiete y siete meses, diecinueve.

—¿A qué sabe la vida?

—A lo que uno le ponga.

—Pongámosle amor.

—¿A qué sabe el amor?

—¡A sangre!

—…

—¿Quién pone barreras al sonido? Entonces, ¿la libertad? La libertad sería el prostíbulo del pensamiento. Yo había visto a la libertad meterse en la boca de los fusiles y envenenar la punta de las bayonetas, si las empuñaban sus enemigos. La vi quebrando dientes al gran orador de las grandes retóricas, el micrófono de Dios.

—Orden, señores —dije—. Que haya pájaros en el cielo. Que corran en paz los ríos en las llanuras. Que la leche fluya tranquila en las ubres de las vacas. Que los bueyes escuchen correr las aguas. Que llueva de arriba hacia abajo, así se ordena desde ahora.

—¿A qué sabe la muerte?

—*No sabe*, ahí el secreto. ¡No se callen tanto, que no dejan dormir!

Mi tía me dio las gracias, se las recibí con la mano derecha. Los pájaros sin pico fueron apareciendo. Es verdad que su canto era un cotorreo fastidioso como si saliera de un pico leporino, pero halagaba el oído de la gente de bien, amigos del orden estatuido. Ningún río echó camino atrás, ningún ventarrón volvió las grupas, ningún relámpago se

arrepintió del rayo, ninguna lluvia cayó hacia arriba: seguía el progreso dentro del orden.

Cumplida ya su obra, mi tía se fue enflaqueciendo, otros dicen que se evaporó, otros más sostienen que abrió las alas de su propia invención y emprendió su más largo viaje. Yo creo, simplemente, que se la llevó el diablo.

Entonces me olvidé para recuperar el hilo de las viejas cometas de mi infancia: me gustaban los globos y las cometas por su discreta conexión con el cielo, yo apenas estaba fabricando el grito de *Los Inusitados*. Rómulo entre ellos.

—Sé una cosa que ustedes no saben, parranda de brutos — repetía Rómulo, Asdrúbal sonreía tras un árbol seco.

—¿Qué cosa?

—La más berrionda de todas.

—Decílo, pues.

—Si me lo maman.

—A ver.

—¡No hay diablo!

Baudelaire: "La mayor malicia del diablo consiste en hacer creer que no existe".

Cardenal Belarmino: "Cuando el Anticristo venga, será hijo de una mujer y un súcubo".

Padre Canale: "Cuando el diablo penetra en el cuerpo humano se aparece antes con la figura de algún cadáver fallecido de mala manera, o en forma de espanto, o animal que se desvanece de improviso, y a continuación entra en el futuro endemoniado… A menudo utiliza la boca o las orejas, como si fuera un topo según me han contado varios posesos… Algunos demonios entran golpeando el cuello y otros miembros del endemoniado".

En un principio creíamos que Asdrúbal perdía prestigio. Sin embargo, ante nuestra posible fe en la no existencia del diablo, Asdrúbal se reafirmó en su poder demoníaco porque necesitábamos creer en él: desde esa noche fue más poderoso, estrujaba en los jares, en la culpa inmerecida.

—Tampoco hay infierno.

Pero seguíamos siendo sus diablos condenados a no creer en nosotros mismos, pobres diablos de cara y sangre y hojalata, fundibles o derretibles.

—Rocío.

Me van a decir que obré mal, que debí haberlo pensado antes. Ustedes mantienen fórmulas precisas para que vivan los demás, pero mi vida es mía, soy yo quien vivo dentro de mi pellejo, sólo yo sé qué me afecta cuando hablo conmigo a solas, con espectros vecinos de mi terror. Tampoco lo entenderán, toman la vida como un ataúd y en ella se acuestan hasta adquirir solemne posición de cadáver ilustre… No sé por qué pienso en ustedes en este momento, hay tan pocos momentos, el minuto se nos va sin poder decir lo que callamos. Quisiera decirte cosas ridiculas, Rocío.

—Vivir es encontrar una persona para quererla.

—Morir es hacerse el olvidado.

—Morir es callar discretamente.

—Para los amantes, la muerte no pasa de ser un cierto contratiempo.

—Un cierto silencio.

—Un cierto olvido.

Aunque olvidé tu sabor,
en sueños veo tu estampa:
el olvido es una trampa
que nos prepara el amor.

Rocíocandela. Piedad Rojas en la sombra de la mano.

—Cayó al suelo el periódico, Bernardo.

—Está vivo.

Experiencia en la luna.
Hablan los astronautas.
De la brujería al cosmos.

“Ciertas plantas con agudísimas espinas, cuando se las cultiva en terrenos donde no son molestadas, pierden las espinas”. Hiere el rastro de la planta insomne.

—…Soy un fracasado como hombre de empresa, más desprovisto que un esporozoario.

—¿Cómo lo sabés?

—Dios. No, “la voz divina de mi demonio familiar”, es de Sócrates.

Sócrates poseía un demonio particular, con el cual conversaba frecuentemente. Aristóteles colocaba en los demonios el centro de atracción de los astros.

—No te preocupás de los que te quieren. Ni de vos mismo.

Eso. Pero también el pelo de su nuca y las venas del cuello y la respiración excitada y el entrecerrar de ojos y labios y el pelo crespo de sus axilas y la curva del vientre y el enrizamiento del sexo y los vellos lisos de sus muslos y el estremecimiento a pesar de las órdenes y el desmayo amoroso y desordenado y el gemido en rabia y deseo, siempre la culpa.

—Contestáme, Bernardo.

"Dejemos las mujeres hermosas a los hombres sin imaginación". *Marcel Proust.*

—Sí, Libia.

Libia: aridez, calor, desierto, pensaré un viento para refrescarme. Algunas caravanas en el desierto de Libia, ¡cuidado te pisotean esos camellos! Valencia y *Los Camellos*, que nos hacía recitar el maestro, y

Palemón el estilita,
sucesor del viejo Antonio,
que burló con tanto ingenio
las astucias del demonio…,

cambiado en la versión de Rómulo por

Palemón el estilita,
sucesor del viejo Antonio,
que voló con dinamita
las pelotas del demonio.

—¡Cuidado con la dinamita, muchacha!

Y pensar que antes con ella ausente, la ciudad tomaba su nombre. ¡*Todo se vuelven tren cuando tú vienes*! Ahora esta ciudad tan sola sin la ausencia de ella, sus reclamos ausentes. Desearla como antes, como a otras. Rocío. (O usted, Piedad de Balandú, luminosa y lejana).

—Tu primo iba con los niños en el carro. Imponente el carro de tu primo, lo cambió por el Ford viejo y encimó sesenta y cinco mil.

—Se ha ido entroncando. "Como los abuelos, ¡hay que recuperar!".

En aquel entonces no había neveras, televisores, timbres, sonidos estereofónicos, aspiradoras, lo que exteriormente afirma una alta posición social. Su misma contención viene del cuidado puesto en no perder el dominio de sí mismo, en no dar motivo de quejas, en hacerse

a la confianza para negocios de responsabilidad y evitar escollos al ascenso, tal vez por ello son infelices los que trepan en ejercicio del mando. Pero su familia es feliz con ello, objetos para botar después de los primeros usos. Hasta el cuadro que envejecerá a los tres años, la canción que se borra al primer beso, el novelón que busca-llegar a *best setter* de aeropuerto.

—El país anda bien: afortunadamente sólo hay un muerto por cada individuo.

—El hijo mayor de tu primo está yendo al Club, es el mejor equitador y el mejor tenista.

—Toda su familia debe ser campeona nacional. Yo soy campeón al revés, me llamaban *Kid Lona*. Eran suelo y botas todo lo que veía. ,

—…Ella se paralizó de la emoción al verlo.

Se paralizó. Vi la silla de ruedas de esa parálisis, primero; un par de muletas, después. Era una paralítica de emociones de tarjeta postal, el éxtasis barato.

—Iban felices los niños en el carro nuevo. Cuando cargo los de mi hermana no me cambio por nadie, ¡son tan hermosos los niños!

—San Herodes…

—¿¡Cóoomoooo?!

—Recordaba a Saki,

—¿Quién es Saki?, me das miedo.

Pero también la veo en su posibilidad inmediata, henchido el vientre, la mirada tranquila sobre el saco de lana o el escarpín, seguras las manos al movimiento de las agujas tejedoras. Su mirada más allá de las cosas posibles, vaivén de arrullo y tarareo de canción de cuna. Dos cosas están por deprimirme ahora: los libros no usados en una biblioteca particular, y una ringlera de juguetes en perfecto estado dentro de un cuarto.

—Perdoná.

Todo vuelve a su estado natural de domingo a las cuatro y media, a las sombras domésticas, a buses y voces, a un tren de chaque-chac-chaque, a las frases que se oyeron y se oirán, existan o no.

—Otro platillo totiado, no hay vajilla que resista.

—Faltan tres fundas de almohada y dos servilletas.

—¿Por qué no barren debajo de las camas? Sacudan los muebles al barrer.

—¿Quién tiró los zapatos? ¡No dejen la toalla en el suelo!

Ellas, las hermanas, su generosidad en la mano tendida, la solidaridad en sus ojos. Y mi fácil esquema insinuado por la ofuscada cercanía. Y ella, la madre, su valentía, su hermoso rostro sufrido, sus pasos diligentes, su voz orientadora al margen de otros llamados a la dura rutina. Oportuna en el silencio, en la solidaridad, en la fe segura para la recuperación de la caída. Ella —la madre— y sus vigilias de cejas levantadas, y la conducta noble en cada trance, el amor apretado como un puno lleno de todo. ¿Cómo arrancar del corazón a las personas, con raíces y todo? Las palabras se hacen silencio en la brava ternura.

—Mirá, sonó el teléfono.

—Libia, te juro que no lo toqué.

—Debe ser mi hermana, quedamos en ir.

—Tengo planeado un viaje a Mercurio. O siquiera a Venus, si se vara el bus.

—Estás loco.

—Bueno, entonces a Marte.

—“¿Alóooo? ¡Vos, Balandú, contestáme!”.

Escucho sonidos de canilla, la madre de Libia quitará restos de crema a sus manos, compondrá los rulos, se preparará a saludarme reticentemente. ¿Para qué si no tiene obligación? Iré a la tienda y hablaré con la muchacha vivaz, su habla popular, inventadora. Libia regresa al teléfono.

—¿Qué pasa?

—Voy a la tienda por cigarrillos.

—Por cerveza, de seguro.

—Por cigarrillos y cerveza, en la puerta nos vemos.

Ella duda entre mi salida y el llamado de su mamá. Gana la mamá, afortunadamente. Y regresar al sordo rumor ciudadano.

—Una, dos, tres —contabiliza el borracho cuando las sombras se juntan—. Hoy tengo tres sombras, no faltaba más. ¡A dormir, puticas callejeras! —y da un puntapié a la suya, salta la sombra. Desde la mañana empezó raro este domingo: el sol golpeaba los metales, los metales respondían con agresivo resplandor: el día parecía iniciarse con este anuncio de guerra.

Allí la edificación inconclusa, la tienda en la esquina. Solo con mi sombra cruzo diagonalmente la calle. La muchacha extiende una sonrisa de oferta y demanda. Más demanda que oferta. Su rostro felino hace que las palabras se contraigan para el salto.

—¿Desea algo el señor?

La palabra “señor” suena como presa menor para su apetito. No había advertido el aviso a medioesconder tras unos paquetes: *¿Que le fíe? No me crea tan tetón*. Y más visible junto al tocadiscos:

El que fiaba se murió
y se lo llevó Don Sata.
Por eso no fío más
pues pierdo el alma y la plata.

—¿En qué puedo servirle?

—En un vaso.

Parpadea su complicidad, inefable sonrisa picaresca de estas muchachas. En ciertos momentos, hablar es intentar una reconciliación con la vida.

—¿Cerveza?

—Sin veneno.

—Se nos agotó el veneno.

—Los creí más precavidos.

—Me aburren los cadáveres, cualquier charla con ellos no pasa de un “descanse en paz”.

—Todos estamos muertos.

—Pero hay gente tan maliciosa, que ni siquiera se da por muerta.

—¿No practicás el espiritismo?

—En la eternidad ya no contestan.

Otra sonrisa de cascabel en la mesa, el trapo limpiador, el descanso. Tendrá conflictos familiares y ajenos, pero no los echa en la cara de nadie. Un poco de su oficio es sonreír y estar graciosa, atrae clientes. Parece ser la del humor con los avisos, tres enmarcados, otros con tiza en cuadrado de hule negro:

“El fiar es cosa ingrata:
se pierde el amigo
y se pierde la plata”.

“El fiar me causa pena
y el no fiar, pena y pesar;
para no tener dos penas,
lo mejor será no fiar”.

En la mesa contigua siguen con diálogos de repetición:

—Le tengo miedo a una amanecida sin trago.

—‘Yo solo le tengo miedo a dos cosas: a la ira de Dios y a una escasez de mujeres”.

—Yo apenas le tengo miedo al miedo.

—Porque no te has casado, chambón.

La muchacha reaparece, me va leyendo los cartelitos.

—¿Y si no tengo dinero?

Ella recita, contentos sus labios en las comisuras:

—“El que fiaba se murió,
mil saludes le dejó”.
“¿Que le fíe? No me jodás,
mejor sigamos de amigos”'.

Así es aquí:
plata en mano
y culo en tierra.

Cerveza y cigarrillos siguen en sus manos. Y la voz:

—“Si le fío, pierdo lo mío;
si le doy, a la ruina voy;
si presto, al cobrar molesto:
para evitar esto,
ni fío, ni doy ni presto

Aquí los tiene, cerveza y cigarrillos.

—Dieciocho tiene cada cajetilla. Vos, ¿cuántos?

—No fumo.

—¿Cuántos años?

—Diecinueve.

—Bien repartidos.

—Favor que me hace.

—Favor por favor, ¿salimos esta noche?

—¿Salir, nada más?

—No llevo colchón bajo el brazo.

Su forma de reír fue aceptación.

—No hay fiesta sin madrugada.

La sombra de Libia vuelve a la mía, la mía rehúye, se aquieta. Por un momento se me ocurrió insultar a la sombra pero no tengo motivos; sin embargo siento ira contra el vestido largo y arropado, pero pienso que sería un poco grosero insultarla porque no anda desnuda.

—Váyanse, sombras, se hace tarde y se las come la noche —anuda el borracho al continuar camino. De estar solo habría sonreído frente al espejo. O en mi cama, los ojos al techo, las manos entrededadas en la nuca, la soledad.

—¡A trabajar, degeneraíto!

—¡Tu madrecita, cabroncito!

—Componete la bragueta que te pican los pollos.

—¡Los he de ver jodidos en el juicio final!

—Será muy tarde.

Olvida el insulto, arrima al poste, descorre el cierre de la bragueta y orina larga y descansamente, su mirada al edificio en construcción. Libia se pone briosa, se ponen briosas las sombras, se me arruga otro diálogo que arrojo antes de pensarlo, ¡buen susto se daría! (*¿Se daría* o *le daríalf*). Se arrugan las palabras:

—Si aceptás lo de la Universidad podrías pensar en una vida por lo alto.

—*¿En un Pent-Housel*

No tomés tanto. El cigarrillo endurece las arterias y da cáncer, mi papá lo dice.

—La vida es cáncer, nadie se salva de ella. Mirá, tengo una gran idea para hacerme multimillonario. He estado observando estas cajas de fósforo defectuosas: cae al suelo un fósforo por cada uno que enciendo… Hablaré con el magnate de los fósforos en Estados Unidos; —“Tengo una iluminación que puede darles ganancias fabulosas”. El me dará un largo y grueso cigarro de Virginia, a lo mejor un habano, llamará colaboradores del cogollo y les explicará mi propuesta; toserán, se mirarán satisfechos, comprobarán números y mandarán fabricar cajas de fósforos defectuosas, ¡todos ricos, qué cara van a poner mi primo y *mi cuñadal*

—Por ahora cuadrá tus clases.

Imposible la cuadralidad, la cuadricularidad, la cuadridad de muchos factores, cuadrar es enjaular.

—Si mi papá y Tío Pompilio dan clases, ¿por qué vos no?

Clases de clases, la lucha de clases, los clásicos: clásico quiere decir

de clase, lo que perdura, yo sería el clásico de las jiqueradas.

—Sabés mucho de arte y vivís leyendo y estudiando, ¿no ibas a ser escultor?

—Hice tres esculturas de humo, la de agua se me derritió.

Y profesor de formas, de cualquier otra barrabasada.

EL PROFESOR

Y tomó una pelota de barro, le infundió un soplo divino y formó al hombre.

—¿Quién hizo el barro?

—Dios.

—¿Cómo formó Dios el barro?

—Tomó una pelota de hombre, la sopló y… No, perdón, ¿cuál fue su pregunta?

—¿Quién hizo el barro?

—Dios.

—¿Cómo formó Dios el barro?

—Tomó una pelota… No, Dios formó el barro de la nada.

—Entonces quiere decir que tomó una pelota de nada, sopló divinamente, y… ¡pum!

—¡Cállese, alumno Bernardo!

—¿Entonces?

—A ver, repita la pregunta.

—¿Quién hizo a Dios?

—El hombre.

—¿Tomó una…?

—El hombre formó a Dios de la nada. No, aguarde…

—Entonces, ¿la nada ya estaba hecha?

—Usted habla con trampas, ¡ha cambiado de pregunta! A ver, repita.

—¿Quién hizo la nada?

—Pues verá… Como todo es… Mejor dicho, debe distinguirse… Quiero decir, si la nada… Claro, si tomamos a la inversa… ¡Bueno! Pasemos a la página trescientas setenta y seis, atención: El Arte Moderno… Bien, ya probé suficientemente que el arte de hoy…

—…Todos ven tus capacidades, a lo mejor salís adelante con la novela cuando te organicés. ¿Cómo va a llamarse?

Los Inusitados, empiezo a sufrir motivaciones, leyes, ángulos de enfoque, personajes. Novela como descubrimiento, invención, y otra categoría de sufrimiento en estilo castigado.

—Hay reglas, ¿no? Lo espontáneo de cualquier emoción es el gemido o el grito. Un coito en verso tiene que ser primero verso, después coito. O el dolor, si no hay una inteligencia y una sensibilidad preexistente, caería en algo bárbaro la literatura. Ella puede ser un cauce ordenado de la emoción, no la emoción misma: palabra como conquista de la libertad, que a su vez trae nueva servidumbre.

—¿Has pensado en lo de la Fábrica?

—Volví a ella.

—¿Y qué?

Estuve recordando mis experiencias de cuando pensé la novela de la fábrica… Ese rumor ininterrumpido del motor era la clase de silencio que teníamos; cuando se interrumpía, ya el silencio era otra cosa y no podía llamarse silencio, sino ausencia del ruido de aquellos motores. Y como el rumor hacía falta, pues el silencio no pasaba de ser ese mismo ruido que por alguna circunstancia había olvidado ser silencio. El único silencio que teníamos.

—O si volvieras al Supermercado, no te iba tan mal y te apreciaban, tu primo me lo dijo. ¿Por qué lo dejaste?

—Me puse en órbita.

Si la cabeza se pusiera en órbita de las nebulosas en que vive…

—Un día me fue muy difícil atajar el sol.

—¿Qué decís?

—Ya no funciona la trompeta.

Y los sermones de mi expatrón al obrero de turno, o cuando se autoperdonaba porque más tarde habría oportunidad de arrepentimiento. Su manía de las justificaciones lo hacía monologar, al frente imaginarios interlocutores, o transfería al estado de su alma la presencia de la víctima.

—“Prescindimos de sus servicios, ¿se atreve a pedir explicaciones?”.

—“No me alcanzaba el sueldo, señor”.

—“¿Quiere decir que lo estamos explotando?”.

—“Tengo muchas bocas qué llenar”.

—“¿Fuimos nosotros los que nos casamos con su mujer, los que

tuvimos tantos hijos? Primero el cumplimiento del deber, señor Pérez”.

Al hablar parecían dolor las palabras, como si alguien le apretara las güevas con tenazas poderosas: demasiado poderosas para ámbitos tan descomunales. Había despedido a un obrero con nueve hijos, y que a su edad no conseguiría trabajo. — “Siento arrojar a la calle a uno con hambre y nueve hijos. Emplearé en su lugar a otro con menos hijos y más hambre”. Sonrió como si alguien le tirara de las comisuras.

—No sólo de pan vive d hombre.

—¿Qué decís sobre la Universidad y el Supermercado?

—Mejor el Unimercado y la Superversidad.

—¡Bernardo!

—Mirá, el borrachito.

—Por eso te digo que no bebás, día tras día repito que no te juntés con ellos, no es sino pa peleas y trasnochos.

Vigilia permanente. Si no vigilan los nervios todo se aturde.

—La serpiente no tiene párpados, imaginá sus vigilias.

Algunos de los vipéridos más venenosos tienen cabeza en forma de corazón, los románticos deberían sacar conclusiones.

—¿O me vas a decir que no te ha tocado peliar con esos...?

—Guardo oraciones para ganar peleas. ¿O vas a decir que no creés en las oraciones?

“Jesucristo, hijo de Dios vivo. Dios te salve Reina y Madre de Misericordia, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad, Paraíso de los Mártires, Espejo de Consolación de todo el mundo, haz que, magnífica y engrandecida mi alma con tu gran poder, al enemigo que venga se le caigan los brazos, que se acorten los pasos y se le acabe el valor, dulcísimo Jesús mío, ampárame esta noche y mañana todo el día; que mi cuerpo no sea preso, ni mi carne herida, ni mi sangre derramada ni mi alma sea perdida. Así sea”.

“Esta oración es provechosa para toda clase de personas, es aprobada por muchos Inquisidores y prelados de España, etc. etc. Quienes la tuvieron consigo ganaron un año de perdón; el Viernes Santo sacará un alma del Purgatorio y a más no morirá sin confesión, no tendrá gota coral ni mal de corazón ni ahogado en agua ni quemado en fuego ni muerto en batalla, porque saldrá victorioso. Si alguna persona se espirituase por el demonio, póngasela en la cabeza, rezando tres credos. A una mujer de parto póngaselas en el vientre y rezando tres credos parirá sin dolor”.

—Es por tu bien lo que digo, no seás tan nocharniego.

MAS DIALOGOS TONTOS:

—Viene la noche.
—Atajála.
—Vino la luz.
—Que espere un momento.
—Pasó el día.
—¡Haberlo sabido!
—Cayó la noche.
—Debió aporrearse la ubre en la caída.

—¿Por qué no entrás a Ejercicios en esta Semana Santa?, tu cuñada está de acuerdo.

Contra El Gran Pecador Horizontal, y el yugo de La Himenéutica y La Clitoricracia.

—¡Ellos se preocupan tanto! Mi papá se inscribió para un curso lejos de todo, de España vino un orador sagrado. Hace mucho no te confesás.

—Vivir es confesarse.

Adivinanza de la confesión en la malicia de Rómulo:

“Hombre con hombre sí pueden,
mujer con hombre también;
mujer con mujer no pueden
porque no resulta bien”.

—Padre, me acuso… (Toses listas para el regaño, oídos para escuchar pecados comunes en Balandú)….de que digo mentiras… (A veces el pecado o el daño consistiría en decir la verdad) …de que desobedezco a mis padres… (Si no los desobedeciéramos no progresaría el mundo, si el mundo ha progresado o tiene que progresar).

—44Al desobediente se lo traga la tierra, al que grita y desobedece a su madre” —decían las viejas en Balandú. El diablo jalaba de los pies desde lo más profundo; cuando solamente se podía ver la cabeza del desobediente, quedaba una alternativa: con la más espinosa rama podía sacarse a la superficie, dando y dando golpes y golpes: a cada varijonazo iba saliendo un milímetro, no faltaría la sangre, era cosa de milagro ver cómo la sangre se multiplicaba para que el desobediente no muriera en la operación de rescate.

—“Porque a los padres no se les puede desobedecer, la autoridad de

ellos es la autoridad de Dios”.

Y si el diablo se mete, lo embarra todo, seguía de aguafiestas.

—Los diablos buscan lugares secos, piedras calentadas, arenales, cuevas sin rezumideros.

—También hay diablos de los pantanos.

—No tan peligrosos. ¡Ténganle miedo a un diablo de tierras secas!

Entre ellos eran peores esos diablos que salían de los hombres al morir y erraban bravos, sin cuerpos ya que los contuvieran. —“Porque todo hombre lleva un diablo adentro”.

—El diablo es mi tercer animal totémico.

—… Padre, me acuso de que ando en malas compañías… (Malas compañías: los vecinos del diablo, por tanto de la sabitud). Asdrúbal era sabio y endemoniado, Asdrúbal y Rómulo, Chelito y sus cantos arrabaleros en *Nuevo Mundo*. Vientos de un masallá de musicalidad perdida.

—A Chelito debió llevársela el demonio.

…Ibas a morir, muchachita de barrio, sólo mucho después vine a comprobar personalmente que la muerte carece de importancia, casi como la vida: importante el momento de mis manos en tus senos duros aún, no pudieron ablandarlos tantas garras brutales en el viejo Balandú. Importante era tu sexo aporreado, cansado ya de recibir golpes. Aquella primera noche dormiste como un niño, recordando una pareja de caimanes en el zoológico de la ciudad lejana. Había una brava ternura en todos los silencios. Aquella fiebre disimulada en la sonrisa de compromiso; aquella voz gastada de cantar para el dolor ajeno, de llorar el canto para tu soledad. Ibas a morir y tu muerte estrujaba en la costilla débil, en el ojo triste, en la suela gastada. Chelito amiga de mi pecado de aldea, cuando el demonio ponía en sus cuernos un disfraz de espantajo.

Y en tu lecho la colcha barata, la sábana que brega por seguir siendo íntegra, el catre que puja sus desajustes cerca de la litografía de un Cristo llorado, de un San Antonio retirado, de un San Ignacio espantador del demonio, de una madona ensimismada en la felicidad eterna… Repisita con florero plástico, vaso votivo con aceite de higuerilla, mesa de noche sin manija, bombilla sin pantalla, jarra para el agua, palangana de flores toteadas, toalla ahorcada en un clavo, frasco de alcohol La Gaviota. Y el pachulí barato y la pena barata y los días baratos en cada nuevo sol. Y encima de la puerta, en el claroscuro interior, la penca sábila rechazadora de otros malos espíritus y otras

malas suertes.

Aquella manera dolida de ir dejando los ojos cerrados para acabar de hacer noche todo lo que veías y escuchabas, mi silencio entre ella, muchacha poca. Ardía el corazón, ardía la mirada fija en tu piel —la fiebre que tu piel tenía— aquella vergüenza de llorar. Mal asunto ese de tener vergüenza del llanto. Balandú yacía bajo las nubes grises.

Irías a morir, Chelito Leucemia, algún rostro en la última mirada, la campana de la torre, el silencio de los que te buscaron para sentirse menos solos y menos culpables. Las hojas despedían un dolor humilde; al llegar a tu cuarto, era el dolor el que se despedía de las hojas.

Acompañamos tu cuerpo tendido como tantas veces lo tuviste, ya sin respiración, sin la queja prestada, sin el afán de la hora. Se habían acabado tus afanes; contra la pared de tu cuartucho lloraría un instante aquel Cristo pecador.

Es muy tarde ahora para decirte lo que se calló en su noche, desamparo de la madera, pobreza de la cal, soledad del limonero, rayo de luz en las rendijas. Cortinillas de cretona en el postigo, recogidas en peinado montañero con cintas rojas de moño colgante. Muy tarde esta hora de sol dominical tan llena de sombras para el remordimiento.

Cuando se secan los ojos, Chelito; cuando es torpe la palabra si la palabra es recuerdo; cuando la lluvia cae en otra edad y humedece las horas de otro día con torre de iglesia en doble de metal cansado. Un antiguo jadeo te recuerda, un jadeo en punta de llanto. Lo demás sería traición, Chelito de Balandú.

(Piedad Rojas, su balcón, las tapias encaladas. Esos primeros hermosos malos pensamientos eran para usted, blandos como su mirada, altos como sus senos, rubios como sus ojos, enamorados y desesperados. Soledad dura, amor sin nombre, sacudimiento de nuestras almas inconclusas).

—¿Me oís?

—Sí, Libia.

—Lo decís ahora, para no ir.

—Para no ir. Paranóir. Paranoia.

Pero también la soledad en el cuarto de Libia y sus asuntos escasos y el desvelo contra la almohada y pequeños proyectos del día siguiente, del mes siguiente, de los años siguientes, de la eternidad.

—¿Has vuelto a conversar con tu cuñada?

Ni a verle sus tetas colgantes de Babilonia y sus nalgas paquidérmicas. Perdón: esteotopigia, acumulación excesiva de grasa en

la región glútea. Pigué: nalga. La pondré Piguela, o Pigueta, la de sexo Gerrado y nalgas indecisas. Y su sexo cerrado, para efectuar el amor a larga distancia.

“Antes de mancharse, efectuaría el coito por correspondencia” —pensé durante su noviazgo, porque el primo se me arrimaba a indagar, me forzó a ser su confidente. Era la de ella una palidez rebuscada, de papel romántico; y para no dejar sola su palidez se inventó dos ojos lánguidos y una boca triste, con miedo de ser besada hasta por el primo cuando ya era su dueño: si el hipopótamo demarca su territorio defecando en los límites debidos, y el gorrión cantando en las ramas mayores, él abraza en público a su esposa y hasta la besa, para indicar que es su territorio, su propiedad privada que corrobora con toda una filosofía de la vida.

—¿No le hablaste al fin? Ella piensa bien las cosas. ¿Qué opinás de ella?

—En el eclipse de mil novecientos doce, las gallinas se acostaron creyendo que anochecía. Algunos indios amazónicos disparan sus arcos contra los eclipses, creen que un diablo tapa la cara de la luna.

—¡Bernardo!

—Cuando pasó el primer avión sobre El Putumayo, Los Sionas lo llamaron uatti-gokú, que traduce Canoa del Diablo.

Ninguna opinión tengo sobre *mi cuñada*, no quiero desprestigiar ideas delante de sus ínfulas. Me molesta el tono falsamente afectuoso si habla como perdonándome que exista y sea *hermano* de su marido, con sonrisa cuidada para no estropearse, obtenida luego de ensayos pacientes. Sin embargo, y cuando le sale sola, puede advertírsele inseguridad como si perteneciera a otro rostro. O el énfasis solemne en su dignidad si la hiero con cualquiera de mis salidas de tono. Conmigo se las da de lista, pero no pasa de lo que es, en el mejor de los casos tira la mano y esconde la piedra.

O sus diálogos cuando se hace expansiva como sus glúteos:

—¿Sabés quién se casa?

—¿Quién?

—Regina, hace dos años y medio enviudó, ¿la conocés?

—Era muy bonita.

—¿Te parece?, ya tiene canas.

—Ha sufrido.

—Han pasado los años encima.

—Pero luce bien. ¿Con quién volvió a casarse?

—¡Es el colmo! Con el más rico y…

Después de enviudar, Regina se puso a vivir de recuerdos que dejó el marido, pero se le acabaron, no tenía fondos nostálgicos para sostener su viudez, su aviudez, su avidez; por eso mandó al zarzo la tristeza y se casó de nuevo, ahora con el más rico, generoso y apuesto de los disponibles. Sin embargo le quedó esa sombra atractiva que el sufrimiento va dejando en los rostros. *Mi cuñada* se enojó cuando respondí que por razones misteriosas, Regina prefirió una alegría con dinero a una tristeza miserable.

—En algunas ocasiones, los billetes sirven para enjugar el llanto.

¿Esperaba que la muerte de su marido le diera por la inconsolabilidad, y que de llorar y más llorar muriera por deshidratación?

—Era una mujer hermosa. Cuando la conocí tendría veintisiete años, ocho meses, cuatro días y siete horas, aproximadamente.

—Le ha faltado compostura.

De esconder y apretar las ideas —para que no la denunciaran— sus labios adquirieron un apretamiento singular, de valvas de ostra sofocada.

—…La decencia es difícil.

—Regina debió ser indecente. ¡Seguro algunas noches se entregó a su marido, en vida de él!

Mi cuñada siguió recordando detalles intrascendentes, le sirven para pequeñas venganzas: la suya es una memoria escrupulosamente rencorosa, y de hechos y personas selecciona aquello que los hace odiosos y en quienes podría endosar su propia culpa: le sirven de purificadores ante los ingenuos, y embota las inseguridades ante sí misma.

—¿Qué podía esperarse? Es una ñapanga.

—Era una mujer decente pero se encontró un hombre rico. Por fortuna cobró cara su decencia. Hoy es una de las decencias más afortunadas del país.

Sacó el busto maternal como si con ello probara otra categoría; se puso de perfil, de medio perfil, hasta movió sus protuberancias inferiores y superiores para que aparecieran tantas características raciales.

—Mi abuelo español, mi tatarabuela española, mi bla-bla-bla-bla.

Miró con algo parecido a una sonrisa; es decir, a sus labios cayó algo parecido a una sonrisa, pero ajena; al no saber qué hacer con ella en los

labios, se despidió meneando los hemisferios de sus nalgas, como si por sus nalgas pasara el ecuador. Un pésame a la zona tórrida.

“Del europeo e indio sale mestiza, o sean dos. cuartos de cada parte; del europeo y la mestiza sale la cuarterona, o sea un cuarto de india; del europeo y la cuarterona sale la ochavona, o sea un octavo de india; del europeo y la ochavona sale la pochuela, ya enteramente blanca; cuando la mestiza se casa con un mestizo, la prole se llama vulgarmente “tente-en-el-aire”; si la mestiza se casa con un indio, la prole se llama “salto atrás”.

—Hay ciento cuarenta mil cabellos en el rubio; ciento diez mil en oscuros o negros; noventa mil en pelirrojos.

—Te hace falta alguien al lado, todos lo dicen.

Dicen-que-dicen-que-dicen-que. Si me descuido Libia se pondrá triste, no por urgencia personal sino por dañar mi día. Sería una de esas “mujeres fuertes del antiguo testamento”, enderezadora de almas torcidas por Satanás, formidable torcedor de

almas. Si se veía acosada, inventaba un dolor para adormecer el remordimiento.

—Nosotros nos queremos, ¿no?

Romanticismo asoleado, imposible a estas horas y en estas circunstancias. Domingo pasado meridiano. Alma sin día. Quererse es un merecimiento doblemente compartido. Quererse es sencillamente el amor, pronunciar el *mi* no como un pronombre posesivo sino como una amorosa adherencia.

Anoche viendo la luna
oriné sobre el barranco:
más triste orinada en blanco,
amor, no ha habido ninguna.

Después de lamentar la mala circulación de su sangre, el primo contó historias de luna en su luna de miel. —“Hay luna” —se entusiasmó ella; él respiró profundamente y aumentó de estatura, como si también hubiera encargado esa luna por iniciativa propia. Después no hubo final, la luna seguiría quieta sin manifestar nada; la miraría, aspiraría suficiente cantidad de aire para recitar dos poesías amorosas, hasta comprender que la redonda luna-cara-de-boba no le había dicho absolutamente nada.

El tema daría más. O menos, para buscar valores al revés, la

literatura bajo cero. “Los cien poetas de mi lástima” iba a llamarse la antología de *Masato*, nos amenazaba con ella si no le dábamos trago en cafés y cantinas.

—¡Qué hubo, poetas desgraciados!, ¿van a dejar morir de sed a Grecia?

LOVE STORY

Ayer que me fui a bañar
me encontré con Evaristo,
y me dio mucho pesar
no haberte podido visto.
copla popular

> No había muerto el romanticismo, era evidente: por el contrario, se advertía un fresco renacer frente a todo lo que el hombre fue desterrando por su apetito desordenado de exactitud: el azar y la aventura habían sido parcelados, domesticados por ejecutivos y técnicos implacables en imponer un modo de vivir desabrido e incoloro.
>
> La pareja salió, temblaron sus intenciones al ya desacreditado claror de la luna, pero la miraron, se miraron entre sí, presionaron las manos unidas, estremecieron los ojos, los entrecerraron, suspiraron, dejaron que el corazón brincara como en sus mejores días, volvieron a mirar la eterna luna pálida…
>
> —¡Astronautas hijueputas! —dijo él, fervorosamente. Ella entornó las pestañas con otro pudor recién nacido.

Pues hay que tener patriotismo para releer *María* sin imaginar la escena olvidada por Isaacs: cuando Efraín declaraba su amor declamatorio, se le cayeron los calzones; un roto en los pantaloncillos de amarradijo completó el final feliz. María era epiléptica, tal vez porque Efraín nunca se atrevió, un buen manoseo y una violación sin solemnidades, consentida, le hubieran curado sus tembleques.

Libia debe tener razón, eso. Y labios inexpertos y senos tibios y sexo decente, o desenfrenado pero con rabia, para combatir los celos, la posibilidad del engaño. Eso y la dedicación fría y el concepto de sacrificio en cada acción, el egoísmo de la virtud, tal vez pensaba que por estar conmigo era mucho lo que se estaba perdiendo. Cofradías,

reniegos, callados, teléfono, te odio, temporada, televisión, te quiero, tentempié, tentenelaire.

Tambaleo mi sombra con ganas de sonreír sin ganas.

—"Esta muchacha es un poema" —dijo el tío Pompilio. Yo lo recité y era malo y romántico, de miel hostigosamente retórica. Mal polvo, además.

Por torpe sudo bajo el sol, por obediente, por inercia dominical; si alguien diera una manita a La Piedra del Peñol o empellones a La Torre de Pisa, que caiga de una vez. Y encima este sol pendejote que a duras penas hace recordar una yema de huevo de gallina saraviada mantenida en buena huerta. Todo disimulado fabricando pereza, perezosamente. Si le quitaran esa nube, hasta se caería y le veríamos el suspensorio.

—Doña Luz, aquí está su regadera —dice una voz de sirvienta en un corredor cercano.

—Llénemela y tráigala, se están secando los heléchos crespos.

—Volvió a emparamarse la cama, que cojan las goteras.

—¡Qué las cojan, por favor, no las dejen ir!

—¡Bernardo!

Heléchos de Paula Morales en Balandú, frescura de ramas esponjosas para la buena sombra en ladrillos y empedrados. Azaleas de antiguas generaciones, su persistencia en el jardín interior, brisa de la tarde en las hojas de plátano y enredaderas bajo el tejado de las viejas tapias. La voz de Eusebio Morales llenaba todo el pueblo… Lo importante es la canción.

—Algún día volveré a Balandú en busca de mis pasos perdidos. Algún día subiré al páramo donde inventábamos la lluvia, llegaré a morir en La Casa de las dos Palmas invocando espectros de mis antepasados, sus dolidas almas en pena. Vivir no pasaría de ser una invocación. Que vengan los muertos hermanos. *Los Inusitados.*

—¡No, qué sol!

El sol hipnotizaba las nubes, las palmas, las arenas. Todo quieto y ardiente como en un descanso antes de su creación definitiva. Nítidas las sombras, más parecían llamas desgajadas, cenizas de la quemazón. Todo en sofocante reposo.

Trigales en la tarde. Aire fresco para mis ideas, las ideas se mecen. O nos recuperan lo perdido, las frases: milagro de invocar cosas, crear el mundo con ellas, volverlo accesible al ser humano.

—Quisiera volver al páramo de Balandú. Es un páramo de vientos tan cortantes, que con ellos se afeitan los indios.

Antártida, su temperatura era la de mi corazón idiota. (Fría, hermosa Piedad de Balandú). Libia, esos buenos vientos refrescan si se recuerdan en días de bravos calores.

—Algún día volveré a Balandú, te invito a un recuerdo con retreta.

Eran mala cosa los recuerdos. Una tarde agarré la memoria y me fui por ella arriba, por ella atrás, con tan mala suerte que un resbalón me hizo caer de tacada en el peor recuerdo. Chapucee y más chapucee, y ¡diablo!, quedé definitivamente atrás. A veces grito refregado en cosas viejas.

—Es difícil escuchar un grito tirado desde el peor recuerdo.

En Balandú los viejos recordaban callados o dialogaban largos silencios sobre sus vidas, rectas y vacías como las calles. Inventaron *La Obra*. *La Obra* era el transcurrir aldeano, el viento dirigido, el sol detrás de la montaña. *La Obra* eran los días y su carcoma, era la esperanza, era la piel de las adolescentes y el paso de las horas repetidas. Era el apego, la obstinada resistencia a morir.

Hacia atrás siempre el río manso donde nos bañábamos en día sábado los escolares y los duendes en noches de luna llena; en el tejado de su puente revoloteaban brujas de medianoche, sobre la piedra donde el diablo dejó la huella de sus pezuñas antes de que lo espantara un fraile con dos crucifijos en sus brazos macilentos.

—¡Retro, demonios de otro mundo!

—Ni me llevaste a "Lo que el viento se llevó". Ni siquiera me llevaste hoy a la retreta.

La banda marchaba por mitad de la calle a como lo permitía el suelo empedrado, y el loquito del pueblo, y dos perros que ladraban al bambuco de Emilio Murillo, al pasillo de Morales Pino, al valse de Strauss. (Desde el balcón usted, Piedad Rojas, sus ojos rubios y su cabellera rojiza, su lejanía dorada). Desde otro balcón Rocío miraba a veinte muchachos, miraba al de los timbales, miraba a quien quisiera mirarla. La música invadía las ventanas, los guayacanes, las ceibas, los solares; por el atrio algún personaje —Pipo el poetastro— imprimía aire marcial a sus pasos o hacía marciales sus recuerdos rimados.

—Mañana llegará la muerte.

Pero había cine en Balandú. Su mejor traje las muchachas, cara de civilizados los hombres, donde horas antes se anunciaba en las calles un aire de estreno. La víspera, la antevíspera, Calderón pregonaba por las treinta esquinas la película de turno, la boca en su bocina metálica, a dos centímetros de su voz:

—¡Oiga-oiga!, ¡esta noche!
¡a las ocho en punto,
¡gran película,
¡misterio y maldad!
¡¡El Doctor Equis!!,
¡con Humprey Bogart!
¡No se la pierda!
¡Esta noche!
¡Teatro Parroquial!

Hombres y mujeres intercambiaban detalles, se hablaba alegre y sosegadamente junto a una cadena de plata, una navaja cortadora, una peineta, un pañuelo bordado.

—Querer es regalar cositas.

Más que ojos, bocas abiertas miraban la pantalla cuando llegaron a Balandú las primeras imágenes en movimiento. Como años antes con la introducción de la victrola, hubo reticencias, discusiones, negativas rotundas y sustos de alto calibre. Tiempos de Efrén Herreros y La Casa de las dos Palmas y unos pumas de bruma y piedra, merodeadores. Más todavía al llegar el cine parlante y ver y oír otra realidad mágica: proyectarse en recintos oscuros imprimía a la presentación y a las figuras un ritual de fantasmas.

Sueños pequeños de los adolescentes, errados de las señoritas, sueños con retroactividad de las señoras maduras. Sueños. ¡Sueños, al humo de mi mano!

La señorita Ramírez, el joven Botero… Y ella se me entregó con entrega inmediata y señas de que alguien había tratado de violar la correspondencia. El llanto selló las rasgaduras.

—…Mañana llegará la muerte.

—Qué entre sin tocar.

Con ella iban familiarizándose. Ya no la muerte de los vecinos sino pequeñas muertes que los habitaban, descendientes directas de las vidas que los habitaban: Elvira, Estefanía, Paula Morales, María Ross, don Arcadio, el día de ayer, años y objetos. O no serían muerte sino reintegración una visión suave, el apropiarse tantos rescoldos por no dejarlos desaparecer.

—Libia, yo leía los epitafios.

Epitafios en Balandú, muladar de los condenados. “Mientras oía la canción *Ultima Carta*, se suicidó Joaquín Alzate, el 23 de enero de

1932”. Muladar, rastrojos aledaños, naranjales de zumo amargo. Otra vez el croar y croar de sapos y ranas después de las primeras grandes lluvias.

Rocío. Balandú del primer sueño. (Balandú en pleno, casas de sombra, Piedad de las vigilias, Balandú en sus ojos rubios, en su andar sonámbulo y sensual sin quererlo, Piedad Rojas. Y su frente clara, la oscurecieron tempranamente angustias pueriles, angustias auténticas, Piedad Rojas. ¿Algún día existió su rostro? A veces pienso que usted no existe y que lo demás llegaré a inventarlo sólo para que usted intente existir: portón, esquina, calles cruzadas, aceras de ladrillo y adoquines, balcones… Y un pedazo de crepúsculo olvidado sobre el monte, hoy quisiera retenerlo para llorar con tarjeta de identificación).

Por aquel entonces me gustaba la palabra *gutapercha* y pronunciaba deleitosamente *Sándalo, Estambul, Bálsamo de Tolú, Acuarimántima.*

—¿Te gusta la palabra *Alcaraván*? No digo el ave, digo la palabra.

O islas más o menos inventadas para que existieran. Me chocaba la palabra *Solsticio* por su *S* amanerada antes de la *t*\ pero al quitársela quedaba como el apodo de un bobo de pueblo:

—¡Qué hubo, Solticio! —y esperar la pedrada.

Rómulo mentaba Las Brujas de Tolú.

—Sé una cosa que ustedes no saben.

—¿Cuál?

—Lo que hacen las brujas.

Volaban, jugaban con las almas, perseguían a los caminantes, se transformaban en perros, en lobos silenciosos e implacables, acosaban el transcurso de los actos sencillos.

—Mi papá tiene un libro de cuando quemaban brujas. Las Barbaritas son brujas porque hacen brujerías en el solar de su casa, porque dan de mamar al diablo, a lo mejor nos tocarán las quemazones.

Rómulo guiñaba un ojo al estilo de Asdrúbal, revelaba misterios que seguían haciéndolo superior: estallar granitos de sal en latas calientes, producir chisporroteos al exprimir cáscaras de mandarina mientras les arrimaba un fósforo encendido, palmotearen la noche para cazar cocuyos, hacer aparecer al calor letras en papel donde previamente escribiera o dibujara con jugo de limón, obligar a clavar el pico a una gallina por tiempo indefinido.

—¿Cuándo leemos ese libro?

—Me tienen que dar de a cinco centavos, y mamármelo después.

Soltaba su carcajada de dientes poderosos antes de practicar

maneras de hacernos brujos con el padrenuestro al revés, acompañado de “No creo en Dios ni en Santa María”.

—Amén, Mal de líbranos mas tentación la en caer dejes nos no y deudores nuestros a perdonamos nosotros como así deudas nuestras perdónanos y hoy dánosle día cada de nuestro pan el. Cielo el en como tierra la en así voluntad tu hágase y reino tu el nos a venga nombre tu sea santificado cielos los en estás que nuestro Padre.

O el Credo también enrevesado:

—Amén, perdurable vida la y carne la de resurrección la, pecados los de perdón el, Católica Iglesia Santa la, Santo Espíritu el en Creo. Muertos los a y vivos los a juzgar a venir de ha allí desde que creo. Todopoderoso Padre Dios de diestra la a sentado está, cielos los a subió, muertos los entre resucitó día tercer al, infiernos los a descendió sepultado y muerto, crucificado fue, Pilatos Poncio de poder el bajo padeció, Virgen María Santa de nació, Santo Espíritu del gracia y obra por concebido fue que Señor Nuestro hijo único su, Jesucristo en y tierra la de y cielo del creador Todopoderoso Padre Dios en Creo.

Hasta las indicaciones preliminares de sus libros, abríamos la boca, sin exclamaciones.

“Cuando se recibe a un novicio y se le introduce por vez primera en la asamblea de réprobos, se le aparece una especie de rana; otros dicen que un sapo. Dándole un innoble beso en el trasero, otros en la boca, chupando con la suya la lengua y las babas del animal…”.

Por lo de las fábulas en verso de Pombo y sus *Cuentos Pintados*, por la versión sexual de similitudes; por recovecos de brujería, por miedo y afecto, sapos y ranas ejercieron sobre nosotros su atracción definitiva; nos extrañaba que, siendo adictos al demonio, habitaran en lagunas y charcos tan separados del fuego.

Rómulo hablaba de las salamandras, las salamandras resistían el fuego de las chimeneas.

“…Unas veces este sapo aparece en su tamaño natural, otras del tamaño de un pato. Corrientemente es del tamaño de la boca de un horno. Avanzando el novicio llega hasta un hombre de prodigiosa palidez, de ojos negros, con el cuerpo tan delgado y extenuado que parece que las carnes todas le faltan y que no tiene más que la piel y los huesos. Bésale el novicio y nota que está frío como el hielo…”.

A la luz de aquellas velas, Rómulo parecía hijo de Satanás, cruzar con él miradas cómplices y aterradas, nosotros dejábamos caer la mirada. Jugarnos el alma, lo único que teníamos.

—Les falta verraquera. Si una bruja bonita me sale, ¡pues me la como! Ustedes no, ustedes son más dañaos que buey de feria —y gritaba como el pavo real de Balandú.

El canto espantoso del pavo real, grito de niño idiota, voz premonitoria a la hora de la oración, alarido de un niño mongólico. Pero Satanás era Asdrúbal, oíamos su paso en la cercanía de los camellones, sobre la risotada de Petaco, en los tangos de Chelito, en el relincho nocturno de *Tirano*, en el humo del solar de Las Barbaritas, en el galope sonámbulo de los caballos de José Aníbal Gómez y de Juancho Durán.

"Luego de que le ha besado, todo recuerdo de la fe católica desaparece de su corazón. A continuación se sientan todos para hacer banquete y cuando se levantan después de concluido, sale de una especie de estatua que se alza de ordinario en el lugar de estas reuniones, un gato negro, del tamaño de un perro mediano de proporciones, que hace su entrada andando hacia atrás y con la cola en alto. El novicio siempre en primer lugar, le besa en el trasero, después el director y después los demás, cada uno en su turno, pero aquellos que lo han merecido. En cuanto a los otros, es decir, a los que no han sido considerados dignos de este favor, les da paz el director del mismo. Cuando vuelven a su sitio quedan en silencio durante unos instantes con la cabeza vuelta hacia el gato. Luego el director dice: —Perdónanos—. Después repite lo mismo el que está tras él y el que queda en tercer lugar añade: —Hemos de obedecer—. Terminada semejante ceremonia apagan las luces y se abandonan a la lubricidad más abominable, sin consideración de parentesco. Si hay más hombres que mujeres, los hombres satisfacen entre ellos su depravado apetito…".

—¿Saben qué es eso? ¡Macho con macho, pa que vean! Porque hay diablos cacorros.

Nos estremecían los primeros balbuceos del pecado, el deseo frente a la prima, las frazadas calurosas bajo la tempestad.

"…Las mujeres entre sí hacen lo mismo. Verificados estos horroros sé encienden de nuevo las candelas y todo el mundo se encuentra en su sitio. Después de un rincón oscuro, sale un hombre cuyo cuerpo por la parte superior, desde las caderas, es brillante y resplandeciente como el sol, pero que por la inferior es áspero y peludo como el de un gato. El director corta un trozo de las vestiduras del novicio y le dice al resplandeciente personaje: —Amo, este se me ha dado: a mi vez te lo doy. A lo que responde el otro: —Bien me has servido, mejor he de servirte aún, lo que me has dado póngolo bajo tu custodia—. Y

desaparece inmediatamente después de haber dicho estas palabras. Todos los años en Pascua, reciben el cuerpo del Señor de mano del sacerdote, lo llevan en sus bocas y lo arrojan entre las inmundicias, en ultraje al Salvador. Además, estos hombres, los más miserables entre los miserables, blasfeman contra el Soberano del Cielo y en su locura dicen que El Señor de los Cielos ha obrado como malvado, precipitando a Lucifer en el abismo. Los desgraciados creen en este último y afirman que él es el creador de los cuerpos celestes y que más adelante, después de la caída del Señor, volverá a su gloria. Por él y con él, no antes, esperan llegar a la felicidad eterna. Confiesan que no hay que hacer lo que a Dios le place sino lo que le es desagradable…”.

En los ojos alucinados, Rocío enfrentaba al sol siguiente el rastro de la noche subrepticia, empezaban a brotar los senos en el pecho de Rocío. Palabras inconclusas, gestos de rito clausurado, todo lo terrible de la vida en el sexo inicial. Los de la botica mencionaban *La Obra*. —¡Ustedes no saben nada, parranda de brutos! —concluía Rómulo mirando hacia la oscuridad de los camellones, hacia la piedra donde el diablo dejara la marca de la pezuña.

—Es más fácil verle el ombligo a una monja —y contaba cómo había visto siete ombligos de monja.

En sombras aéreas parecían verse dos Cristos empuñados por un fraile caminador. Bálsamo de Tolú, Sándalo, Estambul, las distantes islas náufragas, Artico, Antàrtico, hielos de un mundo loco. O tierras que Pigafetta hizo encantadas:

“Hojas animales. Lo que hallé más extraño fueron unos árboles cuyas hojas, al caer, se animaban. Son semejantes a las de morera, o más largas, con pecíolo corto y puntiagudas, y cerca del pecíolo, a ambos lados, tienen dos pies. Si se les toca, se escapan; pero al partirlas no sale sangre. Guardé una durante nueve días en una caja, y cuando la abrí se paseaba alrededor; opino que viven del aire”.

El tío Roberto recorría mundos en su caballo galopero, nos traía a cada regreso extraños países en su habla. En el habla de Roberto vivía el mundo verdadero, era el sueño que siempre quisimos. Cuando volvía, la puerta se abría jubilosa como para decir secretos.

—Murió, Libia.

—¿Quién?

—El sueño primero.

El entrecejo

marca una cruz para su sueño muerto.
En su frente yace, en su memoria.
Viajero,
dedicadle un pensamiento generoso.

—Ya no vivís en la realidad.

—Cambié mi dirección, que no me llamen.

Realidad: el hombre más su inteligencia, más sus ambiciones, más velar y dormir. Una realidad del dormir es soñar; realidad la existencia del sueño, dormido. Pero ¿la realidad del sueño? Somos todo aquello acumulado, el rostro de la oscuridad.

Un grupo charlorreía en la calle, sus risas entraron por la ventana al cuarto y del cuarto al sueño para volver mi sueño pesadilla. Cuando desperté, el grupo de la calle no había charlado ni reído aún. La vida era difícil de entender, por eso continué muerto, la otra verdadera realidad. Y *Los Inusitados*, ¿cuál su realidad? A la realidad hay qué recrearla o reformar la existencia porque la vida es de mal gusto literario.

—Mañana es lunes. ¿Qué hiciste ayer?

Me lunicé, o lo del martes, lo del viernes: trabajo rutinario, olores rutinarios. Matar el tiempo, el tiempo se arrastra: un día le vi su forma de culebra, ¡y tras! Así maté el tiempo, mi deber de cada día.

Putícas y cafés, tango y peleas, hasta Fabio Acevedo se nos colgó. Primer contacto con una india escapada del Rioverde o del San Juan torrentoso. Marifuma, niña del humo; o Neuma, niña del Arco Iris. Le dicen Katía, o india a secas, olvidados ya los nombres de su selva. *Pavarandó*: río azul. *Bagado*: río de las mariposas. *Imamadó*: río del tigre. *Chichiridó*: río de las golondrinas…

—Vivir es un amable desafío.

Juana Perucha nos había contado la historia del primer asombro: creció el vientre desde aquella noche, crecieron su tristeza y su contento, creció el mundo.

—Fue el espíritu de la oscuridad.

—Fue el pájaro mensajero.

—Fue el duende de los aires y los vientos y las tempestades.

Así decía Juana Perucha. Marifuma caminaba por los aires —allá en sus selvas—, por los vientos, en los vientos había relámpagos y se hacía noche en su frente de huracanes nocheros, y aleteaban sus cejas como pájaros arriba de las nubes, camino de Dobaibe.

—“Cuando pasando cuatro lunas, hijo naciendo”.

Su esquinita rota, letreros de los niños en los muros, un barrote faltante en la ventana, un olor a repollo cocido. Y en su rincón, la bocina de un teléfono demasiado oscuro, sólo la bocina, y manchas de manos nerviosas en la pared, y dos nombres a semiborrar: “Juan”, “María”, y un clavo clavado sin oficio conocido. Torpes misterios para el relato de una indiecita que vino a parar al cemento o a los cuartuchos del suburbio prostituido, suave, desgarrada. Si pudiera contar esto a Libia. Ó:

—Pascasio le lleva serenatas a un maniquí porque Etelvina Botero le pegó duro, donde duele al corazón. —“Vos nada sabés de mí” —le reclamó La Bruja—. “Me daría miedo saberte”. Jairo tira cuchillos que él mismo hace, los bautizó *Lunes, Martes, Domingo*… Sólo es peligroso *Jueves*, sucachirrojo, yotro llamado *El Desconocido*, se lo regaló Ernesto Arango”.

—Olvidá el trago —le decían a Ernesto.

—La única manera de olvidar el trago es tener mala memoria. O:

—Uno bebe para olvidar. Y sin beber,*¿cómo diablos quieren que olvide el trago?

—Hubo muchos entierros de tercera.

—Y de cuarta y de quinta y de nada, ¡viva Colombia!

—Nos mataban antes de morir.

—Viven sicosiados.

—Están de tarro.

—¿Qué es eso?

—Sin cinco. De limosna.

—Yo tengo patente de amanecida, y sin reconocer autoridad a nadie.

—Aguantando sin boliar cuchara.

—Pero van a toda fiesta.

—Se le pegan a la corrida de un catre.

—Si del hambre nos escapamos, de la jartera no.

—Eso es no hacer nada —comentaría Libia antes de mencionar lo que debo hacer, lo que ella ha hecho y hará, el padre sermoneador, la familia televidente, disgustos caseros, injusticias, matrimonio en veremos, la enredada. Calor de hogar, noches de encierro…

—Cada lunes pasan por televisión películas de bandidos.

—Todas las películas son de bandidos.

Y las ripio-novelas de este mundo-angustia-barata, su influencia

poderosa en radio, televisión y prensa que hablan de lo espectacular y resaltan lo dramático y lo trágico, relievan lo dislocado, señalan hora tras hora hasta qué punto el mundo es loco y el hombre un adefesio desorientado, y la mejor máquina de afeitar y el mejor desodorante y la mejor camisa y el noticiero. El horror y la muerte se redujeron a voces repetidas, a grandes titulares que a nadie hieren porque la indiferencia se volvió un ofuscado perdón del crimen.

—"La muerte es un hueco en el tiempo" —Luis López de Mesa.

Tus viejas esquinas de cal y madera y ladrillo, Balandú. Tus tejados de barro cocido. Música, chirimoyos, turpiales, chacha- frutos, papayos, limoneros, hojas de plátano sobre las tapias.

(Balandú amaneció triste porque había tristeza en sus ojos amarillos, Piedad Rojas. Las nueve, las diez, las once, triste el pueblo en sus ojos. Silencio en el balcón, enredaderas sin agua, josefinas. Anochecían las calles cuando apagaba usted la mirada, cuando apagaba la canción, Piedad Rojas. Una antigua fotografía en el guardapelo, un cadejo rubio en el óvalo olvidado, una carta con el fantasma de una lágrima que logró borrar algunas letras. La clausura).

Azoteas de esta ciudad. Cuatro pasado meridiano, cuatro y media, la monotonía. Si aquellas antenas de televisión brincaran furiosas contra su oficio y se pusieran a pelear y se tiraran de los alambres histéricamente; si este respetable balcón cayera al suelo con formidable golpe colonial y la ventana se *destornillara* de risa con *maderado* sentido del humor… Ahí lo verdadero.

Trato de entretener siete segundos antes de que Libia comente la soledad de la calle, la soledad del día domingo. Y su tienda diagonal, la muchacha asomada sobre una cerveza, oteadora de gentes que no son su gente.

—¿Sabés qué me asombraría? Que pasara un calvo sin sombrero y allí mismo nos saludara quitándose el sombrero. ¿No te parecería extraño?, lo extraño es lo común.

—Estás loco.

"Noralaima (¡Alá lo maldiga!) efectuó prodigios increíbles, entre ellos que al asentar sus manos venerables en una cabeza calva, empezó a brotar nuevamente el cabello".

—Claro que al fin debió fracasar, sólo Alá es grande y sabio, y El Profeta.

Inmersiones de sensualidad en aquella literatura. "Velados los ojos por la bruma del goce", en la danza y en el lecho. "Nunca hubo una

danza igual a la que bailó Handona sobre Balúl".

—Ni un alma en toda la calle.

—El diablo se llevó las almas. Sí, Libia, la ciudad está sola.

Soledad de caballo ciego. "Soledad de seno de quince años, metido en un convento". Soledad de humo sin cigarro. Soledad de Vicente Huidobro para nuestra adolescencia preguntadora:

> *Solo, como la pluma*
> *que cae de un pájaro en la noche.*

Sola, asoleada, su siesta con el vacío que ocuparían las gentes metidas en peleas y afanes y descansos, en el ruido de suplementos dominicales, en aventuras de Dick Tracy y El Fantasma y Tarzán y Los Pilluelos y Pedro Picapiedra, entre las huellas del desayuno servido en la cama, entre el cambio de sábanas y fundas de almohada y cobertores, entre el polvo de alfombras sacudidas, estantes, rincones, muebles. Entre regaños de la madre, el mal genio del hijo mayor, los marrones de la hermana, los brincos chillados del pequeño; entre locuras antiguas y nuevos hastíos. ("Muchas cortas locuras, a esto llamáis amor. Y vuestro matrimonio pone fin a muchas locuras cortas, con una larga estupidez". *Nietzche*). Entre películas de guerra, vaqueros y revistas musicales de cine doble; entre visitas familiares y amigos o enemigos solapados, entre el día siguiente al sábado y la víspera del lunes. ¡Toda la vida es lunes, Claudiafuga!

—"Nos encontraremos el año entrante".

—"¿Dónde?".

—"El año entrante, o el que sigue, en la vuelta de cualquier esquina".

—Voy a ver si esta noche sigo tu suéter, un mes tejiendo a mano y ni me decís nada.

—Gracias, Penèlope, siempre llego tarde a las cosas, me anima la ilusión de no llegar.

EL CANTO DE LAS SIRENAS

> *Homero —el ciego— no pudo verlo todo.*
> Un lector.

Ulises acariciaba su perro una tarde frente al mar de Itaca.

> Penèlope tejía cerca, suspiraba de vez en cuando. Tal vez no era tiempo de maliciar el simbolismo sexual del tejido, pero Ulises hizo girar lentamente la mirada en el cielo, como si preguntara por Homero o buscara una rapsodia más antigua.
>
> Volvió a bajar los ojos, vio a Penèlope aún hermosa, y por tres segundos chocaron en el recuerdo sus bravas aventuras, su hechizamiento, su regreso, y los ojos se convirtieron en dos oleajes tensos, contenidos. Penélope tejía, de vezencuándo suspiraba sin dirección. Ulises pensó en Antíomo, el pretendiente muerto por Telémaco.
>
> —"¿También será interminable el manto que ahora teje?" —pensó Ulises. Fueron largos los veinte años de su ausencia, muchos años para no tejer un manto definitivo. Los recuerdos de Calipso le apaciguaron su inquietud, ignoraba esa clase de remordimiento.
>
> Volvió a mirarla en tal forma, que ella supo de esa mirada.
>
> —Ahora, Penélope —Ulises echó en las palabras su única duda—, vas a decirme todo lo que de verdad pasó.

—Ojalá te quede a la medida tu suéter, Bernardo. ¡Es ancho tu pecho!

Pequeñas zancadillas para poner a prueba mi capacidad de ser solidario, ocupar mi sentido de condolencia y admiración; como sigo mudo, habla de mi desconsideración o mi crueldad y mi olvido. Y:

—De verdad son anchos tus hombros. ¿Te acordás cuando nosotros…?

Idiotas como en este instante, apegados a cosas que no fueron ni serán. Transcurirán los años y mediante supresiones en su recuerdo irá haciéndose a la idea de que su pasado fue un espectáculo maravilloso.

Volver a lo ya vivido
es resistirse a nacer;
hoy que está alegre el querer
se puso triste el olvido.

—"Descolgá el pasado, Libia, mandálo a la lavandería, el pasado".

Mañana todo también será un pasado que no tendrá presente. Mi sombra intenta acercarse a la de ella, las cuatro y treinta minutos detienen cualquier comunicación. La miro detrás de su farsa auténtica, con una angustia fuera de farsa. —"Nos marchitan la ilusión, estos

hombres”. Como si fuéramos un sol digno de tenerse en cuenta. —“Se marchita la ilusión…”. Y eso que la regó con chorritos de lágrimas; pero la ilusión necesitaba otros climas naturales, o no pasaba de ser otra flor de invernadero detenida en sus matices.

—Tejeré hasta media noche si encuentro las llaves de mi clóset.

Ya, Penélope Botero. Tenés razón, vos, muchacha.

—¿Sabés, Libia? Penélope significa tejer; según otros, significa ánade, por la fidelidad… Yo conocí tres ánades bastante casquivanas, echaban sus plumitas al aire. Te lo digo sin afán de chismorrear.

Ella sería fiel, aburridoramente fiel, la fidelidad podría convertirse en soledad. Aunque a la larga… ¡Bueno!

MATRIMONIADAS

Donde come uno, comen dos.
Refrán.

—¿Dónde está mi esposa?
—Salió.
—¿Qué traje llevaba?
—Vestido nuevo.
—¿El de bailar?
—Sí, señor.
—¿Iba sola?
—Salió con otro.
—¿El de cenar?
—No, señor, el de dormir.

—¿Te dije que anoche se me volvieron a embolatar? —¿Qué se te embolató?

—Las llaves de mi clóset.

—Estarán pegadas de tu clóset.

—No están en mi clóset.

—¿Dentro de tu clóset hay brujas?, fíjate, detrás de algún vestido colgado en tu clóset.

—De verdad no sé qué pasó con las llaves de mi clóset.

—En la esquina hay un “Sus llaves al minuto”, podrás seguir tejiendo con otras llaves nuevas de tu clóset.

—Sí, sacaré duplicado de las llaves de mi clóset.

Closeticémonos, muchacha. Yo debería tener tu sola llave, con ella te abriría el mundo. El mundo se te abriría de verdad si abrieras más las piernas. O a cerrarlas del todo, no te envicies a rendijear el mal. El mal no te cae bien, muchacha.

—Me preocupan las llaves.

—Pues bótalas, y sanseacabó. O suénalas como un cascabel.

—Nadie puede vivir sin sus llaves.

Las llaves sonaban en mi sueño hasta que el tintineo me despertaba: allí caminaban marrulleras ante la rabia de sus buscadores, se perdían debajo de la puerta, pegadas de su argolla como alacrán de acero y cobre.

> *“—San Antonio esclarecido,*
> *que en Padua fuisteis nacido…”*

—recitaba Paula Morales, sabedora de la especialidad de San Antonio en objetos extraviados. Las llaves escalaban cortinas (arañas, las llaves, arañas), saltaban de una viga a un libro, del libro al balcón, del balcón a la acera, de la acera al umbral, del umbral a mi sueño, del sueño a la vigilia. Se aporreaban, se ajuiciaban quejumbrosamente por un día hasta la nueva pregunta en aposentos y corredores y solares.

—“¿Quién ha visto mis llaves? Luisa, las llaves. ¡Ayúdamelas a encontrar, Santa Rita de Casia!”.

—Luisa.

—Aquí estoy.

—No sé qué esperás de una mujer. Si viviéramos juntos…

Juntos como pies, indiferentes y juntos; separados como dos orejas, cercanas y separadas; juntos como quijadas, como ojos, como uñas, como barrotes, como enfermedad y fiebre, como dolor y queja, como recuerdo y olvido. Soledad de mi mano izquierda al buscar refugio en la derecha: así, apretados, animales en cópula.

—Las manos tienen una sospechosa-moral.

Se tensa la sombra de Libia, muestra un perfil erguido, reclamador:

—Vivo para vos, me atormento pensando en tus asuntos.

Buen porvenir, hombre casado. Cincuenta años, cincuenta mil años de boliar jiquera, decía Ernesto Arango; de ingeniárselas para obtener el pan.

—Ayer durante el incendio no tuve vida.

Diez onzas de orfandad, tres kilos de exceso de virtud, media libra

de amargura, centímetro y medio de ojeras, seis gramos de pestañas caídas, treinta centavos de remordimiento, silencio bien administrado, respuestas disimuladas, tradición, noventa y ocho de caderas, noventa de busto, sesenta de cintura, cincuenta y pico de peso, sexo discreto, palabras discretas, bondad al cobro… ¡La amada ideal sin hijos todavía!

El tiempo es breve y el vigor escaso
y la amada ideal no vino nunca
Barba-Jacob.

Hora de callar, reclamar, hacer balances. Fidelidad: servicio a la carta; comprensión: ya sabés, esto, aquello, todo cabe; atracción: ¿alguien más tiene algo entre pierna y pierna? Dos y Dios son cuatro, no discutir, ¡a la carga! (Medidas de la belleza femenina actual: estatura, 1.60 metros; busto, 85 centímetros; peso, 55 kilos; cintura, 60 centímetros; cadera, 90 centímetros; cabeza, 55 centímetros). ¡Nos tumbaron las desventajas, mi medida es mi medida!

En tus mejores vaivenes
me dejaste en media calle.
Hoy que engordaste de talle
te dejan hasta los trenes.

—Estoy cansado.

Ya nada explican los gestos, se nos dañaron los silencios, se nos dañaron las palabras de tanto usarlas vanamente, de untar cosas con ellas, de sobar sentimientos (*desovar* sentimientos), mellados por golpear superficies. “El Código de Manú nos dice que el ser soberano vino a ser mitad varón y mitad hembra; y de esta dualidad sexual nació Viradj”. De mí mismo naceré yo.

—Pero si no has trabajado hoy, ni ayer sábado trabajaste.

—Apagué el incendio.

—…¿Puede cansarse así una persona?

—Cansado.

“La insoportable fatiga de no hacer nada”. *Sherlock Holmes*. (Anorexia, palabra que gustaba a Gide: desánimo, falta de apetito en el corazón, en el alma, en el pene. Mixodema: pereza por deficiencia de la tiroides. Apatía: ausencia de la avidez. Hipertonía del simpático: exceso de tensión que produce la polución nocturna. Polución, fea palabra de frente o de perfil).

—¡El Espectador! ¡El Tiempo! ¡El Colombiano! —regresa el vendedor. Se cierne la amenaza comunista.— Cines para hoy. En Balandú traía las noticias el paquetero, lo acreditaban los pregones de Calderón en su bocina esquinera, lo que todos callaban, la espera.

—¡Oiga-oiga!, ¡el señor Juan Torres!, ¡paquetero de esta población! ¡hace saber! ¡que mañana sale para Medellín!, ¡envíen sus encomiendas! ¡a su casa de habitación!, ¡honradez y prontitud!

—Tu primo cree…

Lo que antes creyó, lo que ha de creer luego, su rutina es la única manera de no sentirse muerto: hacer hoy lo que hizo ayer, hacer mañana lo que hoy hizo: por lo menos sabe que repite un hecho, así sea mecánico, seguro que el día en que no se hace es porque ya murió. Aunque a veces debería pensar que también la muerte será costumbre y en ella seguirá su rutina, lo aterraría llegar a estar repentinamente vivo.

—Lo pusieron a reventar cinchas.

—¿Qué es eso?

—Hay que saber de arrieros y jinetes. Justo Molina, Daniel Sánchez, Juancho Durán.

—Tu primo…

—Está documentándose sobre los problemas de su circulación. Sale la sangre, recorre, vuelve. Sale, recorre…

EL MITO DEL ETERNO RETORNO

Una de esas obligaciones que acaban convirtiéndose en penosa servidumbre.
Roger Caillois.

Mi primo recitará el Nuevo Diccionario Médico Larousse en lo referente a la circulación: el corazón se contrae como cualquier otro animal — —papada de iguana o batracio bobamente sordo —; bombea, ciclo de la pequeña circulación, ciclo de la gran circulación, ¡y sígale! Al diablo el doctor Harvey, al diablo don Miguel Servet, por eso Calvino le quitó la circulación, *lo quitó* de la circulación, miente la historia.

—Por fortuna hay drogas modernas, dentro de poco dejaré de preocuparme.

La circulación… Circulen, nada ha pasado. Que circule el dinero, que la savia circule, circulen vehículos y peatones,

circulen ideas y chismes y naves espaciales, más chismosas todavía. Que circule el dolor.

—Cuando oigo circular mi sangre… —digo. El primo regresaría con un medido cansancio, en territorios vasculares, y a la circulación linfática… Repitamos: se bombea, sale, circula, da la vuelta, la da envasada llena de vergüenza, palpitando; se bombea, sale, circula, da la vuelta, regresa, sale, vuelve; da la vuelta…

"Una molécula de sangre tarda de veintitrés a veinticinco segundos en regresar a su punto de partida; esto explica la rapidez en la acción de los venenos". Por eso el vicio de vivir, el vicio de morir cíclicamente cuando vivir no es virtud.

En esta angustia circular de la existencia cada punto es futuro y pasado, por tanto equivalencia del presente: salgo de este punto, avanzo; avanzando llegaré a mi pasado, a mi presente. Cosas de la circulación.

—¿Sabes? Un día oiré mi sangre cuando se detenga, oiré su silencio definitivo.

—la circulación, señores, no pasa de ser un círculo vicioso.

—Estos periódicos siempre con las mismas, fíjate, siempre lo mismo. *Avisos clasificados… Héroes famosos.*

Se arriendan glorias pasadas. Vendo recuerdos calientes recién sacados del horno.

—¿Me oíste? ¿Me estás oyendo?

Anuncio:

Si va a entrar,
sírvase ponerse el parachismes.

—¿Dónde estabas anoche cuando el incendio?

—¿No te parece una hermosa obra de Dios el incendio? El universo proviene de grandes explosiones que produjeron incendios infinitos.

Libia se queda mirando el recuerdo y asiente indecisamente, para no hacer quedar mal a Dios ni a mí; no la vamos Dios y yo, él se mantiene ocupado y silencioso, nadie conoce el timbre de su voz ni la ausencia de timbre en su silencio.

—¿Dónde estabas anoche?

—Apagando el incendio.

O viviéndolo, tal vez: pensando en ella, Ella, tal vez. La otra, siempre hay Otra en la dolencia. Respiración contra el hombro desnudo, cejas quietas para un recuerdo, cuerpo manso en la entrega cordial y honda, respiración del amor. Arrimaba a su frente, ya dormida, porque me gustaba entretenerme con sus sueños, los miraba con sed, les hacía juegos infantiles, a sus sueños. Era una de las pocas personas que sabían soñar.

Soy ahora tiempo arremolinado, no puedo ya con las ventiscas. Las ventiscas y los huracanes se suicidaron al convertirse en brisa de la tarde. Mal destino el del huracán ese de convertirse en leve soplo enamorado. Muchacha, tú, la única últimamente, bahía, desafío, refugio, respiración cercana.

Me dicen que el amor
y el corazón y las angustias.
Que debo —¡todavía!— ser prudente
y vivir en cómodas cuotas semanales.

…Reservar estos años dudosos,
guardar fuerzas para el grito final,

que
no
pase
la
raya,

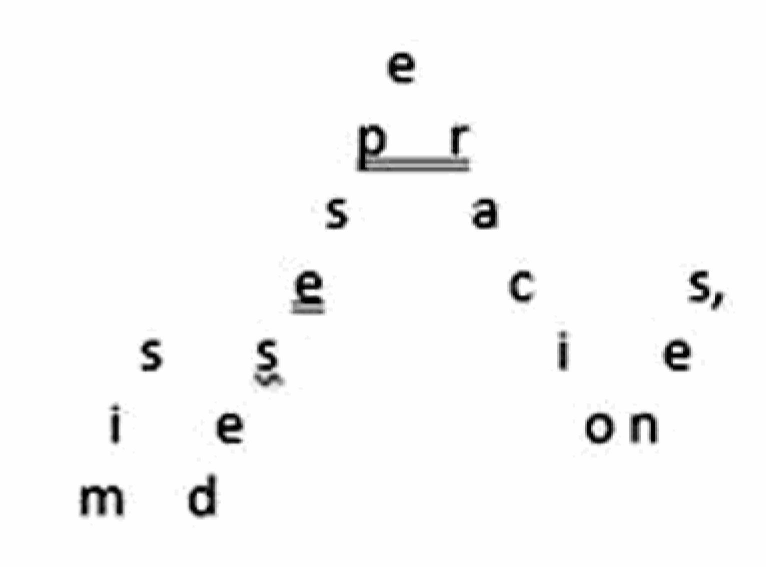
---

que siga la calle trazada sabiamente…

—Aprenda a llorar a ciertas horas,
—Este valle de lágrimas.

El futuro —futuro— ya
paso.

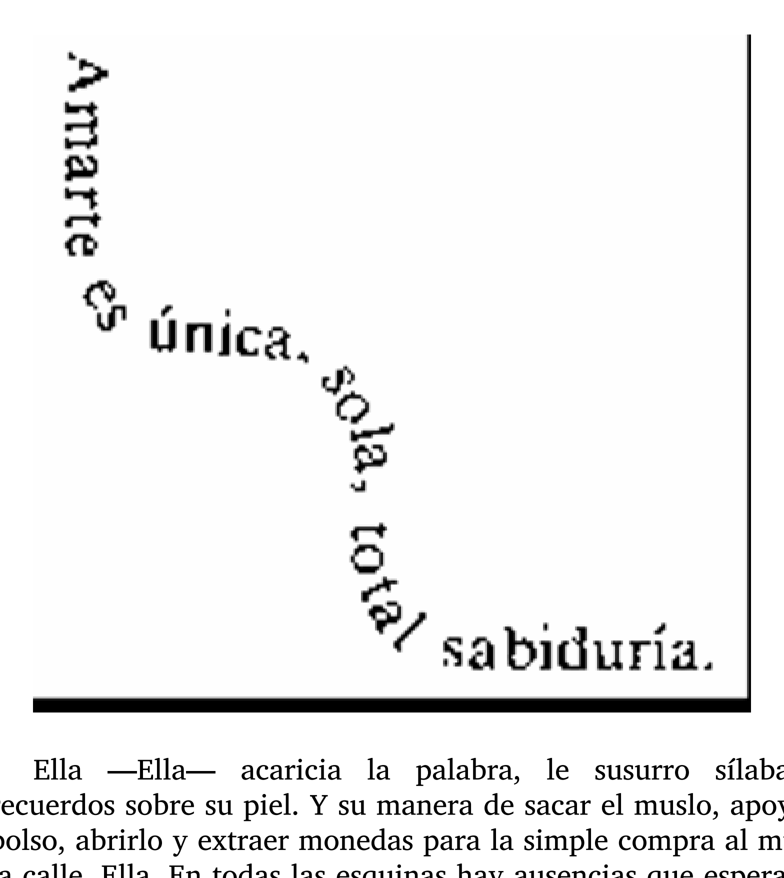
Todos
dicen
mis
pasos,
mis horarios,



que-mida-la-ración-del-amor
que el amor es oficio para v
a
g
o

s

Muchachas,
Descansemos de todas las palabras:



Ella —Ella— acaricia la palabra, le susurro sílabas simples, recuerdos sobre su piel. Y su manera de sacar el muslo, apoyar en él su bolso, abrirlo y extraer monedas para la simple compra al muchacho de la calle. Ella. En todas las esquinas hay ausencias que esperan a los que un día morimos por fatiga o por amor desesperado.

Y de otro bus salen, como humo, frases rezago de los días:

—Hablás del pasado como si sólo a vos te perteneciera.

—Y usted, ¿sigue delicado de salud?

—No. Sigo fuerte de enfermedad.

—Ahorañostuveunamigo.

Adentro vuelven a oírse frases de mando, súplicas, lo rutinario en domingo, en lunes, en cualquier día de cualquier semana, ¡toda la semana es lunes!

—Desconecten la plancha.

—Volvieron a faltar dos sábanas.

—Entren la ropa seca.

—Llamen a *Daños* a ver qué pasa en el contador.

—Si se te vuelve a ocurrir amanecer fuera, no olvides avisar.

—¡Virgen Santa, Virgen Santa, Virgen Santa!

—¡Santo Cristo de los Farallones!

¡Qué anchas ganas de llorar de ternura, de remordimiento, de amor ancho! En el mundo uno tiene material para llorar todos los días. Esto parece la letra de una mala canción, tal vez por ser una mala realidad.

Año tras año las palabras invadían los intersticios, para echarlas había que sacudirlas, darles con matamoscas o palmeta o fumigarlas; se oían risillas y sollozos de cien frases espantadas, sus vuelos burlones, sus regresos frenados, sus avances con rastros de tinta. Gotas de ojo desvelado, lluvia de nada.

La madre. Ella, inmensa, ¡malos tiempos le tocaron! Mundo injusto, queja hacia adentro, dolor asumido, en su pulso el destino de todos. Era lo mejor tu mirada larga y sola. Tus palabras las mejores, anunciadoras palabras llegan al pie, las recojo, se me deshacen en la mano forzadamente tranquila. Tiembla mi mano contra Dios, ¡Santo Cristo de los Nubarrones!

El fogón tiene otra resistencia dañada. ¡Luisa!

—Señora.

—Luisa.

—Señ.

—Luisa, ¿dónde estás?

—Aquí.

—¿Dónde es aquí?

Las palabras caían o desaparecían sin ruido o dejaban un zumbido moribundo que renacía a poco: entraban por otros intersticios para ser sacudidas, escondidas en un corazón temeroso y vigilante, borradas definitivamente.

Al gesto contrario de Libia saco un cigarrillo, dejo el fósforo entre pulgar e índice, veo quemársele su cabeza, parecido a mí. Apenas siento el dolor, dolor es un seco sentimiento del dolor.

—¿Qué te pasa?

—Nada, Libia.

—Estuviste tomando anoche, ni te preocupaste por lo demás.

—¿Preocuparme de noche?, ¡qué horror! Al amanecer estaría

barrigón de penas.

—De pronto creí oírte pasar frente a mi casa. ¿Sabés que cualquier ruidito me despierta?

—A mí me despiertan los silencios.

—No lo negués, esos…

…Amigotes, mis amigos; malas compañías, las mías, etcéteras. "Malvado Barrio de Guayaquil". Aire de tango, escurridero de penas. Aire de cumbia, la pena sola.

—Junto a la mesa de nosotros, tres genios de Balandú compusieron el mundo y otras cosas por el estilo, si tiene estilo el mundo.

EL UNIVERSO ES UN CIRCULO VICIOSO

Cuando aquel a quien se habla no entiende,
y cuando el que habla tampoco entiende,
eso es metafísica.
Voltaire

—¡Mesera!

Se acababa el aguardiente en las copas; dentro de la cantina las palabras buscaban el humo, eran humo con el humo de tantos cigarrillos, tantas miradas quietas en el humo de los cigarrillos quietos.

—En primer lugar —siguió el de frente impresionante—, supe que la historia se compone de ciclos; por tanto, la posteridad siempre queda atrás, es justa visión del genio. ¿O no?

—¡Mesera! —volvió a gritar otro de frente menos impresionante.

—…En segundo lugar, nada en el universo puede encontrarse totalmente aislado; y si nada puede encontrarse totalmente aislado en el universo es que lo circunda algo, que a su vez estará circundado, y así sucesivamente. Por tanto…

—¡Mesera, tráiganos lo mismo! —reiteró el segundón.

—…En tercer lugar, cada cosa es vecina de otra, pues no podríamos imaginar el fin del universo —fin en el tiempo y en el espacio— ya que pecaríamos de excesivamente capciosos, ¿o no?

—¡Mesera!

> —…En cuarto lugar, no es que lo infinito sea eterno y lo finito se acabe; lo que llamamos finito es una dirección especial que toma lo infinito, una variante engañosa para nuestra perspectiva limitada.
>
> —En quinto lugar —volvió a interrumpir el de frente menos impresionante cuando la mesera arrimó con el pedido—, ¿nos tomamos el otro?

El fósforo despide un último humo sobre la cabeza de su sombra, la sombra trataba de pensar o esfumarse, como la mía. Como esta desesperación.

—¿Viste el incendio?

—Estuve en el incendio.

…Y la leña y las hojas y los papeles y la paja y la madera: vivían sus vidas tranquilas cerca del hombre, sirviéndole de piso, de recipiente, de techo, de cuna y ataúd, descanso, esparcimiento y abrigo. —"No arrimen al fuego, si se arriman, el fuego se enoja". Nada más bravo que la paja y la madera frente al fuego; se ponían humosas, chirreantes rabiaban a llamaradas y se consumían en su bravura como abejorros al clavar su aguijón. —"Alergia a la llama, no se arrimen, no molesten la paja y la madera, que el mundo arda tranquilo".

—¿Te dieron miedo tantas llamaradas?

—Dejé el miedo bajo el colchón, debe estar arrugado. ¿Sabías que al miedo le tiembla la cola? "Al miedo nadie le pone calzones", no me parece correcto que ande empeloto por estos mundos.

Quise poner los pelos de punta aquella vez en que sentí miedo, pero los pelos permanecieron en su lugar sin darse por aludidos. Tal vez el afán por cumplir tan difícil y tradicional empeño cambió mi capacidad de sentir miedo. Pero cuando quise poner el miedo de punta, el maldito se me quebró y los pelos continuaron tranquilos. Es difícil complacer a los refranes, difícil complacer el miedo.

—Estoy cansado. Cansado, Lo que se dice cansado, si alguien puede decirlo.

—Claro, enguayabado y trasnochado con el Juan Luis y el Darío y el Orlando y el Oscar y el Peláez y el Miguel y el Fernandín. Con el tal Julio, que no hace sino beber y tirar los dados.

—Dadar y beber los tiros.

De cantina en cantina, y dibujos en los orinales, penes oteantes hacia piernas abiertas: letreros insultantes, desagraviantes, enamorados: "Déle

gracias a Dios porque lo que tiene en las manos no lo tiene en el culo". Política, filosofía, religión, historia; y avisitos de tienda, los de siempre: "¿Fiar? No me sale la cuenta; / mas, si le parece bien, / lleve valor de cincuenta, / deje en depósito cien". Y sabios consejos de Balandú en el retrete de la gallera: "Oiga señor don Cagón, / ponga bien la puntería, / porque es una putería / que se cague en el cajón".

—…En vez de aceptar las clases. Pero, ¿cansado sin hacer nada?

—Sin hacer nada, Libia. Cansado. Me costó esfuerzo encaramar aquellas moles de Tiahuanaco y acomodar tantos pesos de piedra en la Puerta del Sol. Cuando esculpía las figuras de San Agustín, en el valle sagrado de Los* Andaquíes…

DIALOGO ACOMODATICIO:

—Es verdad, se suicidó.
—Pero murió asustado.
—Cierto. Era la primera vez que lo hacía.

Confortaría el agotamiento muscular por el deber cumplido; pero este cansancio sin nombre, pesado sin peso, oscuro, gris, ilímite, niño que no ha podido nacer y sin ganas de nacer. Presiento la afirmación en boca de ella, con derecho de pronunciarla:

—Hermosos los niños, no sé cómo la gente no lo ve así, yo sé que charlás con eso de San Herodes.

—Herodes podría ser el gran filántropo, mi santo de cabecera.

Si dejáramos libre al niño, cuando menos. Porque llega el día en que uno cree que ya es muy hombre y trata de mandar al diablo al niño larvado que se desespera en cada adulto. Pero no se desliga totalmente y le sigue los pasos y sufre sus pasos y sabe propios sus desamparos y limitaciones, y sigue camino con remordimiento de haber echado su compañía a una lucha azarosa y de sentirse él mismo sin compañía posible. Pero cuando veo a un niño me siento él: tal vez agradecería que ese niño a su vez pudiera sentirse tan viejo como yo. Nadie sabrá de esa mirada. Nadie sabrá de su risa generosa. Nadie podrá llorar su llanto.

El niño apenas caminador traía la copa en la mano; la sonrisa en mí, su puño balbuciente acercándose cada vez más a la vara caída, donde tendría que tropezar irremediablemente si yo no le advertía y le daba la mano o le recibía la copa. Sin embargo permanecí inmóvil, era obvio que yo conocía de la copa y del niño; cuando se fue de bruces y quebró

la copa advertí que desde antes ya el niño llevaba su tropezón, y que en la copa estaba guardada la caída; que los hechos eran simultáneos y que sólo mi concepto del tiempo y la distancia los separaban, los aislaban y distinguían caprichosamente.

—Sí, los niños. Maravillosos antes de nacer. Y si nacen sin permiso.

Porque uno está en el mundo como en el vientre, clausurada su libertad, viajando sin darse cuenta de que viaja, ciego sin darse cuenta de su ceguera, estorbando sin darse cuenta de que estorba, vivo sin saberlo. Si nos dieran tiempo de realizarnos, de llegar a ser… Nos destruyen o nos destruimos cuando la ignorancia en que hemos vivido empieza a convertirse en ingrediente del saber, en desesperada búsqueda del conocimiento.

—¿No te parecen hermosos?

—¿Quiénes?

—Los niños.

—En los países subdesarrollados muere un niño cada dos segundos..! Sí, son hermosos.

Hermosos más el llanto interminable, más sarampión, más futuro tambaleante, irguiente, azorante, desvalido. Hermosos más encierro y tos ferina y erisipela. Hermosos más el llanto del hombre en ellos. “Nuestro Señor le dijo a San Pedro: —‘Curad la erisipela que el niño padece’”. San Pedro repuso: —“¡Que la erisipela se vaya enseguida!”.

—El sapo cura la erisipela; de él se saca el filtro para los desengaños. ¿Sabés que el líquido venenoso que secreta el sapo se llama *bufina*? —“Para curar la erisipela —decía un culebrero— lo mejor es sobar un sapo blanco hasta que se ponga rojo y cante”.

Hermosos los niños, y rocióla y amígdalas qué tratar y dolor de verlos crecer. Hermosos más cuna, más pañales, más silencios quebrados en el desvelo, en los juguetes, en la pregunta. Y rompecabezas y álbumes y gráficos y aparaticos de ruedas y cubos. Y también la sonrisa esperanzada y la risa fresca y la pregunta de asombro y la palabra apenas comenzada. Y su calor y su confianza desvalida y su sueño tranquilo y la necesidad de apoyarse en otra piel, que es casi suya. Y ojos entreabiertos o redondos y encharcados en su mínima derrota. Y zoológico y manos aplaudiendo al arrimarse el hombre y considerar —ellos, los monos— injusto el tamaño de la jaula donde los humanos *—los humónos—* se mueven celebrando gestos ridículos, nostalgiando la selva.

Para que conociera al hombre
trajeron en la jaula al mono:
ni los barrotes de la jaula
pudieron contener su asombro.

—Me gustaría hacer juguetes, Libia, los juguetes son la paz.

Labrar maderas, poner a funcionar palancas, dar movimiento a mis sueños, oír la queja del niño, su respiración cálida, su mano cálida en mi mano, su blandura, su temperatura, su temor. Yo lloraría… El hombre es animal que juega a ser hombre, y apenas alcanza a ser su propio juguete. Dos toses: seriedad.

—¿Qué hacemos aquí con este calor?

—Vámonos. Dijiste de “Lo que el viento se llevó”, se hizo tarde.

—¿Por qué no entramos?

—No puedo salir.

—Antes era distinto, recordá.

Si la palabra recuerdo dijera el recuerdo, si éste se dijera a sí mismo, si volviera a su punto de partida. Hace un año quise arrojar todas mis cosas al olvido: todavía me estremece el estruendo de ellas al caer en esos oscuros rincones. Las palabras apenas lamen la esencia, son miserables, espejimos, engaño de las cosas. La palabra.

—Quisiera tomarme otra cerveza en la esquina.

Esquinas de todos los pueblos y todas las ciudades. Casa del Río, Páramo de Balandú, camino rocoso a La Casa de las dos Palmas, ramas ateridas, soledad de Zoraida Vélez, de Efrén Herreros, de Eusebio y Paula Morales, de Medardo, de Ramón, de todos los inusitados en su bruma. El puma de piedra salía en las noches sin luna.

—Los niños de mi hermana tuvieron sarampión, ¿vamos a verlos?

Para aburrirme como una tumba desocupada. Su hermana, ojos ictioideos, ideas rasas, moralitis crónica, depósito de bondades al uso; como *mi cuñada*: mujeres convencidas de que no pueden ser decentes si se abren de piernas cuando las requiere el marido. —“Mantenga *Mor aliña* en su botiquín, para los bajos instintos”. Los bajos instintos deben quedar junto al sexo. No, arriba de la mitad, ellos apenas son instintos medianos. Acosan a sus maridos, su aprensión casi escandalosa es manera que toma el remordimiento para no ser permanente culpa. La culpa. Sin embargo su leche tibia en el labio del hijo, su mano pronta en la fiebre.

—El año pasado casi se le muere la mayorcita de algo muy raro. Le

hizo el milagro La Virgen del Carmen, y no entremos en peleas.

—Para milagroso, El Santo Cristo de Balandú, mago de los nubarrones, tiene práctica en esto de los milagros. ¿Sabés que los milagros se están acabando? Son bastante raros y en pura extinción, el Gobierno debería nombrar una Comisión protectora de los milagros, establecer ese tipo de ecología.

EL ULTIMO MILAGRO

Nada.
Nadie.

> Afanoso por realizarse, el milagro remontó la cordillera, acompañó a los mendigos, llegó a los campos de batalla, cruzó mares y ríos, entró en conventos y hospitales, subió aires adentro, se acurrucó en ministerios de países y países.
>
> —"…Por los extraviados en la tormenta, por los que temen la cólera de Dios".
>
> Como esperaba encontrar su destino, el milagro lamentaba que su presencia no mermara el dolor ni detuviera tantas guerras ni entregara pan a la súplica ni justicia a la protesta.
>
> —"…Por lo que esperan y sufren, por los caídos y los desterrados".
>
> Mas sin dueño que nunca, el milagro se dejó caer a campo abierto. Así, mirando hacia arriba, adivinó que era el último de su raza y que desaparecería por haber cumplido la más trágica de las misiones: tendido bajo la noche, supo cómo desde tiempo antes había alcanzado su destino de matar a Dios.

—Si vieras a mi ahijado, está lleno de punticos rojos.

—¿Han pensado pintarlos de otro color?

"Criatura de Dios, yo te curo y bendigo en nombre de La Santísima Trinidad, Padre † Hijo † y Espíritu Santo † tres personas distintas y una esencia verdadera, y de La Virgen Nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original, virgen en el parto, † antes del parto † y después del parto, † por la gloriosísima Santa Gertrudis, su querida y regalada esposa, mil vírgenes, San Roque y San Sebastián, para todos los santos y santas de La Corte Celestial. Por su gloriosísima Encarnación, † gloriosísimo nacimiento † Santísima Pasión †

gloriosísima Resurrección † y Ascensión † por tan altos y santísimos misterios… Libre y sane a esta criatura del sarampión y de otra cualquiera enfermedad, así sea”.

—En Grecia rendían culto a varias enfermedades, entre ellas la fiebre y la gota. En Balandú apostaban don Arcadio y don Cleotilde a ver qué enfermedad era más aristocrática, si la gota o la úlcera.

—¿Cómo decís?

—Si querés vamos donde tu hermana.

—Pero si vos no querés… Yo tengo ganas.

—Mis ganas son de raza distinta. Siento lo del ahijado, se curará. Ni Dios tiene derecho a enfermar niños.

Vergonzosa la cifra de mortalidad infantil. ¿Cada sesenta años no muere la humanidad entera? La influenza de mil novecientos dieciocho causó más de veinte millones de muertos; y la peste bubónica en el siglo XIV, por lo que se sabe, mató setenta y cinco millones de personas, más de la mitad de la población mundial en esa época.

—Son los demonios, Libia. Los demonios portan muchas enfermedades. He leído cosas de Asiria y Babilonia, de Babilodemonia.

“Un grupo, entre todos los demonios, era particularmente temido por la acción patológica que fatalmente traía consigo. Este grupo se indicaba simplemente con el apelativo de “Los siete”… En el texto de un conjuro se los enumera así:

Asakku ataca la cabeza del hombre.

Namtaru ataca la vida del hombre.

Utukku, el malo, ataca la nuca del hombre.

Adu, el malo, ataca el pecho del hombre.

Gallu, el malo, atáca la mano del hombre.

Ekimu, el malo, ataca el vientre del hombre.

Dio, el malo, ataca el pie del hombre.

“…Asakku, origen de la pestilencia, de la consunción, del cansancio, de la anemia; Akkbazu, el agresivo, cuyas especialidades parecían ser las enfermedades del hígado y la ictericia; Abartu, dios de los abortos, que ahogaba el feto en el útero materno…”.

—Abartu le serviría a Gabriela, o se llenará de hijos.

—Gabriela es una santa mujer, no la tomés con ella.

—La santidad es un asunto endomoniado. En Babilonia pensaban que el alma estaba en el hígado.

Los persas también tenían sus líos: “El ejército de los seres malignos,

a las órdenes de Arimán, está constituido por los Devi, demonios con forma humana, que, según la tradición, habían invadido la tierra antes que Zoroastro…” “…Junto a los Devi, demonios masculinos, existían, según la concepción de zoroastro, las Drugas, causantes de la corrupción de los cadáveres cuando, apenas había salido el alma del cuerpo, y cuyos efectos se extendían con la rapidez del rayo”. “Estas dos categorías de demonios, masculinos y femeninos, se completaban con otras colectividades malignas que se conjuraban mediante ritos exorcísticos, con finalidad curativa, y que pueden considerarse también como agentes morbosos. Eran los Yatos, las Pairakas, las Jainas”. “Algunos seres aislados, con nombres muy curiosos, cierran el círculo de las deidades perversas: Farana, que provocaba seguramente el dolor de cabeza; Strastya, responsable de la fiebre fría. Arhivaka, que actuaba venenosamente en los mordiscos de las serpientes. Otros demonios, cuyo nombre no se ha podido traducir, fueron Karuga, Astairya, Zuruaka y algunos más…”.

—Por fortuna existen conjuros, oíme: “Yo combato a la enfermedad y a la muerte, a los Yatos y a los Pairakas, a todos los Yanos que actúan con maldad”. Sin embargo debés cuidarte, Libia, decile a tu papá y a tu mamá y a tus hermanos y a tus sobrinos y a tus tías y a tus primos que se cuiden y que recen este conjuro en ayunas… Debés decírselo también a los vecinos, y a los que pasan la cuenta del agua y la luz.

—Vos tomás a charla todo.

—Tomo en serio la charla.

San Roque nos libra de la peste, Santa Casilda nos libra de las hemorragias. Para el dolor de muela, mi culebrero recetó: “La leche de dinde (avinge), no sólo la calma sino que la tumba”. Y para cualquier enfermedad: “Baño con infusión de yerbas carbonizadas a la caída del rayo, mascadas por un caballo y un tigre sobre los cuales se haya tumbado una bestia”.

—Mañana van a purgar a mi ahijado.

—Yo también soy un parásito, que purguen a Dios.

—Están muy preocupados en mi casa.

Su hermana. O las otras hermanas con senos aburridos de no haber sido tocados por mano distinta, de estar colgando cada vez más, sin una boca de niño en la punta del pezón.

—Iré allá a pasar la noche.

Pasar la noche. Pasar el rato. Pasar el tiempo. Como entrar en un túnel, recorrerlo, llegar al otro lado. De túnel en túnel hasta el gran

túnel final. Pero entonces no podría decirse:

—“Iré a pasar la muerte”, porque en sus propias puertas, apenas ya adentro, permanecería por el resto, si es que fray resto. Y nada volvería a pasar.

—¿Por qué hacés mala cara? ¿Por decir lo de mi ahijado? Es verdad.

La verdad es una puerilidad. La lombriz solitaria se llama *Taenia Solium*, o sea “cinta que vive sola”, poesía. ¿Sabías que el nombre del chinche de las camas, sucias es *cimex lectularios*? Eira es el de un gato montaraz de esta América. Anoche descubrí que la proporción de agua en el hombre es la misma existente en la tierra, te lo dije, razón de los Incas en llamarla Pacha Mama, madre tierra. ¿Sabés otros datos? hace tantos miles y tantos millones de años existe vida, el hombre la ha disfrutado y padecido tres millones setecientos noventa y ocho mil años, siete meses y ocho días con cincuenta centavos, esa es mi edad. En el trópico…

—Apenas dije que mi ahijado está enfermo, sufre de alergias.

Ailurofobia: aversión a los gatos; astrofobia: aversión a las tormentas; autofobia, ermofobia: aversión a estar solo; batofobia: aversión a las profundidades; velonefobia: a los alfileres y agujas; ceraunofobia: al trueno.

—Iremos a ver a tu ahijado, y a tu hermana.

Y a verla y oírla canturrear:

“Agugú el niño, tomeche la leche que le da su madlina, aguguchi, niño blavo”.

—Si querés le compramos un balón de colores o un taquito de dinamita. Le encimamos el fósforo.

—¡Bernardo!

—¡Presente, mi Sargento!

—Tengo que ser muy paciente para aguantarte.

—Seguís mi ejemplo, yo mismo me aguanto y tengo que vivir conmigo a todas horas, vos apenas lo hacés a ratos. Estás salvada, Libia, dale gracias a Dios y a La Virgen de Fátima, o al Señor Caído de Girardota. ¿Cuál de ellos te gusta más? Son milagrosísimos. Claro, jamás como El Santo Cristo de los Nubarrones, en Balandú.

—Sólo menté que mi ahijado…

—Le bailaremos La Rueda del Angel, ¿cómo lo hace tu bisabuela para bailar La Rueda del Angel? Sonaré tambor en mi barriga o le cantaremos canciones, somos amigos.

Pin-pón es un muñeco
de trapo y de cartón,
se lava la carita
con agua y jabón.
Se desenreda el pelo
con peine de marfil,
Pin-pón, dame la mano
con un fuerte apretón.

—Además sé entero *Rinrín Renacuajo,* y "Erase una viejecita / sin nadita qué comer", de Pombo; sé meter los índices en las comisuras de la boca y estirarla hasta que los dos extremos se topen en la nuca.

—Te está haciendo daño el sol. ¿Por qué no entramos?

—Sí, es el sol, pero no impide inventar cuentos a tu ahijado. Sé también los de Andersen y fábulas indígenas llenas de tigres y serpientes. Las contaré suavemente para que de pronto no se salgan del relato esas fieras y liquiden a tu ahijado. Las figuras dentadas se salen de los cuentos y muerden a los que oyen. Tigres, lobos…

—Si no te conociera, diría que sos perverso.

—Sé también "Blanca Nieves y los Siete Enanitos", sé "Caperucita Roja", a lo mejor un día me siento en un sillón de La Academia. Yo en La Silla, vos en mis piernas académicamente, no tocaré nada prohibido: te contaré cuentos para hacerte dormir. Como seré académico…

—¡Bernardo!

—¡Firme, mi Capitán!

REVES DE FABULA

Antes de que la abuela se comiera a Caperucita, el mundo andaba mal. Después no siguió necesariamente en mejor o en peor estado.

Los aullidos del lobo remordían la conciencia de la abuela, aunque un leñador dijo que sólo estaba indispuesto por haber consumido, además, las fresas que Caperucita llevaba en el cesto.

El ulular del lobo parecía viento fuerte y triste. Solamente cuando el leñador logró matarlo, vieron una a modo de sonrisa en el hocico apacible: todos supieron que el lobo en alguna forma volvía a mirar el imprescindible paso de Caperucita en la floresta, y que sus largas orejas propiciaban el eco de una

canción venida de más allá del camino entre los árboles.

—¿Cómo podés aguantar este bochorno? Invítame al *Astor* a un jugo.

—¿Y el cine?, dan "Lo que el viento se llevó".

—Ya es tarde, tomamos el jugo y después arrimamos donde mi hermana.

—¿Qué jugo te gustaría tomar?

Mora en paseos de mi infancia, lulo, tomate de árbol y naranja y papaya y mango y mandarina. Las frutas jugaban —jugueaban— por las huertas, brincaban de árbol en árbol para cambiar ambiente según los nuevos tiempos, así salieron de sabores mezclados: yo llegaba al árbol o a la trepadora, abría su llave y llenaba mi jarro, o alzando la mano desgajaba el envase con sabor a limón o guanábana. Cuando quise pintar esos árboles, esas trepadoras, dar el tono de esos jugos que no tenían color sino tonalidades de otros colores… No, no fui yo quien dijo: —"Pintaré estos jugos, pintaré estos árboles"; ellos me impusieron la obligación para que de mis pinturas chorrearan jugos traviesos. Y largos bejucos rastreros y flores amarillas y una gigantesca auyama parecía resollar de salud y contento. (*Zango de auyama / para usté y su mama*). Siete duendes retozaban en ronda, trenzados de las manos junto a la auyama. Cualquier rayo extraviado de sol jugaría —juguearía— con las ondas de un estero, los pájaros cantarían haciendo más accesible su música.

—Los pájaros cantantes.

—¿Cuáles pájaros?

—Los cántaros pajantes.

Se ponen tensas las sombras en el pavimento. Distantes sombras blancas de Balandú, la neblina se levantaba lentamente: era otra forma de caer la tristeza. Después nos aferrábamos de la tristeza como única defensa para no sentirnos muertos.

Las sombras vuelven a tensionarse porque un tren pita en la distancia, retumba el aire, el ruido pasa con raudez de ave sin agüero. El tren, chaqué-chac-chaque de todos los trenes: Mede-llín-Caldas, Caldas-Bolombolo, Bolombolo-La Pintada, La Pin-tada-Virginia, Virginia-Cali, Cali-Buenaventura… Si el tren saliera volando; si abandonara sus rieles y se revolcara entre el ganado y se echara panza arriba y se bañara en el río y bramara con bramar de iguanodontes descomunales…

—¿Qué horas son?

—Cuatro y media.
—¿Está bueno el reloj?
—Debe tener todas sus rueditas dentadas. Tiene cuerda y punteros.

Porque soy un solitario
que anhela olvidarla. Pero
sin horario,
¿qué hora marca el minutero?

—¿Está bueno?
—Tal vez un poquito de fiebre, con tanto calor cualquiera puede insolarse.
Reloj, animalito de pompas fúnebres, tic-tac, tic-tac, alitas de tiempo, amigo de la muerte, enemigo del amor, tatán-tan-talán, que doblen las campanas del mundo y las demás que también doblen. Don Arcadio, Eusebio Morales, Fabián Mejía.
—La Casa de las dos Palmas estaba llena de espejos y relojes. A través de los espejos llegaban las figuras del más allá.
Asomaban los fieles difuntos, por los relojes atravesaba el tiempo. Allá lo veíamos encorvado con su cansancio hasta perderse en las colinas. De la mano iba llevando a cada uno de esos locos.
—Libia, vos no sabés qué fue La Casa de las dos Palmas.
—¿Donde ustedes se criaron?, me lo contaste.
—Un día volveré, escucharé aquellas voces, aquellos ladridos en la noche de pumas sueltos. Eran pumas de piedra, salían a merodear en noches oscuras.
Anoche en mi recuerdo ladró un perro y hubo un sobresalto en sus rededores. Y otros recuerdos también ladraron, más cercanos y distantes cada vez, y ya no pude conciliar el sueño.
No traduce los silencios, es capaz de ignorar sin remordimientos lo trágico que uno se calla.
—Eran gentes distintas. Eran *Los Inusitados.*
—¿Quiénes?
—Aquellos habitantes de La Casa de las dos Palmas. Por ahí sufren fantasmas de quienes se asilaron entre esos muros.
Porque después del primer incendio y los primeros abandonos la casa se fue perdiendo en su soledad. Y el día en que enloqueció un familiar lejano, dijeron:
—Mándenlo a La Casa de las dos Palmas. Allá lo cuida la negra

Escolástica. Natalia puede cuidarlo.

Fue el primero, deschavetado como el mismo caserón. En las noches de luna se encerraba en su cuarto, entreabría un portón y se quedaba mirándola subir, detenerse, aparecer de nuevo hasta la silueta de Los Farallones. Antes de ocultarse, le gritaba: —¡Luuunaaa putaaaa!

Después se masturbaba con la amenaza febricitante:

—¡Ya sabés lo que te pasa si me visitás de noche!

Luego vinieron Enrique, José Aníbal Gómez, Lucía, Medardo Herreros, un leproso que cuidaba colmenas… Piedad Rojas, Rocío, *Tirano*, Balandú sobre los huracanes, tiempo-río para mis sombras.

Dentro de las habitaciones, las maderas
guardan extrañas figuras
que aprisionaron cuando fueron árboles.
Muecas solas de hombres y animales,
restos del mar y de la muerte.

En las noches altas
algo se queja en la madera,
se aprietan sus figuras
en un infierno silencioso.

En el sufrimiento de las horas
logran llamarnos
para su reintegración definitiva.

—¿Cuatro y media?

Esas más millones de horas para repartir, para tirar, para sembrar y botar y rifar y recoger dolorosamente, las daría en pública subasta, las arrojaría sobre una colina para que el viento esparciera sus minutos sobre el pobre tiempo como cenizas de un hombre lleno de horas y horas, más horas horas horas, más… No viéndolas pasar sino esperándolas con paciencia de roca alta, con paciencia de diablo sobre la piedra de sus huellas. Cuando Gaspar, cuando Carot y Magda Cruz… ¡Asdrúbal! ¡Rómulo!

—Mi hermana se desvive por sus hijos, eso debe hacer una buena madre, ¿no te parece?

Podrían ser mis hijos, la ternura apretada, el asombro en los primeros gestos, el amor sin interés distinto al goce de sentirlo.

—Una buena madre da sus tetas y su voz. Una buena madre canta al hijo su canción verdadera. Una buena madre llora sin razón. Que siga la ronda.

Y la esperanza y el desaliento absoluto. Y en todas las familias de todas las casas de todas las aldeas de todas las provincias de todos los países de todas las ciudades de todos los mundos:

—Luisa.

—Señora.

—¡Luisa!

—¡Señora!

—Luí…

—Señ…

—Poné en bajo la parrilla.

Carne que cae fría en un sartén de hierro con manteca hirviendo, olor de cebolla machacada, de plátano maduro asado, ñarrido de gato que vela al pie del fogón, el perro familiar de siempre, en la cocina, en el corredor, en el recuerdo. Y un gallo y unos polluelos y el canto del turpial perdido. Y al regreso del eterno regreso:

—No has probado la carne.

—No tengo apetito.

—Y la sopa, apenas tocaste la sopa.

—Ya la tomé.

—Se desvive una haciendo… ¡Cierren las canillas! Está muy buena la torta, acabá la torta, la hice porque te gustaba. Desde niño te gustaba esa torta.

Y todo lo tuyo, vieja, y tu voz a ratos casi ausente y tu desvelo y tu mirada buena.

—Nadie hará un pastel igual.

—Vengan a comer, se les enfría. Luisa, María, el ají.

—Preparen bien los exámenes, yo les puedo ayudar. Lo importante es el estudio.

Nadie, madre, como vos. Nadie, madre, reemplazará mi quejumbre. Nadie. Nadie amará con la generosa fuerza tuya, con tu inteligencia previsiva, con tu olor sin reclamo. Nadie pronunciará tus palabras de sabiduría permanente, altas y señaladoras, tan sobre la frente llena de la esperanza que siempre dijiste. Nadie será tan puerta abierta como vos, tan protectora y amiga, tan visionaria y bondadosa. Nadie alumbrará el vacío.

—…Sí, tu hermana, excelente mamá. Gran familia, todos irán al cielo, aunque sea por la puerta falsa.

—Me vas a hacer llorar, Bernardo.

—Perdóname. Si no se amañan, tengo oraciones para sacar almas del cielo.

—Dejémoslas tranquilas en el cielo.

En la calle la ausencia del habla de las viejas, del ruido del motor, de la risa del viejo, de los pregones de los pregoneros, de las sombras del perro y del borracho. Sombras miedosas de otras, débiles y desamparadas, tan caseras, tan domésticas y sin embargo amigas de vivir, tan constantes en su rutina, tan sombras, tan sombras, ¡tan sombras! Cemento en los muros, grúas, sostenes prefabricados, tejas de barro cocido, todavía. Salto a las tierras de frío alto. Unos caballos amaestrados —que galoparon antes por ribazos y pendientes— volteaban en su noria pisando barro para el tejar o tirando de la palanca en el molino de caña dulce; cuando envejecían y los echaban al yerbal antes de llevárselos al circo para tigres y leones, giraban sobre sí mismos con patas de esclavos en norias imaginarias, destino del hombre.

—La Gitana, una gran muía. Murió de pie, la encontramos parada sobre el llano, desde la víspera se le había olvidado respirar. Vivir —o morir— debe ser cuestión de olvido. Pero si el llanto se hubiera medido por gotas, ¡Dios, qué llanto!

Y todo condenado a su meta: las nubes a licuarse, el viento a viajar, el agua a evaporarse, el sol a calentar, el hombre a morir, el tren —¡ssssshhhhsssssshshshshshshshshshshsh! —animal poderoso. Buenaventura-Cali, Cali-Virginia, Virginia-La Pintada, La Pintada-Bolombolo, Bolombolo-Caldas, Caldas-Me-dellín.

—Entonces mañana vamos a cine. Prométeme que me llevás a cine mañana lunes. ¡Bernardo!

Otro día más, sencillamente, nada podía esperarse de él: un día pobre pero digno. Toda la vida es lunes.

—Sí, Libia, la vida continúa. Es hermosa la vida, muchacha.

—Bernardo…

—Mi destino debe ser curvo. Soy alérgico a lo recto. ¿Ya está listo el equipaje? “Cuando se habla de curva, técnicamente se incluyen entre ellas las líneas rectas, la recta es un caso particular y trivial del concepto general de curva”.

—¿Cuál equipaje?

—*Esto*, muchacha. *Esto*, lleno de nada.

REINTEGRO A LA NADA

Para qué suicidarse, si la vida no se ha acabado.
Fernando González

—¿Dónde está mi vida?
—Bregaba por arreglársela, señor.
—Ya no tiene arreglo.
—Si el señor…
—Echela en la caneca de la basura.
—Me permitiría insistir…
—Puede tirársela a los perros.
—Me permitiría…
—La botaré por cambio de domicilio.

—El equipaje, Libia.

—"Se acabó" —digo por no quedarme callado. Ella inventa un pequeño silencio para su llanto. La boca intenta hablar pero también llora. Su quietud es otra forma del movimiento. Me-dellín-Caldas, Caldas-Bolombolo, Bolombolo-La Pintada, La Pintada-Virginia, Virginia-Cali, Cali-Buenaventura… Si el tren se retorciera de dolor de barriga por lo que carga día a día, noche a noche, día, noche… A veces sabe su rutina y se suicida resollando contra el primer despeñadero.

—Ni modo de culparlo.

—¿A quién?

—Al tren.

—¿No tenés calor? Entremos.

—Entremos. Hace calor este domingo.

PUERTA DE SALIDA

—¡Pasen, señoras y señores, pasen!

Aquí está la vida —la mala vida— con garantía de arrepentimiento si no gusta el espectáculo. Me han dicho que llore, que sufra, que muera, yo no tengo vocación de cadáver.

¿Existirá quien dijo

“Pienso, luego existo”. Interesa tal vez la verdad de la pregunta, muy poco la de la respuesta. Claro, con vocación cualquiera hace milagros. Denme un mundo y romperé una palanca; denme una montaña y moveré la fe; denme un hombre inteligente, y con un soplo formaré la más hermosa pelota de barro de este país. Se acerca el fin del reino de los muertos.

—Señores muertos, a sus tumbas —les diría. O:

—Buenas noches, honorables difuntos, ¡salud! Entiendo su abandono, su no obligación de sentir y trabajar. ¡Tranquilos, viejos, descansar es deber perfectamente humano!

Yo también quería descansar. Mi padre soñaba un hijo conquistador del espacio, general de cinco soles, dictador o, en último caso, honrado pescador de ballenas azules. Nada alego contra las ballenas y cada cual tiene derecho de vivir su vida, en las aguas polares o en esta ciudad de negociantes. No nací héroe, me gusta el tango, me gustan los bambucos de ventana con barrotes, me gustan las cumbias y los paseos vallenatos. Soy liviano de corazón y alegre de bragueta, ojos competente en apreciación de muslos, y lengua lúcida al saborear vino, contar chistes o echar piropos de camino real. Señor de la uña, lengua pronta y pupila salpicada, gavilán de pollas y cóndor de los escondrijos.

¿Qué podían esperar de este sujeto? Errabundo de jiquera suelta, peón de circo, domador de tigres, amansador de osos y perros sabios, maromeros de repuesto y pregonero de sanalotodo sobre un baúl de

plaza. Truhán de truhanes, marcador de naipes, mago de la farándula, organizador de atracos, amigo de tumbaiocas de oficio y chiflamicas de profesión, renegador contra la mala trampa. Trasnochador sin camorra, si venía el turnóle daba gusto al dedo en el gatillo. No perdía ferias ni carnavales, montaba juego o arrastraba guapetones a cualquier trastienda para guachaquiar las muelas de Santa Apolonia o meterle al pócar, al dado y al cacho tendido.

¿Qué querían de mí? Lo hice bien, ahora sigo otras ondas, ahora soy un modesto administrador del infinito.

O que pescara tiburones, eso indicaban. Que pesquen tiburones los de arranque distinto, yo confirmo el sol de cada día, el retoño de cada mañana. Si ellos sacan buenas piezas, los aplaudo; si los tiburones los devoran, aplaudo a los tiburones.

Todo cabe, la vida es hermosa, que la muerte no me coja esperándola con vida. ¡Pasen, señoras y señores, beban el vino de los días! O que muriera, los de turno sintieron rabia porque no me decidí a morir, lo consideraron descortesía de mi parte: ensayaron gestos de luto y un estado de alma donde acomodar este difunto preguntador. Perdón, en otra ocasión moriré oportunamente. Pero si ahora preguntan por mí, si preguntan qué fue del difunto que esperaban, aquí la respuesta:

—“Ha regresado. Ese no nació para muerto” —y seguiré jinete en mi alazán tostado y habrá en el sitio buenos alegrones. Y moriré de vida. Sé que voy a morir pronto, pero moriré vivo. Porque muchos han muerto de lo que no era, tomaron la enfermedad que no les correspondía: pensaban morir del corazón pero murieron de accidente de tránsito; pensaban morir de cáncer pero murieron bañados en las aguas de un río o de batacazo contra el pavimento. Muchos iban a morir de amor y murieron de matrimonio.

La vida llama y llama el amor. ¿La vida, el amor? Pienso sus ojos, su boca, sus senos, su voz callada, y el día abre y siento sol para todos, y su sonrisa llega como un licor. Era briosa y alegre, retozona de corazón y muslos; a veces yo no sabía si escurría el amor o amansaba una potranca, o si me amansaba ella. Después se fue ausente, como si únicamente se hubiera ido la mitad. Con ella, junto a sus ojos y a, su respiración, veo su cuello, el seno izquierdo se estremece a mi contacto, y está avergonzada y alegre, y el seno está alegre en mi mano, y mi corazón retoza a la desacreditada palabra del amor. ¡Si ella sigue alimentándome porque mantiene viva mi pena!

Como así cantaba se sintieron defraudados, la alegría ofende al que

quiere vivir en su mortaja. Iba contento sin haber bebido el zumo de hongos alucinógenos, creyeron en mi alucinación porque lancé confetis a las tumbas más aburridas. ¿Qué hay de malo en llevar calor al cementerio y unos cuantos silbos de pájaro madrugador?

Pájaro que vas volando
dormido en tus ramas verdes.
Pasó cazador, matóte:
Más te valdría estar duermes.

Entren y vean rosas, agapantos y lirios del domador de plantas; claveles y orquídeas y rosas temen su tijera, las enredaderas se aferran del muro y trepan arriscadas. Hasta los árboles le temen, pero el jardín marcha según el plan, la belleza merece látigo. Pasen y conozcan al domador de plantas.

Quiso ser idea mía, tenía genialidades difíciles de poner en orden. Inventé la máquina grabadora de la luz y la máquina filmadora de sueños y un sistema de anteojos que ayudan a ver mejor la oscuridad. Y el lente del asombro, el que acerca figuras y voces: una vez enfoqué el mar, y las imágenes del agua y los sonidos me inundaron, tuve que retirar el lente para no morir ahogado. Mis gafas de aumento no tenían igual: en las junturas de las tapias había cuatro pequeñísimas grietas, y cuando me calé los lentes para mirarlas, se abrieron tanto las grietas que se derrumbó toda la casa; fue esa una de mis segundas muertes. ¡Aquí, señoras y señores, el amigo de los espantapájaros venidos a menos, el fabricante de muñecos que sonríen y hacen el amor sin culpas!

Acosaban tantas cosas por escribir, tantos hondos pensamientos por pensar, que preferí quedarme quieto: el genio tiene sus manías, sólo el amor perdona mi extravío.

El amor. Una muchacha hermosa lloraba en el prado, su piel a la sombra de los eucaliptos; entonces arrimé a su desnudez dorada y la tomé en mis brazos y nos poseimos en la tarde ventisquera, nunca fue más alegre el sollozo. Después acaricié sus pantaleticas y se las fui ciñendo a los muslos hasta su justa medida. ¡Vestir al desnudo, señoras y señores! Yo sano a las que están enfermas de amor y llevo contento a las vaginas ardientes, así decía mi colega el bufón Balúl, compañero en andaduras.

Había flores y había luz dorada, anduvimos clavelizados, agapantizados, totalmente calendulizados y enlirecidos, cantando,

callando, conversando. Porque si entraba en parlas, salía gustosa también su letanía. Era de buena índole y afecto durador, sabía tomar su amor y llevárselo a sus manos y comprimirlo hasta caberle en ellas; a veces lo llevaba al corazón, a veces al sexo: de querer meterlo en el sueño se le desvaneció como el humo, y en el humo un lejanísimo llanto. Cuando murió, su belleza libre ya del cuerpo rondaba los eucaliptos a la hora del sol de los venados, a la hora de atristarse el corazón y cantar los picos de la tarde.

Aunque no pediría más, hoy canto para adulzorar mi pena. Flores en las eras, yerbas entre las piedras de la albarrada, cantos en las ramas, murmurio en las ondas, el viento acamando los maizales, soledad en este corazón… Envejece la juventud, se olvidan los recuerdos, la vida es la vida. Pero ella —Ella— seguía en mí clavándome sus ojos, recordé el canto de un pájaro al aire desnudo.

Pasen señoras y señores. Todo pasa y uno arrastrado, sin con qué volverse, sin con qué quedarse. Al principio los moralistas del Continente del Delito hicieron vacíos mis años, o llenos de inutilidades presuntuosas. Eran restauradores y comedores del Dios vengativo, seguros de que el Espíritu Santo es un filósofo graduado en la Pontificia Universidad Americana, abogado de pobres de alma, diccionario para absolver a las biatas sus dudas mendicantes. Cuando me di cuenta de que usaban su talento sólo para ser bobos, empecé a ir a la gente para robar recuerdos de otros. Entonces el retrato de mi abuelo se salió del marco, rompió el vidrio que le servía de lápida y* tomó asiento en el sillón, mirando rabioso el marco en el muro. La abuela apenas asomó la cabeza como desde una ventana colonial, cubrió medio rostro con su abanico andaluz.

—Adelante, señores, los muertos se resisten a morir.

El muerto apareció vestido para retrato aunque escaso de prendas entre cintura y pies, impresiona ver caminar un fantasma en calzoncillos. Arrimó pálido, ojeroso aún, obsecuente con las señoras al disculpar su cojera.

—“Perdón, ilustres damas, el afán no permitió ponerme una de las piernas”. —Me. fastidió un poco su voz acaponada.

Tenía la espada ceñida al coraje, al fondo sus himnos guerreros. Fue tan cortante la espada, que su sombra tajaba el suelo y los muros en la batalla. Ajustó el brazo izquierdo, de héroe mutilado, y se integró en su aire solemne. ¡A salirse del marco, llama la vida, no le tengan miedo al caricortado sino al que le cortó la cara! Aunque también en la muerte

hay un camino y la vida puede ser otra disculpa de la muerte.

Como protesta enamoré a una señora injustamente rica, le curé el asma con sangre de gurre, con café y miel de abejas en enjundia de gallina y sobijos a su hora. A su hora le dije que yo no la quería, y era cierto, pero se opuso a creerme con mucho abracijo y mucha zalema, con diminutivos que sonaban a confitería. Yo, que he convencido marrulleramente a una mujer de que la quiero, no he sido capaz de convencerla de que no la quiero: una de las grandes impotencias del picaro. Como un viernes de vigilia no quise acompañarla al lecho, se solivianto. Nunca pudo entender mis más profundos sentimientos religiosos.

Después otra me dijo cómo me amaría con amor eterno, la esperé en la primera esquina de la eternidad pero jamás llegó, la dejaría el tren: el amor eterno es asunto de horarios; el amor eterno es para relojes detenidos, para relojes de noche, no hay que asustarse. ¡Adelante, señoras y señores, les mostraré la última esquina de la eternidad!

Los muertos siguieron frunciendo sus ojos porque levantaba pechos y ánimos, señores, socorrer al triste, que mueran su muerte los muertos y que allá, juntos, formen su alacranera. Ellos querían seguir andando y hablando pero al primer metro de tierra tuvieron que darse por vencidos, de todas maneras estaban muertos años antes de cambiar residencia, cuando oscurecieron la vida con tenebrarios colgados a su vista temerosa.

—¡Baraje y vuelva a dar! —dije a no sé quién porque quitaba su antojo a las horas, al sonar de las bolas de un ábaco de juguetería.

—“En el vientre de un gran dragón chino existe un hermoso diamante que concede la inmortalidad” —acaban de informarme. ¡Haberlo sabido cuando estaba joven! A la edad que ahora tengo había muerto Bolívar después de fundar cinco repúblicas; habían sido levantados, esculpidos, construidos, grabados, pintados los… Perdón, soy vendedor de ferias ilusorias. En mis cincuenta años he realizado poco, he vivido al tope, no sirvo para pescar tiburones ni para empresario de horas exprimidas a palanca: el amor llega a donde hay ocio con imaginación, su mejor consejero, el trabajo esclavo remata al hombre y al amor. Sigo siendo un modesto administrador del infinito.

Me ordenan que no ame, que siga las calles trazadas a cordel, que no pierda la línea, que este valle de lágrimas… Don Funebro lo repitió, un índice en el cielo para sus preguntas supremas:

¿Quién fue primero,

la gallina o Dios?

Todo se presentaba completamente serio en ese rostro abrumado, le pregunté si estaba muerto, intentó despabilar sin mermar volumen al aire de aburrimiento.

—¡Estoy vivo! —dijo ganoso de ser burletero.

—¿Y para cuándo lo va a dejar? Morir parado como los árboles —dije. Caer como un río —porque se necesita más altura para ganar que para perder. Cuando todo frunció en él sentí deseos de pensar que se había compuesto la tarde, que hubo un descanso aproximadamente eterno en quienes aguardábamos lo peor.

“Ataúdes Don Funebro, un solo gasto para toda la vida”.

Pues dicen que dicen otros... De la fecha en que uno nace, Don Horóscopo saca el mensaje de las estrellas. ¿Qué mensaje sacará de la fecha en que uno muere? ¡Pasen a ver los árboles voladores! Yo hice el milagro, no tenía vocación de héroe mutilado al estilo de mi abuelo, mejor un picaro vivo que un héroe difunto. Porque me daban tristezas esos árboles conmovidos por el viento, improvisando alas de sus ramas acostumbrados a descansar pájaros. El ventarrón les daba más promesas de vuelo, la convicción de estar definitivamente arraigados, de que sólo en parte gozan la libertad del aire bajo el cielo indiferente. ¡Todos a ver los árboles voladores de la feria ilusoria, a ver las plumas del Pájaro Azul, esperanza y felicidad de viejos estilos, pobre' pájaro clueco!

Rubén Darío en su nicho
—musa vestida de tul
de verano, ¡qué bochorno!
medio asado en aquel horno
me comí el pájaro azul

¡Mal sabor el de aquél bicho! Adelante, aquí está la suerte de todos, el que más mira más ve. Vean la cigarra laboriosa y la hormiga holgazana, la zorra engañada por el astuto polluelo, el tigre perseguido por el ruiseñor insomne, el fantasma vencedor de los mortales, el ángel de la guarda roncando sobre el hombro derecho del hombre de buena fe. Conozcan el hipopótamo trovador de penas. Porque de todas maneras, y sin necesidad de penas o espejos, este hipopótamo tiene cara fea y triste. Aquí las fieras invisibles de los más invisibles zarpazos. ¡Leones a mí, que me enfrento al tiempo! ¿Dónde el famoso Rey de los Animales? Tráiganmelo para que deje sus chicanerías.

Aquí, señoras y señores, el vigilante de las aguas perdidas en su bruma, cataratas desahuciadas, ríos sin cauces, volcanes en uso de buen retiro. Todos amábamos el río que ahora goza de jubilación. Porque este río bajaba dando tumbos irresponsables, fabricando espumas de niebla, y al llegar a un abismo dio un gran salto y se quebró las pelotas.

Aquí la guitarra que suena cuando se invoca el espíritu del juglar muerto, la guitarra inconsolable se afina a sí misma y llora a su juglar contra la pared en las noches sin luna. La feria de las ilusiones abre sus puertas al mundo verdadero. Podrían acabarse los árboles, los pájaros, el viento, ellos seguirán cantando en la guitarra del juglar andador de inexistentes caminos.

"El verso es vaso santo,
poned en él tan sólo un pensamiento puro…"
¿Quién cantaba en esa jaula?
¿El turpial, señor, o el plátano maduro?

Sabía el que sabía cómo somos durmientes que gritan en el sueño. Sabía el que anunciaba el fin del mundo: "Dios se incorpora y habla: 'He tenido un sueño' Pero más sabe el que calla hondo y nada dice porque sabe el resto. Ahora, solo, a veces intento gritar; a veces necesito de alguien a mi lado para guardar silencio en compañía. Adelante, señoras y señores, se abren las puertas asombradas a los sueños del dios desaparecido, el que hizo su única obra duradera: impedir que los hombres lo olvidaran. ¡El olvido es la cueva del amor!

Adelante. Yo me iré, señoras y señores.

Y quedarán los pájaros cantando.